7/390

XOCHIMILCO SERVICIOS DE INFORMACION
ARCHIVO HISTORICO

87048

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
XOCHIMILCO

DIVISION EN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
MAESTRIA EN DESARROLLO RURAL

LA FRONTERA INVISIBLE

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

MAESTRO EN DESARROLLO RURAL

P R E S E N T A :

OSCAR DESIDERIO SOTO BADILLO

ASESOR. DR. LUCIANO CONCHEIRO BORQUEZ

MEXICO, D. F. OCTUBRE DE 1999.

A Araceli, Tania, Daniel Ernesto
y Alaide Valentina.
Por darle sentido a mi trayecto.

A mi Padre ausente.

A Luis María Fernández
Por amar a Chiapas y por
Compartir ese amor con nosotros.

A Don Leonardo y a Florinda.

A los pueblos de la frontera
Por su amoroso sacrificio,
por su convicción y coraje .

A mis muertos.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN I

I TIEMPOS 1

Umbrales 1
Profecía 7

II TERRITORIOS 14

Trazos en el tiempo 14
Redes y laberintos 20
Señales 26
Bajo la montaña 32
Flujos del agua 36

III MADRE TIERRA 44

Encuentros y soledades 44
Modernidad y modernización 52
El reparto de la selva 56
Trozas en el río 60
Una utopía derrotada 65
¡Viva la Reforma Agraria! 68
Fin de la época de las maderas 69
La herencia del mapache 71
No hay tierra que repartir 82
Guatemala: la tierra ajena 86
FYDEP y la venta del Petén 94

IV CAMINANTES 107

Huellas en el río 107
Pasos y voces 109
Buscamos al teniente Carmona 113
El Lacandón 117
Los pueblos del Marqués 121
De la selva a la frontera 130
La marcha al norte 140
Diálogos en el espejo 147
De guerras y fronteras 151

V ROSTROS DE GUERRA 165

Marabunta 165
La era de la infamia 166
El pozo seco 176
Preguntas 180
Canciones y lamentos 189
Refugio en Chiapas 193
Aldeas de producción y defensa 200
Combates en la selva 205

VI RETORNO 220

Refugiados, corazón de tierra 220
Aldeas de resistencia 232
Aprendiendo a vivir 241
En busca del regreso 244
Retorno a la casa de las culebras 252

VII VOTANES 271

Días de enero 271
De palabras y silencios 272
Autonomía en la frontera 276
El acto solemne de la paz 279
Un diálogo pendiente 282
Aldeas de retornados y reconstruccion regional 287
Puente en la selva 292

VIII BIBLIOGRAFÍA 298

IX ANEXOS 313

Y Dios vio que todas las naciones de la Tierra, negras y blancas, pobres y ricas, del Norte y del Sur, del Oriente y del Occidente, de todos los credos, enviaban a sus emisarios a un gran edificio de cristal, a orillas del río del Sol Naciente, (...) para estudiar juntos, pensar juntos y juntos cuidar del mundo y de todos sus pueblos.

Y ése fue el primer día de la Nueva Era de la Tierra.

Y Dios vio que los soldados de la paz separaban a los combatientes de las naciones en guerra, que las diferencias se resolvían mediante la negociación y el raciocinio y no por las armas, y que los líderes de las naciones se encontraban, intercambiaban ideas y unían sus corazones, sus mentes, sus almas y sus fuerzas para el beneficio de toda la humanidad.

Y ése fue el segundo día del Planeta de la Paz

Y Dios vio que los seres humanos amaban a la totalidad de la Creación, las estrellas y el sol, el día y la noche, el aire y los océanos, la tierra y las aguas, los peces y las aves, las flores y las plantas y a todos sus hermanos y hermanas humanos.

Y ése fue el tercer día del Planeta de la Felicidad.

Y Dios vio que los seres humanos eliminaban el hambre, la enfermedad, la ignorancia y el sufrimiento en toda la Tierra, proporcionando a cada persona humana una vida decente consciente y feliz, controlando la avidez, la fuerza y la riqueza de unos pocos.

Y ése fue el cuarto día del Planeta de la Justicia.

Y Dios vio que los seres humanos vivían en armonía con su planeta y en paz con los demás, gestionando sus recursos con sabiduría, evitando el despilfarro, frenando los excesos, sustituyendo el odio por el amor, la avaricia por el darse por satisfecho, la arrogancia por la humildad, la división por la cooperación y la suspicacia por la comprensión.

Y ése fue el sexto día del Planeta del Oro.

Y Dios vio que las naciones destruían sus armas, sus bombas, sus milicias, sus barcos y aviones de guerra, desactivando sus bases y desmovilizando sus ejércitos, manteniendo sólo una policía de la paz para proteger a los buenos.

Y ése fue el sexto día del Planeta de la Razón.

Y Dios vio que los seres humanos recuperaban a Dios en la persona humana como su alfa y omega, reduciendo a las instituciones, creencias, políticas, gobiernos y demás entidades humanas a su papel de simples servidores de los pueblos. Y Dios vio adoptar como ley suprema aquella que dice: Amarás a tus hermanos y hermanas humanos como te amas a ti mismo (porque tu prójimo eres tú mismo). Amarás a tu bello y hermoso planeta y lo tratarás con infinito cuidado. (*Porque sólo así*) amarás al Dios del universo con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

No hay mandamientos mayores que éstos .

Y Dios dijo: *Eso es bueno.*

Y ése fue el séptimo día del Planeta de Dios.

Variaciones a *O nascimento de uma civilização global*
Robert Muller

INTRODUCCIÓN

La Frontera Invisible es ese espacio limítrofe que no reconocemos hasta que lo hemos atravesado. Es el confín a donde nos lleva nuestra imaginación y nuestros sueños. Alude al espejo donde se refleja nuestra certeza y al cristal por el que se atisba la incertidumbre. Es el territorio donde caminan y se juntan los olvidados, los que no se ven ni se escuchan; Es el borde sin aduanas que impidan el unirse a la historia con el porvenir. Es por tanto, el hogar de la utopía.

La Frontera invisible, el texto que tiene en sus manos, es un primer intento de sintematización, que no pretende ser una síntesis, de catorce años de caminar en las selvas de Chiapas y el Petén, de México y Guatemala. De caminar de nuevo por el espacio que divide (que une) a ambas naciones y a ambos pueblos. Durante ese tiempo tuve el privilegio de compartir la lucha de campesinos, indios y ladinos pobres, que llegaron desde todos los rumbos a poblar esta tierra, para encontrar en ella motivos para seguir luchando.

Una serie de intensiones me han llevado a escribirlo:

La primera fue volver a la selva para rendir un homenaje a los pioneros que le dan significado, haciéndome acompañar de la idea de que la Territorialidad, la dimensión espacial de las relaciones humanas sigue siendo referente central, no sólo para explicar los complejos procesos que dan lugar a la cultura, sino para aventurar alternativas a un modelo civilizatorio que hoy se asume como desespacializado e intemporal. He pretendido cuestionar así la extendida idea de que la

civilización humana puede dar por superados sus lazos con la tierra, por los procesos de globalización, de la migración internacional y la deslocalización de las redes de comunicación. También enfrentar la noción dominante de que el tiempo es un presente prolongado, de que no hay futuro y de que la historia ha terminado.

La gente de la selva dio testimonio de mis intuiciones y las volvió certezas.

Las crónicas que fui recogiendo de los colonos recientes de las selvas de Marqués de Comillas y del Petén me hicieron comprender que la Tierra, como entidad material y como referente espiritual de los pueblos, sigue siendo razón de las identidades colectivas y motivo para la movilización y la lucha. Que la Tierra, el territorio vívido y pensado en la escala local, sigue siendo punto de partida imprescindible para pensar lo global. Hoy ése referente se expresa en las luchas de los pueblos indios, por ellas es ineludible hacer coincidir la identidad étnica con la identidad planetaria, por cuanto la primera nos ha enseñado su profundo contenido ético sustentado en lo telúrico y nos ha mostrado que tal vez ése es el camino para la dignificación humana. Es por eso también, que hoy muchos de los que creemos en ello decimos Todos somos Indios, lo mismo en América que en Europa.

La Tesis que presento habla de pueblos y gobiernos, de ambientes naturales recreados y de guerras, habla de derrotas y logros, habla de esperanza.

El hilo conductor del trabajo ha sido la historia de la colonización, hasta donde he podido reconstruirla y entenderla, como eje de la constitución de la frontera México—Guatemala, particularmente en las zona de Marqués de Comillas, municipio de Ocosingo, México y en la zona de selva de los municipios de la Libertad y Sayaxché en Guatemala.

El proceso colonizador es explicado desde la relación entre dos sujetos sociales: los campesinos colonos, indios y ladinos, y el Estado, que sitúan su vinculación conflictiva en un espacio vivo y significante, la selva.

En ese sentido entiendo que el proceso de colonización para la construcción regional, puso de manifiesto la decisión de los Estados de los respectivos países, de impulsar sendas estrategias de intervención que tuvieron como eje la promoción de movimientos de colonización más o menos dirigidos, orientados a la expansión de la frontera agropecuaria, al control de los recursos energéticos y al control político militar de los límites nacionales, a expensas de la selva tropical con la consecuente generación de procesos de depredación ecológica y de represión política.

La decisión estatal, expresada de manera paralela, aunque con las mismas motivaciones y condiciones coyunturales y en el marco de modelos de desarrollo relativamente similares, fue coherente con la concepción del desarrollo y con los intereses de acumulación de los sectores hegemónicos del capital en el marco de la inserción de la región en la división internacional del trabajo que la sitúa históricamente como productora de materias primas (productos forestales, cultivos de plantación, ganadería y energéticos) para el mercado mundial y en tiempos recientes, en una paradoja un tanto cínica y brutal por sus efectos sociales, como área de protección ecológica.

La decisión estatal fue al mismo tiempo, resultado de la necesidad de mediatizar la demanda campesina por el acceso a la tierra, un intento de posponer, sin resolverla, la conflictividad agraria que surge como producto de la distribución inequitativa de los recursos en la escala nacional y de la determinación de que tales recursos sirvan al gran capital para reproducir el modelo y no para satisfacer las necesidades de la población.

Las soluciones políticas de los Estados, la mayor parte de las veces racistas, androcéntricas y antiecológicas, se enfrentaron tempranamente, y aún hoy se enfrentan, a la memoria histórica de los pueblos, esa que habla de derechos no reconocidos, de promesas incumplidas, de deberes y responsabilidades no atendidos, esa que contiene también la experiencia y la fuerza de los pobres.

Es la memoria histórica la que lleva a los pueblos a inconformarse con el orden establecido, a demandar y a luchar por sus derechos, a ensayar todas las formas de lucha, a arriesgar a veces lo único que se posee: la vida, en aras de reconstruir el pacto necesario entre gobernantes y gobernados, el contrato social que hoy sólo parece viable desde el reconocimiento de las múltiples diversidades de la complejidad social, cultural y ecológica. Un contrato que sólo puede ser posible en un nuevo modelo civilizatorio sustentado en la pluralidad y la tolerancia, en el ejercicio de la democracia, en la acotación del poder, en el diálogo entre distintos. El estudio que presento intenta dar cuenta de ello.

Por eso el proceso de construcción regional se liga en este trabajo a la necesaria Reforma del Estado, a la reconstitución del poder. Entiendo así que no hay posibilidades de desarrollo regional sin cambios globales, pero tampoco es posible la transformación nacional sin la autodeterminación de las regiones, de esas regiones que construyen los grupos humanos con su hacer y su pensar en el espacio concreto.

Los límites de esta tesis pueden ser múltiples, su intención se reduce a dar cuenta de manera descriptiva, aunque sin renunciar al análisis y la reflexión, del acontecer de los pueblos en un girón de territorio y en un tiempo limitado por la experiencia del autor.

Para ello, presento un texto que se divide en siete capítulos sustantivos que registran el acontecer de los pueblos de la frontera en un intento de hacer una lectura humilde pero comprometida de su historia.

Me animó, para escribirlo, la idea de que la frontera de México y Guatemala, por lo menos la porción comprendida en las zonas estudiadas, constituye de alguna manera una sola región, por su ecología común, por su historia compartida, por el hacer de sus gentes que alude a procesos similares de transformación del espacio, por su dolor y sacrificio y por su convicción de que la dignidad es esa *patria sin nacionalidad, ese arcoiris que es también puente, ese murmullo del corazón sin importar la sangre que lo vive, esa rebelde irreverencia que burla fronteras, aduanas y guerras*[1].

El estudio que dio lugar al texto de alguna manera se acerca a la tradición de los estudios etnográficos, se sustentó en información cualitativa: entrevistas a líderes comunitarios y dirigentes sociales, observación participativa registrada en diarios de campo, en la revisión de fuentes documental (archivos y materiales bibliográficos y hemerográficos).

Su redacción supone el compromiso personal con la lucha de los pueblos de la frontera y con mis propias convicciones, no pretendo ninguna neutralidad científica porque estoy convencido de que ella no existe, sí he tratado, en cada momento, que sea un trabajo honesto. Como se observará no he eludido las licencias literarias y al recurso de la ficción, cuando así sucede se señala con oportunidad, su intención es ilustrar fenómenos y conceptos que de otra forma hubieran podido requerir un texto conceptual terriblemente farragoso. Al fin y al cabo lo he pensado para ser leído.

Al final de cada capítulo se han incorporado las notas que amplían algunos aspectos o refieren a las fuentes de información. En todos los casos están señaladas en el lugar que les corresponde.

Por último sólo puedo agregar que *La Frontera invisible* es una invitación para la marcha, no una meta final, es mi propio cristal en espera de romperse para seguir el camino.

Oscar D. Soto Badillo
Octubre de 1999.

[1] Subcomandante insurgente marcos, EZLN.

I
TIEMPOS

Ha llegado el tiempo del amanecer,
De que se termine la obra y que aparezcan
Los que nos han de sustentar y nutrir,
Los hijos esclarecidos, los vasallos civilizados,
Que aparezca el hombre, la humanidad,
Sobre la superficie de la tierra.

Pop Wuj

Umbrales

Yashilán está enclavado en la ribera mexicana del Usumacinta a sólo una hora en lancha, río abajo, de Frontera Corozal. La selva cubre las ruinas de lo que fue una ciudad. Voces antiguas caminan por las calzadas y se deslizan como sombras por los muros apenas restaurados. Piedras de ojos viejos. Voces y sombras que aparecen cuando se marchan los escasos turistas que cada verano se atreven a remontar el río.

Dicen los que saben, que todavía se puede seguir, por las trías de la montaña, el paso de *Votán* el eterno viajero, el migrante sin rostro, la faz de la noche. Cuentan que su voz conversa con quienes vienen aquí para hablar y recordar.[1]

Recuerdan las crónicas más viejas que Votán, el *Putún*[2], Es en este territorio olvidado. Presente y dispuesto. Así ha sido desde los siglos de silencio que pesan todavía sobre la selva.

Expulsado su linaje, Votán, el desterrado señor del tambor de madera, salió de *Valúm Chivim*[3] en busca de un lugar donde multiplicar su casa. Caminó por largos días dejando atrás el mar y se internó en la

selva hasta encontrar en el río grande, noticias de pueblos dispersos que no lo esperaban y acudió a su encuentro.

—*Tú eres Votán, corazón de serpiente.* Le dijeron.

—*No te conocemos pero te sabemos en los sueños repetidos de la noche. Tú eres el que ha venido y el que vendrá; extraña es tu lengua, lejano es tu andar.*

—*Tu tiempo es el tiempo nacido de todos los tiempos; naciste, nacimos contigo, nacerás de nuevo apenas se marche la noche. Tu casa es Nachán*[4]*, señor-señora de nuestro cerro-valle, el que conocemos y del que somos parte. No eres de aquí y aquí perteneces, vienes como señor y como servidor. Ven Votán, camina con tu pueblo nuevo, cuéntanos historias nacidas sin nombre, sin lugar, sin hora, cuéntanos nuestras historias, las de los otros que somos nosotros, vuélvete historia Votán. Bienvenido seas.*

—*Yo soy Votán el que viaja vestido con la máscara de la noche* — Les dijo — *La serpiente emplumada me dio la vida. Ikalahau*[5] *me trajo a estas tierras soñadas. Ikal me lleva consigo. Mi casa es la casa de todos en el corazón del mundo que está en esta tierra. Nachán es el Tzuultaq'a que me acoge en mi exilio en esta tierra verde. Mi sino es la marcha incansable de los tiempos idos, el viaje interminable de los porvenir. Balam Quitzé*[6]*, el tigre de la risa dulce, mi maestro, también el de ustedes. Mi lengua es la suya. 100 años, 500 me aguardan. Mi vida es espejo de los tiempos presentes. Mis muertes, semilla de los que vendrán, eterno retorno al principio, augurio de guerras, augurios de paz. Yo soy Votán espejo y camino.*

Así dijo Votán, el señor de Nachán, la casa de las culebras. Caminó entonces los parajes, desde el Usumacinta hasta el Suchiate, para repartir la tierra entre los hombres y dar a cada pueblo su nombre, convocó a los hombres de la selva para levantar el nuevo reino: *Valúm Votán*, y el eco de su voz nueva se escuchó cien años.

En su andar, se maravilló de las lagunas de espejo donde se mira la luna, de los ríos azules y verdes y grises donde corre el tiempo, del vuelo agorero del quetzal orgulloso.

Se asombró de la inmensidad de esta tierra, territorio propio, y se supo uno en él como se sentían todos, sintió correr la vida en su interior, la vida humana que reconoció en la mirada, en el canto, en la danza, en la labor de las gentes, de los hombres y mujeres con los que fue uno.

En su caminar acompañado, descubrió los tiempos sucesivos y simultáneos en el paso de los ciclos de la naturaleza. Eterno retorno superado en cada vuelta de la cadena, y entendió que la vida de los hombres y de los pueblos es también un tiempo que se renueva en la espiral de la historia.

Reconoció las cosas y les dio significado y con él encontró el sentido de la vida: La cultura que tiene que ver con la práctica significada de los hombres, que no se queda en el mero referente material de la creación humana sino que se piensa y se siente, razón y pasión como motor de la historia. Razón y emoción diferenciadas pero universales, innovación y memoria como componentes irrenunciables del imaginario colectivo, distinción y conjunción, pasado y porvenir en un momento.

Tal era la voz que escuchó de la tierra.

No buscó ni quiso ser guía, vencer o convencer para tener seguidores. Votán no entendía la vida como la larga marcha en que cada quién sigue al que le precede, antes bien, convocó a la unidad de los

iguales distintos: compañeros. No masas, no rebaños, no estatuas de cristal petrificadas en el carnet de identidad del color, de la lengua, del trabajo: Compañeros.

Y sin embargo, reconoció el conflicto necesario para la superación de cada día: Lo descubrió en el sol que se abre paso en el horizonte despojando a la luna de su reinado nocturno en el instante mismo en que no es de día ni de noche. Aurora y crepúsculo como campos de batalla. Confusa conjunción de luces y sombras, de voces y silencios, y no sintió miedo en el vacío aparente de cada comienzo y de cada final porque el final no existe y todo ha comenzado ya.

La hegemonía solar no puede abarcar el reino de la noche, ni aún penetrar todas las sombras del día, pero tampoco la noche puede perpetuarse eternamente. No hay hegemonías absolutas en el tiempo y el espacio. Así lo supo.

Entendió que de nada sirve aferrarse al pasado como *único* referente de la existencia. De nada vale el futuro como único motivo de existir sin la responsabilidad del presente. El pasado es lastre si se le concibe absoluto, el futuro es quimera y catástrofe si no reconoce el origen y vuelve a él.

Y se dijo: ¿Qué es el hombre presente, sino esa particular mezcla de pasados y futuros vueltos acción? ¿Qué es el hombre sino esa extraña conjunción de tiempos y espacios que no se suceden sino que se sobreimponen, ordenados en la rara ecuación que involucra el territorio, el sujeto, las cosas y los sueños, al mismo tiempo significados y significantes, causados y causantes, mediatos e inmediatos, ligados por un extraño lazo natural e insensible que liga a lo más alejado y a lo más diferente por razón de la experiencia vivida y pensada?[7]

No era el suyo un mundo perfecto, era el mundo.

Al sentirlo, Votán dedicó sus días a comprender y querer los elementos que producen sentido en las gentes. Principios del reconocimiento mutuo, fuerza del poder constituyente de las comunidades humanas, origen de la verdadera unidad.

Y convocó a esa unidad.

Votán, el de los nueve corazones, abrió caminos en la selva, remontó en su cayuco los ríos y recordó sus días de navegante en la mar de muchos azules. Su reinado compartido revivió la humilde grandeza de una cultura vieja, milenaria, que recordaba a los hombres de maíz más viejos y remitía a los tiempos de Tulán la legendaria y los orígenes del Quiché.

Tiempos en que la historia no era una historia petrificada en una pieza oratoria, era diálogo de oídos y voces, pertinencia y significancia articuladas por el diálogo, por la interacción, por los sueños y deseos compartidos. Diálogo que ordenaba las discontinuidades y destiempos de un interminable caminar híbrido y multigeneracional.[8] Múltiples dimensiones del tiempo-flujo, del tiempo circulación, del tiempo que es la fuente constitutiva de los componentes simbólicos, de la solidaridad, la ritualidad, la teatralidad nacidos del territorio compartido. Espacio y tiempo hechos comunidad.

Votanes, acaso Putunes y Nahuas, al fin Mayas, se unieron política, cultural, familiarmente con los que ya estaban para que por el intercambio, el parentesco, la experiencia compartida, en fin la historia que se tejía en común, fueran uno en el poder constituyente de un pueblo nacido de su necesidad, de su potencialidad y de su esperanza. Una totalidad inconclusa que era más que la simple suma de las partes: Un conjunto de relaciones estructurado, combinación de debilidades y

fuerzas, de oportunidades y amenazas convertidas en sistema social-campo de fuerza cohesionador, legitimador de cada acto que se desdobla en concesión y conquista según quien lo interpreta, en un proceso de antagonismos, adaptaciones y reconciliaciones dialécticas, al tiempo cambio y permanencia.[9]

Con Votán, el que manda por mandato de todos, los pueblos encontraron en el entretejimiento de múltiples soberanías comunitarias, la manera de convivir y compartir. Entonces, en la selva, todos tuvimos corazón de serpiente.[10]

Sin embargo, al mismo tiempo y con prisa, otro mundo se acercaba al ritmo de etapas emergentes que remontaban obscuridades por el prodigio de descubrimientos e inventos maravillosos. Un mundo que se creía el único posible por la medida lineal del tiempo y del espacio. Un mundo viejo en busca de vida nueva.

> — *Cuídate Votán, te prevengo.* Dijo el *nhu-sombra* al héroe en un sueño. *Cuida tus pasos. Cuida Votán tu lengua, que no se pierda al pasar el tiempo, Cuida tu rostro moreno, negro, mulato. No te vayas Votán si no te has marchado, sigue contando historias de tiempos pasados, augurando porvenires hechos de historia. No te vayas de la ceiba, del cerro, de la cueva, del pájaro. Te sabíamos viajando, pero siempre retornando. Camina Votán, Bienvenido tu paso.*

Profecía

Sin embargo, antes de cumplirse un siglo, lo que fue unido con paciencia y sabiduría se fragmentó de nuevo. Diferencias políticas y

violencias fundantes, revistieron de silencio la selva. Fin anunciado de una era. Principio de una nueva.

En ese tiempo de encuentros y desencuentros, partió Votán corazón de los pueblos un día que nació la noche, se marchó en el mismo suspiro que lo había traído a estas tierras casi cien años atrás. Se anidó en la selva, en la dimensión intemporal del recuerdo.

Después de su muerte, los que le sucedieron no perpetuaron su memoria en templos sagrados, pero su nombre se hizo tercer día y fue invocado en las oraciones que los conquistadores no supieron borrar.[11]

Fue entonces que se supo, Votán está dentro de cada uno, se ha hecho uno en todos, referente, símbolo, recuerdo y porvenir. Al morir, Votán volvió a vivir. Presente estuvo.

Los que le sucedieron se agradecieron no haberle levantado monumentos pero celebraron su presencia en cada sueño, en el espacio inmaterial de la existencia que entonces era, sin nombrarse, conciencia.

Pueblos y parajes habitados por agricultores con vocación guerrera, muchos de ellos venidos en sucesivas oleadas migratorias, se disputaron territorios y víctimas para el sacrificio ritual, compartiendo sin embargo una lengua común[12], una religión y un sistema social producto de la semilla tolteca sembrada en tierra Maya.

Lo que fue causa de la desintegración siguió prevaleciendo después del derrumbe, multiplicada en los tantos señoríos en que se dividió la selva: Una sociedad clasista, donde los caciques ejercieron el poder político compartido con los sacerdotes que monopolizaron los secretos del culto a los dioses a quienes hablaban en lengua náhuatl, alimentados por macehuales y esclavos que conocían las artes y las técnicas para obtener el sustento de la madre tierra.[13]

Sin embargo, la ceiba sembrada en el centro de cada uno de los pueblos recordaba tercamente la unidad originaria de la comunidad diferenciada, una unidad que remitía a los antepasados fundadores, a la madre tierra sustento de la vida. Al territorio, al origen.

Los pueblos de la selva establecieron fronteras entre sí, pero sobre todo con los pueblos situados más allá del universo siempre verde.

Pero, más allá del conflicto fundador, de los límites de la demarcación territorial, imaginada por las relaciones humanas particulares como elemento de afirmación; se imponía un *nosotros* constituyente que trascendía la coyuntura del poder constituido y remitía a la pertenencia a la familia cósmica, base de la intersubjetividad.

Constantemente y casi como rasgo distintivo de esta tierra, llegaban nuevos grupos venidos de mas allá de los confines de la selva que traían, además de su necesidad y esperanza, noticias de lo que acontecía en tierras extrañas y distantes. Los caminos se ensancharon al paso de los migrantes. Los pueblos crecieron.

Se supo entonces, Hombres de cuatro patas, cabeza y pecho que brillan al sol, que quieren el sol y la luna en sus manos han llegado del otro lado del mar para no marcharse. Sus manos son tormentas que arrojan rayos atronadores que todo lo destruyen y ante quienes los viejos dioses no tienen poder. El gran reino Itzá de las tierras planas del norte ha caído y sus principales han muerto o son esclavos aunque muchos luchan aún, irreductibles, pero dispersos y hambrientos.

Otros, los menos, quisieron tener cuatro patas, rendirse al sol y la luna hasta quedar ciegos por su brillo, dejar de ser, para sobrevivir apenas creyéndose vivos, vagar por las nubes lejos de la tierra, ser la copia fiel de un original que no ha existido nunca.

Mucho dolor habita en el corazón de los pueblos vencidos, gran tributo exigen los extranjeros, grande es la pena. Ante ello sólo ha quedado el camino de Votán como esperanza.

Los sabios del pueblo consultaron los oráculos, los guerreros más jóvenes caminaron la selva vestidos de jaguar, de mono y venado como tropas de monos invisibles en el laberinto verde. Los más viejos lamentaron los días perdidos en guerras fratricidas y pidieron a Votán volver para unir a los pueblos contra el invasor y levantar de nuevo la casa de todos en el corazón de la selva.

En cada invocación, en los rituales sagrados, las mujeres y los hombres de la selva escucharon atentos la palabra de Votán en forma de letanía, la escucharon los pueblos distantes del oriente y del occidente, la repitieron sin cesar en cada casa, la transportó el río, voló con el viento entre las cañadas y las serranías, llegó tan adentro como la sangre que habría de perpetuarse en cada generación por venir, se hizo voz multiplicada presta para la acción, voz de fantasma-Votán recorriendo el mundo.

— *Llegará un tiempo de dolor y desesperanza. Una nueva era nacida de la sangre y la fiebre que teñirá el mundo de un solo color, ocultando el arcoiris original de la creación humana y divina. Una época de barbarie disfrazada de civilización. Una era maravillosa por la magia equívoca de destinos manifiestos, de verdades absolutas, de conocimientos infalibles, de mañanas. Y los hombres de esta era llamarán a su fe razón.*

Llegará un tiempo en que alguien pretenderá ser dueño de la casa de todos, y por sentirse así se disputará con otros iguales la posesión de la casa y sus moradores. Necio, inundará el mundo con un estruendo ensordecedor para no escuchar, para acallar las voces pequeñas que se afanarán por recordarle: esto no es tuyo, es de todos.

En su afán propietario confundirá todo, se invertirá el orden primordial y los hombres terminarán por verse a sí mismos como cosas y las cosas se venerarán como dioses. Se uniformará el mundo del gris de la agonía, del negro de la muerte.

En su afán liberador, el hombre despojado nacerá sueños, sueños fuertes para oponerlos al sueño fuerte del conquistador. Pero serán sueños tan iguales a este, tan uniformadores, tan atronadores, tan universales, tan heroicos, que acabarán por confundirlo todo de nuevo.

Nacerán ejércitos que pelearán por esos falsos sueños, ejércitos que pretenderán la verdad negando a los otros. Ejércitos sin oídos ni ojos, solo voces y puños altisonantes, transmisores de significados ya dados, de prejuicios que harán del hombre Ser frente a sí mismo, dispuesto a exterminar a los distintos iguales.

Muchos quedarán ciegos por los colores opuestos y enfrentados, soñando el tiempo del nuevo color vencedor y la muerte del vencido, creyendo que la fatalidad determinará el destino de los hombres.

Imaginarán el paso del tiempo en secuencias ordenadas en busca de una meta final, organizando la diversidad en el uniforme de roles preconcebidos. Se levantarán castillos en el aire, tan imponentes que terminarán por aplastar a sus arquitectos.

Imaginarán el espacio particular de cada persona, de cada pueblo, de las naciones, como islas flotando unas frente a la otra como un archipiélago de soledades, como las múltiples imágenes de un solo espejo, sin entender los lazos invisibles que nos hacen humanos. Olvidarán el significado específico y a la vez universal de la palabra comunidad.

Al despertar del sueño, muchos quedarán vencidos viendo el paisaje después de la batalla: Memorias heterogéneas e innovaciones truncas y también, innovaciones heterogéneas y memorias truncas. Más confundidos que antes, tan frágiles y fragmentados que agitarán la

bandera de la impotencia exhibida como realismo, que decretarán para su comodidad el fin de la historia que no será otra cosa que la disposición a la muerte.

Sin embargo, habrá quienes en la casa de todos, no habrán de olvidar el origen de las cosas que es también el fin último. Que sabrán que si se ha de seguir viviendo habrá que dejar de ser lo que nunca se ha sido, que no habrá que olvidar el pasado fundador del futuro, el pasado nuevo, multicolor, y lucharán con la alegría del arcoiris redivivo donde todos los colores caben, de la sinfonía donde ningún sonido falta, del coro donde ninguna voz sobra. Se unirán voces, sonidos y colores para imaginar un nuevo mundo.

Así se escuchó en los rincones de la selva.

Algunos no entendieron el mensaje profético que no buscaba exorcizar el temor y que venía de lo más profundo de la tierra y de las almas, pero otros, con el dolor que proviene del desgarramiento de la conciencia, comprendieron la tarea que les era encomendada y se aprestaron a luchar por ella.

Luchar, luchar en cada nacimiento, luchar también en cada muerte. Luchar en cada pasión y en cada resurrección. Luchar cada momento de la vida y de las muchas vidas por venir. Luchar en la madrugada fría en que se manifestará Votán para abrir la puerta al tiempo nuevo, ese que estamos haciéndonos caminando de sol a luna, de lluvia a seca. Luchar para ser Votán que une a los pueblos, para ser Votán que reparte la tierra, para ser el Votán que nombra.

Para vencer y no morir, porque Votán es el pueblo que nunca muere.

Notas

[1]El personaje de Votán ha sido tomado de dos fuentes: La primera es la obra de Jan de Vos, *La Paz de Dios y del Rey. La conquista de la selva Lacandona. 1525-1821*. México, Secretaria de Educación y Cultura de Chiapas y Fondo de Cultura Económica. 1988; que se refiere a este héroe de la mitología Maya como impulsor de la reconstitución de las colectividades de la selva hoy llamada Lacandona en las postrimerías del siglo XV. La segunda fuente son los escritos (cartas y comunicados) del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la pluma del Subcomandante Insurgente *Marcos*, que retoman a Votán para ubicarlo, junto a otro personaje central, Emiliano Zapata, como referentes simbólicos de su lucha. Espero haber respetado hasta lo posible tanto los datos conocidos por De Vos como el espíritu recreado por los Zapatistas.

[2] Putunes, nombre dado a los Itzaes, grupo originario probablemente de la costa de Campeche y Tabasco de habla Maya-Chol y cuyo centro político estaba en la isla de Cozumel. Conquistadores de Uucil-Abnal a la que bautizaron como Chichén Itzá y fundadores de Mayapán, las capitales del nuevo imperio Maya del Norte entre mediados y fines del siglo XIII. Por un golpe de estado, fueron expulsados de ambas ciudades entre 1441-1461 (Katún 8 Ahau) y tomaron el camino del exilio hacia el Petén, donde fundaron Tayasal. De Vos, Ibid. pág. 32-36.

[3] Se le identifica con la isla de Cozumel Ibid. pág 301 (Notas).

[4] Entre los diversos grupos étnicos, y en particular entre los distintos grupos Mayas de México y Guatemala es común, aún en nuestros días, el culto a deidades telúricas asociadas con objetos de la naturaleza, cerros, fuentes de agua, árboles, animales, etc. En muchos casos, el nombre de algunos lugares se asocia al nombre de esas fuerzas o *espíritus* que son causa de la sacralidad de cuevas, manantiales y otros lugares. Hoy día lo más común es que se llame a distintos lugares con los nombres de personajes del santoral cristiano impuestos por la iglesia católica después de la conquista, como patrones o santos guardianes objetos de culto Detrás de la imagen del Santo Patrón cristiano se puede adivinar la presencia de algún espíritu de la montaña lo que nos habla de esa hibridación cultural a la que hace referencia Néstor García Canclini en su obra *Culturas Híbridas. Estratégias para entrar y salir de la modernidad*. México, editorial Grijalvo, 1990.

De cierto modo, la prevalencia del culto a los señores de las montañas nos remite a lo que algunos antropologos han calificado cono animismo, que sin embargo refiere a una cosmovision particular, esa que distingue a las culturas mesoamericanas de la cultura occidental y que se puede resumir en una frase. *Para los españoles Dios gobierna al mundo, para los indios Dios Es el mundo*

Los Kek'chies llaman Tzultaq'a a estas fuerzas o espíritus de la montaña, los Tzeltales Chuk y los Tzotziles Chauk. En este texto se usa el vocablo Kek'chí para identificar a esas expresiones Richard Wilson, *Ametralladoras y espíritus de la montaña. Los efectos culturales de la represión estatal entre los q'eqchi'es de Guatemala*. Textos Ak' Kutan, Guatemala, 1993.

El nombre Nachán ha sido citado por De Vos (op. cit) para nombrar el lugar donde Votán estableció su señorío y se asocia con el nombre del espíritu gobernante en ese lugar. Valum Votán sería el nombre del clan fundador.

[5] Ikalahau o simplemente Ikal, es el personaje que representa a la guerra en la religiosidad Maya. V. *Pop Wuj Poema mito-histórico Ki-chè*. Traducción de Adrián Ines Chávez, Ediciones de la Casa Chata, Mexico, 1979

[6] Según el Pop Wuj, es el personaje fundador de la nación Quiché (ibid).

[7] Edgar Morin *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Ed Gedisa, 1994, pág. 23

[8] Carmen Castillo " Marcos y los hombres de la noche" cit Por Adolfo Gilly en Subcomandante Insurgente *Marcos*, Adolfo Gilly y Carlo Ginsburg. *Diálogos sobre la historia*, Ed. Siglo XXI, México, 1995

[9] E.P. Thompson "La sociedad inglesa del siglo XVIII· ¿Lucha de clases sin clases?" en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial. (c o).*

[10] De Vos (op. cit.) refiere la constitución de una federación de Estados autónomos como la base de la sociedad fundada por Votán.

[11] En el calendario Tzeltal editado por F. Nuñez (Constituciones pág. 9-10), el tercer día del mes se llama Votán Citado por De Vos, op. cit. pág. 301 (Notas).

[12] El Chol De este idioma se conocen algunas variantes dialectales, algunas son usadas hoy en día, como la variante de Tumbalá, de Tila y de Sabanilla; otras como el Cholti, hablado por los Manchés y el Chol-Lacandón hablado por los Acalaes, Pochutlas y Lacandones han desaparecido junto con sus hablantes. En realidad el Maya-Chol es un gran grupo lingüístico constituido por cuatro idiomas: El Chontal (hablado originariamente en las tierras bajas de la laguna de Términos, desde el río Cupilco hasta incluso la cuenca del río Candelaria); el Chol-Palencano (en la selva Lacandona septentrional y en las montañas de Tila y Tumbalá); el Choltí (desde la selva Lacandona meridional hasta la delta del río Motagua) y el Chortí (en la región fronteriza de Chiquimula, Escuintla y Copán). Para algunos lingüistas, el Choltí era entre los idiomas Choles el más puro y arcaico, por lo tanto el menos influido por los idiomas de los altos de Chiapas y Guatemala. Era también el idioma más cercano al Maya-Yucateco De Vos, ibid. pág. 161-163

[13] Rosario Casco, refiere el patrón de alta sostenibilidad ecológica de la agricultura de los Mayas de la selva. Rosario Casco Montoya. *Desarrollo Rural Integral de la Selva Lacandona*. Comisión del Plan Nacional Hidráulico, SARH, México, 1984.

II
TERRITORIOS

Vinieron juntos Tepeu y Guc-Cumatz
y hablaron; ordenaron su pensamiento,
consultaron entre sí y meditaron;
Juntaron sus palabras y sus ideas
y se dijeron: Cuando amanezca
debe aparecer el hombre.
Y comenzaron a trabajar.

Pop Wuj

Trazos en el tiempo

Palenque en 1982, bajo las nubes grises de mediados de octubre, es un caldo abandonado que despide vapores y levanta espejismos.

El grupo lo formábamos seis personas, seis pasados y seis porvenires multiplicados. No vale la pena detenerse a hablar de cada uno, pero mucho de lo que aquí se escribe es una historia colectiva hecha de historias personales unidas por sueños compartidos.

La primera noche la habíamos pasado sin preámbulos ni glorias, agobiados solamente por el calor, la humedad y los zancudos que pueblan las noches del trópico, y por el zumbido de un ventilador de techo que agonizaba entre quejidos.

A la mañana siguiente, temprano, estábamos listos para emprender camino intentando llegar a Frontera Corozal, un pueblo que se encontraba a 150 kilómetros de distancia, en la ribera del río Usumacinta, en la propia frontera con Guatemala y donde creíamos se

hallaba el corazón de la selva Lacandona, cuestión que, luego supimos, no era verdad.

Después de un mal viaje de 12 horas que nos había traído dando tumbos desde Palenque, enlodados hasta la cabeza por tantas veces que debimos bajar de *la Pancha* para sacarla de los atascaderos, llegamos a las orillas del arroyo Agua Azul a sólo tres kilómetros de nuestro destino, donde debimos pasar la noche.

En el trayecto, la selva se adivinaba apenas como un *jardín de senderos que se bifurcan* para llevar a cualquier lado o a ninguna parte, a cualquier tiempo y a cualquier motivo, a un tiempo perdido o a la sinrazón.

Un mundo de caminos irreconocibles e irreconciliables se adivinaba en la vera de nuestra ruta: Caminos de a pie, *trías*, a veces apenas un rastro dejado por una piara de jabalíes o por pies descalzos y machetes-llave; caminos de bestias, caminos reales, accesibles sólo para quien puede navegar con piernas submarinas o sublodosas, sonreir o imprecar en el desliz de un mal paso en los días del invierno; caminos vecinales, *trocopaces*, aptos sólo para la doble tracción.

Y también, la propia carretera, una larga vía de terracería, polvorienta en verano y cenagosa en invierno, capaz de modificar en pocas horas la posición anatómica de riñones, estómagos, próstatas y ánimos.

Sólo en algunos casos y hasta cierto punto, el asfalto cubría entonces la ruta hacia la casa de muertos memorables: Palenque.

Hoy esta larga avenida que bordea la frontera con Guatemala está completamente cubierta con una carpeta asfáltica propia de un desfile militar.

Pero entonces, desde la carretera y entre los setos-muro de verde infinito se adivinaban caseríos o simples *champas* contenedoras de

mundos que, si no se miraban, se percibían en la humareda de cocinas invisibles: Humo alimenticio remontándose al cielo. Humo de fogones a ras de suelo que se filtra por los intersticios del techo de *güano* para fundirse con las nubes. Fogón pobre de casa pobre.

Entonces como ahora. de la carretera partían senderos que conducían a las parcelas, que en la claridad del solar rompían el claroscuro umbrío de la ruta.

Se atravesaban ríos y arroyos esmeralda y aguamarina; arroyos-lavadero de mujeres de sonrisa clara y torso desnudo sobre laja lavada; arroyos-chapoteadero de niños lagarto, de niños gaviota, de niños risa que estalla, de niños-niño; arroyos tertulia de hombres sucios de fatiga y jornal, de tumba-quema-limpia-siembra-limpia-cosecha, de hombres sucios de maíz, frijol y calabaza, de hombres espuma blanca que desaparece corriente abajo. Seres cuento, invento, chiste, broma, idea, teoría, historia.

Aún hoy, muchos años después, por la carretera siguen pasando, a cuarenta por hora y en sentido contrario, mujeres y niños con un fardo de leña en la espalda, mecapal en la frente sudorosa; hombres mano-machete, cabeza sombra de palma, pies nostalgia de zapatos, bolsa de pozol y agua, de hierbamora y chipilín.

A pie, en burro, mula o caballo, transeúntes vienen y van bajo el sol que se transpira en la ropa y se refracta en la loza gris y polvorienta levantando espejismos.

Por la carretera pasan potreros y pastizales. Reses flacas de vida incierta, que se rumian la selva palmo a palmo. Una res por hectárea, una res por cada 600 árboles, con sus orquídeas, helechos, hongos, pájaros, mariposas y escarabajos incluidos. Una res por cada dos toneladas de maíz y media de frijol por año. Una res de estancia efímera en una selva de nunca más.

Por la carretera pasan milpas de verde y oro, milpas de quizá algún día, milpas de *de todos modos*, de aquí y allá, milpas guardadas por espantapájaros inmutables e inútiles, milpas de vida nueva.

Por la carretera pasan de vez en vez, pueblos que se destacan en sus templos de tabla o *bajareque*, en sus tiendas de galletas y refrescos, en sus escuelas sin maestros, en sus comedores de tortillas, frijoles y huevos fritos, en sus casas apenas alineadas en calles improbables. En sus silencios.

En la selva, tal vez como en ningún otro sitio el recorrido era, sigue siendo, tan importante como el arribo. Caminar la selva, como se camina en ella, era lo contrario a verlo todo como paisaje porque, como bien se dice, uno se interna cuidando cada paso, cada promontorio, cada hondonada, atendiendo nuestro propio modo de andar, de respirar, de trepar, brincar y bajar, y en cada paraje se recorre una vez más lo que permanece de años y uno lo vuelve a formar. Bien se dice que del camino no se sirve uno, no es una comodidad, es experiencia - acumulada y nueva - que se ejerce y se revivifica.[1]

Y por eso, como lo sabría más tarde, la selva era mucho más que sólo una región geográfica, era terreno andado, levantado sobre los sueños, las palabras y los haceres.

Nombrada por sus incontables descubridores: *K'ax, Desierto de la Soledad, Descampado del Lacandón, Lacandonia.* La Selva Lacandona podía estar en algún lugar formando un mundo aparte. Uno de los tantos mundos que forman al mundo. Un mundo que no empieza donde otro termina, sino que forma uno de los tantos pisos que forman este edificio universal llamado Tierra, llamado Humanidad.

Entonces, la selva podía estar situada en algún lugar de la saliente más oriental del territorio chiapaneco y también en la margen noroccidental del Petén guatemalteco. Dos caras de una moneda

geográfica e histórica que valía en la aleación de franjas de los municipios mexicanos de Ocosingo, Las Margaritas y Trinitaria y de los guatemaltecos de Petén y el Quiché.

Dos caras también de un solo espejo.

Sus límites precisos se han perdido en el tiempo pero formalmente y en vista de designios oficiales, todavía hoy limita en México, al noreste, este y sur con la frontera que fluye en el río grande, el Usumacinta.

Por el sur con la imaginaria frontera, trazada con arte de ingeniería política, desde el Vértice Chixoy hasta el Vértice de Santiago.

Por el oriente siguiendo los flujos mansos y grises del río Chixoy o Salinas, que del otro lado se llama Negro, y que a partir de la confluencia con el de la Pasión continúa siguiendo el sinuoso derrotero del Usumacinta.

El *río grande* nace en los Cuchumatanes y se extiende por 800 kilómetros de rápidos y remansos regando una cuenca de 62 390 kilómetros cuadrados en dirección noroeste, alimentado generosamente por el Lacantún, el Jataté, el Chacamax, el Lacanjá, el Tzendales, el Huitzijá y el Yashilán, cuyas aguas remontan la geografía para nutrir al coloso, que abandona al fin la selva para unirse al Grijalva en otra frontera, y olvidarse en el mar océano.[2]

Al occidente, limita en algún lugar del tiempo con milpas y pastizales de Palenque, Ocosingo y las Margaritas.

Del otro lado, que hoy se llama Guatemala, la selva limita al oriente con pueblos y sabanas de la Libertad, San Andrés, Flores y Melchor de Mencos en el departamento del Petén; al sur con la misma historia en Sayaxché y San Luis en el Petén y en Chajul y Playa Grande en el Quiché. Desapareciendo por fin en las faldas de los Cuchumatanes y la altiplanicie de la Verapaz.

Hacia el norte se encuentra con la línea divisoria de Campeche y Tabasco donde el San Pedro y el Candelaria, en su andar sobresaltado, no respetan aduanas y van de allá para acá sin permiso y sin regreso.

Dicen los que saben, que ocupa una extensión de casi tres millones de hectáreas en ambas caras. Un millón y medio (15 000 Km^2) en Chiapas y un millón cuatrocientas mil en Guatemala, pero sólo tal vez se refieren a la región maravillosa de la imaginación y a un tiempo anterior a la tragedia.[3]

La selva se anida en un paisaje de montañas medianas y mediocres que no se levantan más allá de los 200 metros, pero que sin embargo lucen imponentes y tratan con insolencia a quien por ellas anda.

La Sierra Lacandona o Montaña de Oriente parte en dos el municipio de Ocosingo formando cañadas y valles hasta resolverse en el Lacantún donde comienzan las tierras bajas del Marqués de Comillas.

La Sierra del Lacandón parte en dos el municipio de la Libertad, formando cañadas-albergue de pueblos callados y de viajeros trashumantes, hasta resolverse en los humedales de Sayaché y los pantanos de la Laguna del Tigre.[4]

Mosaico de suelos, apenas una delgada capa multicolor donde se descubre casi sin querer un manto calizo de roca estéril. Suelos pobres que viven sólo de la generosa limosna de los reinos animal y vegetal, que mueren para poder vivir.[5]

En la selva se anida un clima insano, cálido y húmedo con una temperatura media anual que se sufre entre los 18 y los 26°C con oscilaciones entre los 10 y los 42°C como extremas.[6]

El cielo de la selva llora por tiempos, paradójicamente gozoso, una lluvia generosa que reduce los años a verano e invierno. Primavera y otoño son patrimonio de latitudes lejanas.

Un ciclo tras otro el tiempo transcurre entre verano e invierno aunque, como para justificar la regla, Palenque y Tenosique, puertos de entrada a la selva, se dan el lujo de tener una estación más: la del tren.

Aquí el tiempo es tan veloz que parece detenido, como el viento del sur que llega a ráfagas, hace remolinos, se detiene y vuelve a asaltarnos, una y otra vez.

La naturaleza bulle y forcejea, es un presente cambiante que ha estado ahí todo el tiempo como fuerza y configuración, como presencia, como medida que marca la distancia.

Espacio donde la cercanía y la presencia y no la magnitud de la separación son lo esencial. Es lo que importa de veras lo que está más próximo y no lo que está a menor distancia. Aquí la distancia se funda en lo que importa.

Tal vez por eso, en esta selva, caminar es un concentrado de vivir y entraña la misma disposición doliente y amorosa, aventurera.

Redes y laberintos

Desde los cincuenta, los caminos de tierra, las carreteras, quisieron suplantar a los caminos de agua sin conseguirlo del todo[7].

De Tenosique y Palenque, trascavos, motoconformadoras, volteos y monstruos de todo tipo avanzaron sísmicamente al rescate de las maderas expectantes derribadas en los intestinos del mundo en aras del progreso.

Tras ellos, legiones de pies cansados sembraron aldeas y milpas a su vera.

En los setenta, avezados ganaderos modernizaron los accesos a sus cotos de pastoreo para poder emprender camino a Tabasco con sus reses viajeras.

Tras ellos y en sigilo, centenares de sombras errantes levantaron ejidos y *agarradas*.

En los ochenta, PEMEX emprendió la aventura de abrir caminos al infierno para arrancarle al mismo diablo su sangre vieja, sus pedos fulmíneos y sus fluidos lúbricos.

Tras su rastro, otro rastro de pueblos quedó grabado en la senda abierta, pueblos venidos de pueblos saturados, de fincas neo-porfirianas, de tierras inundadas, de montañas calcinadas, de ciudades quitatiempocreailusión, donde la vida no daba para más.

En los noventa, se descubrió con sorpresa que para abrir nuevos caminos o mejorar los existentes no hacía falta hacer solicitudes a la SCT, talar madera o encontrar petróleo. Bastó con declararle la guerra al gobierno. Ya se sabe, economía y guerra se entrecruzan como razones para hacer camino.

En cuarenta años y en una lógica extraña pareciera que los pueblos no hicieron caminos, sino viceversa, aunque puede ser que hoy sólo podamos sentir el contacto con el camino y no los pasos que quedaron en él y por eso cueste tanto comprender el valor de lo andado.

La primera carretera que se trazó en la selva nació en los sesenta y partió de Pénjamo, un pequeño pueblo de ganaderos y agricultores tabasqueños situado en la intersección del nuevo camino con la carretera estatal que une a Zapata con Tenosique y que se prolonga un poco más para juntarse con la nacional que va de Villahermosa a Mérida.

Desde Pénjamo la carretera atraviesa ranchos ganaderos y colonias indígenas hasta encontrarse con Chancalá, el pueblo de la Compañía Forestal Lacandona (COFOLASA), un ente concebido por los gobiernos federal y estatal para explotar lo que quedaba de las maderas preciosas.

Sin duda, Chancalá vivió de COFOLASA a lo largo de casi 15 años hasta que la empresa fue cerrada por incosteable, de modo que al sobrevenir la clausura del aserradero que cada día levantaba a todos con el ulular de su sirena madrugadora, Chancalá perdió el brillo y el trajín de su época dorada y se convirtió en un lugar más, al marcharse buena parte de las familias de obreros de la compañía en busca de un porvenir.

A tres kilómetros de Chancalá, al occidente, la carretera encuentra su primer nudo, *El crucero Chancalá*, cruz de caminos que devuelven al norte, a Palenque, envían al sur, hacia la nueva ruta fronteriza (trazada en 1982) o al oeste entrometiéndose en la breve serranía de la cañada Tzeltal y en el valle de Santo Domingo.

Ahora esta última vía se llama carretera ejidal y fue la primera ruta de ingreso de pueblos que hoy cumplen 40 años y que entonces se trazó con la brújula que señalaba a los desmontes de caoba de los Aserraderos Bonampak (el que luego sería COFOLASA al expropiarse esta compañía maderera en 1973).

La vera de este camino y sus impensables extravíos son terreno Tzeltal: Reforma Ocampo, Emiliano Zapata, y 5 de Mayo son ejidos habitados por poblanos y tzeltales cultivadores de chile jalapeño. Más homogéneos y más indígenas son Graciano Sánchez y Chocoljaito, partido en dos por el flujo sobresaltado del río Chocoljá; el Crucero Piñal, intersección que enrrumba hacia Monte Líbano y las Cañadas de Ocosingo, y hacia Najá y Metzabok, los caribales Lacandones.

Sigue por Nuevo México, San José Patwitz y su preparatoria indígena, Damasco, Nuevo Jerusalén, Jericó, La Siria - patronímicos de una tierra que no fue prometida sino conquistada -, La Arena y su Misión Jesuita, Ubilio García, Ojo de Agua, Arroyo Granizo, Santo Domingo, Niños Héroes y su paso a la cañada de Taniperlas, El Limonar, Cintalapa y Lacanjá Tzeltal de donde se pasa a la intersección con la ruta fronteriza.

Invisibles desde la carretera y desde la memoria oficial, cientos de pueblos Tzeltales perviven en las montañas tras las que irrumpen las cañadas de Taniperlas, Patiwitz, Amador y Avellanal en las estribaciones de las sierras de San Quintín, Cruz de Plata, Livingstone e Ibarra. Rebeldes irredentos, las cañadas se miran a la derecha del camino maderero, pero a la izquierda de la razón.[8]

Hasta 1983, la carretera ejidal fue la única vía de acceso terrestre a los confines de la selva.

Pensada sólo como vía de paso a los grandes camiones madereros, la carretera estuvo sin mantenimiento durante años, de modo que en los inviernos prolongados, los cientocincuenta kilómetros que unían a Palenque o Pénjamo con Frontera Corozal, su estación terminal, consumían doce horas de sobresaltos y aventura.

Para 1989, el Instituto Nacional Indigenista (INI) emprendió la rehabilitación de puentes con la mano de obra indígena como principal material de construcción, una vez que las maderas ya no transitaban por la ruta y el paisaje era una estepa de pastizales, milpas y cerros pelones.

Desde fines de los setenta y hasta bien entrados los ochenta, los gobernadores en turno, Manuel Velazco Suárez, Juan Sabines y Absalón Castellanos solían bajar del cielo, en helicóptero, para repartir favores y dinero por los pueblos de la carretera un día cualquiera convertido en día de limosna por los benefactores. Cuando se acabó la madera, el cielo dejó de traer bondades, salvo en las cercanías de un día de elecciones.

A mediados de 1983, la carretera Fronteriza del Sur, trazada con urgencia desde 1982, se abrió al público para llevar y traer de todo a lo largo de más de 300 kilómetros siguiendo la línea internacional.

Desde el crucero de Chancalá, la nueva ruta saluda a decenas de pueblos, muchos de los cuales bajaron de la montaña aledaña para acercarse al progreso: Chancalaito, Nuevo Cannán, Nuevo Ojo de Agua,

Nueva Esperanza, de donde un desvío lleva al Usumacinta y sus pueblos perdidos: Nueva Selva, Nueva Libertad, Margarita Maza y Arroyo Jerusalén; Busiljá y Maravillas.

Pasa también por Nuevo Francisco León, el pueblo Zoque de los sobrevivientes del Chichonal, reacomodados en esta selva después que las cenizas del volcán borraron del mapa sus lugares de origen en el verano de 1982.

Después se une, a la altura de Nuevo Guerrero, con el trazo viejo de la ejidal para seguir su camino, primero por el recuerdo de pueblos que ya no existen pues en 1983, judiciales y soldados quemaron las casas y dispersaron a los moradores de las poblaciones de San Javier, Jerusalén, Rancho Chihuahua y Nuevo Guerrero; y luego por el crucero a Nueva Palestina, un Nuevo Centro de Población ejidal nacido de la concentración de 9 localidades Tzeltales en 1976 al constituirse la Comunidad Lacandona.

Más adelante una brecha que nace en el crucero de Bonampak conduce a la antigua ciudad sagrada de los murales y a Lacanjá Chansayab, el paraje Lacandón.

A la vera del camino, Anaite es un caserío de entre semana, cercano a las parcelas de algunos Choles de Corozal, poblado este último formado por la congregación de 7 pueblos reubicados en las mismas fechas que Palestina.

Luego, el crucero que va a Corozal, dobla la carretera para seguir rumbo a Boca Lacantún, un cuartel militar y estación migratoria permanentes en la Ribera del río de ese nombre, y cruzando el puente que se construyó hacia 1986, adentrarse en la región de Marqués de Comillas y sus más de 30 pueblos.

Hoy día y después de una construcción demandada pero detenida desde mediados de los ochenta y reiniciada en 1994, la carretera

llega a los más apartados, El Pirú y Chajul y se une con el trazo que viene de los lagos de Montebello, con las Margaritas y La Trinitaria.

En la Lacandona, los pueblos no tienen, aunque así lo parezca, una adscripción étnica identificada más o menos en un territorio determinado, en los pueblos conviven familias pluriétnicas, padre chol, madre tzeltal, hijos del tiempo y el amor. Mezclas humanas que destruyen de un plumazo cualquier reminiscencia a afanes de pureza racial.

Por fortuna eso no importa para saberse indígenas, hermanos de un pasado y un presente dolorosos, y también de un destino por hacer.[9]

Aún el enclave Zoque de Nuevo Francisco León encierra las relaciones multiétnicas de los demás pueblos pese a su presencia reciente. Los pocos pueblos ladinos lo son más por determinación estadística que por la sangre en las venas.

En Marqués de Comillas lo normal y aparente es la diversidad de orígenes de sus pobladores, identidad que en algunos casos se evidencia en los nombres de las localidades, pero que constituye un mosaico pluriétnico original producto de las formas particulares que adquirió el proceso de colonización de esta zona.

En los pueblos del Marqués conviven con mayor o menor armonía, mestizos de Veracruz (Coatzacoalcos, Minatitlán, Acayucan, Tres Valles, y otros zonas del sur del estado), Guerrero, Michoacán, Oaxaca, Tabasco y del mismo Chiapas (Soconusco, la Fraylesca, Los Altos y el Norte), con indígenas Choles, Tzeltales, Tzotziles, Tojolabales, Zoques, Chinantecos y Mazatecos y aún, en una excepcionalidad fascinante, con *Chilangos* del D.F. venidos por razones de alguna historia familiar o personal hasta este rincón del mundo y, hasta hace poco tiempo, también con indígenas guatemaltecos refugiados a lo largo y ancho de esta franja fronteriza: Quichés, Kekchíes, Mames, Chujes, Ixiles,

Kanjobales, Cakchiqueles, venidos del Ixcán y Huehuetenango por la represión criminal del ejército chapín.

Sin duda, la carretera fronteriza del sur, respondió a la indetenible necesidad de aprovechar el descubrimiento de mantos petroleros en la selva y, sobre todo, de abrir una vía de acceso expedita al ejército mexicano con el fin de controlar la frontera, frente al entonces cada vez más convulsionado panorama político-militar guatemalteco que, con el ingreso de miles de refugiados entre 1981 y 1982 y las frecuentes incursiones del ejército vecino, había cruzado la frontera.[10]

Señales

En la selva amanece temprano. La madrugada se anuncia en el rugido mañanero de los *saragüatos*.

Frontera Corozal, que por entonces todavía llevaba el nombre de su creador, el presidente Luis Echeverría, nos recibió temprano sin ánimo de recibirnos.

Por aquel entonces Frontera Echeverría o Corozal tenía unos tres mil habitantes, la mayoría de ellos Choles procedentes de 9 pequeñas aldeas concentradas en este paraje en el año 1976 después del decreto de Restitución de Bienes Comunales del 8 de marzo de 1972 que creaba la Comunidad Lacandona, ejecutado a fines de 1975, con el cual se otorgaban a 100 familias lacandonas, la fabulosa cantidad de 614 000 hectáreas de selva, aptas para la explotación de la madera.

Antes de asentarse en el Nuevo Centro de Población Ejidal, los habitantes de Corozal, exjornaleros de fincas cafetaleras de Salto de Agua, Tila, Tumbalá y Sabanilla, habían llevado una vida seminómada en Tabasco, en la región del ejido *Conquista Campesina*, Campeche y en lugares de la propia selva Lacandona y recién empezaban a habituarse a

esta concentración más o menos forzada que no terminaba por constituirse en comunidad.

En esos tiempos la ecología no era todavía una preocupación mayor como sí lo era la aguda situación social y política provocada tras el acto fundacional que había llevado al exilio o a ser perseguidos como invasores de tierra a miles de pobladores de cientos de caseríos de montaña, que de un día para otro pasaron de la condición de colonos a la de criminales.

Frontera era un pueblo de calles perfectamente trazadas, con barrios organizados de acuerdo al poblado de origen de sus habitantes: Manuel Velazco, Río Cedro, Nuevo Tila, Nuevo Tumbalá, Corozal, Niños Héroes, Jerusalén, Nuevo Progreso y Alfredo B. Bonfil. 9 templos convocan a la profesión de fe, cada uno de una denominación religiosa distinta[11], su tienda CONASUPO y la bodega provisional de granos de maíz, que en realidad no era sino una gran carpa amarilla que cubría de la intemperie los costales perfectamente estibados.

Llegar al río Usumacinta significaba el trámite de identificarse ante agentes de migración y soldados del destacamento local y desayunar en un pequeño comedor, propiedad de un viejo chiclero tabasqueño que después de andar los caminos había decidido morirse en este rincón olvidado de la selva de sus pasiones.

La clínica del pueblo, administrada por la Secretaría de Salud, había sido inaugurada en 1980 por José López Portillo en uno de esos viajes que los presidentes suelen hacer por el país repartiendo favores, y había sido abandonada casi el mismo día de su inauguración.

Ese día, el presidente y el gobernador se encontraron con una instalación equipada con los últimos adelantos de la medicina y la ingeniería: Un médico y dos enfermeras perfectamente vestidos de blanco y que habían llegado el día anterior en un helicóptero desde Tuxtla, junto

con medicinas y equipo de diagnóstico los recibieron con la mayor cortesía. Cuatro camas de hospital nuevas, mesas de noche, burós, cortinas y sábanas blancas se distribuían en dos habitaciones para la hospitalización de pacientes. Un consultorio equipado con todo lo necesario, una amplia sala para la atención de partos y cirugía menor perfectamente instalada, una farmacia, dos baños y una cocina formaban el maravilloso espectáculo de la justicia social que el presidente encontró a su llegada.

Hubo discursos, vivas y aplausos. Hasta que el presidente partió por la tarde y tras él, todo el equipo: los médicos, los muebles y las medicinas se marcharon para no volver, con destino a la próxima clínica por inaugurarse.

Dos años después el edificio estaba vacío, lleno de telarañas y alimañas aunque todavía lucía una foto oficial enmarcada, del presidente López Portillo, en una época en la que ya había un nuevo gobernante del país.

Como la clínica, otras obras inconclusas eran parte del paisaje, un horno de secar chile, cuyas rejillas de horneado sólo eran útiles para una variedad que no se producía en la región, recibía a los viajeros a la entrada del pueblo, las calles estaban abiertas por profundos surcos por los que se suponía pasaría el sistema de agua potable que no se construyó sino varios años después y una Casa del Pueblo que tenía muchos meses en obra negra. Todas estas construcciones detenidas y hasta ese momento inútiles eran sólo algunos ejemplares de una de las especies de la fauna mexicana más comunes y que son frecuentes en el paisaje chiapaneco: El *elefante blanco*.

La gente del pueblo no suele mirar a los visitantes con mucha simpatía y a cada paso los hombres interceptan al que llega para preguntarle de dónde viene y qué hace aquí. Son tantos los

interrogatorios y de tanta gente, que puede pensarse que esto es expresión de la cultura Chol. Es claro que se trata de la reacción ante tanta promesa, mentira y abandono, muestras de temor ante los favores oficiales.

Por esos días era común escuchar los bombardeos sobre la selva del Petén que se mira en la ribera de enfrente, apenas atravesando el río. Era todo un espectáculo macabro, ver cada *raid* de aviones de la Fuerza Aérea Guatemalteca sobre el espacio verde, aparecían en el horizonte, bajaban casi hasta tocar las aguas del Usumacinta, para elevarse luego unos kilómetros y descender casi en picada para soltar su cargamento de bombas de 100 libras y darse a la fuga apresuradamente.

La gente de Frontera no solía hablar de ello francamente, pero en sus rostros se adivinaba el desconcierto. Su experiencia en la guerra había comenzado un año antes, cuando unos cientos de guatemaltecos, la mayoría mujeres y niños, cruzaron el río procedentes de una aldea que había sido destruida por el ejército chapín, *El Arbolito*. El ejército mexicano había rechazado a estos primeros refugiados y los había devuelto a Guatemala. No volvió a saberse de ellos hasta fines de 1981 cuando unos pocos del grupo original volvieron y relataron la muerte de los demás a manos de los soldados, a los llegados se les dio el *status* de asilados políticos y se les trasladó al estado de Puebla, donde todavía permanecen. Fue un acto de solidaridad tardío. Los Choles de Frontera cargaban aún con esa pena.

Por esos días también, se supo en los corrillos del pueblo que cientos de personas vagaban por la selva del Petén huyendo de la persecución militar. Con sus escasas pertenencias caminaban por la montaña, sin alimentos ni medicinas, a veces protegidos por pequeñas unidades insurgentes y otras solos, en una sorda y callada resistencia que más tarde habría de dar lugar por una parte, a aldeas de desplazados que

se conocerían como Comunidades de Población en Resistencia del Petén, y por otra a miles de nuevos refugiados en México. Protagonistas de una historia que marcaría a la frontera.

Al cabo de tres días volvimos sobre nuestros pasos en dirección al valle de Santo Domingo, donde se localiza el ejido de ese nombre, un poblado Tzeltal formado veinte años antes, al igual que los pueblos vecinos, por peones acasillados de la región de Chilón que bajaron de los altos a Palenque, siguiendo la ruta de la maderera Aserraderos Bonampak en busca de tierras.

La historia de la clínica cerrada se repetía y la desconfianza de la gente también. Llamaba la atención, además de la belleza del pueblo, de su río y su cascada, el hecho de que a sólo un kilómetro de distancia, en el ejido Arroyo Granizo, se ubicaba otra clínica de la SSA, cerrada también Dos clínicas a menos de un kilómetro, mientras que en el resto del valle, a lo largo de casi 100 kilómetros de pueblos no existía ninguna.

En Santo Domingo se localizaba el Centro Coordinador del Instituto Nacional Indigenista (INI) de la región Tzeltal-Chol-Lacandón. Hoy día este Centro tiene sus instalaciones en Palenque, pero entonces era el enclave gubernamental más importante de la selva Lacandona.

Desde ahí se promovían los programas de desarrollo y las acciones sociales del Estado para los cientos de poblados de una vasta región que comprendía tanto el valle y la frontera, hasta el último poblado de Marqués de Comillas. Unos cuantos técnicos pasaban sus días recorriendo pueblos, promoviendo proyectos, haciendo cuentas de presupuestos que llegaban a destiempo y nunca alcanzaban, o peleando en Tuxtla con funcionarios de otras instituciones con las que debían coordinarse. En el Centro Indigenista no había indígenas, todos sus trabajadores eran mestizos procedentes de otros estados de la república, de vez en cuando algún chiapaneco. Se podía ver en el edificio a algún

poblador de la zona sólo cuando el médico del Centro daba consulta a enfermos, lo que no era muy frecuente pues en sus recorridos por las aldeas se consumía su tiempo, o cuando había alguna junta de comisariados ejidales y representantes de comunidades.

Como entonces no había luz eléctrica en los pueblos, el Centro se abastecía de energía a través de una planta de diesel que funcionaba las últimas horas del día y que en días de fiesta iluminaba también el parque. La electricidad llegó al valle sólo tres años más tarde.

A veces algún guatemalteco de origen incierto se aparecía por los pueblos del valle, o en el propio Frontera buscando medicinas o alimentos, burlando la vigilancia de los agentes de migración y de los soldados que tenían sus destacamentos en Corozal. Otras, algún poblador de una cooperativa campesina que no había sido reprimida llegaba acompañado de un soldado mexicano a pedir consulta, a vender animales o a comprar mercancías.

En marzo de 1983, un gran contingente de guatemaltecos perseguidos, enfermos y hambrientos se atrevió por fin a cruzar el río para refugiarse de la muerte en los pueblos mexicanos de Frontera Corozal, Benemérito de las Américas y Puerto Rico. En otros poblados fronterizos de la zona de Marqués de Comillas que por entonces eran sólo poco más que caseríos, también se establecieron grupos menores. Se asentaron en las parcelas de sus hospederos, campesinos como ellos, que empezaron a compartir sus escasas provisiones con los recién venidos.

Hubo que curar heridas viejas e infectadas, aprender a distinguir el paludismo de otras fiebres y encontrar el mejor tratamiento; estudiar para saber distinguir la enorme variedad de manchas, ronchas, pústulas y llagas acumuladas en la piel de las mujeres, los hombres y los niños enflaquecidos y pálidos tras dos años de sobrevivir en la montaña; estar a tiempo para atender diarreas y vómitos incoercibles, conocer los

remedios campesinos para el *colmoyote*, nombre con el que se conoce a la infestación de la piel con larvas de moscas, y la leishmaniasis o úlcera del chiclero. Hubo que aprender a escuchar las historias de vida que nutrieron las historias clínicas.

En esos días, la epidemiología se perdió de registrar en la clasificación de enfermedades, los síntomas de un brote que era el principal asunto de salud pública al que nos enfrentábamos: la angustia y el miedo crónicos y transmisibles, para los que las medicinas modernas no ofrecían cura posible. Tiempo después se encontraría la causa de tal cuadro patológico en una enfermedad que la ciencia occidental no sabe reconocer ni tratar: La Guerra.

Fue entonces que nació un programa de capacitación en salud para campesinos de los pueblos de la selva que se convertiría, con el paso del tiempo en referente principal de los proyectos comunitarios de la zona. Al principio, los promotores intervenían en los asuntos más simples, luego en casi todo lo que era posible atender en las condiciones que prevalecían en las comunidades. Así nació el grupo de promotores de salud que hoy forman la base de la Organización Salud y Desarrollo Comunitario (SADEC)[12].

Bajo la montaña

De lejos la voz de las montañas es azul.
De cerca es verde[13].

En 1984, dos años después de nuestra llegada. Un pequeño grupo de desplazados guatemaltecos, que desde hacía tres erraban en las

veredas de las montañas del Petén, nos esperaba en la vera de la carretera. En la noche sin luna de un mayo particularmente caluroso, caminamos en silencio, con pasos cortos, medidos, mirando con nuestros pies el piso, su rugosidad y sus trampas, sus promesas y amenazas por el corredor obscuro de la selva, insondable y abrumadora por su carga de ruidos interiores. Dormimos en un improvisado campamento, todavía en el lado mexicano, cada cual en su hamaca cubierta con mosquitero y bajo una carpa que nos protegió de la humedad, intensa aún en esos días del verano.

Al día siguiente emprendimos la marcha hasta el río.

El camino, sólo silbar de chicharras, descubre una selva renovada, cegadora por sus politonales verdes, pardos y rojos, hiriente de aromas pútridos de naturaleza recién muerta y siempre viva, habitada por un caos de silencios fragorosos bajo el cielo-techo de follaje abigarrado, por donde apenas se filtran tibios y tímidos rayos de sol que hacen del suelo mosaico inverosímil, quebrado por venas raíces que penetran apenas la delgada capa de tierra.

Andar la selva es establecer un contacto corporal, brindar un homenaje a la lujuria.

El silencio es sólo un engaño de los sentidos, poblado por coros fastuosos de graznido-silbido-rugido, que semeja risas y llantos y cantos de cheje carpintero, de colibrí supersónico, de guacamaya multicolor, de cotorro mimético, de faisán y pavorreal, de cojolita y, también, de jaguar taimado, de onza gris y esbelta, de gato montés y tepezcuintle, nocturnos, taciturnos; de jabalí que sobrevive en colectivo, de mono aullador o saragüato y del araña y, también, de rana y de grillo que cantan al unísono a la lluvia.

El silencio es sumbido de insectos voladores, de mariposas fantasía, de abejorros y abejas tumbaburros, de zancudos palúdicos, de

jején y chaquiste y rodador y de moscas chicleras y miásicas. Es crepitar de la hojarasca bajo las patas de hormigas marabunta y de escarabajos de mil colores y tamaños, de arañas y alacranes, de cienpiés, de todos los seres trotamundos.

En la semioscuridad de la madrugada, se adivinan los ojillos luminosos azules, verdes y rojos. Los ojos de un venado furtivo, de un tacuazín travieso, de un cuzo, de una danta, los ojos de la zorra, los ojos mortales de la nauyaca, del cantil y del coral. Ojos que caminan, que vuelan, que reptan.

Bajo los pies, la tierra es humedad de aluviones de ríos arterias, de arroyos capilares, de ojos de agua, de ciénegas malolientes donde perviven el lagarto y la nutria, la tortuga y el garrobo, cangrejos y caracoles y peces, miríadas de peces que viajan trasnochados, ondulantes, al mismo lugar refugio llegando hasta donde el más grande lo permite.

Bajo la montaña, la selva deja de ser una red de pueblos y caminos y se convierte en soledad habitada de caobas, de cedros, de ceibas y guapaques, de barís y chicozapotes, de canshanes y chechenes, de palmas reales y corozales, de palos mulatos y rojos y negros y blancos que maritan en promiscua connivencia con helechos y orquídeas. Sí, la selva es un parásito, saprófito, simbiótico modo de aprovechar al prójimo, de preservar la vida.[14]

Cada amanecer exorciza brumas y silencios y convierte el cielo apenas asomado, en estallido de mieles que surcan el infinito.

El fresco matinal, envuelve el vuelo de los primeros pájaros en busca de subsistencia, y el grito jubiloso de las fieras invisibles que cada mañana envian al sueño a los personajes desvelados por el festín nocturno. En la selva la madrugada da lugar a los tempraneros para que de ellos sea el mundo.

Y como en todas partes, la mañana no se queda, camina en avanzada hacia el mediodía, con su cálido sol de muchos soles, visible en los claros del bosque y hacia el crepúsculo con nuevos vuelos y nuevos gritos, que despiden el día cumpliendo un ciclo sin fin que no conoce el tiempo.

El oscurecer de mayo es lucero de la tarde, interrumpido su breve reinado celeste por ojillos infinitos de millones de estrellas de luz azul y plata y por la luna que se mide en crecientes y menguantes de muchas lunas que no conocen tampoco el tiempo.

Ya se sabe, la selva es también lluvia que inventa aromas y transforma el suelo en barro para imprimir huellas de caminante, el bajo en ciénega temporalera para anidar mosquitos, que desaloja hormigas de sus fábricas estacionales para enviarlas a andar en caravana, con una hojuela verde al lomo, en infinita procesión esperanzada.

La lluvia de la selva desborda arroyos para abrir nuevas rutas hacia el río grande por donde bajan troncos vencidos y animales desprevenidos que no llegarán al mar, devorados por los habitantes del inframundo, arrastrados también en la vorágine del invierno.

Mis pasos perdieron la cuenta de la distancia, una hora de camino y diez minutos de descanso y luego a seguir la marcha en una columna silenciosa al andar y parlanchina en cada parada donde las voces eran apenas un murmullo por las medidas de seguridad necesarias. Rubelio, Marco Tulio y Lucas, nuestros guías, parecían contentos por la visita, nosotros éramos una mezcla de sentimientos encontrados.

Hacia el atardecer llegamos al Usumacinta donde nos esperaba una pequeña lancha de madera, con la que remontamos el río; después seguimos nuestro camino algunas horas más hasta otro campamento bajo la montaña.

Estábamos en Guatemala, el más grande país de Centroamérica. En el Petén, el más norteño, más extenso y menos poblado de sus departamentos, con sus 35 854 kilómetros cuadrados de superficie, que representan la tercera parte del territorio nacional, y sus 311 314 habitantes. En la Libertad, el más fronterizo de todos los municipios guatemaltecos. En el más selvático de los espacios selváticos del mundo.[15]

Pasaron dos días antes de que llegáramos a la primera aldea en resistencia en el corazón de la selva.

Flujos del Agua.

Con los años, puedo recordar los veranos e inviernos de la selva.

El verano era sol precursor, el invierno era lluvia de nueva vida. Sólo aquí se le encuentra pleno significado a los cambios climáticos y su relación con los ciclos vitales. Tal es el peso del tiempo en este espacio que parece intemporal.

La lluvia se crea y recrea en la selva, la alimenta y la convierte en alimento, viene y va, convertida en río y torrencial, en nube y camino, la lluvia es ojo de agua y humedal.

En el verano, que se aparece en enero y se va en junio, la lluvia se recordaba en el río: El Lacantún, el Salinas, el Usumacinta, el Pasión, el San Pedro, el Chixoy, el Santo Domingo, el Ixcán, corrían con su eterna parsimonia hacia su destino común transportando entre tanto, indulgentes, a viajeros que con la prisa que impone lo posible, iban con su carga a los mercados próximos de Corozal o Benemérito, Cantabal, Sayaxché o el Naranjo a dejar el producto de su trabajo o a hacerse de víveres para poder pasar la vida: Azúcar, sal y aceite. Cántaros plásticos que recordaban aquellos en que las Danaides guardaron el vino venenoso de la noche nupcial. Botas de hule, machetes y *colimas* guanacos, focos de

mano de china, cigarros *Alas*, *Gratos* o *Rubios*, café *Legal* o *Incasa*, radios *National*, gasolina mezclada con agua en proporciones imposibles.

Remedios para cualquier mal: *Vital Fuerte* para recomponer ánimos y fortalecer espíritus, *Enterovioformo* para la corredera y otros males intestinales, *Neomelubrina* para mitigar dolores y sudar calenturas, *Vermox* y *Padrax* para lombrices rojas y blancas, *Paludol*, *Resochín* o *Aralén* para las fiebres palúdicas, *Alka Seltzer* y *Sal de Uvas* para cualquier cosa y, si había con qué, *suero antiviperino*, por si acaso.

En aquellos años y en verano, los ríos mayores eran grandes avenidas de tráfico intenso. En los lanchones de hasta 20 toneladas se veían pasar, sorteando los bajos que aquí y allá obligaban al lanchero a estar atento, el maíz, el frijol, el chile jalapeño y la pepitoria; estibados de tal modo que las naves eran rascacielos errantes y efímeros.

De contrabando pasaban reses y cerdos que convertían, momentáneamente, las barcas de silueta esbelta en arcas de Noé que desafiaban el diluvio.

En lanchas rápidas, de las que no transportan más de una tonelada, iban y venían los *técnicos* de instituciones gubernamentales y uno que otro de las *no gubernamentales* que pasaban frente a los pueblos con aire suficiente y dejo aventurero, y también soldados y marinos que jugaban con tedio uniformado a defender la soberanía nacional contra todos y contra todo, menos contra quien se necesitaba porque, decían por lo bajo, no se puede... ni se quiere.

En cayucos, campesinos con sus perros flacos de mirada entre alegre y azorada, venían o regresaban, bordeando las orillas, de las milpas o los cotos de caza.

Sin opción aparente, en verano y tierra adentro, la selva cedía su lugar al crepitar de incendios que paradójicamente mataban en busca de la vida.

En uno de esos días se me ocurrió escribir en mi diario de campo:

La milpa camina quemando la selva para extraer de ella la miseria de su suelo pobre, abandonado del manto amoroso de árboles y plántulas y cuando nada queda, después de tres cosechas, nace el acahual o el desierto poblado de pastura y chaparral, de güarumbo (ese arbolillo al que las hormigas dan su carácter botánico) y de medios troncos mutantes, transformados en momias calcinadas, negras y grises en un solar que pide permiso para reposar su nueva esterilidad.
Cuando la selva muere, ardiente por la quema, las víboras salen al camino y las parcelas, enloquecidas para cobrar venganza por su forzado exilio.

Cuando la selva moría en cada ciclo agrícola, a lo lejos se escuchaba, y cada vez más lejos, el bramido del aullador que por la tarde y en la madrugada cantaba el doloroso coro de su apocalíptico destino.

En el invierno, que llega en junio y se va en diciembre, el río se transformaba en caudal voluntarioso que arrancaba y arrastraba lo que encontraba a su alcance: árboles vencidos, reses y cerdos olvidados, milpas enteras sembradas a su vera eran arrancadas sin contemplaciones si no se cuidaba el respetar las barreras forestales. A veces los pueblos se inundaban hasta el punto de la desgracia.

La creciente se anunciaba por cucarachas y hormigas que huían despavoridas invadiendo las casas. La tormenta anunciadora del invierno, era a su vez presagiada por la modorra chicha de la selva:

Todo era silencio, el cielo era obscuro, después y a veces, un rayo rompía el mutismo de la naturaleza y se sucedía por el llanto de los niños más pequeños sacados del sueño, que entonaban coros lastimeros interrumpidos por un reclamo perentorio, una nalgada aleccionadora, o

mejor, por el consuelo cariñoso de las madres. El llanto del cielo se aceptaba sin chistar.

Muchas veces, fuertes vientos acompañaban la llegada de la lluvia y entonces se escuchaba con cierto temor la caída involuntaria de los árboles gigantes que no tenían los pies bien puestos en la tierra.

Sin embargo y por contraste, las lluvias traían calma a los pueblos, una calma equívoca y expectante que, en los buenos tiempos, anunciaba la fiesta próxima de la cosecha y, en los malos, la dolencia resignada por la milpa arrasada y en punto de pudrición o bien muerta de sed si la lluvia no era puntual que, se sabía, sería seguida por una nueva siembra si había lugar o por el exilio de los hombres en busca de trabajo en las fincas cercanas, o en las aldeas o ejidos más prósperos, o en Cancún, Villahermosa o Comitán.

Hasta hace unos años, el río del invierno transportaba las trozas de caoba y cedro derribadas a golpe de hacha y sierra por cortadores curtidos venidos de Cobán, de Flores, de Ocosingo y Tenosique en un viaje rumbo al norte opulento donde se convertirían en asiento del que todo tiene.

En fin, la lluvia importaba en la selva por ser alimento para la madre tierra que es, sigue siendo, antes que la lluvia, origen y destino de la vida, ser y estar, tener y poder del hombre, sustento y aposento, derecho y motivo, continente pródigo, proyección de los tiempos idos y los que vendrán que son al fin, y así se sabe, uno solo.

Hoy, muchos años después, las cosas han cambiado un poco. El trazo asfaltado de la carretera fronteriza ha sustituido en gran parte a los ríos como vía de comunicación. Las lanchas son más escasas y el ruido de automóviles y camiones es ya parte del paisaje audiovisual de la región. Sin embargo, lluvia y sol le siguen importando al campesino de la selva.

Ellos le marcan el tiempo para sembrar y cosechar. También para la paz y la guerra.

Entonces, sol y lluvia eran también nuestros cronómetros y calendarios, ellos determinaban la oportunidad y la posibilidad en esta selva de nunca más.

Notas al capítulo II.

---

[1] Ramón Vera Herrera. "Veredas para retomar nuestro camino. O cómo seguir algunas pistas wixáricas" en *Chiapas 6*, ERA, México, 1998, pág. 100.

[2] Rosario Casco Montoya. *Desarrollo Rural Integral de la Selva Lacandona*. Comisión del Plan Nacional Hidráulico. SARH. México, 1984. Pág. 12.

[3] Según datos del Programa de Desarrollo Agrícola Forestal de la Selva Lacandona (COPRODE-Chiapas. SARH, noviembre 1977) la región de la Selva Lacandona y el Marqués de Comillas abarcan 1.4 millones de hectáreas, representando el 66% del total de selva del estado de Chiapas. En Cuauhtémoc González Pacheco, *Capital Extranjero en la Selva de Chiapas*. IIE-UNAM, México, 1984. Pág. 32. Sin embargo, Rosario Casco (op. cit. pág. 12) dice que la misma región abarca una superficie de 936 390 hectáreas. Por su parte del Consejo Nacional de Áreas Protegidas de Guatemala (CONAP), da la cifra de 1.4 millones de hectáreas para la extensión de la Biósfera Maya. El decreto legislativo del Congreso de la República de Guatemala que da lugar a este Consejo habla a su vez de una superficie de un millón de hectáreas.

[4] De acuerdo con Rosario Casco (op. cit. pág. 12), el 55% de la Selva Lacandona está formado por sierras, el 16% por lomeríos, el 1% por cuerpos de agua y sólo el 28% tiene terrenos planos, por lo que puede decirse que predominan los escarpados con pendientes mayores al 12%. En Marqués de Comillas, región que es considerada una plataforma continental, el relieve es suavemente ondulado con pendientes del 2 al 10%. Por otra parte, la Biósfera Maya, en el Petén que abarca la totalidad de la selva "se puede dividir en tres grandes regiones fisiográficas: La sierra del Lacandón, que es una cordillera de 600 metros sobre el nivel del mar, con suelos pobres y pendientes muy pronunciadas. El área de humedales de Laguna del Tigre, una planicie de terrenos bajos y la zona de Tikal, Uaxactún y Dos Lagunas, de topografía ondulada". CONAP, op. cit. pág. 5.

[5] Predominan las redzinas, los cambizoles de textura fina y colores claros y los acrisoles de textura gruesa y baja fertilidad.

[6] Se observan tres tipos de clima en la región selva:

a) Cálido-húmedo, con lluvias todo el año y sin estación seca bien definida - af(m)- se localiza en la parte noroeste y cubre más o menos el 30% de la misma.

b) El segundo clima, también cálido-húmedo (Am) registra la temporada de mayor precipitación en el verano y parte del otoño. Abarca el 10% de la zona y se localiza al noroeste de Bonampak y una cuarta parte de Marqués de Comillas.

c) El tercer clima, caliente-subhúmedo, con lluvias en verano (Awz) que es el dominante, se localiza en la mayor parte de la zona (60% del área total) es el más húmedo de los sub-húmedos y tiene una época de sequía muy marcada, generalmente de noviembre a marzo, que abarca 4 ó 5 meses del año, aunque localmente se ve interrumpida por el efecto de los nortes. Rosario Casco, op. cit. pág. 12.

[7] La historia de los caminos en Chiapas es fundamental para explicar, por lo menos en parte, los procesos de colonización en el estado y las formas que revistió el desarrollo del capitalismo. Dice María Eugenia Reyes Ramos en su libro *El Reparto de Tierras y la política agraria en Chiapas*. México, UNAM, 1992. Que hasta los inicios del siglo XX, Chiapas era un territorio casi incomunicado. Estrechos caminos reales y brechas para el paso humano configuraban una precaria red de accesos y salidas que limitaban la expansión del sistema capitalista. Sólo en las zonas productoras de café como en la sierra de Motozintla y en el Soconusco y, tal vez más tardíamente, en ciertos enclaves de los Altos, se había desarrollado una infraestructura de caminos que conectaban los centros de producción con el mercado internacional, vía los puertos de embarque en el pacífico, a través de una corta red ferroviaria construida en las postrimerías del gobierno porfirista.

En las selvas, los ríos hacian las veces de supercarreteras, saturadas estacionalmente con *trozas* derribadas por los monteros, en los entresijos del infierno verde. El resto del estado, limitaba su producción al autoconsumo y al escaso comercio realizado sobre el lomo de indios o de mulas que en recuas sumisas sorteaban la distancia hasta los centros de compra y venta: Tapachula, San Cristóbal, Tuxtla, Bochil, Pichucalco, Ocosingo y Palenque.

Fue hasta 1880 cuando el gobierno federal se decidió al fin a proporcionar ayuda al estado para la construcción de su primer camino de herradura que conectaría a San Cristóbal con Chicoasén, Copainalá, Tecpatán y las Palmas; sin embargo no fue sino hasta 1892 cuando se iniciaron las obras. Por las mismas fechas se construyó un camino de herradura de Pichucalco a Bochil en el norte de la entidad.

En 1884, se inició la construcción de un camino de rueda para el paso de las carretas que llevaban el comercio de y hacia Tuxtla Gutiérrez. En 1892, la carretera avanzó hasta el Istmo y en 1895 hasta San Cristóbal y Comitán. A principios de este siglo la carretera se extendía a lo largo de 500 kilómetros uniendo San Jerónimo, Oaxaca, con Comitán, Chiapas.

En 1907 quedó terminada la construcción del ferrocarril del Istmo, que conectó a Chiapas con Oaxaca. En los mismos años se inició la construcción del Ferrocarril Panamericano que para mediados de siglo contaba ya con 355 kilómetros de vía en territorio chiapaneco, llegando en su recorrido de fiesta casi a la frontera con Guatemala.

En 1929, se organizó la Junta Central de Caminos y la Dirección General de Caminos del Gobierno del Estado, con el objetivo de impulsar la creación de nuevas rutas y de hacerse de fondos para tal tarea. Mientras que en la década de los treinta el país vivía

una fiebre de pavimentación de carreteras, el camino de herradura era, en el estado, el predominante.

Hacia 1929 también, los modernos aviones de la época comenzaron a surcar los cielos de Chiapas a través de vuelos comerciales para el transporte, principalmente del café y el tabaco, desde zonas como Comitán, Yajalón, Ocosingo, Simojovel y Palenque. El uso de aeronaves permitía la reducción de costos al posibilitar el transporte ágil y rápido de los productos agrícolas sin ser maltratados. Remontando el cielo se pudo comunicar comercialmente a distintas zonas del estado.

En 1935 se inició la construcción del Ferrocarril del Sureste que comunicó zonas como Pichucalco, Teapa y Palenque conectándolas con Coatzacoalcos, Villahermosa, Campeche y Mérida entre otros lugares.

Sin embargo, el hecho que modificó la comunicación en Chiapas fue la construcción, a partir de 1931, por parte del gobierno federal, de la carretera Internacional o Panamericana, que conectó a Tuxtla Gutiérrez con las otras ciudades importantes como San Cristóbal de las Casas y Comitán y cuyos trabajos concluyeron a finales de los años 50's, llegando a la frontera con Guatemala y dieron impulso a la construcción de caminos vecinales en diversas zonas del estado.

En los años siguientes, las sucesivas administraciones federales y estatales se dieron a la tarea de avanzar en la construcción de caminos, aunque a decir verdad, no tan de prisa como lo relataban los informes de gobierno que daban cuenta de cientos de kilómetros construidos por sexenio.

Sin embargo, los caminos fueron abriendo paso al proceso de integración de la geografía y la población estatal. Una integración particular, desigual, heterogénea, que se expresaba en procesos económicos, sociales y culturales cuyo punto de arranque, y a veces cuyo puerto de llegada, se remontaba a la época colonial. Caminos hechos de pasado trazados de cara al porvenir.

[8] Comisión Intersecretarial para la Protección de la Selva Lacandona. COPLADE-Chiapas. *Propuesta de acción y presupuestación para la Selva Lacandona*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. 24-25 febrero de 1987.

[9] Fernando Brauer y Gustavo Calleros. *Aspecto Social de la Problemática de la Selva*. Secretaría de Desarrollo Forestal. SARH. (Fotocopia s/f.) calculan que alrededor del 70% de la población de la región Lacandona es indígena. citando al Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste calculan los porcentajes de adscripción étnica en la siguiente forma: 61.3% Tzeltal, 11.4% Chol, 17.1% Tojolabal, 1% Tzotzil y 0.6% Lacandón. En realidad la diversidad sociocultural es más compleja que lo referido por los autores.

[10] Como lo señala Martha Patricia Mendoza en "Intervención gubernamental en la selva Lacandona" en *Chiapas, una modernidad inconclusa*. Diana Guillen, coordinadora. Instituto de Investigaciones José María Luis Mora. 1a. edición. México, 1995. Pág. 132-134: "En la selva chiapaneca, el área donde PEMEX ha concentrado sus trabajos de exploración abarca una superficie de aproximadamente 370 000 has. y comprende parte de la Comunidad Lacandona y la totalidad de Marqués de Comillas que es lo que la empresa define como Provincia Yashilán". El carácter estratégico de la región es observado por Ana Esther Ceceña op. cit. pág. 66. "En 1982, en sucesivos informes de perforación realizados por el gobierno militar de Guatemala, de un año a otro aparecen y desaparecen sin mayor

explicación, misteriosas zonas de perforación, lo cual se agrava con el hecho de que los oleoductos que parten casi de la frontera con México, resultan tener un diámetro entre cinco y seis veces mayor que el necesario para transportar las cantidades de petróleo que se informan como extraídas y extraíbles en dichos pozos"

[11] En Chiapas se calculan en 110 las iglesias de denominación protestante. Entre estas destacan las Iglesias Presbiteriana y Bautista; las Pentecostales (denominacionales no evangélicas): Asamblea de Dios, Iglesia del Nazareno, Iglesia Apostólica de la Fe en Cristo Jesús, Iglesia de Dios de la Profecía, Soldados de la Cruz de Cristo, Iglesia de Dios del Evangelio Completo, Iglesia del Dios Israelita, Iglesia de Dios Profética, Iglesia Universal Cristiana, Iglesia de Dios y Brahan, Iglesia de un Profeta; todas ellas llegan a México, procedentes de los Estados Unidos entre 1876 y 1910 formándose los primeros grupos entre 1917 y 1940; y las no denominacionales, no evangélicas: Adventistas del Séptimo Día, Iglesia de los Santos de los Últimos Días, Testigos de Jehová, Iglesia Misionera de la Cruzada Evangélica, Fe Bajhay, Iglesia Cristiana Interdenominacional y La Luz del Mundo.

[12] SADEC es el resultado del trabajo iniciado en 1982 por un equipo de médicos de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco (UAM-X) del que el autor formó parte. Hoy en día el programa se extiende a las zonas de Marqués de Comillas, Bascán y Vistahermosa y las Cañadas de Ocosingo.

[13] Rigoberta Menchú Tum. "De lejos y de cerca". *Calendario de la Fundación Rigoberta Menchú*, México, 1998.

[14] Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda, op. cit., señalan que la selva Lacandona que tan sólo representa el 0.1% de la superficie nacional, comprende más del 20% de la diversidad biológica del país. Se estima que en sólo una hectárea de selva se pueden encontrar, por ejemplo, 30 especies de árboles, 50 de orquídeas, 40 de aves, 20 de mamíferos, 300 especies de mariposas diurnas y aproximadamente 5 000 más de otros invertebrados. Por su lado Rosario Casco op. cit., asevera que existen 140 especies de árboles por hectárea con un diámetro mayor de 50 centímetros y 580 individuos arbóreos por hectárea. Características similares tiene la selva del Petén, aunque se observan en ella índices menores de degradación que las observadas en la zona Lacandona.

[15] Federación de Cooperativas Agrícolas de Guatemala (FEDECOAG). *Resumen documental de información básica sobre el departamento de el Petén y las cooperativas del Usumacinta y La Pasión*. Guatemala, C.A., 3 de mayo de 1993. Información estadística complementaria sobre el departamento de El Petén puede consultarse en los anexos.

III
MADRE TIERRA

Mi pueblo es grande. Hay que restregarse
La tierra entre las manos.
Sentirse árbol entre sus bosques.
Reverenciar sus rituales...
Corretear como ardillas
Por sus caminos y veredas
Para sentir el sabor,
La sencillez de su grandeza.

Rigoberta Menchú.

Encuentros y soledades.

Me despertó la voz de un hombre pidiendo atención médica, cuando las primeras luces de la mañana se asomaban en el cielo. Su silueta se recortaba entre los barrotes de *bajareque* que formaban la pared de la champa habilitada como *Casa de Salud* de la comunidad donde había pasado una mala noche tendido en mi hamaca. Los mosquitos danzaron toda la velada su espectáculo coral alrededor de mis orejas. Me levante y atendí todavía entre sueños a una pareja que llevaba en brazos un bebé de 8 meses con una infección intestinal antigua. El pequeño era un bulto escuálido de pellejo y huesos. Ojos hundidos en un rostro de viejo. Cuatro horas y un litro de suero intravenoso después, salía con sus padres, envuelto en un llanto gozoso y estridente. Buena señal. Después me fui a desayunar a la casa de Jorge, el promotor de salud, un chiapaneco en este pueblo de tabasqueños y guerrerenses.

Estaba en una localidad donde vivían no más de 500 personas, de casas de madera con techos de palma real y lámina de cartón. El centro del pueblo era un terreno plano, una especie de potrero donde solían pastar media docena de caballos y mulos. Como en pocas comunidades de la selva, aquí la cultura del caballo era notoria. Los hombres buenos jinetes.

Había llegado la tarde anterior, cargando la vieja mochila. Mi equipaje no era más que una muda de ropa, una hamaca, un mosquitero y una frazada ligera. El cuchillo, la linterna y el radio de onda corta complementaban el equipo de trabajo, en el que se destacaban el estetoscopio, el baumanómetro, el otoscopio y el termómetro, instrumentos emblemáticos de la misteriosa parafernalia del saber médico, además de algunos medicamentos para emergencias. Un par de campesinos fueron a alcanzarme, arriando un caballo, al pozo Tzendales que Pemex había abierto a cuatro kilómetros del pueblo, justo donde comenzaba la brecha, para ayudar con dos cajas de medicina para abastecer la casa de salud. Remontamos el camino a pie, bajo los árboles. Llegamos a Benito Juárez, con las últimas luces del día.

Mi presencia tenía que ver con las actividades de asistencia y asesoría que, en el marco del *Programa de Salud Comunitaria*, realizábamos un equipo de universitarios en la selva. El programa pretendía contribuir a modificar las condiciones de salud de las nuevas localidades de colonos que se multiplicaban en esos primeros años de la década de los ochenta. Las actividades del equipo consistían en prestar atención médica de manera itinerante en los poblados, utilizando para ello las precarias *casitas de salud* que la gente construía en cada ejido y que para ese entonces eran simples champas levantadas con pedazos de tabla y cubiertas de palma de güano, mismas que pocos años después, y gracias

a un financiamiento federal, se convirtieron en construcciones de concreto y lámina de zinc. Además, y esos eran los propósitos centrales, de la capacitación de promotores de salud, elegidos por las asambleas ejidales, entre los miembros de cada comunidad; la promoción de acciones de prevención de enfermedades propias de la zona; y la organización comunitaria, todo dentro de una concepción que reconocía al conjunto de condiciones económicas, sociales, políticas y culturales como determinantes del proceso salud—enfermedad, lo que implicaba promover acciones comunitarias en estos mismos terrenos, de modo que se superaran las causas que llevan a la aparición de la enfermedad. Del mismo modo el proyecto significaba un cierto cuestionamiento a las relaciones de poder que supone la caracterización de la salud y la enfermedad y la práctica médica.

No bastaba entonces, con diagnosticar los problemas particulares de salud de cada individuo, sino ubicar cada problema en el conjunto complejo de aspectos del proceso que iban más allá de los propios agentes patológicos. Sólo así sería posible identificar un perfil regional y enfrentarlo, sólo así podrían explicarse la enfermedad y la muerte. El pasado hecho presente aparecía así como maestro de nuestro hacer médico. La tierra gritaba su historia.

Era imposible sustraerse a la voz de la tierra que murmuraba en el viento de la selva. Una voz que hablaba de 500 años de exilios, huellas de caminante eterno.

Después de un tiempo de batallas, de una resistencia tenaz que continuó aún después del colapso de los grandes reinos, pero que la historia registra apenas como escaramuzas intranscendentes perdidas entre la épica gloriosa de las derrotas de Mexicas e Incas, pueblos enteros

desaparecieron devorados por el fuego y la enfermedad. Con la conquista llegó el tiempo de la marcha en silencio.

Los sobrevivientes del genocidio, de la guerra bacteriológica, caminaron por largas jornadas hasta concentrarse en nuevos parajes bajo la tutela de los conquistadores venidos de Europa, y la mirada patriarcal de los clérigos que les conminaban desde el púlpito y el cepo inquisidor:

> *— Abandonen su idolatría, su culto a los cerros, sus sueños en los que les habla el demonio, su lengua extraña y salvaje. No vuelvan más a esa su tierra de desgracia en el corazón de la selva.*
> *Acepten a Dios, al único Dios que por nuestra boca les dice en castellano, la única lengua posible, la palabra de los emisarios de la verdad escrita en la Biblia, nuestro libro sagrado, dictado por Dios para que se sepa la historia y el destino del mundo por El engendrado.*
> *Júntense como las ovejas se juntan alrededor del pastor que les ha de enseñar a esperar el día de la muerte que abrirá la nueva vida. Trabajen para engrandecer el poder y la gloria de nuestro señor emperador que por obra de Dios manda en la tierra, sin esperar a cambio más que la alegría de haberle servido. Reconozcan que no hay más pasado que aquel en el cual el hijo de Dios nació para redimirnos y que el presente no es más que la preparación sufriente de un futuro que no está en este mundo.*

Se fundaron poblados nacidos de la suma de cientos de comunidades desterradas por la violencia hispana. Comunidades que las crónicas apenas descubren tras 500 años de guerra contra la espada y la cruz y que desde entonces se creyeron desaparecidas para siempre:

Chol palencanos, en la vecindad de la vieja ciudad en ruinas; Pochutlas en el valle de Tequepan-Pochutla (la casa señorial de las ceibas) que desde su laguna fortificada de Ocotal Grande dominaban los pueblos

de Ocosingo, Tuní (hoy Bachajón) y Suteapa; Topiltepeques en el cerro de los bastones, en algún lugar de la vertiente superior del río Jataté; Lacandones, en la isla del Gran Peñón, en el centro de la laguna de Miramar; Acalaes, que habitaban las tierras encerradas por el río Lacantún, el Chixoy y el Pasión (que corresponde a la zona conocida hoy como Marqués de Comillas); Chinamitas en la cuenca del San Pedro; Quejaches en Mazatlán, la tierra de los venados en las cercanías del río Candelaria; Acalanes en Itzamkanak, la tierra del pueblo de las canoas, en las vertientes del San Pedro Mártir y el Calendaria; Manchés en las tierras bajas situadas entre los ríos Cahabón y Pasión; Itzaes en la isla fortificada de Tayazal, en el lago del Petén; Mopanes y Tipúes en la región del oriente, en las inmediaciones del río Mopán.[1]

Las tierras de la selva que a partir de entonces comenzó a llamarse de los Lacandones o Lacandona quedaron prácticamente abandonadas en buena medida por la labor de misioneros heroicos como Fray Antonio Lorenzo de la Nada, en espera de la historia.

Tiempos de esclavitud, de reducciones y encomiendas, de trabajos forzosos, fueron el signo de la civilización venida de Europa.[2]

Tiempos de concentración de tierras y gentes en el que los conquistadores encontraron un modelo ideal para la sumisión de los vencidos. Clasificación y división fueron operaciones sin las cuales era inconcebible el mundo de entonces y el de ahora.[3]

Conquistadores y clérigos quisieron homogeneizar el orden civilizador en castas y clases, determinadas por operaciones matemáticas irreconciliables: Mandar/obedecer, tener/producir, ser/no ser. Disfrazar con nuevos trajes *típicos* la vieja cultura viva, vestida ahora con ropajes multicolores que uniformaron el nuevo orden colonial y cristiano, un

orden lejano de las enseñanzas del Cristo encarnado que decían representar.

La concentración les facilitó adoctrinar para reducir también la cultura, es decir concentrar, empequeñecer y controlar para destruir el saber heredado de la experiencia ancestral de los más viejos.

Sin embargo, la reducción de los pueblos indígenas en los llamados *pueblos de paz* no significó la desaparición absoluta del modelo social, cultural, y político prehispánico y aún muchos de sus elementos siguieron siendo vigentes a pesar de todo, paradójicamente enriquecidos por la incorporación de las nuevas experiencias nacidas en el dolor de la derrota.

Ante el atronador barullo de los nuevos discursos y saberes se impuso el silencio, incomprensible para los conquistadores, como escondrijo irreductible, como trinchera inexpugnable, y germinó la natural capacidad de absorber y subsumir lo nuevo, los trajes, la organización social, la religión, dándole un significado propio que no dejó morir la identidad.

En la batalla política e ideológica librada contra los misioneros y que fue la base del nuevo y sórdido sistema colonial, potencialmente más destructora que la lucha militar contra los ejércitos conquistadores, se anidó, sin embargo, en el interior de los pueblos vencidos, en secreto y con terquedad, un viejo reino que no estuvo nunca dispuesto a morir.

Un reino que se asomaba, visible sólo para los ojos iniciados, en el mensaje del Votán caja parlante, del Votán virgen guerrera, del Votán Santo Patrono, del Votán carnaval, del Votán moro y cristiano, del Votán guerrillero, del Votán crucificado y resucitado.[4]

Con todo, las mejores tierras indígenas pasaron a poder de los colonialistas quienes organizaron el sistema tributario y la mano de obra, fuente de su riqueza, a golpe de violencia y mentira.[5]

En la selva, la política de concentración y control colonial iniciada más tardíamente que en los pueblos del altiplano de Guatemala y Chiapas, tanto por la tozuda resistencia de sus moradores como por la inclemente geografía, supuso el despoblamiento de los centros principales y el aislamiento de los señoríos rebeldes para quienes no hubo más alternativa que la guerra.[6]

La guerra duró la eternidad del sufrimiento. Los principales pueblos de la selva fueron vencidos por el hambre, la enfermedad, la pólvora y la desesperanza. Sus mejores tierras, las más cercanas a los nuevos sitios de congregación, quedaron repartidas en encomiendas sobre las que los conquistadores levantaron mercedes y fincas autosuficientes según el modelo hispano.

Se cultivó con mano india el trigo, la caña de azúcar y el cacao, necesarios para la manutención española, se criaron cerdos y reses que inauguraron el comercio regional y la destrucción de los cultivos indígenas y del ecosistema. Modestos obrajes se fundaron en los pueblos mayores de San Cristóbal y Chiapa.

Ingenios azucareros en las tierras bajas y molinos harineros en las altas se montaron en señal de progreso.

Aun el territorio de las congregaciones de indios, de los pueblos de paz, fue objeto de presión y despojo, más allá de las propias leyes dictadas por las autoridades coloniales; iniciando una costumbre, la del robo de tierra a los indios, que se volvería institución al pasar el tiempo.[7]

Sin embargo, el territorio situado en las profundidades de la selva, repartido igual entre los vencedores pero sin mayores

posibilidades de explotación por la falta de vías de comunicación, por lo insalubre de su clima y por el escaso desarrollo tecnológico, se mantuvo en la práctica y por muchos años, como tierra de nadie.

Hacia 1697, con la conquista del reino de los Itzaes, caía la última nación independiente de la región Maya.

No obstante, ni con el virtual aniquilamiento del pueblo Itzá, ni con el sometimiento de los pueblos más organizados y beligerantes, la población de la selva encontró su fin ni su territorio quedó totalmente abandonado. Antes bien, pequeños grupos de irreductibles se refugiaron en los entresijos del laberinto verde para escapar de la deportación y la muerte y otros, aún habitando en los pueblos nuevos, volvían de vez en vez a cultivar clandestinamente en sus tierras o a dialogar con los espíritus de la montaña para contarles sus penas y dolores.

Un camino, trazado con sudores y sangre, quedó abierto en la montaña.

Los fugitivos, procedentes de pueblos reducidos, así como del Petén y Tabasco, iniciaron una nueva etapa de su existencia en la que, perdidos muchos de los elementos cohesionadores de la cultura originaria, los nuevos y viejos pobladores de la selva comenzaron a unirse para formar pequeñas colonias nómadas y autosuficientes que rescataron y mezclaron un conjunto de diversos elementos culturales que, aunque precarios, los identificaron como pueblo.

Algunos de ellos reivindicaron abiertamente su rebeldía, los demás se escondieron en el silencio.

El Despoblado del Lacandón se convertía de nuevo en una zona de refugio. Los conquistadores y sus descendientes los condenaron al olvido y dirigieron su mirada al porvenir.

Cinco siglos después, los descendientes de los viejos guerreros y agricultores mayas volverían a la vieja casa verde.

Modernidad y modernización.

El respeto al derecho ajeno es la paz puede leerse en uno de los muros de madera de la escuela primaria. Es un letrero ineludible que no conoce geografías pero que en este pueblo fundado apenas en 1983, resulta obligado. También por aquí pasó la reforma. Hoy día nuevas reformas amenazan la precaria posesión de la tierra de este pueblo campesino. Tiempos violentos se recuerdan en la estampa del Benemérito que le da carta de reconocimiento al sello ejidal.

Con Juárez, México pretendía inaugurada la era de la libertad. Con Juárez indio se hacía explícita la vocación etnocida del liberalismo mexicano.

Primer decreto soberano:

> *México abrirá sus puertas al mundo para superar el oscurantismo colonial y la barbarie del pasado. Para ello se importará la principal materia prima del progreso, como joya sagrada que habrá de animar el pensamiento y la acción de los próceres liberales de la patria independiente, (en realidad no más liberales que los llamados conservadores): La Modernidad.*[8]

Para los liberales en el poder, alternado por vías violentas con facciones conservadoras, la modernidad fue entendida como sinónimo de modernización y también identificada con la idea de que sólo es posible y válido un tipo general de sociedad, lo que llevó a considerar la historia europea como la historia universal que explicaba y determinaba las

historias periféricas del resto del mundo. Su propia forma de organización social como una forma global, universal, de organización de la sociedad. A representar la historia de la humanidad a partir de una filosofía del progreso sin fin, como una caminata en la que *cada animal camina detrás del que lo precede.*[9]

Se creó una visión en torno a la idea de que hay un eje central de análisis de las sociedades basado en la racionalidad: El eje tradición-modernidad, en una oposición evolucionista y lineal que establecía que el contenido del funcionamiento de la estructura social y el proceso de transformación histórica eran una sola cosa.

La idea importada apostaba todo en favor del poder de lectura de una ciencia que establecía efectos y causas como eslabones de una cadena sin fin, o en el poder de convocatoria de una visión totalizadora del progreso, que condenaba al anonimato y la impotencia a los otros saberes narrativos, las otras prácticas políticas, las otras utopías constituyentes, igualmente válidas, existentes en los distintos espacios de la realidad.

Sin embargo, desde fines del siglo XVIII en adelante, la modernidad en América Latina, no siguió el camino europeo envuelta como estaba en un contexto social adverso. El estancamiento económico y la desintegración del poder que el mercantilismo articulaba, llevó a que los sectores sociales más adversos a la modernidad ocuparan el primer plano del poder.[10]

En el mismo periodo en que la modernidad ocupaba en Europa no solamente las relaciones intersubjetivas, sino también y cada vez más las relaciones sociales materiales, y se convertía, en consecuencia, en un modo de la vida cotidiana de la sociedad, en América Latina no solamente quedó confinada a la subjetividad, bloqueada de sus posibilidades de ingreso a la materialidad cotidiana de la sociedad, sino

que también reprimida y perseguida inclusive como subjetividad, y aún dentro de ella debería refugiarse en sus zonas minoritarias.

De ser promesa de liberación, la racionalidad moderna se convirtió para América Latina en instrumento de dominación, negándose en la práctica a sí misma: ¡No a la promesa liberadora de los grandes relatos de la modernidad, sí al poder del discurso y la tecnología!.

En México, la modernidad se hizo gobierno el 25 de junio de 1856. Lerdo de Tejada, ministro de hacienda de un gobierno liberal recién instalado tras la graciosa huida de su Alteza Serenísima, Don Antonio López de Santa Ana, expidió la ley que llevaba su nombre y con la cual se desamortizaban los bienes del clero es decir, *se abolía la inmunidad de los bienes de manos muertas y se imponía la liquidación del capital eclesiástico invertido en bienes raíces o inmuebles.*[11]

En su momento, la Ley Lerdo, producto de un régimen que se debatía entre las contradicciones de sus facciones radicales y moderadas, y se enfrentaba al poder conservador de las elites eclesial y militar, se constituyó en el parteaguas histórico que daría pie al enorme proceso transformador de un país feudalizado que pretendía incorporarse así en los derroteros de un joven capitalismo que se imponía pujante con su rostro civilizatorio y progresista en todos los rincones del mundo.[12]

Sin embargo, como ocurrió en casi todas partes, la ley liberal afectó no sólo al clero pudiente que a través de sus órdenes monásticas se constituía en uno de los principales terratenientes, producto del orden colonial hasta entonces intocado, sino que provocó que, mediante *subterfugios históricos (los títulos de tierras virreinales son clericales) se consideraran también como bienes del clero, algunas propiedades y ganados comunales que eran en realidad administrados por barrios y calpules de los pueblos indios.*[13]

Las tierras arrebatadas pasaron a poder de unos cuantos finqueros, políticos y oficiales del ejército mediante una fiebre de denuncias patrióticas de tierras ociosas y baldías con lo que el proceso de despojo y concentración de la tierra iniciado tras la conquista se volvía tal vez más brutal, despojado de algún modo de su justificación paternalista, para proponerse como pilar del desarrollo nacional, entronizando a un nuevo dios: El de la Libre Empresa.[14]

En Chiapas, como en todo el país, la ley dio el primer respaldo legal a *denunciantes de tierras* mexicanos y extranjeros que representaban los intereses de una nueva clase social, la naciente burguesía agraria, basada en los cultivos de plantación y en la ganadería, que pujaba por desplazar a la vieja guardia de finqueros conservadores cuyo centro de operaciones se encontraba en la antigua Ciudad Real.

El nuevo marco legal fue el antecedente para la conformación de *compañías deslindadoras* que se repartieron el territorio chiapaneco durante la segunda mitad del siglo XIX, al amparo de otra ley, la de deslindes de tierras ociosas, emitida durante el régimen de Porfirio Díaz que sellaba la suerte de las comunidades indígenas de los altos e incorporaba al mundo, las desiertas tierras de la selva.[15]

Mediante este proceso, que contravenía el supuesto espíritu de las leyes liberales, unas cuantas familias se fueron adueñando de grandes extensiones de selva en los distritos de Palenque y Chilón, que ocupaba administrativamente la mayor parte de la selva Lacandona que hoy pertenece a Ocosingo, con el objetivo de abrir terrenos para el pastoreo de reses procedentes del centro del estado en su camino a los puertos de embarque.

Desde 1850, los ganaderos de Tuxtla y Chiapa, organizaron *verdaderas migraciones de ganado, el cual era criado en los valles centrales y posteriormente trasladado para su engorda a zonas húmedas tropicales del norte,*

costa, selva y Pichucalco o bien trasladado en pie para su venta a Tabasco o en las nacientes monterías[16] donde eran la base del transporte de las trozas.

Así mismo, la ola de deslindes y denuncias de tierras incultas buscaba la expansión de las áreas dedicadas a la extracción de maderas preciosas de Tabasco y Campeche que estaban a punto de agotarse hacia zonas vírgenes de selva, limítrofes con estos estados. Así nacieron las monterías.[17]

La selva se convirtió entonces no sólo en refugio de tránsfugas, sino en paraíso forestal y en potrero. Su suerte quedó sellada.

El reparto de la selva.

Las primeras monterías fueron instaladas a partir de concesiones otorgadas por el gobierno de Guatemala hacia principios de 1870 aprovechando la indefinición de los límites entre México y aquel país. Estas monterías aprovecharon las maderas abundantes en las riberas de los ríos Pasión, Lacantún y Usumacinta.

Sin embargo, mucho antes, desde 1834 el gobierno de Guatemala, encabezado por Mariano Gálvez, le había cedido a la Compañía Comercial y Agrícola de las Costas Orientales de América Central, de capitales ingleses, 60 mil kilómetros cuadrados del territorio nacional, todo el departamento del Petén, las Verapaces y parte de Chiquimula, equivalente a más de la mitad de la superficie del país. La concesión incluía bosques, lagos, ríos, minas y derechos absolutos para disponer de la mano de obra indígena, una concesión que Justo Rufino Barrios, el reformador liberal guatemalteco, no tuvo empacho en refrendar.

Se sabe al respecto que hubo en América dos centros importantes de extracción de madera por parte de las compañías inglesas: la costa de

Misquitos en Nicaragua y Honduras y la selva tropical de Lacandones, Petén y parte de Tabasco.[18]

En 1878, las familias Lara, Borrego y Garrido, denunciaban *tierras incultas* en la selva de Palenque, en el mismo año la familia Bulnes, de origen español, obtuvo la concesión del gobierno mexicano para explotar una parte de la zona central de la selva que incluía la laguna de Miramar y las riberas del río Jataté, con una extensión de más de 48 000 hectáreas divididas en 22 terrenos a nombre de familiares y prestanombres, de los cuales poseían todavía algunos hacia el año de 1982.

Entre enero y abril de 1879, el gobierno guatemalteco autorizaba la instalación de al menos doce monterías en las inmediaciones de los ríos Pasión y Usumacinta.

En 1880 Clemente Trujillo denunciaba tierras en la selva de Chilón y las obtenía como propiedades.

En las siguientes tres décadas, casi la mitad de la selva fue repartida entre grandes compañías madereras[19], algunas de origen europeo y otras mexicanas que de cualquier forma dependían para su funcionamiento de financiamiento extranjero (inglés, belga, español, francés, norteamericano y alemán) y vendían su producción en los mercados europeos.[20]

Llegó a tal extremo la labor de deslindes, denuncias y ocupaciones de tierras en la selva que provocó serios incidentes con Guatemala en virtud de la indefinición de la frontera al punto que *Miles Rock, norteamericano encargado de fijar los límites por parte de Guatemala, ordenó se quemaran tres monterías: La Constancia de los Romano, San Nicolás de los Valenzuela y Egipto de Torruco*, porque supuestamente estaban en territorio guatemalteco.[21]

En su tiempo las monterías fueron un negocio redondo. Con una mínima inversión, las compañías madereras obtuvieron enormes

ganancias, pues todo lo que se requería para la producción estaba a la mano: La madera que existía en abundantes cantidades en las zonas cercanas a los ríos, los propios ríos de la selva cuyo caudal se convertía en el medio de transporte más eficiente desde los lugares de corte hasta los puertos de embarque en Tabasco y Campeche, la fuerza de trabajo prestada por peones casi esclavos venidos muchos de ellos a la fuerza desde los altos de Chiapas, los valles centrales, Tabasco y aún de Sonora, Yucatán y Guatemala; y el crédito provisto por grandes comercializadoras principalmente inglesas.[22]

En muchos sentidos, la eficiencia de las monterías provenía de su carácter autoconsuntivo. En las tierras de las compañías madereras se criaba el ganado que habría de servir como medio de transporte de las trozas y para ese fin se desmontaron grandes extensiones que se sembraron con pastos, otras porciones fueron dedicadas a la agricultura, sobre todo a la producción de maíz, frijol y otros productos necesarios para el sostenimiento de las dos o tres centenas de trabajadores y sus familias; las tiendas de raya abastecían a los trabajadores de lo necesario para completar sus necesidades vitales.

Pero en realidad, las grandes compañías madereras mexicanas que operaron en Chiapas eran solo representantes de grandes compañías inglesas de Manchester y Londres, alemanas de Hamburgo, belgas y españolas, y norteamericanas de Florida y Pennsylvania quienes realmente aprovechaban las maderas de la selva.

Las monterías eran en realidad enclaves del capital transnacional. El secreto de la capitalización de las monterías se encontraba en el crédito refaccionario que les permitía funcionar y en el mercado asegurado por las grandes comercializadoras europeas y norteamericanas al grado que, al sobrevenir la primera guerra mundial todas las monterías que

exportaban su producción a Europa quebraron al cesar el financiamiento y cerrarse el mercado, no así las que trabajaban con capital norteamericano que pudieron seguir funcionando.[23]

Por contraste, *estas grandes plantaciones [...] refuncionalizaron pronto en su interior relaciones de producción que provenían en lo fundamental del particular sistema de servidumbre agraria regional [...] pero dando lugar a una renovada gestión vandálica de la fuerza de trabajo, a un renacer del semiesclavismo bajo nuevas condiciones y a relaciones de trabajo más impersonales que poco tenían que ver con las hasta cierto punto 'armónicas' y estancadas de la finca tradicional ganadera y maicera.*[24]

Los madereros reclutaron su fuerza de trabajo gracias a su alianza con los terratenientes de los Altos a quienes *les resultaba ahora más provechoso prestar la fuerza de trabajo de sus mozos y sus baldíos a los cafetaleros y madereros que explotarla ellos mismos en su lugar, se dedicaron a criar indios como antes criaban borregos o ganado mayor.*[25]

Los políticos y terratenientes alteños se dedicaron a enviar cada año a las monterías un contingente de tzotziles y tzeltales. A cambio recibían una comisión por cada trabajador reclutado y una prima adicional a la jornada de trabajo realizada por los trabajadores.

En las monterías las condiciones de trabajo eran, si se puede, todavía más inhumanas que las que prevalecían en el resto de las fincas del estado, caracterizadas por relaciones de carácter servil, servidumbre por deudas, castigos físicos, jornadas de hasta doce horas y escuadrones de guardias armados cuya tarea era asegurarse que los peones trabajaran convenientemente y evitar a todo trance que huyeran de la esclavitud a que estaban sometidos.

Trozas en el río.

Por los ríos mayores de la selva navegaron las vidas-troza de los monteros-piel-de-caoba corriente abajo. Casi los veíamos pasar esa mañana del verano de 1985, en que remontamos el Tzendales, para conocer los vestigios de la legendaria montería de los Romano, enclavada en pleno corazón de la reserva de Montes Azules, en uno de tantos viajes a las comunidades de la ribera del Lacantún en la región del Marqués de Comillas donde brindábamos atención médica. Ese día supimos que el espacio es tiempo condensado.

El Tzendales es un río menor, pero de extraordinaria belleza. Hoy día no es transitado más que cuando algún campesino se anima a ir de cacería o cuando algún grupo de turistas bien guiado decide entrar a la selva. Después de media hora, en lancha rápida, a partir de la confluencia con el Lacantún, se pueden encontrar las ruinas de lo que fue una construcción majestuosa, levantada con la madera de la selva, *El Central.*

La selva es baja en su entorno, la naturaleza no ha tenido aún el tiempo suficiente de hacer su trabajo de reconstrucción. Caminar por ahí es remontar el pasado, en nuestro derredor el monstruo cobra vida:

Aun no amanece y el campamento vive los afanes del día. En las cocinas, apenas champas de bajareque y guano, los fogones levantados del suelo en tapescos de lodo cocido se cubren de los vapores que despiden las ollas repletas de tamales, una mezcla de nixtamal, manteca y sal que acompaña la ración de escasos frijoles que se reparte a los hombres andrajosos que, en fila y con el rostro adusto adivinado entre las sombras de la madrugada, se han despojado de los cepos de la noche.

Los capataces apuran la formación de las cuadrillas. Por un lado el de los cortadores que llama a sus treinta hacheros parado junto a un montículo de

hachas y machetes dispuestos junto a una ceiba. Por otro, el de los callejoneros, guardando también machetes y colimas para la tarea del día; más allá, el manejador de los bueyes que demanda con voces perentorias a los boyeros y gañanes confundidos entre las colas de comensales enjutos pero curtidos por varios meses de labor ininterrumpida en la montería.

Por todos lados hombres armados de mirada fiera sostienen con fuerza escopetas y fusiles. Silenciosos y decididos, conocen su labor y están atentos a los cuchicheos y susurros de las voces morenas del campamento, imaginando siempre conjuras e intensiones de fuga que nunca ocurren, sea por el miedo, sea porque cuando se intentan fracasan en los entresijos de la selva.

El patrón con su pistola al cinto, escudriña el movimiento de sus 200 hombres y de las 15 mujeres que forman su tropa. El látigo se agita nervioso en la manaza encallecida. Brazo-mano-latigo son una pieza. El látigo es extensión de la extremidad y de sus pensamientos. Es también prolongación de pesadillas nocturnas de 215 sueños, que no se acaban al llegar el día.

Ocho meses dura la temporada en las monterías. Para muchos, ocho meses hace que dejaron sus parajes. Para otros, dos, tres o quien sabe cuantos años, quizá siglos, para los demás, recién llegados, apenas empieza el calvario. Todos saben que la vida es un camino que baja. De las comunidades desde hace tres siglos serranas, a la feria de San Jacinto, un día de agosto en Ocosingo. Un día brumoso de nubes bajas y de borrachera de fiesta. Una oferta generosa: "Hay trabajo, buena paga... cientocincuenta pesos por adelantado, un peso el jornal, tres tantos más que en cualquier finca. Salimos mañana"

Un ¿tanto así? de duda agradecida. Noche de mona en un galerón cercado y vigilado, después de multas y saqueos de los justicias. *Pero ya no hay regreso y todavía no importa.*

Al Alba, la cruda acompaña el camino que baja a la selva, ¿hacia adonde?, al infierno mismo. No hay ruta ni forma de escape en este laberinto

verde y pocos lo intentan. Diez días va la cuerda de hombres, algunas mujeres detrás, los más, hombres solos, jóvenes todos.

El Central está en el medio mismo del mundo desconocido pero contado en los sueños de los viejos.

Junto al río que baja, la columna de Chamulas, de Bachajontecos, de Oxchuqueros, de Choles de Tila y Tumbalá se junta con los que ya están y con los que van llegando desde el rumbo de Tabasco.

—¿De dónde?

—De Yucatán. Nos alzamos en armas contra el supremo gobierno, nos apresaron y nos desterraron, mala suerte;

—¿De dónde?

—Yaquis somos, peleamos por nuestras tierras, deportados somos;

—¿De dónde?

—De la cárcel pues, me agarraron por robo... porque maté... porque el justicia se quiso quedar con mi parcela... no se por qué.

Apenas se entiende cada historia en esta Torre de Babel que es la montería, El Central como le dicen. Aquí vive el patrón desquitándose también de su destino.

La primera noche sólo los Yaquis, los Mayas y los criminales duermen encadenados, después todos conocerán el cepo, el látigo, el palo.

La primera mañana y las que siguen, unos van a hacer milpa, a tumbar montaña, a limpiar, a quemar, a sembrar, a cosechar la comida de todos. Son los indios chuapanecos con sus guardias y capataces.

La primera mañana y las que siguen, otros son cortadores, encargados de un árbol cada día, trabajando en parejas para que se logren dos trozas. El

rumbero, el contratista, montea para hallar las manchas de caobas y marcarlas con machete y trazar la pica para orientar las brechas rumbo al río.

Los tumbadores se afanan para cortar los árboles de tal modo que se aproveche la mayor cantidad de madera y al caer no se raje. Los alistadores van chuceando el trozo, separando el tronco de las ramas para que quede la parte rolliza despatillada en forma de punta burda para abrirse camino en la brecha o bien, labrada, cuadrada para que sea más fácil arrastrarla si es muy gruesa.

Mientras tanto el contratista de los callejoneros abre brecha en la selva con sus hombres. Caminos de cuatro metros de ancho en los ramales y de seis a ocho en el principal. Cien metros de camino al día, bien destroncado y vasaleado. El vasal son trozos rollizos de madera fresca sobre los que correrán las trozas jaladas por los bueyes.

Por la noche, la selva no duerme. Los boyeros arriman el ganado hasta el astillero. Cada tiro de bueyes, hasta 10 animales, jala una tonelada. Si la troza pesa unas cinco serán necesarios cinco tiros.

Los gañanes van jalando el ganado lentamente, lanzándole maldiciones mientras el boyero lo arría con el látigo de cuero crudo y con el pié de palo, como si tuviera rabia, tal vez desquitándose de su propia vida. Toda la noche, todas las noches mientras dure el corte, hasta que las lluvias llegan.

Al campamento central se va una vez al mes. El resto del tiempo se semanea, es decir, se vive en los campamentos cercanos a los lugares de corte mientras este dure y luego se cambia a otro lugar donde haya manchas de caoba y así hasta el fin de la temporada.

Las lluvias llegan cuando menos se espera. La madera lista en las bacadillas, un descampe donde se amontonan las trozas muy cerca del cauce seco del río, medida y marcada con el sello de la compañía.

Al río le gusta crecer de noche, por eso, aunque durante el día se la pasan las cuadrillas en la holganza, matando mosquitos o sudando las calenturas

del paludismo que pega más precisamente cuando las lluvias comienzan, de noche habrá que velar la llegada del corrental.

Cuando sucede, el campamento cobra vida. Un ejército de candiles de petróleo dentro de latas vacías sujetos a la frente se sube a las trozas blandiendo un remo. Equilibristas en un falo giratorio que no se está un momento quieto, empujan el fondo hasta ponerse en la corriente con su embarcación.

—Cuidado con las nauyacas y los alacranes, cuidado con las mandingas que vienen entre los basurales de la creciente.

—Cuidado con las avispas que anidan en los güatopales.

—Cuidado con las trozas atravezadas que, si no las ves y te chocan sin que te des cuenta, te vas al agua y no hay forma de salir por el techo de palos que cubre el río y habrá que buscar tu cuerpo hinchado en la orilla río abajo y tal vez no te encuentren y tu viuda y tus hijos, si es que tienes, se quedarán a pagar tus deudas y a malmorirse en esta montaña.

Por setenta pesos mensuales más vale estar atento.

Una vez que entre al río Grande, la cosa está segura. De ahí al Usumacinta para que al llegar a Boca del cerro, por el rumbo de Tenosique, los de la compañía los jalen desde los cayucos con sus ganchos, reconociéndolos por las marcas que se les grabaron en la bacadilla y amarrándolos con cadenas para hacer unas balsas del tamaño de barcos para viajar con ellas hasta Frontera o Ciudad del Carmen.

Dichosos los que están en Boca del Cerro que después de la paga se van. Desgraciados los que quedan en la montaña esperando la siguiente temporada para seguir sufriendo en esta cárcel sin muros ni puertas, con la única esperanza de morirse bajo los troncos que caen sin aviso, o de malaria, o por el yugo y los golpes del patrón. Ya se sabe que la vida es un camino que baja, más abajo del infierno verde, al hoyo obscuro en el que te acoge la selva para olvidarte cuando ya no importa.[26]

Una Utopía derrotada.

A diferencia del trabajo en las plantaciones de café que era voluntario, los enganchadores para las monterías secuestraban a los indígenas de las tierras altas para formar cuadrillas de trabajadores y llevarlos a la selva en donde se les encadenaba durante la noche y se les vigilaba durante el día. Incluso, ante la negativa de los indígenas de ir a trabajar a la selva, Don Porfirio *abrió las cárceles y ordenó a los prisioneros que trabajaran en ellas.*[27].

A las monterías llegaron también indios rebeldes deportados, Yaquis de Sonora y Mayas de Yucatán.

En 1904, durante el mandato del gobernador interino Rafael Pimentel ocurrió un primer intento liberador de los esclavos de las monterías aplastado sin contemplaciones por las guardias de los madereros con ayuda de los rurales del gobierno estatal en el momento en que amenazaba con propagarse a otras monterías.

Ocho años más tarde, en el verano de 1912, ocurrió una segunda gran sublevación.

> *En un día determinado, indios y desterrados políticos ajusticiaron a los capataces, rompieron cepos y cadenas y buscaron desesperadamente el establecimiento de una gran comuna igualitaria, que convertiría a los esclavos en productores autosuficientes en el corazón de la selva verde, una utopía que los rebeldes, según B. Traven*[28]*, denominaron Solipaz (...) Pero en el mes de julio, los patrones aterrados, armaron mercenarios y contrataron a cincuenta soldados federales que asaltaron violentamente la selva (...) y eliminaron a sangre y fuego a los insurrectos; un ejército de escuálidos y desarmados peones, cuyas cabezas retornaron como trofeos*

del pecho de los vencedores, quienes regresaban a Ocosingo y Villahermosa con la satisfacción del deber cumplido.[29]

Un grupo de sobrevivientes intentó pedir ayuda al presidente Madero, protestando por la participación del ejército y denunciando los tratos en las fincas madereras, sin embargo regresaron sin respuesta. Madero fue asesinado sólo algunos meses más tarde.

La situación prevaleciente en las monterías, apenas conocida a raíz de este levantamiento provocó protestas aisladas en algunos círculos intelectuales y de la prensa. Frente a ellas los madereros como Romano y sus abogados se defendieron negando que existiera esclavitud en las monterías y *se felicitaron por el fracaso de la sublevación, pues gracias al apoyo del ejército fue sofocada oportunamente por el rápido envío de fuerzas tanto del lado de San Juan Bautista [Villahermosa] y Tenosique, como desde Ocosingo.*[30]

Cuenta la historia que el gobernador porfirista Francisco León intentó modificar las relaciones de trabajo en las fincas de Chiapas, en particular la servidumbre por deudas que, sin embargo, era apoyada por la mayoría de terratenientes e intelectuales quienes la consideraban fundamental para el *bienestar de la agricultura chiapaneca pues constituía, según refería cierto hacendado, el alimento principal para la vida de nuestras fincas.*[31]

Fernando Zepeda, editor del Boletín de Noticias escribió en 1886 en el diario del Partido Liberal de la ciudad de México:

Al hablar en favor de los sirvientes exagerando sus condiciones de pobreza (los críticos) están inculcando en ellos derechos imaginarios tales como la abolición de sus deudas y excitando en ellos la pasión y la disposición por la rebelión que sin duda resultarían muy lamentables para la sociedad y sobre todo para la agricultura del lugar.[32]

Con todo y pese a la oposición de los finqueros a cualquier reforma laboral, Francisco León convocó a un congreso agrícola que debía tratar y resolver el problema de la servidumbre por deudas. El congreso se reunió en Tuxtla Gutiérrez a fines de marzo de 1896.

Sus delegados eran prominentes finqueros de toda la geografía del estado, sus objetivos eran discutir *cómo liberar los miles de pesos atados en deudas, cómo aumentar la productividad y cómo encontrar una solución a la mala distribución geográfica de la fuerza de trabajo en el estado.*[33]

Entre las cuestiones a discutir estaban: el contrato de servicio doméstico, tal como se le cumple en el estado ¿merece que se le considere esclavitud como se le ha considerado en la prensa nacional?, ¿entra en conflicto con algunos de los principios que establece la constitución federal?, ¿está en conformidad con los principios aceptados de la economía política o se le puede calificar de antieconómico?

La respuesta a las dos primeras preguntas fue negativa y en cuanto a la tercera el congreso resolvió que los contratos para nuevos sirvientes prohibieran la acumulación de cualquier deuda y agregaba que las deudas ya contraídas debían permanecer vigentes y sin modificación.

En síntesis, se esperaba que *la servidumbre por deudas muriera de muerte natural junto con los sirvientes mismos.*[34]

Al respecto Porfirio Díaz escribió al gobernador Francisco León durante el congreso:

> *Considerando el gran peligro (que representa este esfuerzo) aprovecho sin pérdida de tiempo esta oportunidad para informarle que por ningún motivo deberá usted permitirlo. Debe usted creer que si (la servidumbre) existe en ese lugar es porque todavía no la he podido eliminar, pues aún no alcanzamos un nivel de educación tal en el que sea posible llevar ese beneficio a los pueblos.*[35]

Más tarde, al finalizar el congreso y conociendo sus resultados, Díaz escribía a León:

> *El asunto está concluido y puesto que no se le ha decidido sino en parte, eso muestra que no puede ser resuelto y por tanto usted no deberá volver a tocarlo, ya que en vista de que es tan importante para los terratenientes solo serviría para dañar su prestigio personal y si usted está de acuerdo, le invito a dejar esta cuestión por la paz y repito, a no tocarla más incluso si surgiera alguna oportunidad que indicara que usted debiera hacerlo.*[36]

En 1897 había en Chiapas 31 512 sirvientes por deudas y la deuda colectiva sumaba 3 017 012 pesos.

¡Viva la Reforma Agraria!

El rumor corrió por cañadas y serranías como tormenta bíblica, arrasando a su paso las seguridades más preciadas. Puertas y ventanas se cerraban presurosas escondiendo el temor de la gente de bien. En los salones se comentaba con disgusto y asombro la inminente caída del viejo que no tenía ya la fuerza de sus años buenos para contener a una plebe enardecida que incendiaba el llano con paso de Atila.

Válgame Dios. En el desierto norteño un bandido se yergue en héroe justiciero para los peones descontentos. En el noroccidente un patriarca barbado se une con la gente de razón para desafiar al señor presidente hablando de progreso. En el sur un indio sombrerudo demanda la devolución de tierras para sus pueblos empobrecidos. Y hasta un ingenuo bienvestido se atreve a exigir: Sufragio Efectivo, No Reelección.[37]

¿Que fin de la historia es este que nos pone en manos de harapientos y aventureros, que no son buenos ni para ponerse de acuerdo en la clase de país que quieren?

Se va la figura de Don Porfirio con un adiós compasivo sobre el Ypiranga. ¡Adiós Mamá Carlota!

Se queda sin embargo el espíritu del viejo, reencarnado en el calvo general de ojos de ofidio. Ronda en la Ciudadela y en la calle de atrás de palacio.

Se persigue al demonio de Tuxtepec en donde se le encuentra, como a los judas de semana santa. La indiada no está para que la asusten con el petate del muerto:

¡La Tierra es para quien la Trabaja, verdad de Dios!

Se refugia el muertovivo en Chiapas a donde no llegan ni la insolencia ni los falsos profetas, en donde los relojes marcan el destiempo. Reencarna el ánima en el *mapache* Tiburcio, en el desorejador Corzo. Cabalga en los llanos de la Fraylesca, en los quebrachos de San Cristóbal, Hasta la selva llega.

Y todo para que este purgatorio llamado Chiapas, tenga un lugar en la historia y entre, como debe, al nuevo siglo con su mirada bien puesta en el porvenir

El fin de la época de las maderas.

El 30 de octubre de 1914 José Agustín Castro, jefe del Ejército Constitucionalista en Chiapas, decretó la Ley de Obreros o de Liberación de Mozos.

La ley, semejante a la promulgada por el gobierno de Mújica en Tabasco mediante la que se suprimía la servidumbre por deudas,

decretaba que *no hay sirvientes en Chiapas*, se abolían todas las deudas y se prohibía la creación de otras, se establecía un salario mínimo por regiones que debía ser pagado en dinero, se regulaban los pagos por jornadas extras y la jornada de solo diez horas, la libertad de residencia y circulación de los mozos liberados, la prohibición de las tiendas de raya y el pago de mercancías, la libertad de comercio en las fincas, se obligaba a los propietarios a permitir el libre uso de bosques y aguas y el ejercicio de la ganadería entre los siervos ahora libres, se reglamentaba la aparcería, se obligaba a los patrones a dar habitaciones cómodas a sus empleados, atención médica, pago de accidentes de trabajo, se prohibía emplear a menores de edad, obligando a los finqueros a seguir produciendo so pena de ser expropiados, se aplicaría prisión y multa a quienes infligieran castigos corporales.

El efecto inmediato de esta ley, que buscaba sobre todo ganar una base social para los carrancistas llegados al estado y minar el poder de la oligarquía chiapaneca fue que los finqueros afectados se organizaron para impulsar un movimiento contrarrevolucionario (Mapachista), eufemisticamente autodenominado villista o zapatista y después obregonista, a la postre vencedor de la contienda civil en Chiapas, y que la dicha reglamentación se quedara en tan sólo un mal recuerdo.

En las monterías, las condiciones para los trabajadores prácticamente no cambiaron ya que los vientos de revolución no lograron penetrar la espesura de la selva.

Sin embargo al coincidir el movimiento armado en México con el advenimiento de la primera guerra mundial en Europa, la mayoría de las monterías, instaladas desde los setenta del siglo anterior se colapsaron ante la falta de créditos y el cierre de los mercados. Sólo algunas, las

relacionadas con el capital norteamericano, lograron mantenerse por unos años más.

Sus sobrevivientes lograron salir de la selva para contar, a los pocos que quisieron oírlos sin creerles, lo sufrido en esos años de esclavitud, otros buscaron acomodo en las monterías que quedaron o en las fincas agroganaderas que se multiplicaron en la selva o se posesionaron de una parcela, en el corazón de la montaña en espera de los que habrían de llegar.

La herencia del mapache[38]

En Chiapas se recuerda que cuando Lázaro Cárdenas llegó a la presidencia, 13 años habían transcurrido desde aquel 2 de noviembre de 1921 durante en cual, Tiburcio Fernández, el *mapache mayor*, había promulgado la ley agraria que habría de marcar el derrotero de las políticas sobre la tierra en el estado. Una ley agraria que legalizó el latifundio al establecer los límites de la pequeña propiedad en 8 000 has y permitió que los terratenientes pudieran fraccionar y vender sus demasías, elegir las tierras que se reservaban y recibir indemnizaciones por aquellos terrenos que les fueran eventualmente expropiados.

El Estado mapachista, según esta ley, podía dotar en forma gratuita, tierras a los pobres de notoriedad debidamente justificada y a quienes hubieran prestado servicios al Estado, vender tierras a campesinos (las que a su vez habían sido adquiridas a los terratenientes) por un precio igual al de la primera compra, más un 10% por concepto de gastos de planificación o fraccionamiento y un 5% de interés anual, siendo el plazo de pago el de 20 meses, o bien, sancionar la libre venta de las tierras entre propietarios y campesinos vigilando solamente la legalidad de la operación mercantil.[39]

Pocos fueron, sin embargo, los campesinos beneficiarios de estas disposiciones de suyo desiguales. Los peones acasillados no eran sujetos susceptibles de solicitar tierras en un estado donde el 92.8% de la población eran peones de las haciendas[40].

Hasta antes del código agrario de 1934, promulgado por Cárdenas, las tierras cultivadas con café, cacao, vainilla, hule u otros similares estaban exceptuadas de fraccionamiento o expropiación según decretos nacionales.[41]

Con el nuevo decreto en materia agraria del 30 de enero de 1935 emitido por el gobernador Victórico R. Grajales, las grandes extensiones se mantuvieron intactas al establecerse que una sola persona podía ser dueña de una extensión mayor (no precisada) si comprobaba que esta era ocupada con *sembraduras de caña, plantaciones de café o plátano, ganado vacuno, caballar o lanar...* con mucho los usos más socorridos por los grandes terratenientes del Estado.[42]

Sería hasta 1937 cuando habría de reconocerse el derecho de los peones acasillados de solicitar tierras de las haciendas, pero en Chiapas, en vez de dotarles las tierras de los propios lugares de origen, el gobierno abrió los terrenos nacionales para ejecutar las acciones agrarias logrando con esto expandir la frontera agrícola hasta entonces limitada a ciertas regiones del estado (Soconusco, Costa, Fraylesca) y respetar los grandes latifundios.

En los pocos casos en que sí se entregaron tierras en estas regiones, esto fue más bien promovido por los propios terratenientes necesitados de garantizar la fuerza de trabajo para sus plantaciones, que cada vez era más difícil conseguir en los Altos de Chiapas, productor histórico de peones, de neutralizar a los sindicatos agrícolas que crecían en número y fuerza animados por la política cardenista y de tender un

cinturón de seguridad ante las eventuales acciones agraristas, vendiendo o regalando tierras en las inmediaciones de las grandes fincas.

Con todo, estas medidas dieron al Estado un consenso social del que estaba necesitado y 'puso a tono' a los gobiernos estatales con las políticas nacionales implementadas por Cárdenas, si bien tuvieron un carácter mas bien cosmético que no alteraron en lo fundamental la estructura agraria en la entidad.[43]

Para entonces, la mayor parte de las tierras de la selva seguían en poder de los antiguos madereros y el resto lo conformaban tierras nacionales que habrían de servir más tarde como lugar de expansión de la frontera agrícola al acentuarse la ocupación del espacio rural.

A partir de 1940 dio inicio un proceso de fuerte dinamismo en el terreno agrario a través de una política de ocupación de tierras ociosas, la apertura de vías de comunicación, cuyo impacto en permitir el acceso a nuevos territorios determinó el destino de la tierra en el estado, la utilización de terrenos nacionales con fines de reparto y la colonización por particulares. En este momento y con tal política, se configuraba lo que sería el destino de las todavía extensas selvas del estado.

La ocupación de tierras ociosas buscaba que aquellas tierras no utilizadas por sus propietarios se incorporaran a la producción a través de mecanismos de aparcería temporal a cargo de los ayuntamientos en el marco de la Ley Federal de Tierras ociosas del 23 de junio de 1920.

La colonización, sin embargo, fue el mecanismo más importante para la dotación de tierras en el estado, desde los años cuarenta hasta fines de los ochenta, toda vez que en 1940 existían en Chiapas alrededor de 3 millones de has. de terrenos nacionales, sin contar los baldíos y las extensiones mayores de 5 000 has. con lo que la superficie susceptible de reparto llegaba a los 5 millones de has.

Las dos modalidades más importantes de esta política *agrarista* fueron: La colonización de propiedades agrícolas por particulares y la colonización de tierras por la vía de la constitución de Nuevos Centros de Población Ejidal (NCPE).

El primero de los casos, la colonización por particulares, se instituyó con carácter legal desde la expedición del decreto del 2 de agosto de 1923 (Ley de Tierras Libres) con el cual se otorgó el derecho a todo mexicano mayor de 18 años de adquirir terrenos nacionales o baldíos, con el mero hecho de dar aviso a la Secretaría de Agricultura y Fomento, de los predios que hubiere ocupado. Decretos posteriores reafirmaron esta modalidad hasta su supresión en 1962.

Por esta vía gran cantidad de tierras del estado se concentró en pocas manos y dieron lugar a latifundios simulados, significando una desviación del proceso de reparto agrario, aunque también alguna cantidad de campesinos pudo tener acceso a ellas.[44]

Un propietario particular, denominado nacionalero, recibió en promedio 180 veces más tierra que los ejidatarios.

Durante el gobierno cardenista la ocupación de terrenos nacionales por particulares se redujo significativamente respecto a los años anteriores. De 1923 a 1940 se ocuparon 23 298 has. por 161 nacionaleros, en promedio 144.7 has. cada uno.

De 1940 a 1946 (periodo de Avila Camacho) se incrementó nuevamente la superficie de tierra ocupada por los nacionaleros llegando a 39 107 has. para 305 nacionaleros. El promedio de has. por ocupante fue de 128.21.

Con Miguel Alemán en la presidencia (1946-1952), en el marco de las transformaciones del modelo de desarrollo del país, ocurrió un

notable incremento tanto de la superficie total ocupada por los particulares como el promedio por has.: 49 418 has. para 298 nacionaleros, en promedio 166.16 has. por nacionalero. La ocupación de estas tierras se concentró principalmente en los municipios de Cintalapa, Ocosingo, Pijijiapan, Villa Corzo y Villa Flores.

Es de destacar que durante este régimen se expidió la Ley de Terrenos Baldíos, Nacionales y Demasías del 30 de Diciembre de 1950 que definía la situación jurídica y las distintas vías para hacerse de terrenos nacionales en forma particular.

Estos terrenos, según la ley, podían ser vendidos, otorgados gratuitamente o arrendados por el Estado a particulares:

> *A título oneroso, las superficies máximas que podían enajenarse a una sola persona, con fines agrícolas o ganaderos, eran de 100 has. de riego o humedad; 200 has. de temporal o agostadero; 150 has. de tierras susceptibles de dedicarse al cultivo del algodón; 300 has. cuando se destinaran al cultivo de algodón, caña de azúcar, café, henequén, hule, cocotero, vid, oliva, quina, vainilla, cacao o árboles frutales y la superficie necesaria para mantener hasta 500 cabezas de ganado mayor o su equivalente en ganado menor (art. 10).*
>
> *Por enajenación a título gratuito, las extensiones máximas que podían adquirirse eran de 10 has. de riego o humedad; 20 has. de temporal; 50 has. de agostadero y de terrenos de agostadero no susceptibles de cultivo; la superficie necesaria para mantener hasta 40 cabezas de ganado mayor o su equivalente en ganado menor (art. 27).*
>
> *En caso de arrendamiento, las superficies máximas arrendadas serían las mismas que señala el art. 10 para la venta (art. 38).*[45]

Durante el gobierno de Adolfo Ruiz Cortínez, se manifestó la ocupación de 67 596 has. por 402 nacionaleros, las cifras más altas desde 1934. En este periodo creció el promedio de has. correspondientes a cada nacionalero, incrementándose a 168.14 has. Los municipios más representativos de esta situación fueron: Cintalapa, La Concordia, Palenque, Villa Comaltitlán, y Pantepec.

En 1962, durante la administración de Adolfo López Mateos, se derogó la Ley Federal de Colonización, suprimiéndose la colonización privada. A partir de entonces sólo se manifestarían para su legalización propiedades ocupadas con anterioridad a esa fecha.

La vía de la venta o dotación de terrenos nacionales a particulares fue cobrando importancia en la medida y en las regiones donde la producción capitalista fue expandiéndose, en particular la zona de la Fraylesca (municipios de Cintalapa, Ocozocuautla, Berriozabal, La Concordia y Villa Flores) y a partir de 1940 en zonas hasta entonces vírgenes como Ocosingo, Trinitaria, Palenque, Margaritas e Independencia, es decir, en la selva y la zona fronteriza. Sin embargo, la mayoría de estas tierras carecen, hasta hoy día, de títulos legales con lo que es posible adivinar que *detrás de la forma de nacionaleros se den formas de latifundio [...] como en los casos de Comitán, Chilón, Palenque o Tapachula.*[46]

De 1940 a 1949 se repartieron tierras en casi las tres cuartas partes del estado (74 municipios).

Durante este periodo hubo regiones protegidas o de nulo reparto agrario como las de la zona norte del estado (colindante con Tabasco), algunos municipios de los altos, otros de la zona norte de la selva, una franja de la zona fronteriza y algunos municipios de la sierra, concentrándose el reparto en la zona de Soconusco y la región fronteriza, lo que habla del interés de abastacer de fuerza de trabajo al Soconusco y zonas colindantes.

En la década de 1950-1959 fueron entregadas en el estado 649 631 has. a 27 365 campesinos, cobrando importancia los municipios de la selva y de la frontera: Margaritas (41 838 has), Concordia (35 989 has), Tila (31 535 has), Chicomuselo (28 842 has), Ocosingo (23 810 has), Salto de Agua (23 852 has) y Palenque (16 852 has.), reforzándose la política de colonización.

En la década siguiente (1960-1969), fueron entregadas 483 526 has. a 20 940 campesinos, casi 200 000 has. menos respecto a la década anterior, destacándose nuevamente los municipios de la selva y la frontera: Palenque (56 639 has), Chilón (41 322), Margaritas (43 643) y Ocosingo (39 806 has.).

Para entonces se excluía ya del reparto agrario al Soconusco por la intención de mantener intacta la zona más importante de explotación agrícola capitalista de la entidad; a la región norte, que empezó a conformarse como una zona eminentemente ganadera; y a la región de los altos por la escasez y mala calidad de la tierra.[47]

La segunda modalidad de dotación agraria fue la colonización a través de la creación de Nuevos Centros de Población Ejidal (NCPE). Con esta medida el Estado mexicano trató de resolver las solicitudes de dotación de tierras en lugares donde no existía la disponibilidad de tierras susceptibles de reparto o que, habiéndolas, su afectación representaba un conflicto político con los grupos terratenientes.[48]

A partir de 1959, tal acción empezó a cobrar fuerza en el ámbito nacional con respecto a acciones como la dotación o ampliación y se convirtió en un mecanismo de desahogo de solicitudes de tierras, sobre todo en algunas entidades de la república con disponibilidad de tierras susceptibles de colonización, como fue el caso de Chiapas.

Entre 1965 y 1976, se crearon casi el 70% de los NCPE existentes con el 72.82% de la superficie entregada por medio de esta acción agraria.

La medida de creación de NCPE se encuadró en la orientación de la política nacional pues en 1972, por acuerdo presidencial, se creó una Comisión Intersectorial de Colonización Ejidal, encargada de elaborar y ejecutar, con carácter preferente, planes regionales para la constitución y repoblamiento, en su caso, de NCPE.[49]

En Chiapas, siguiendo esta política, una medida de suma importancia iniciada en el periodo gubernamental del doctor Manuel Velazco Suárez y que se continuó en los años siguientes, fue la colonización de la zona "Marqués de Comillas". En esos años se preveía abastecer en dicha región, 10 poblados con 500 familias cada uno.

Sería en la década de los 70's cuando la colonización de la selva fue adoptada como política estatal ante la necesidad de controlar el crecimiento poblacional, la explotación de los recursos selváticos y los conflictos entre indígenas migrantes (solicitantes de tierras ya ocupadas), ganaderos, Lacandones y compañías madereras.

La asignación de tierras por el mecanismo de creación de NCPE creció espectacularmente de la década de los 60's a los 70's, etapa en la que los NCPE llegaron a representar el 13.94% de las acciones agrarias ejecutadas y casi el 28% de la superficie entregada.

En los cuatro primeros años de los 80's se mantuvo igual el porcentaje de los NCPE con respecto a la década anterior, pero se redujo bruscamente la superficie entregada.[50]

Dentro de esta política de colonización, el municipio de Ocosingo fue el más afectado, al ser el municipio más grande en extensión del estado, con menor densidad de población, y donde se localiza la selva Lacandona, ha sido utilizado preferentemente para la colonización ejidal.

En el municipio de Ocosingo, se han creado 14 NCPE y existen 4 resoluciones presidenciales de NCPE sin ejecutar; 120 600 has. fueron dotadas en Ocosingo para la constitución de NCPE, el 88% del total estatal.[51]

Aunque poco utilizada hubo otra vía para la adjudicación de tierras, la restitución de Bienes Comunales.

La Restitución de Bienes Comunales es un mecanismo de reparto de tierras sobre las cuales los campesinos comprueben sus derechos, en los términos que fija la ley. Terrenos o bienes comunales es el reconocimiento por parte del Estado de los derechos sobre las tierras ya posesionadas por campesinos.

En Chiapas este proceso de reconocimiento de derechos o de restitución se inicia hasta 1940, pese a que, ya desde 1917 la constitución de la república y posteriormente la Ley Federal de la Reforma Agraria sancionaban el procedimiento.[52]

En realidad, en 1940 se realizó una sola restitución (en Tapachula) y el proceso fue lento, tortuoso o prácticamente inexistente desde entonces, destacándose en la década de los 70's cuando se implantó con mayor significación.

Así en la década que va de 1950-59, se hicieron dos reconocimientos de bienes comunales sobre tierras ya ocupadas; entre 1960-69 tres de estas acciones y una restitución; entre 1970-79 veinte reconocimientos y de 1980-84 dieciocho.[53]

El caso de restitución de Bienes Comunales más sonado y que mayores consecuencias políticas tuvo fue, sin duda, la creación de La Comunidad Lacandona

En 1972, el presidente Luis Echeverría, acompañado del entonces gobernador Manuel Velazco Suárez en un acto de *justicia histórica*

deciden la restitución de sus tierras a 60 familias Lacandonas, *descendientes originales de los antiguos propietarios de la selva, los Mayas*, con este acto abrían una caja de pandora que no habría de cerrarse en mucho tiempo, dando lugar a una de las páginas más conflictivas de la historia agraria de la entidad y motivo de la lucha indígena y campesina en una vasta región de la geografía chiapaneca.

Entre 1980-84 se ejercieron 268 acciones agrarias en total mediante las cuales se entregaron 445 292 has. a 23 495 campesinos.[54]

En Ocosingo hubo 20 dotaciones (38 457 has), 17 ampliaciones (20 637 has.), 6 NCPE (18 002 has.) y 1 bienes comunales (15 670 has.).

En Palenque, 13 dotaciones (14 896 has.)

En total entre 1920 hasta 1984 se entregaron un total de 2 952 638 has. a 144 044 solicitantes mediante la ejecución de 1845 acciones agrarias.

A través de la dotación se entregaron 1 934 665 has., ampliaciones 530 647 has., bienes comunales 259 377 has. y la creación de NCPE con 219 334 has. (IBID:122)

En resumen, hacia 1960 el mapa agrario del estado estaba constituido por 36 279 predios de los cuales sólo 948 eran ejidos que poseían 1 748 481 has. de ellas, 47 951 eran laborables. La propiedad privada controlaba 3 650 722 has. ocupadas en un 70% por pastizales.

Hacia 1970, el número de ejidos y comunidades se incrementó hasta llegar a la cifra de 1 222 y la superficie en su poder creció hasta ocupar 2 667 414 has. La propiedad privada disminuyó su control de la tierra para sentarse en una superficie de 2 096 439.7 has. Sin embargo 40 familias controlaban más de un millón de hectáreas de las mejores tierras del estado.

Para 1988 en número de ejidos ascendía a 1714 en una superficie de 3 130 892 has. según cifras oficiales.

Para 1993 se reportaron 2 872 ejidos, 156 NCPE, 129 comunidades y 35 colonias agropecuarias que en conjunto poseen 4 202 695 hectáreas, mientras 18 570 predios registrados como propiedad privada aparecen con 2 496 471 has. De acuerdo con estos datos el 55.87% del territorio estatal está en poder de la propiedad social mientras que 33.19 en manos de la propiedad privada.

Al final de este proceso, el mapa agrario del estado se podía dividir en un conjunto de grandes propiedades (más de 1000 has.) dedicadas a la producción de cultivos de exportación (café, algodón) y a la ganadería, principalmente en la región del Soconusco, en el norte y en las zonas periféricas a la región selva formadas a partir de las políticas liberales sobre la tierra y aún por la dotación a nacionaleros antes de 1940.

Un entramado de pequeñas propiedades concentradas en zonas de expansión de la agricultura de corte capitalista (principalmente la Fraylesca), producto de la dotación a particulares de terrenos nacionales y baldíos, un vasto territorio conformado por nuevos ejidos y comunidades situados en las regiones de expansión de la frontera agrícola (zonas fronteriza y selva) creadas por el Estado vía la colonización y que dieron respuesta a conflictos agrarios de diversas partes del país y de la propia entidad y, por último, una zona de comunidades integradas por campesinos minifundistas (los Altos) en los que la concentración de la población en tierras pobres y agrestes nunca fue resuelta.

La colonización se constituyó así en el mecanismo privilegiado para responder a la creciente demanda agraria que amenazaba las tradicionales relaciones de propiedad terrateniente en el estado de Chiapas y en otras regiones empobrecidas del país. Por esta vía se

pospuso un conflicto que habría de estallar, sin embargo, poco años después.

No hay tierra para repartir[55]

En esa mañana de 1977, frente al enorme auditorio, los pequeños ojos del gobernador Jorge de la Vega casi se cerraron en un gesto decidido que histriónicamente concluía un capítulo de su primer informe de gobierno, el único que rendiría ante el congreso de su estado natal:

> *En Chiapas ya no hay más tierras que repartir, podemos anunciar con toda responsabilidad que en nuestra entidad se ha terminado el reparto agrario.*[56]

El esperado anunció fue rubricado por un prolongado caudal de aplausos procedentes de todos los rincones del recinto, el gabinete estatal en pleno, los presidentes municipales, diputados, dirigentes campesinos y obreros, representantes de la iglesia en la entidad, cada uno por su parte justificó a su manera la valiente medida que cerraba una historia e inauguraba la modernización de un estado donde los conflictos agrarios se multiplicaban.

Poco antes, el propio presidente la república Don José López Portillo y Pacheco hacía lo mismo ante el Congreso de la Unión:

> *En México la etapa del reparto de tierras ha culminado, toca hoy abrir una nueva página en la historia nacional, la de trabajar por hacer productivas estas tierras, modernizarlas, hacer de nuestra agricultura un sector eficiente de la economía nacional.* [57]

Sin embargo, no fue él quien se atrevió a romper el Pacto histórico que el Estado mexicano estableció con los campesinos del país, producto del movimiento revolucionario de 1910 y que, sin duda, era la base de la relativa estabilidad política en México, aunque dejó a la nación inerte ante los cambios por venir. Sería en 1992 cuando Carlos Salinas de Gortari, de manera inopinada decidió *patear el pesebre* del pacto social de la nación resolviendo, sin la menor sensibilidad política, el fin del reparto agrario, la apertura del campo al capital privado mediante la figura de Asociaciones Mercantiles y en última instancia la identificación de la tierra en una mercancía más. En Chiapas, la cancelación del reparto se proyectaba también en la declaración oficial del fin de la colonización de la selva como vía de solución a la problemática rural del estado. Tiempos de neoliberalismo y de descarnadas políticas económicas sustentadas en el manejo autoritario y discrecional del poder. Tiempos de guerra.[58]

Pero entonces, fuera de los recintos oficiales, en la vastedad del campo mexicano, del campo chiapaneco, pies descalzos reiteraban el contrato constituyente con la Madre Tierra, *con la entidad viviente en el mundo visible e invisible que los pueblos campesinos tienen que recorrer día con día*[59], y continuaban el reparto, oídos atentos escuchaban la voz del viento-Votán convocando a la marcha. La tierra es, debe ser, para quien la trabaja, para quien la siente y la piensa.

Si bien Chiapas ya no es hoy el estado con mayor desigualdad en la propiedad agraria, a partir de las políticas de dotación implementadas por el gobierno desde 1994 que consistieron en la compra de un conjunto de propiedades privadas, dedicadas a la ganadería, sector que vive una profunda crisis, y en su entrega a organizaciones campesinas que decidieron negociar con el Estado su adjudicación; sigue siendo la entidad con mayor fragmentación en la propiedad. Indudablemente la distribución con fines políticos de la tierra no ha resuelto ni puede

resolver el problema central que va más allá de la mera dotación de predios.

Desigualdad, uso político y pulverización se dan la mano con una gran presión demográfica sobre una tierra generalmente mala para la producción agrícola.

En 1991 se estimaba que las unidades de producción agrarias individuales tenían una extensión promedio de 12.6 has. frente a un promedio nacional de 22.3 has.

Por otra parte, las unidades colectivas de producción del estado, ejidos, comunidades y otros, contaban en promedio con 64.3 has. frente al promedio nacional de 641.6 has.

Aproximadamente el 15% de los campesinos de Chiapas carece de parcela. Es decir, 517 mil jefes de familia rurales son demandantes de tierra, y eso sin contar los hijos y nietos de los ejidatarios y comuneros que, año con año, se inscriben en el creciente contingente de los sin tierra.

Sin contar tampoco a los solicitantes que no tienen derechos a salvo como ejidatarios y comuneros.

La calidad de la tierra es muy desigual. La mayor parte son bosques y montes, en los que se puede explotar madera y ganado. Sin embargo la mayoría de su población se dedica a la agricultura en una región donde las tierras agrícolas son mucho menores y peores en calidad.

Se estima que poco más del 30% del rezago agrario del país se encontraba en Chiapas en el momento que se anunciaban las modificaciones al artículo 27 constitucional.

Hasta mayo de 1995 se contabilizaban entre los casos sin resolver, 268 de expedición de carpetas básicas, 219 demandas de expedición de certificados de derechos agrarios, 106 controversias por límites, 72

conflictos internos, 63 resoluciones presidenciales sin ejecutar y 18 solicitudes de tierra.

Por eso la mayoría de los conflictos chiapanecos giran en torno a la tierra, aunque son distintos en cada una de las regiones del estado.

En los municipios de las zonas selváticas abundan las denuncias de despojo por pequeños propietarios, así como los conflictos por límites y demandas de ejecución de resoluciones presidenciales.

En los municipios del norte de la entidad hay despojos violentos, fincas con tiendas de raya, grupos paramilitares al servicio de finqueros y funcionarios públicos. Hay hambre de pan y justicia.

En los municipios de la frontera con Guatemala, en la Sierra Madre, predominan conflictos por linderos causados por la superposición de planos. Y, finalmente, en los Altos de Chiapas, conflictos internos de las comunidades, además de una gran presión demográfica sobre la tierra: en una zona en la que más del 80% de sus habitantes vive de ella y tiene la mayor densidad demográfica del estado y una de las más altas de la república.

Los Altos son también, como el norte, fuente de expulsión, origen de migrantes en busca de futuro. Caminantes enrumbados a lo incierto.

Pero, es cierto, más allá de los motivos evidentes, una manera de pensar y sentir el mundo, opuesta a la determinación secularizadora dominante, configura el aspecto central de los conflictos. La tierra es el espacio material de las representaciones humanas, de la identidad y la dignidad, es el espacio para pensar y pensarse, vivir y vivirse. Y eso que es tan entrañable, que es lo propio, que es el ser y estar en el mundo del indio y del campesino, no puede venderse ni comprarse, porque es un derecho inalienable de las colectividades campesinas.

Guatemala: La tierra ajena.

No es tan distante la historia de la tierra del otro lado del río.

Conforme fue desapareciendo el sistema jurídico de la encomienda, implantada por los conquistadores del siglo XVI, el sistema de las haciendas coloniales se fue fortaleciendo más y más, fenómeno que en Guatemala apareció ya desde el comienzo del siglo XVII. En el siglo XVIII, las tierras adquiridas por el sistema de *composición de tierras*, eran en la práctica propiedad de los hacendados colonialistas y mestizos.

Muchas de esas haciendas convertidas en *obrajes* y orientadas ya al mercado mundial, escaparon de los marcos del derecho feudal español y funcionaron en la práctica en base a la propiedad sobre la tierra que busca la ganancia capitalista. Estas nuevas unidades de producción, que en el siglo XIX verían reforzada su presencia en el país hasta convertirse en hegemónicas, se expandieron a costa no sólo de las comunidades indígenas sino de las mismas tierras de realengo.[60]

Tres hechos fueron los fundacionales de este predominio político de los grandes agrarios guatemaltecos. El primero tuvo que ver con la necesaria constitución como sociedad de clases, de la realidad colonial. El segundo también con el necesario predominio de lo agrario dentro de la economía colonial y después en las economías del siglo XIX y XX. El tercero, con el hecho de que lo que después fue la sociedad guatemalteca nació subordinada a los centros económicos mundiales por lo que se constituyó como sociedad colonial en un primer momento y después como sociedad dependiente y subdesarrollada. Son estos hechos los que determinarían el surgimiento de una poderosa oligarquía sustentada en la gran propiedad de la tierra y que paulatinamente se irá convirtiendo en agroexportadora hasta definirse plenamente como tal, con el *boom* del café a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

El predominio político de los grandes terratenientes, después constituidos como grandes agroexportadores, ha sido tan determinante en la historia de Guatemala, que puede decirse que ha sido la prevalencia de sus intereses lo que ha determinado por organizar de una determinada manera a la sociedad guatemalteca.[61]

Esto representó, el mantenimiento del latifundismo autoconsuntivo, la continuidad del trabajo forzado de los pueblos de indios y del trabajo semiservil de las rancherías de ladinos y, en última instancia el bloqueo a una política agraria que propiciara la redistribución de la tierra entre estos sectores, ausencia de dinamismo en la agricultura y por lo tanto en la economía, puesto que en este contexto de gran concentración agraria el mercado interior es muy limitado mientras el exterior va a estar vinculado a actividades productivas observadas en las medianas propiedades en las cuales se va a cultivar la grana o cochinilla.[62]

Hacia 1871, los terratenientes medios a través de la confrontación armada, tomaron el aparato del Estado, a este hecho se le conoce como la Reforma Liberal.

Se legalizaron las usurpaciones y se emitieron las leyes necesarias para institucionalizar el trabajo forzado. Una vez más, el campo guatemalteco vio partir a las labores cuadrillas de trabajadores forzados por el látigo, la ley, la economía o eventuales desastres naturales.

Sólo de 1871 a 1878, el gobierno liberal repartió 1541 *caballerías* de tierra, la mayoría de ellas situadas en la Costa Cuca y en Alta Verapaz.

El afán de lucro, el enriquecimiento indebido, el despojo, la violencia, el racismo y la discriminación caracterizaron este movimiento social. Los indios nuevamente fueron sacrificados en aras del progreso, modernidad y civilización.

La justificación de las nuevas injusticias fue el Reglamente de Jornaleros, expedido el 3 de abril de 1877, mediante el decreto 177, que establecía:

> *Art. 31. Cuando algún particular desee para sus trabajos un mandamiento de jornaleros, deberá solicitarlo al Jefe Político del departamento, cuya autoridad designará el pueblo que debe proporcionarlo.*
> *Art. 4, inciso 4 (Patrones). Están obligados a llevar un registro o matrícula de cuentas corrientes, en donde asentarán semanalmente el debe y el haber de cada jornalero, haciéndoselo saber cada semana y anotándolo en el libreto del mismo jornalero.*
> *Art. 17... El tiempo por el cual puede concertarse un colono será convencional, pero no podrá excederse de cuatro años. Sin embargo, no se retirará de la finca sin estar solvente con su patrón aunque haya pasado el término.*[63]

La ley anterior no sólo enmarcaba el trabajo forzado, sino también era el instrumento para sujetar a los trabajadores agrícolas, conocidos como mozos colonos al terrateniente, desarrollándose con mayor fuerza la práctica agraria retrógrada del *colonato*.

Como ocurrió en Chiapas, los terratenientes desarrollaron una serie de esfuerzos para asegurar la mano de obra que les permitiera el cultivo del café en grandes proporciones.

La mano de obra se resolvió en dos direcciones: la primera fue la supresión de la mayoría de las tierras comunales de los pueblos de indios y de los ejidos municipales, que pasaron a propiedad de particulares y de hecho lanzaron al mercado una gran cantidad de mano de obra. Esta misma medida que permitió la privatización de la tierra en muchas

manos, dio como resultado la formación acelerada del minifundio, que al decir de Severo Martínez era un proceso apenas iniciado en la colonia, y cuya particularidad más acentuada es la expulsión periódica de la fuerza de trabajo hacia otros lugares.

La segunda medida fue la legislación laboral, que creó los mecanismos legales por medio de los cuales los campesinos (indios en su inmensa mayoría y ladinos) fueron forzados a trabajar en las fincas cuando sus dueños los necesitaran.

El Decreto de Jornaleros fue el basamento jurídico para las nuevas, arbitrarias e injustas relaciones de producción en el campo guatemalteco.

El desarrollo de nuevos cultivos a gran escala como el café se vio acompañado de una intensificación en la explotación de los minifundios, hecho que acentuó la decadencia de las propiedades comunitarias con el arribo de colonos extranjeros europeos. Por medio de leyes y convenios comerciales internacionales se promovió la expropiación, apropiación y explotación de grandes extensiones de tierras.

La llamada revolución liberal, sin duda cambió el eje agrario guatemalteco. Mientras durante la colonia éste había estado constituido por el binomio latifundio—tierras comunales, el periodo liberal lo transforma en el construido por el latifundio—minifundio. Así mismo, inicia un lento proceso de proletarización del campesinado sustentado en el, a su vez, lento proceso de descomposición del minifundio.[64]

Para los años anteriores a la primera guerra mundial, de entre los europeos, los finqueros alemanes se habían consolidado en la Verapaz y en el resto del país, mediante el cultivo y control comercial del café. En 1913 por ejemplo, de 1675 fincas de café el 25% estaba en manos de

extranjeros y de éstos el 40% eran alemanes; y aún más, el 68% de la producción de café provenía de fincas de alemanes.

Al darse la crisis mundial del capitalismo en 1929, el mercado del café se vio afectado. Los grandes terratenientes vieron menguados sus ingresos. La solución fue la instauración de la dictadura de los catorce años del general Jorge Ubico.

A la oligarquía cafetalera se le planteó entonces un problema de envergadura con la masa trabajadora del país, que en su inmensa mayoría estaba formada por campesinos ligados a los productos de exportación y que producían al mismo tiempo los artículos de primera necesidad para el consumo interno. La situación se hizo más conflictiva aún, considerando que la circulación de mercancías se encontraba reducida por lo menos a la mitad, debido a la baja del medio circulante. Entonces, los campesinos, al reducirse el mercado, se encontraron con que no podían sacar sus exiguos excedentes, ni aprovisionarse de los elementos indispensables para su supervivencia, pues no los producían individualmente.

Ante esta situación explosiva vislumbrada por todos lados y que tuvo resultados desastrosos en El Salvador, la oligarquía encabezada por Ubico se vio forzada a tomar medidas para solucionar por una parte el problema alimenticio del campesino, y asegurar los alimentos de primera necesidad para el resto de la población; y por otra, para seguir manteniendo la fuerza de trabajo gratuita a los cafetaleros y para el desarrollo de obras públicas.

Para el problema alimenticio, el gobierno ubiquista promulgó el *Reglamento para la organización y explotación de los Ejidos que poseen los pueblos de la República*, con fecha 16 de julio de 1931. Este decreto establecía que el ejido sería distribuido entre todos los campesinos del lugar, mayores de 18 años y viudas, la distribución tendría un carácter

provisional, el cultivo debía ser en común, aunque cada campesino dispondría de los beneficios de la parcela que cultivara.

Para garantizar la mano de obra necesaria en las grandes fincas, Ubico publicó el decreto 1996 en contra de la vagancia.

> *Serán tenidos por vagos, los jornaleros que no tengan comprometidos sus servicios en las fincas, ni cultiven con su trabajo personal, por lo menos tres manzanas de café, caña o tabaco en cualquier zona; tres manzanas de maíz con dos cosechas anuales en zona cálida; cuatro manzanas de maíz en zona fría, o cuatro manzanas de trigo, patatas, hortalizas y otros productos de cualquier zona.*
> *Serán tenidos por vagos y castigados como tales, los jornaleros que no porten constancia debidamente registrada, extendida por él o los patronos con quienes haya trabajado cierto número de días y jornales. Cada jornalero estará obligado a trabajar en la siguiente proporción: Cien días o jornales en el año, el que compruebe poseer cultivos propios por lo menos de diez cuerdas de veinte brazadas de maíz, frijol, arroz, trigo, etc.; ciento cincuenta días en el año, el que no tenga cultivos propios.*[65]

Al mismo tiempo, la oligarquía resolvió el problema de la infraestructura que le permitiera conducir sus productos, a través del decreto de vialidad. Los campesinos indígenas, así como los campesinos ladinos pobres, y ciudadanos de escasos recursos de la ciudad, prestaban 30 días de servicio gratuito al año para la construcción de carreteras en todo el país. Cientos de indígenas murieron construyendo las redes viales de los terratenientes.

La acumulación del descontento popular producto de las condiciones políticas, económicas y sociales que generó la dictadura de los catorce años, dio como resultado la revolución del 20 de octubre de

1944. Este movimiento cívico—social era la excepción en toda la historia del país. Se abría un tiempo de esperanza.

Con el gobierno del doctor Juan José Arévalo, quien asumió la presidencia tras la caída del tirano, se inició el proceso que pretendía cambiar la adversa situación agraria guatemalteca. Arévalo derogó rápidamente la Ley contra la vagancia y emitió la ley de Titulación Supletoria que amparaba la posesión de la tierra a quienes la habían trabajado por más de diez años consecutivos y que no poseían título de propiedad sobre ésta. Así mismo, forzó el arrendamiento de tierras, tanto de fincas estatales como privadas, por dos años más a quienes las venían arrendando por lo menos desde cuatro años antes mediante la promulgación de la Ley de arrendamiento Obligatorio.[66]
Arévalo terminó su periodo de gobierno en medio de la simpatía popular y fue sustituido, después de las primeras elecciones democráticas de las que se tenía memoria, por el coronel Jacobo Árbenz Guzmán, su viejo compañero de luchas.

En su discurso inaugural, Arbenz expuso los objetivos de su programa económico:

> *Convertir a nuestro país de una nación dependiente y de economía semicolonial, en un país económicamente independiente; convertir a Guatemala de país atrasado y de economía predominantemente feudal, en un país moderno y capitalista; hacer porque esta transformación se lleve a cabo en forma que traiga consigo la mayor elevación posible del nivel de vida de las grandes masas del pueblo.*[67]

Sin duda la medida más importante en este propósito fue el Decreto 900, Ley de Reforma Agraria, que planteaba la expropiación de tierras no cultivadas por el propietario, la expropiación de tierras dadas

en arrendamiento, la de las rancherías de los mozos colonos, asentadas en tierras de propiedad latifundista, la expropiación de los caminos internos hasta entonces detentados por particulares y la abolición de cualquier forma de servidumbre. Medidas todas que beneficiaban a los campesinos y trabajadores agrícolas.

En 18 meses, al amparo de la Ley, Arbenz expropió 900 000 manzanas a fincas particulares de las cuales 225 mil pertenecían a la empresa norteamericana United Fruit Co., y benefició con tierras en usufructo o propiedad a 138 mil familias campesinas.

Arbenz sería derrocado en 1954, por una conspiración planeada y financiada por el gobierno norteamericano, con el propósito de defender los intereses de las grandes compañías empacadoras y de la oligarquía terrateniente que se veía amenazada por el gobierno popular. Las tierras entregadas por el gobierno revolucionario serían nuevamente arrebatadas a los campesinos. Muchos murieron defendiéndolas.

Después de la caída de Arbenz, los nuevos gobiernos modificaron radicalmente los términos de la política agraria. Para ello se formó en 1963, el Instituto Nacional de Transformación Agraria (INTA). La tarea del INTA se limitó a mejorar la gestión en las fincas ya repartidas y a entregar parcelas de tierras estatales en carácter individual. En realidad la política se basaba en la compra – venta de tierras dentro de una lógica y a precios de mercado, en ningún caso el reparto agrario.

En 1969, existían en Guatemala cien mil campesinos sin tierras, 85 mil unidades de producción poseían superficies totalmente insuficientes para producir el mínimo de subsistencia para una familia, además de 285 mil explotaciones calificadas como subfamiliares.

En 1994, el 89% delas fincas abarcaba únicamente el 16.3% de la tierra cultivable, en tanto que el 2.3% del total de fincas totalizaba el 65%

de la tierra productiva. El 8.23% restante era ocupado por parcelas con una extensión entre siete y cuarenta y cuatro hectáreas que suponen el 8.23% del total de fincas del país.

A mediados de los setenta, durante el gobierno de Kjell Laugerud, el INTA creó cooperativas campesinas en las llamadas *fincas nacionales* de propiedad estatal, con el propósito de mediatizar la lucha agraria que se expresaba de manera creciente en el país. En 1978 estas cooperativas recibieron el nombre de *Patrimonios Agrarios Colectivos* (PAC), los que, oficialmente por lo menos, son de propiedad y conducción colectivas. En 1979, el INTA creó una forma de tenencia denominada *Empresas Campesinas Asociativas*, nombre que ha sido aplicado mayormente a las PAC. Fue en esta época que se consolidó la colonización del norte del país.

FYDEP y la venta del Petén.

Hacia mediados de los sesenta, y por consejo de la Agencia Interamericana para el Desarrollo de los Estados Unidos (AID), el gobierno guatemalteco se propuso el impulso de programas de colonización hacia zonas ubicadas en los márgenes nacionales, principalmente el norte y noroccidente del país. Su propósito fundamental fue el de trasladar a los campesinos, de las áreas en que sus peticiones de tierra creaban problemas serios al status quo agrario hacia las grandes y menos fértiles áreas de *reserva* como el Petén. Para ello se creó la empresa estatal Fomento y Desarrollo del Petén (FYDEP).

Los argumentos esgrimidos por el Estado, sin embargo, hablaban de la necesidad de incorporar El Petén a la economía nacional, con sus casi treinta y seis mil kilómetros cuadrados de extensión y su riqueza natural y mineral y, de la creación y consolidación de la Franja

Transversal del Norte, proyecto destinado oficialmente a la producción agrícola y al desarrollo de actividades extractivas particularmente referidas al aprovechamiento a potenciales mantos petroleros y de níquel.

El FYDEP reconocía tres tipos de colonización, la *dirigida*, poco estimulada por sus elevados costos y por presentar la desventaja *de crear una serie de autómatas que se acostumbran a que el Estado les haga todo*, según las autoridades agrarias. La *semidirigida*, en la que el Estado participaba con un 60% de los gastos y el resto era puesto por el colonizador y, la *orientada*, que consistía en recibir a colonos que llegaban espontáneamente al departamento en busca de tierras y a los que se les otorgaban contratos de posesión sobre parcelas, que determinaba el propio FYDEP, además de concedérseles licencias para rozar la tierra. La extensión mínima era de una caballería[68] de tierra que el colono debía pagar a plazos.

Por otra parte, el FYDEP consideraba la colonización por medio de empresas, esta alternativa que nunca se concretó, consistía en entregar a una empresa, técnica y económicamente fuerte, una vasta extensión de tierra para que, con el aporte de sus recursos económicos y técnicos, la habilitara. Asimismo, establecía que *El conocimiento técnico y ecológico del Petén permite asegurar siempre a la luz de una política económica evolutiva y realista, que ninguna unidad ganadera en ese sector, estructurada racionalmente, podrá desarrollar actividades con áreas menores a las mil hectáreas*[69], consideración que otorgaba carta de residencia a la ganadería extensiva y con ella al latifundio.

Hacia el año de 1966, el FYDEP fomentó el asentamiento de dos cooperativas campesinas experimentales en los márgenes del río Pasión: la Cooperativa Felicidad integrada por familias mestizas y ladinas de la Costa Sur y la Cooperativa Juan XXIII con indígenas de Quetzaltenango. Así recordaban los fundadores de la Felicidad los tiempos del origen:

Nuestra cooperativa se organizó en el Sur, con el objeto de ir a colonizar el Petén. El FYDEP nos dio estas tierras. Venimos en el mes de febrero de 1966. Otros grupos se nos unieron en el mes de marzo y septiembre del 66. Hoy vivimos aquí 82 familias.[70]

Sin embargo, no estaba en los planes del FYDEP generalizar este modelo de poblamiento. La idea básica sostenida y puesta en práctica por el coronel Oliverio Casasola, primer promotor del FYDEP y sus sucesores, fue reproducir en El Petén el sistema latifundio—minifundio existente en el resto del país, al entregar, por un lado, grandes extensiones convertidas en fincas de 5, 10, 15 y más caballerías a terratenientes del resto del país, comerciantes, profesionales universitarios, militares, etc., y, por otro lado, parcelas de veinte a cuarenta y cinco hectáreas a campesinos sin tierra.

Según aquella concepción, los ciudadanos a quienes entregaron las grandes fincas, harían inversiones de capital para el desarrollo agrícola y utilizarían la mano de obra de los parcelarios. Los campesinos con parcelas pequeñas que acudieron por millares y a quienes generalmente se les adjudicaron las peores tierras, que al ser dedicadas al cultivo de maíz y frijol, para los que no tenían vocación, pronto fueron degradadas.

Por otra parte, la inmensa mayoría de las grandes propiedades ubicadas en las mejores tierras, salvo honrosas excepciones en que sí se realizaron inversiones de capital que justificaban su entrega, estuvo compuesta por beneficiarios absentistas que sólo explotaron las maderas finas que había en las parcelas y luego se quedaron esperando la plusvalía que les darían las carreteras y otras inversiones del Estado, así

como arrendando tierras a los campesinos que llegaron tarde a la fiesta, y por ganaderos que desarrollaron el modelo extensivo.

De este modo, el primer gran proyecto de adjudicación de tierras fue el proyecto Ganadero Libertad, en la región central del departamento, donde la mayor parte de las tierras son de sabana, en el cual se proponía que fueran *ganaderos experimentados y con recursos propios los primeros adjudicatarios de lotes empresariales en el área destinada para el efecto... otro tipo de colonización destruiría irreparablemente toda perspectiva de colonización en el Petén, dejando la puerta abierta para la colonización, únicamente a los campesinos menos dotados de iniciativa y voluntad de trabajo.*[71]

El proyecto abarcaba un área de 18 mil kilómetros cuadrados y proponía la venta de una extensión de más de tres mil caballerías. Su planificación se efectuó para treinta años y consideraba la creación de 153 fincas de regular tamaño (12 a 22 caballerías) dedicadas a la ganadería extensiva y a la plantación de chicle, hule, pimienta, vainilla y cítricos.

En contraste, en el área de Melchor de Mencos, en la región cercana a la frontera con Belice, se abrió una franja de colonización de 92 kilómetros de largo donde se creó una cooperativa denominada Guayacán integrada por 526 fincas de una caballería cada una, dedicadas al cultivo de maíz y frijol.

En la zona suroriental del departamento, se abrió el proyecto Machaquilá donde se adjudicaron tierras para crear 1050 fincas, la mayoría con una extensión de una caballería cada una y otras de cinco a diez caballerías para la siembra de cacao, frijol, chile y maíz. La mayoría de la población que colonizó esta área fueron Kekchíes procedentes de Cobán, Alta Verapaz, que establecieron veintiún aldeas nuevas.

El proyecto más grande, complejo y emblemático de la acción gubernamental en el Petén fue sin duda el denominado Sayaxché, mediante el cual se adjudicaron en venta tierras para la constitución de 17

cooperativas campesinas, precisamente las mismas de las que salieron el grueso de los refugiados guatemaltecos en México que procedían del Petén.

Mediante este proyecto se crearon las cooperativas: La Felicidad, Cabricán, Rancho Alegre, Canaán, San Bernardino, Golfete, Mario méndez, Buena Fe, Pipiles, Usumacinta, Piedras Negras, Ixmucané, San Jacobo, Quetzal, El Arbolito Nuevo Progreso, Monte Sinaí y Bonanza.

La justificación del movimiento colonizador, que eventualmente contradecía el discurso de las autoridades militares del FYDEP fue que había que *poblar esa región para proteger la soberanía nacional, por la inminente construcción de las presas mexicanas en Boca del Cerro y Agua Azul, en las cuales se perderían doce mil kilómetros cuadrados del territorio del Petén. La protección se lograría mediante asentamientos de población en las márgenes de los ríos Pasión, Subín, Usumacinta y Salinas. Para el año de 1970 vivían en esa región alrededor de cuatro mil personas.*[72]

Para el FYDEP, aceptar el ingreso de campesinos al área selvática del Petén, resolvería tres problemas, uno de orden político internacional, otro de índole socioeconómica y el eventual crecimiento de la delincuencia.

La creación de las cooperativas entrañaba un proceso incierto, se daba una caballería a cada familia y cinco para la fundación de la aldea cooperativa; cada cooperativa tendría una extensión de cincuenta caballerías más cinco destinadas a la zona urbana; los equipos del FYDEP darían asesoría para el asentamiento de la gente, pero no ayuda técnica o financiera; los cooperativistas recibirían alimentos de distintas instituciones de caridad, fundamentalmente las iglesias, para poder subsistir, mientras se lograba hacer producir la tierra; la asistencia médica se limitaría a un dispensario médico en Sayaxché, y un enfermero.

Sin duda el FYDEP fue un Estado dentro de otro Estado, los altos funcionarios de la institución, todos militares, la gobernaron como su isla de la que eran pequeños reyezuelos, su palabra era ley, una ley que entronizó la destrucción de la selva[73] y la injusticia.

Notas al capítulo III.

---

[1] De Vos, op. cit., pág. 53-59.

[2] Se cuenta que por esa época un caballo llegó a costar más de 10 nativos, y en el Soconusco un esclavo valía 2 pesos de oro, muentras que los cerdos valían 20 pesos de oro cada uno y una carga de cacao 10 pesos de oro. Nélida Bonnaccorsi. *El trabajo obligatorio indígena en Chiapas. Siglo XVI (los Altos y Soconusco).* México, UNAM-CIMECH, 1ª. Edición,1990, pág. 20.

[3] La reducción y congregación de pueblos representó un mayor control de la producción y el trabajo por parte de colonos y autoridades civiles. Con la creciente baja demográfica debida sobre todo a la guerra bacteriológica desatada por los europeos, la escasez de mano de obra se agudizó, por lo que la concentración de asentamientos les brindó una posibilidad de utilizar los servicios de los sobrevivientes, además que permitió confiscar las tierras indígenas al trasladar a las comunidades dueñas a otras zonas, así como sofocar con facilidad las continuas rebeliones que se producían.*Las reducciones y pueblos de indios son fundamentales para entender las consecuencias de la tenencia de la tierra en Chiapas y Guatemala, esta herencia de la conquista y la colonia definieron las relaciones en el campo".* Leonel Luna. *Modelo de desarrollo de la Vertiente Norte de las CC.PP. (Propuesta del equipo de asesores).* Guatemala, ADEPAC, 1ª. Edición. 1995, pág. 3.

[4] Carlos Guzmán Böckler. *Donde Enmudecen las conciencias. Crepúsculo y aurora en Guatemala.* México, CIESAS/SEP, 1986, pág. 19; y Antonio García de León. *Resistencia y Utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia.* México, Ed. Era. 1ª. Edición. 1985, pág. 75-96.

[5] Ibídem. Pág. 67-70.

[6] Sobre la conquista española en tierras guatemaltecas ver: *La guerra de conquista.* Cuadernos de Educación Popular No. 4 Serie Cuestión Etnica. México. Taller J.A. C'amab al I'b, 1ª. Edición, pag. 1-7; también Jan de Vos, *La Paz de Dios y del Rey. La conquista de la selva Lacandona siglos XVI-XVIII.* SEC-CNCA, México, 1989.

[7] Antonio García de León, op. cit.

[8] La política agraria juarista es sin duda ejemplo de la vocación anticomunitaria del proyecto económico liberal que explícitamente dirigió sus ataques a la propiedad campesina e indígena a lo largo de todo el siglo XIX.

[9] Alain Touraine. "Actores sociales y modernidad", en *La modernidad en la encrucijada postmoderna*. Buenos Aires, CLACSO, 1994, pág. 175.

[10] A partir de ese proceso de negación, sustento ideológico del dominio, los protagonistas de la disputa por el Estado, figura rectora del proceso modernizador, asumieron la tarea de construir, de inventar en lo político y lo cultural, una nación, una nación imaginaria que supuso *el desmontaje de las formas de organización política que unían orgánicamente a la población de vastos territorios, el reordenamiento de la ocupación y explotación del espacio desplazando, concentrando, dispersando o expulsando a la población india en función de los intereses económicos y estratégicos de la empresa capitalista*". Guillermo Bonfil Batalla, "Notas sobre civilización y proyecto nacional" en *Cuadernos Político* No. 52, México, Editorial Era., octubre-diciembre 1987, pág. 23.

[11] Ralph Roeder. *Juárez y su México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972, pág. 191.

[12] "El pequeño 'México útil', reconocido hasta entonces, se extendió hacia sus confines merced a la colonización de zonas 'poco pobladas'. El riego y el desmonte, antecedidos por el deslinde y la ocupación de nuevos entornos fue redefiniendo la distribución del espacio y los asentamientos humanos y fijando los límites del significado nacional". Jean Revel Mouroz. *Aprovechamiento y colonización del trópico húmedo mexicano*. México, FCE. 1a. Edición, 1980, pág. 16.

[13] Ver en García de León, op. cit. pág. 156. Por su parte CEPAL sugiere que *Tanto la ley de desamortización como el artículo constitucional (27) que la contenía fueron efectivos sólo en lo que se refiere a la incorporación de las tierras de la iglesia y de las comunidades al mercado de tierras, pero lejos de generar por esa vía el desarrollo de la propiedad pequeña o mediana, que constituía el paradigma agrario de buena parte de los legisladores, habría de contribuir más bien a acentuar su acumulación en pocas manos*. CEPAL. *Economía Campesina y Agricultura Empresarial*. México, Siglo XXI editores, 3ª. Edición, 1986, pág. 21.

[14] Sin embargo, el indígena y con él, el ladino pobre, integrados como clase campesina o como proletariado rural, no solo no fueron elementos disociados o marginales del modelo económico, político y social hegemónico, sino que su persistencia fue una condición necesaria para su operación. La aparente contradicción entre identidad cultural y política expresada en la universalización y homogeneización y la necesidad de una estructura económica representaba no obstante, las dos caras de una misma moneda sintetizada en el estado nacional o, como dice J. Pico, "los condicionamientos del mercado introducen diferenciaciones que desnaturalizan el principio universalista de las propuestas políticas". Josep Pico *Teorías sobre el estado del Bienestar*. México, Siglo XXI editores, 1987, pág. 15.

[15] "Entre 1875 y 1908, el 27% de la superficie total de Chiapas fue denunciada por compañías particulares. 1 813 000 hectáreas de tierras supuestamente baldías fueron cedidas a compañías madereras, petroleras, caucheras y cafetaleras en su mayor parte a través de la deslindadora inglesa Mexican Land and Colonization Company". García de León, op. cit., pág 173

[16] Ibidem, pág. 157.

[17] González Pacheco, Cuauhtémoc. *Capital Extranjero en la selva de Chiapas. 1821-1982.* México. IIE-UNAM y FCE. 1984, pág. 138-150.

[18] García de León, op. cit. Pág. 176.

[19] *Para la explotación de bosques y resinas - madera de caoba, caucho y chicle- y mantos petrolíferos de superficie, varias compañías ocuparon 586 632 has. de los departamentos de Palenque, Chilón y Pichucalco.* García de León, op. cit., pág. 174.

[20] Armando Bartra. *México Bárbaro.* México, Siglo XXI editores, 1995.

[21] González Pacheco, op. cit. Pág. 108.

[22] Armando Bartra, op. cit.

[23] Ibídem.

[24] García de León, op. cit., pág. 98.

[25] Ibídem, Pág. 234.

[26] Composición del autor a partir de los textos de Armando Bartra (op. cit.), Cuautémoc González Pacheco (op. cit.) y Jan de Vos, *Oro Verde. La conquista de la selva Lacandona por los madereros tabasqueños, 1822—1949,* México, Fondo de Cultura Económica - Instituto de Cultura de Tabasco, 1988.

[27] Thomas Louis Benjamin,. *El camino del leviatán.* México, CNCA, 1990, pág. 132.

[28] En su novela La rebelión de los colgados.

[29] García de León, op. cit., pág. 35-36.

[30] Ibídem, pág. 36.

[31] Thomas Luois Benjamin, , op. cit., pág. 91.

[32] Ibídem.

[33] Ibídem, pág. 93.

[34] Ibídem, pag 95.

[35] Carta de Díaz a León, Marzo de 1896, citado por Ibídem, pág. 94.

[36] Carta de Díaz a León. Mayo de 1896, citado por Ibídem, pág. 97.

[37] J. Womack, establece que en el proceso revolucionario mexicano coincidieron por lo menos tres grandes movimientos:

1. Un movimiento de los sectores modernizantes del capital nacional ligado a Estados Unidos que buscaban la readecuación y reforma del modelo de acumulación.
2. Un movimiento popular en busca de su emancipación económica, social y política.

3. Un movimiento, ciertamente más localizado y que se expresaría en la última fase del movimiento revolucionario, de terratenientes que pretendían reinstaurar el patrón de explotación de carácter servil amenazado por la irrupción capitalista durante la última etapa del porfiriato y por las reformas impulsadas por el carrancismo. John Womack " La Economía de la Revolución Mexicana" en *Argumentos* No. 70, México, UAM-Iztapalapa, 1982.

[38] La información estadística y la mayor parte de los datos históricos de este apartado han sido tomados de María Eugenia Reyes Ramos. *El Reparto de tierras y la política agraria en Chiapas, 1914-1988*, UNAM. 1ª. edición. 1992.

[39] Ibídem, pág. 49.

[40] Ibídem, pág. 62.

[41] Reglamento Agrario de 1922, bajo la presidencia de Álvaro Obregón.

[42] El reglamento limitaba la extensión de las propiedades rurales a 150 has. de riego natural, 300 has. de temporal de primera, 600 has. de temporal de segunda, 1000 has. de riego mecánico o artificial, 3000 has. de agostadero y 5000 has. de tierras cerriles. Ibídem pág. 54.

[43] Hacia 1940 existían en el estado de Chiapas 733 predios que acaparaban 2 542 526 has., más de la mitad de las tierras censadas eran poseidas por el 2.6% de los propietarios. Dentro de este grupo solamente 21 propietarios contaban con 857 101 has (en promedio 40 814 has. cada uno).

En contraste 14 620 propietarios contaban con 28 911 has., aproximadamente 1.9 has. por propietario, es decir, el 76.97% de los propietarios poseía sólo el 4.39% de las tierras mientras el 2.6% de los propietarios tenía en propiedad el 63% de las tierras censadas.

Sólo en el municipio de Palenque había, en 1940, 30 predios registrados que ocupaban un total de 312 754 has. con un promedio de 10 425 has cada uno; en Chilón había 19 predios con 44 011 has. y un promedio de 2 316.3 has. por predio. Ibídem, pág. 131.

[44] Hasta antes de 1934, fueron ocupadas y solicitadas 278 084 has. por 171 nacionaleros; en promedio 1626 has por nacionalero, mientras que sólo se entregaron, en ese mismo periodo 46 607 has. a 5 026 campesinos por la vía de la dotación; en promedio 9.27 has. a cada ejidatario.

[45] Ibídem, pag. 74.

[46] Ibídem, pag 80.

[47] Ibídem., pág. 83.

[48] La creación de NCPE es una acción agraria, mediante la cual se dota de tierras a los solicitantes en lugares distintos a los de origen. Esto es una acción de competencia federal y, por tanto, se tranuta y resuelve en esta única instancia. Los campesinos pueden ser dotados de tierras mediante esta acción no solo en municipios distintos a los de origen sino también en otros estados. Ibídem, pág. 93.

[49] Decreto del 7 de julio de 1972. En Ibídem., pág. 95.

[50] Ibídem., pág. 96.

[51] Ibídem., pág. 97.

[52] Ley Federal de Reforma Agraria. 1987, pág. 79.

[53] En total, se dotaron 269 534 has. para 21 893 beneficiarios por este mecanismo, pese a que el proceso de despojo de tierras en Chiapas sobre las comunidades indígenas cuyos derechos son históricos fue uno de los más violentos y extensos del país.

Entre 1970-79 se entregaron a 20 805 campesinos solicitantes 569 082 has. por medio de las siguientes acciones agrarias: 128 dotaciones (171 679 has), 104 ampliaciones (105 514 has), 20 bienes comunales (132 250 has) y 41 NCPE (159 637 has).

En Ocosingo en este periodo se repartieron 49 749 has. mediante 31 dotaciones, 10 087 has. por medio de 7 ampliaciones y 111 394 has. a través de la creación de 8 NCPE. Reyes Ramos, op. cit., págs. 99 – 121.

[54] De estas 135 fueron dotaciones (181 507 has), 77 ampliaciones (120 350 has.), 37 NCPE (51 725 has.), 18 bienes comunales (90 034 has), 1 división de ejidos (1 675 has). Ibídem.

[55] La información estadística de este apartado ha sido tomada de "Chiapas en cifras", *La Jornada Laboral*. Jueves 31 de agosto de 1995, pág. 4-5.

[56] María Eugenia Reyes Ramos, op. cit., pág. 107.

[57] Ibid., pag 106.

[58] Un estudio reciente da cuenta de la dimensión de la crisis actual del campo chiapaneco que sin duda está en la base de la movilización social. Las transformaciones de orden legal están determinadas por una particular visión del modelo de desarrollo en México y se expresan en última instancia en políticas públicas de fomento al campo, en la asignación de presupuestos a partir de prioridades que dejan fuera al campesinado y en el uso de la fuerza del Estado para contener a los grupos sociales que se oponen a la misma, que indudablemente son la mayoría. La mercantilización de la tierra es un fenómeno complejo que se opone a la cosmovisión tradicional indígena y campesina para la que La madre Tierra es un complejo multidimensional que no se reduce al sustrato material del llamado recurso suelo. Ver al respecto a María del Carmen García y Daniel Villafuerte, "Economía y sociedad en Chiapas" en *La Sociedad frente al mercado*. María Tarrio y Luciano Concheiro (coordinadores), México, UAM Xochimilco, 1998.

[59] Carlos Montemayor, "El agrarismo y la selva Lacandona", en *Revista proceso* No. 1143, México, 27 de septiembre de 1998.

[60] J. M. Fernández y J.C. Cambranes "Aspectos socioeconómicos de la propiedad agraria". En Cambranes, J.C. (editor). *500 años de lucha por la Tierra*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Guatemala, CA. 1992, págs. 175-179.

[61] Carlos Figueroa Ibarra. Guatemala: "Seminario sobre la realidad étnica", en *Estado y Cuestión agraria en Guatemala*. Centro de Estudios Integrados de Desarrollo Comunal (CEIDEC). 1ª. Edición, México, Práxis, pág. 17. Citado por Leonel Luna, Modelo de

Desarrollo de la Vertiente Norte de las Comisiones Permanentes de Refugiados—Retornados. Bacalar, Quintana Roo, México, ADEPAC, 1995.

[62] Ibídem, pág. 23.

[63] Ibid, pág 24.

[64] Figueroa Ibarra, Carlos. op. cit., pág. 25.

[65] Luna, Leonel, op. cit, pág. 15.

[66] Cambranes, op. cit.., pág. 82.

[67] Ibid. Pág. 348.

[68] La caballería es una medida de superficie utilizada en Guatemala y que tiene una extensión de 44.8 hectáreas.

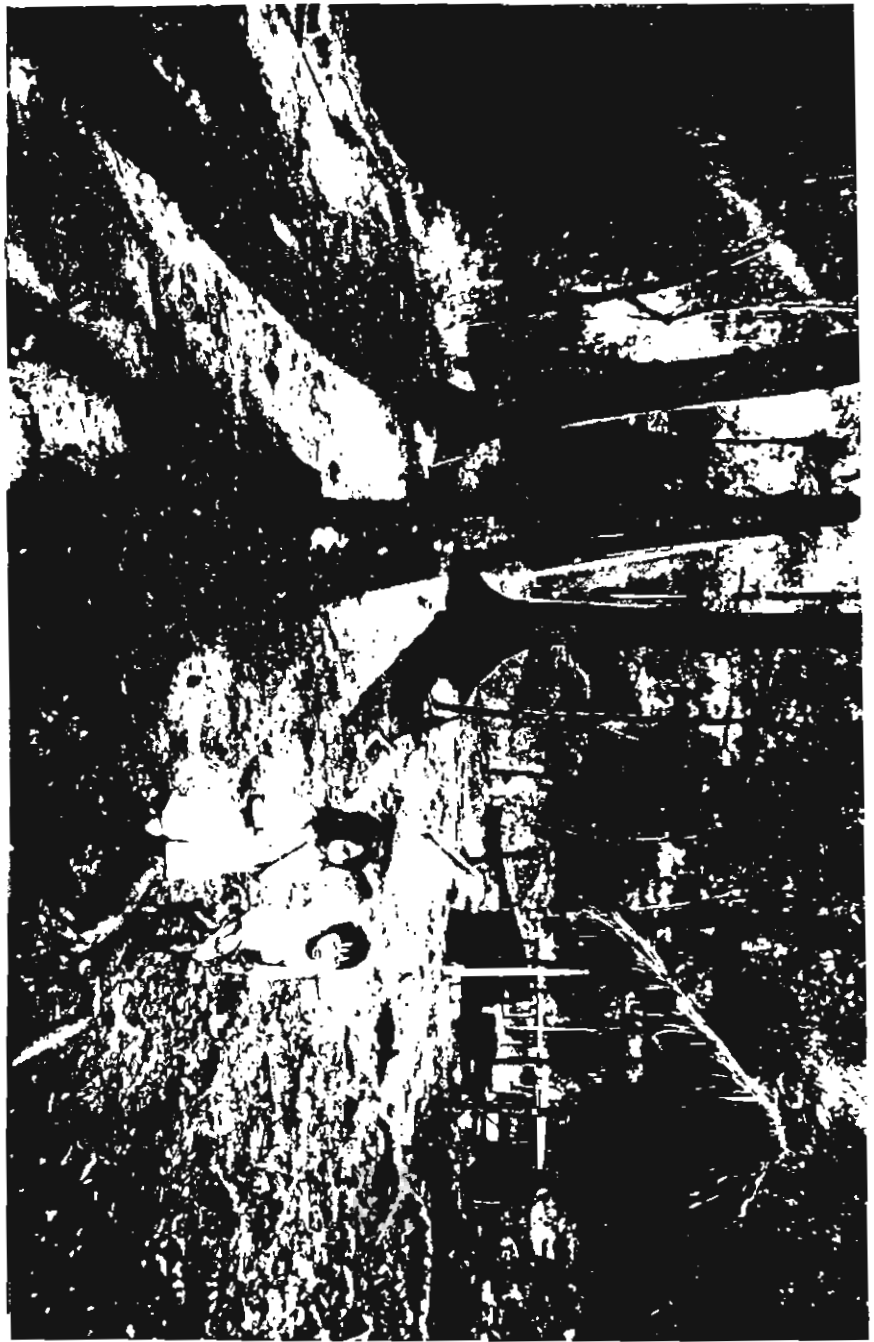
[69] "El Petén como Lugar de Retorno". *Inforpress* No. 316, pág.51.

[70] Ibídem., pág.42.

[71] Ibídem., pag. 45.

[72] Ibídem, pág. 62.

[73] "Petén es hoy el departamento de Guatemala que en mayor grado ha sido afectado por la deforestacion. En un periodo de doce años, de 1989 a1992, el área forestal fue talada en 4 340 Km^2, a razón de 334 Km^2/año, o que significó una pérdida total de 60 millones de mts^3 de madera". En Manuel Lisandro Andrade Roca. *Breves consideraciones sobre la política de desarrollo económico del departamento del Petén y Ley de Adjudicación de Tierras.* Guatemala, Universidad San Carlos de Guatemala (USAC), 1971. (Tesis).



IV
CAMINANTES

Caminar es lo contrario a verlo todo como paisaje,
porque uno se interna cuidando cada paso, cada guijarro,
y en cada paraje uno recorre una vez más
lo que permanece de años y lo vuelve a formar...
del camino no se sirve uno,
no es una comodidad,
es experiencia.

Ramón Vera

Huellas en el río

Yo fui líder campesino. Dijo Don Fernando aquella tarde de confidencias detenida en el calor del verano. Sus ojos se volvieron apenas dos rendijas cuando se animó a dar un trago a la jícara con *pozol* para refrescar la memoria. Su rostro, curtido por muchos soles, se suavizó tornando a una sonrisa ancestral que rompió por un momento su seriedad patriarcal.

> *—Empecé a luchar en el año del 66, en Margaritas. Yo era un labrador y defendía con mis compañeros el precio del café. Les decía: vamos a organizarnos para poder defender nuestro producto. Me puse a aconsejarles que lucháramos por nuestro trabajo, que lo vendiéramos a mejor precio.*

Un dejo de orgullo se asomó apenas en el brillo de sus ojos nublados de carnosidades.

— (...)llegué a ser consejero regional de productores de café(...) estuve hasta los 70, pero ya se sabe que esas cosas son peligrosas. Yo llegué a tener muchos enemigos. Un día que me iba a junta entre los municipios de Independencia y Margaritas, los comerciantes y propietarios que pensaban nada más en tener ellos dinero, en monopolizar, me hicieron una emboscada y caí bastante herido. Tiempo después me vuelven a sonar otra balacera. Las dos veces respondí porque tengo un poquito de valor, pero de nada sirve cuando lo agarran a uno a traición. Luego (...) empecé a luchar por el crédito, pero como soy campesino, el banco me puso a evaluar la edad de las matas, me puso el jefe del banco y cuando salía a ver los cafetales de mis compañeros, suspiraba por lo que yo no tenía.

Se inclinó lentamente. Con una de sus manos encallecidas tomó un puñado de tierra húmeda, la apretó con fuerza y lanzó el terrón hasta donde las olas del río besaban la ribera.

— Después de añorar lo que siempre me había gustado, hablé con mis amigos los ingenieros, les pregunté dónde había un pedazo de tierra. Quería dejar mi última idea, mi último pensamiento y dejar allí mi último recuerdo.[1]

Entonces supe que había unas tierras allá por el Ixcán, y me tiré andando, vine buscando y así con cuarenta hombres llegué por ahí de mediados del año del 74 a las tierras del Marqués de Comillas.[2]

Su mirada tropezó con un recodo por donde el río se perdía e inevitablemente su historia se sumó a los recuerdos de otros. Soplos de pasado remontaron el tiempo. Dejos campesinos animaron el día.

Pasos y voces

El testimonio de los habitantes de cientos de nuevas comunidades de la selva, todas lo son, habla de éxodos y retornos. Pueblos de mujeres y hombres jóvenes y de niños, que desde el amanecer abandonan sus champas y caseríos para internarse en las parcelas y volver sólo cuando la tarde se anuncia, constituyen el rostro de esta tierra de promisión.

Don Fernando escuchó sin oírlo el relato que Margarito, meses antes, le había contado en un atardecer de estruendo de saragüatos invisibles.

—Mi jefe se vino hace aproximadamente 17 años para el sur de Veracruz. Yo a la edad de 15 años me fui para México donde estuve un año y seis meses y de allí me retaché a Veracruz. En Misantla me encontré a mi papá que me contó de las tierras del valle de Uxpanapa. Me vine al valle con él en julio del 75 y llegamos a una colonia que se llama Primero de Mayo. Estuvimos un mes y medio. De allí salimos a Hidalgo Amajac, un ejido. Después pasamos a otro pueblito, San Antonio Chumiapa. Entonces subimos a la Sierra del Valle, ahí exploramos unos terrenos y jalamos mucho barbasco, que lo trabaja Proquivemex. Nos instalamos por unos tres meses y sacamos barbasco, lo rebanábamos y lo molíamos.

Seguimos explorando por la montaña y llegamos al valle de Belisario Domínguez, allí instalamos un pequeño taller de carpintería para armar sillas y mesas. Juntamos el pueblo y trazamos un lugar como de dos hectáreas en cuadro y marcamos dos o tres calles. Hicimos una casa y empezamos a tramitar el Nuevo Centro de Población Ejidal y a movilizar gente de la zona de Misantla, de Arroyo Hondo, de Martínez de la Torre, de Papantla.

Nos instalamos por unos dos años y desmontamos en colectivo unas doscientas hectáreas. Pasó el tiempo y empezó a trabajar el programa de la presa Cerro de Oro que es del estado de Oaxaca.[3] *A los afectados los empezaron a reacomodar en el valle de Uxpanapa y a perjudicar a todos los ejidatarios de los pueblos que se encontraban alrededor. A los de la Gloria Escondida les sacaron todo lo que tenían como ropa, camas, les quemaron las casas, les machetearon las milpas y los sacaron a ellos y los metieron presos en Salina Cruz.*

Después se fueron a un lugar que le decían Carolina. A toda la gente que se encontraba allí con resolución presidencial le pasó lo mismo que a los de la Gloria Escondida. De allí se fueron a Benito Juárez, que después le cambiaron el nombre y le pusieron La Raya, porque allí era donde pagaban y lo mismo les pasó. Siguió avanzando el desmonte de la Comisión del Papaloapan y llegó a afectarnos a nosotros, nos sacaron, nos quemaron las casas, perdimos todo.

Nos tuvimos que pasar a ese lugar que le llaman Valle Chico y nos dijeron los de la Comisión que nos iban a hacer carreteras, escuelas, les vamos a ayudar para que hagan sus casas, les vamos a instalar un aserradero, les vamos a instalar una bodega de PROQUIVEMEX para que trabajen el barbasco, y nosotros muy contentos. Empezamos a trabajar allí y desmontamos como 1 200 hectáreas de todo el ejido. Éramos como 140, pasó el tiempo y nos instalamos, hicimos casas y pedimos crédito, y cuando ya teníamos crédito metieron a un grupo que le decían Plan de Limón y nos afectaron completamente y nos metieron algunas personas pagadas para que nos acribillaran, no lo lograron porque también había gente abusada entre nosotros y la cosa fue diferente. Tardamos allí once meses luchando, con amparos y sin trabajar ni un día.

En ese tiempo yo era allí (presidente del) *Consejo de Administración por parte de la Unión de Ejidos Emiliano Zapata,*

entonces me nombraron a una comisión a mí y a mi compadre Joselino, que vive aquí y salimos a un lugar que se llama Río Grande, allí me encontré a un amigo que se llama Pedro que vivía en ese tiempo allá en Tuxtla, allá tiene su casa hasta la fecha pero estaba trabajando en el valle y tenía autorización de meter gente en el Marqués de Comillas.

— Mira, me dijo, organiza a tu gente y te vas para Benemérito de las Américas, en Chiapas, yo te llevo. Quedamos, le puse un plazo de 6 meses, nos organizamos en el poblado y así nos venimos.[4]

Una acuarela de guacamayas pasó graznando alegremente mientras, a cierta distancia y remontando el río, el cayuco de Don Rubén se deslizaba ligero sobre la superficie azul-verde. Don Fernando lo vio pasar inventando un saludo con el brazo extendido, al tiempo que secaba con su paliacate descolorido el sudor hediondo a tierra y milpa que bajaba por su frente. Siguió en la memoria de Rubén el camino de la selva.

—Donde vivíamos era con patrones, en una finca que se llama Argobia, *aquí mismo en Chiapas, en el municipio de Independencia, distrito de Comitán, y en ese lugar pues yo me sentía bastante agotado por mucho trabajo del patrón, y pues ya no quise seguir. Viendo por mis hijos varones que al rato iban a querer su tierra donde trabajar, entonces me puse con la familia a buscar una tierra donde diera más lugar y donde quedaran ellos apropiados con sus parcelas, sus tierras, y ya no tener esa duda si yo mañana o pasado me moría, y mis hijos ¿dónde iban a quedar?*

Entonces esa fue la idea, y la forma en que nosotros nos dimos cuenta, yo solamente averigüe como era, pues que eran tierras muy buenas, con planadas, hay un río muy grande, bueno ¡montón de cosas

que se mencionaron por radio unos años atrás!. Fue entonces cuando dijeron que las tierras de por este Lacantún que son del Marqués de Comillas, entonces eso es lo que andábamos buscando allá por el 72.[5]

Tantas historias se entrecruzan en el encuentro con la madre tierra. Para la mayoría, trashumantes con *un chingo de años de andar buscando ingreso,* de ir y venir, de buscar sin encontrar, llevando a cuestas como único equipaje la necesidad y la convicción del derecho.

A Don Fernando le gustaba contar de cuando Manuel y Febronio se vinieron de Guerrero con los Baldovino, el grande y el hijo, y con los Marroquín, porque tampoco por allá se hallaban tierras, de Don Luis, aquel de Reforma Agraria que se jaló desde Tuxtepec, Oaxaca, porque le invadieron su terreno, de cuando Tomás Canseco se trajo gente de Tapachula para fundar Pico de Oro, cuando el territorio de Marqués de Comillas, con sus escasos pobladores, era considerado selva virgen.

Lenguas, vestimentas, costumbres. Marqués de Comillas es un tejido de fragmentos culturales. La mayor parte de los colonos son hijos de familias campesinas numerosas, jornaleros y avecindados temporales que buscaban el edén perdido, ese donde se puede vivir la vida más allá de la mera supervivencia.

Tzeltales, tzotziles, choles y chinantecos, campesinos expulsados de sus tierras originarias por la construcción de proyectos hidroeléctricos en Chiapas y Oaxaca, por la demografía y la erosión de la tierra en los Altos; zoques damnificados por la erupción del volcán Chichonal de 1982; milusos que han recorrido la geografía y la historia: vaqueros, mecánicos y albañiles, pescadores, fabricantes de lanchas, monteros y boyeros, herreros y electricistas, peones y operadores de maquinaria pesada y hasta uno que otro profesionista universitario que se convirtió en campesinos nomás por cambiar. Algún ganadero con ganas de

extender sus posesiones, y más de algún prófugo de la justicia que la debe en otro lado. Viudas que llegaron solas y rápido se acompañaron y otras que se quedaron solas por decisión o cansancio y que ahora contratan peones para que trabajen su tierra.

¿Porqué venir hasta aquí?

—*Por la tierra pues.*

Buscamos al teniente Carmona

Luis Hernández solía contar que lo primero que perdió al llegar a la selva fueron sus zapatos. Más tarde perdería el miedo a la inmensidad de este monstruo que lo recibía en sus fauces hambrientas de sueños e ilusiones.

Luis Hernández llegó con su familia y un puñado de compañeros un 11 de abril de 1976 al Ixcán después de una marcha de 11 días que empezó en Tuxtepec, Oaxaca, y terminó en aquel lugar que para entonces era sólo un campamento de soldados, en una península formada por la confluencia de los ríos Ixcán y Santo Domingo, precisamente donde nace el caudaloso Río Lacantún.

La parcela que los Hernández tenían, desde el tiempo de sus abuelos, en un lugar cercano a Tuxtepec había sido invadida por pequeños propietarios que contaban con el apoyo gubernamental. La desesperanza hizo que Luis, el más grande de los hermanos buscara a un viejo amigo, un tal Bismarck, cortador de xate[6] originario de Oaxaca y vecino entonces del pueblo de Arriaga en la costa chiapaneca y quien, en sus visitas al Istmo, solía hablar de un lugar donde había tierras en

abundancia, tierras sin dueño que esperaban nada más a quien tuviera el valor de aventurarse a buscarlas y tomarlas.

Les había contado que el viaje era difícil y que por tierra se podía hacer sólo si se contaba con un guía conocedor, o a través de un avión que salía desde Comitán y que aterrizaba en las playas de la ribera del río en busca de tortugas. De otro modo era imposible.

El gasto o el riesgo valían la pena, pues entonces, decía el xatero, se estaba tratando de crear una colonia de pequeños propietarios y faltaban gentes que se animaran.

Tales noticias resultaron un canto a los oídos de Luis Hernández, que se había quedado sin nada después de perder sus tierras. El amigo les habló de un tal Teniente Carmona, un militar retirado que podía incluirlos en su lista de asociados en la empresa de fundar la colonia.

Cuarenta personas entre niños y adultos, emprendieron el viaje un 30 de marzo. abordaron un autobús que los llevó a Comitán pasando un día en Arriaga, en la casa del informante. El guía que esperaban encontrar en Comitán, un tal Miguel Palacios, no estuvo, pues andaba también en la selva. luego en camioneta lograron llegar a los lagos de Montebello.

Después de llegar a Santa Elena, un poblado en la zona de los lagos, emprendieron el camino a pié: a Pacayal y de ahí a Santo Domingo, luego al Corozo, una aldea guatemalteca situada en la línea fronteriza, y por fin a Flor de Café, un pueblo tojolabal cercano al Ixcán. En su camino tocaron 7 poblaciones, en cada una de las cuales los viajeros preguntaban por la escala siguiente y recibían la misma respuesta:

—Todavía falta para llegar. Un poco más de esfuerzo. Hay que echarle ganas.

Fue un viaje arduo, más por lo lento de la procesión que por la distancia. Lo que un adulto podía caminar en 3 horas, con niños se hacía en un día.

En la tarde del 9 de abril llegaron al Ixcán a donde encontraron una veintena de personas, recién llegadas también, que compartieron con los viajeros los pocos alimentos con los que contaban. Alguien de ahí les dio referencias del Teniente Carmona.

—En Playón Lindavista o en Tlaltizapán tal vez lo encuentren. No hay camino tendrán que bajar por el río.

Al día siguiente bajaron en balsas, siete embarcaciones que construyeron ellos mismos.

La travesía comenzó a la una de la tarde y en poco más de dos horas estaban atracando en el desembarcadero de lo que ya para entonces había sido bautizado como Boca de Chajul.

Al no conocer el río, la estrategia para evitar accidentes consistió en poner en la vanguardia, distante unos 500 metros adelante del resto de las balsas, una más pequeña, donde dos de los más experimentados en el arte de la navegación iban explorando el río y haciendo señas a los demás para evitar sorpresas. El único incidente fue que los zapatos de Luis Hernández, que venían en la balsa de los guías se fueron al agua cuando la pequeña embarcación se volcó en uno de los raudales del río, nada más, de modo que Luis puso directamente sus pies, sin nada de por medio, primero que nadie, en lo que sería su nuevo hogar.

En Boca de Chajul se encontraron a tres familias de pioneros, quienes les regalaron algo de comer, pues el dinero se les había acabado. Continuaron su travesía al día siguiente. Tocaron playa en un lugar

llamado Tres Islas, donde más tarde se fundaría el ejido López Mateos y en el que para entonces vivía sólo una familia.

Llegaron a Tlaltizapán a las 6 de la tarde, les dio la bienvenida el ya para entonces famoso Teniente Carmona y los jefes de dos familias más, los únicos habitantes del lugar.

La plática con el teniente fue esperanzadora: cinco mil pesos a cambio del derecho a ingresarse como pequeños propietarios. 100 hectáreas en propiedad. Los recién llegados adquirieron ocho parcelas con el compromiso de pagarlas con trabajo.

El teniente Carmona tenía ya repartida su colonia. Consideraba el ingreso de 100 socios, lo que multiplicado por la tierra prometida hacía la suma de 10 000 hectáreas como extensión de la colonia. Tal superficie abarcaba desde la desembocadura del Tzendales hasta los límites de un caserío que se llamaba ya por entonces Galacia, arriba del poblado de López Mateos, y que más tarde se convertiría, igual que este, en ejido; hasta la desembocadura del río Manzanares.

Carmona y su gente tenía marcada toda esa extensión. En su lista de socios había gente de Veracruz, del Distrito Federal, hasta nombres de funcionarios del gabinete de Luis Echeverría, en una táctica que le prometía facilidades a la hora de gestionar los papeles para la legalización de la colonia.

A las pocas semanas Luis Hernández mandó un propio a avisar a los amigos que habían quedado en Tuxtepec, campesinos sin tierra como él, que era cierto, que en la selva sí había tierras, buenas tierras, hartas tierras para volver a empezar. Poco tiempo después, 60 nuevas familias oaxaqueñas, mazatecas como la suya, se aventuraban, siguiendo la huella de los zapatos de Luis Hernández, a buscar su destino en el corazón de la selva.[7]

El Lacandón

En Benemérito no hay gente. A toda la gente que llegaba a solicitar les decían. Allá hay tierras en Benemérito, aquí está el representante; ¿verdad que si hay campos? Sí hay. Que le den campo a esta gente por allá. Pues, si la tierra es del gobierno, puede mandarlos. Así fue como se venían grupos, se trajo el primer grupo en 1978, fue un grupo del municipio de Tila, del mismo estado de Chiapas, Mateo Cruz era el representante de ellos, pero de ahí no siguió siendo. Se vino aquí a agruparse con nosotros. Ese es el acuerdo que toma la Reforma Agraria entonces. La siguiente vez vienen otros en el año 1979 del municipio de Chenalhó de un lugar que se llama los Chorros, se avecindaron. De 250 se quedaron como 10. Vinieron otros grupos de Comalapa, también como 250, se quedaron como 50, y así fue creciendo el grupo.

El gobierno prometió que nos iban a hacer casas, que iban a dar mantenimiento. A algunos al salir de sus casas les dieron bastimentos para después de una semana. De ahí pa'ca ya no hubo más. Del grupo unos recibieron láminas y otros no recibieron nada.[8]

Según Jan de Vos[9], el célebre cronista de la selva, la historia reciente de la región que el llama El Lacandón, en fidelidad al nombre con el que se conoció desde tiempos prehispánicos, se inscribe dentro de un proceso de larga duración que podría atribuirse a *la conquista del trópico húmedo mexicano* como lo ha señalado Jean Revel—Mouroz.[10]

El movimiento colonizador iniciado durante el porfiriato, habría tenido el objetivo de integrar al *México útil* los hasta entonces prácticamente deshabitados territorios de los estados de Chiapas, Campeche, Tabasco y Quintana Roo. Sin embargo, no fue el poblamiento

el eje articulador de la inserción del sureste selvático al sistema socioeconómico que se impulsaba al calor del joven y pujante capitalismo mexicano, sino la explotación salvaje de las riquezas naturales de este espacio salvaje.

En realidad, la colonización de la selva se remonta apenas a la segunda mitad de este siglo, cuando el gobierno de Miguel Alemán decidió continuar, con nuevo vigor, la política de su predecesor Avila Camacho, en pos de la ocupación de las zonas fronterizas y costeras, cuyo principio, detrás del discurso legitimador, era la apropiación privada del espacio como sustituto de la reforma agraria. *En vez de distribuir las tierras de los latifundios hacendados entre los campesinos, se les invitó a ocupar terrenos nacionales vírgenes que al mismo tiempo, se abrieron a la iniciativa privada de inversionistas capitalistas.*[11]

Con esta iniciativa se fundaron colonias agropecuarias que incorporaban a pequeños agricultores, ejidos y comunidades, cuyo propósito era desactivar agudos conflictos agrarios en otras regiones, pero también se otorgaron cientos y hasta miles de hectáreas a empresarios y terratenientes para el desarrollo de la ganadería extensiva y para la explotación forestal. Una nueva época se inauguraba en los territorios selváticos del sureste.

En Chiapas, al amparo de la política oficial de expansión de las fronteras agrícola, pecuaria y forestal, la Vancouver Plywood Company, una de las empresas madereras más poderosas de los Estados Unidos, con sede en la pequeña ciudad de Vancouver, en el estado de Washington decidió, en 1949, abrir un frente de explotación en la parte norte de la selva Lacandona, al sur de Palenque, en las cercanías de la ribera del río Usumacinta.

En 1951, bajo la razón de Maderera Maya, un grupo de accionistas mexicanos, prestanombres o socios de la Vancouver Plywood Co., inició

la tarea de comprar tierras en las zonas que hasta principios de siglo ocuparon las legendarias monterías y que aún conservaban el nombre de sus antiguos dueños: Sala, Romano, Doremberg, Dorantes, Sudoriental y Valenzuela. Para 1954, Maderera Maya era propietaria de un latifundio que abarcaba 437 334 hectáreas de selva. Sin embargo, pese a las inversiones realizadas y al intenso cabildeo en las altas esferas de gobierno, la compañía no logró el permiso de explotación de la madera y el negocio se frustró.

Al mismo tiempo, y ejerciendo una creciente presión sobre las tierras en propiedad de la maderera, campesinos indígenas, tzeltales y choles procedentes de Bachajón y Tumbalá y mestizos de Salto de Agua y Palenque empezaron a penetrar en la selva y a establecer nuevas colonias. Su presencia no era producto de una acción espontánea, sino resultado de una política agraria, impulsada por el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización que desde 1950 estaba preparando un nuevo deslinde de la selva con el objeto de anular los títulos de propiedad emitidos durante el Porfiriato. El plan era "abrir El Lacandón a la colonización y de esta manera integrarlo social y económicamente a la nación"[12] cuestión que culminó con la promulgación de dos sendos decretos, en 1957 y 1961, uno que declaraba a la zona Sala, apta para fines agrícolas y otro que convertía las zonas Dorantes, Romano y Valenzuela en terrenos nacionales susceptibles de ser repartidos.

A partir de 1960, la llegada de nuevos colonos venidos de Palenque, Ocosingo y las Margaritas se hizo más intensa. El gobierno recibió entonces estos movimientos como una salida cómoda y oportuna al problema agrario que se tornaba cada más violento en el norte del estado y en los altos. Rodolfo Lobato, en su interesante tesis Qu'ixin Qu'inal, da cuenta pormenorizada del proceso colonizador de esa época.[13]

Fue en esos años, cuando Aserraderos Bonampak, una subsidiaria de Maderera Maya instaló en Chancalá, poblado situado al suroriente de Palenque, justo en la entrada a la selva, *El Central* que consumiría las maderas arrancadas al desierto verde a lo largo de un nuevo camino, abierto a toda prisa, que se internaba en el valle situado entre el río Santo Domingo y las montañas de oriente y que sería el rumbo natural de la colonización.

El proceso quedó fuera del control del gobierno quien, para conducirlo, dispuso en 1967, la nacionalización de un territorio de 401 959 hectáreas en los municipios de Ocosingo, Trinitaria, La Independencia, La Libertad y Margaritas, con el objeto de *desarrollar una colonización dirigida a través de la creación de nuevos centros de población, en especial en la zona de Marqués de Comillas.*[14]

Con el mismo propósito y también para controlar la explotación de la madera, creó en 1972, la Zona Lacandona. Para ello dotó a la pequeña comunidad de Lacandones, cuya presencia se reducía a tres parajes apenas habitados, con 614 321 hectáreas de selva.[15]

La medida incluyó la concentración de los pequeños pueblos choles y tzeltales dispersos en el vasto territorio para crear con ellos las comunidades de Frontera Luis Echeverría y Manuel Velazco Suárez, respectivamente. Además, en 1974, decidió la creación de la Compañía Forestal de la Lacandona, S.A. (COFOLASA) que ocuparía las instalaciones de los Aserraderos Bonampak en Chancalá con lo que eliminaba de una vez por todas la competencia privada en la explotación de la madera.

Sin embargo, campesinos de unas diez comunidades se negaron a la reducción y protagonizaron una resistencia que por años se enfrentó a la represión, a veces violenta, del Estado. Muchos de ellos, como los habitantes de Rancho Delicias, Rancho Chihuahua, Nuevo Guerrero, Flor

de Cacao, Nuevo Progreso y Nuevo Ojo de Agua, entre otros, finalmente fueron desalojados y debieron seguir su caminar a zonas más aisladas de la Lacandona, como la de la laguna Santa Clara o migrar hasta la última frontera, Marqués de Comillas.[16]

Hoy día existen en la selva alrededor de 500 localidades con una población estimada en 150 000 habitantes, el verde desierto de la soledad es ahora un desierto gris por los desmontes, donde impera la pobreza y la destrucción ecológica.[17]

Los pueblos del Marqués

Marqués de Comillas se puede dividir en tres zonas, La primera se reconoce por el conjunto de ejidos ubicados en la ribera oriental del río Lacantún. La segunda la ocupan los ejidos y centros de población aledaños a la Carretera Fronteriza del Sur que va de norte a sur en una línea paralela al trazo de la frontera con Guatemala, y una tercera que ocupa la zona central, y que hace de puente entre las dos primeras. Esta división no sólo importa geográficamente, sino que expresa distintos procesos de organización y de constitución del entramado de relaciones sociales, económicas y políticas que permite seguir la ruta de la colonización.

Sin duda, la primera zona en ser colonizada fue la de la ribera del Lacantún, debido en parte a que para los años en que se inició el proceso no existían más vías de comunicación que la que representaban los ríos. Los primeros colonos llegaron a través de la selva de Margaritas, e hicieron su camino en parte a pié y en parte sorteando las aguas caudalosas del Ixcán y el Lacantún.

El poblamiento de la zona data de los años setenta. Hoy, producto de ese proceso azaroso se pueden reconocer un conjunto de ejidos cuya situación agraria a terminado por ser regularizada.

Quiringüicharo se fundó en 1977 con unas cuantas familias ladinas procedentes de Guerrero, Veracruz y Chiapas. Curiosamente no hay michoacanos, el nombre del poblado procede de una vieja dotación de tierras a un grupo que nunca llegó a establecerse. Un segundo grupo de solicitantes ocupó el terreno cuya extensión es de casi diez mil hectáreas[18] de buenas tierras de vega, y mantuvo, más por comodidad que por convicción el viejo nombre del ejido. En estos días la población no supera las 700 personas. Un camino abierto por PEMEX tras una lucha larga que significó incluso la toma temporal de los pozos petroleros de la región en 1986, comunica hoy al poblado con el ramal que conecta a la Fronteriza del Sur con Pico de Oro. Uno de los fundadores cuenta así la hazaña de la fundación.

Mira, me dijo Pedro Corro, organicemos con tu gente y te vas para Benemérito, Yo te llevo.

Quedamos, nos organizamos en el poblado y me dieron dinero para una comisión en Tuxtepec, eso fue el 11 de enero del 77. Llegamos a Tuxtepec y de allí salimos a Acayucan y después llegamos a Tenosique. Llegamos Yo, Pedro Corro, Don Cristoso García, Apolinar; éramos como seis. Ninguno traía dinero ya. Pedimos el viaje fiado al capitán Pedro Joaquín y nos trajo aquí a Benemérito.

Llegamos a Benemérito y se hizo una asamblea y nos presentó Pedro con las autoridades de allí. Como era Secretario en ese tiempo nos instalamos. Pasó todo enero, febrero, hasta el 20 de mayo yo mandé por mi familia, como quince llegaron a Benemérito pues el veinte se celebraba una

asamblea porque llegaron autoridades de México, platicamos bastante sobre los problemas del ejido.

Desgraciadamente la gente nos criticó que éramos personas ricas, que veníamos de un lugar donde no necesitábamos las tierras, no nos aceptaron. Entonces nos dijo el ingeniero Garza, que trabajaba en la Secretaría de la Reforma Agraria, váyanse para Quiringüicharo. En Quiringüicharo, nos dijo, hay un terreno desocupado de 9 800 hectáreas. Le preguntamos la ubicación y nos dijo que se encontraba en medio de Benemérito y Pico de Oro, venían con nosotros ciento siete, eran las familias. Entonces le dije, sí nos vamos a lanzar a Quiringuicharo, porque en Benemérito nos habían dicho que nos iban a colgar.

— Necesitamos documentos,
—Es cosa de que tú busques los documentos y que te concedan una carta, para que puedas posesionarte del terreno y formen ustedes su autoridad.

Me regresé como el 25 de mayo a Acayucan y hablé con Don José Moreno del problema y el me dio dinero y me fui a Quiringuicharo, Michoacán a buscar a Don Ramón que era el comisariado, según él, de estas tierras, pero el terreno no lo conocía. Yo le conté el problema.

— Si usted no tiene interés en la tierra, deme los documentos y una carta para que yo me presente en la Secretaría de la Reforma Agraria.
— ¿De parte de quien vienes?,
— De parte de José Moreno y Rubén Jaramillo.
— Ah, pues los conozco, te voy a llevar con el tesorero que tiene los documentos.

Me dieron la carta y todos los documentos, la resolución presidencial, el plano de proyectos, el Diario Oficial. Me regresé a Acayucan a fines del mes de mayo, le entregué los documentos a Don José Moreno y me vine a Benemérito yo solo. A los tres días que yo llegué, llegaron ellos aquí a Benemérito. Traían una comisión para comprar lanchas, poner una tienda de consumo para nosotros. Salimos el siete de junio a hacer las primeras exploraciones a esta zona. Nos gustó vivir allí como a los cuatro kilómetros de Pico de Oro, nos gustó para vivir allí porque estaba bastante plano el terreno.[19]

Historias como esta se repiten en las crónicas de fundación de cada pueblo. Redes de poder, canales de información y comunicación, contactos y lealtades, oportunismos y traiciones, promotores oficiales y oficiosos, liderazgos tradicionales, burocracias interesadas, políticas públicas, temores y pánicos, sueños y esperanzas, configuran la trama de la aventura migratoria.

Zamora Pico de Oro, con sus casi mil quinientos habitantes es sin duda el más grande y populoso de los ejidos de la ribera. Es un mosaico variopinto por el origen de sus pobladores entre los que destacan los del Soconusco chiapaneco y los indígenas tzeltales y choles de los Altos y el norte. Se fundó en 1973 y tuvo desde siempre la vocación de ser el núcleo rector de las actividades económicas y políticas de la zona. Hoy es el poblado con la mejor infraestructura, tanto habitacional como de servicios de toda la ribera del Lacantún.

Reforma Agraria, nació en 1980, después que sus actuales habitantes anduvieron de ejido en ejido desde 1976, en busca de tierra. De algún modo es producto de la división de Pico de Oro. Ocupa las tierras de lo que se conoció hasta hace algunos años como Tlaltizapán, una dotación no ejecutada. Posiblemente es el segundo poblado en

importancia de la zona, por su dinamismo político y económico. Viven en él unas 300 personas en una superficie de no más de dos mil hectáreas. La mayoría de sus habitantes son oaxaqueños venidos de la región del Istmo.

Adolfo López Mateos es un pueblo de oaxaqueños de la Chinantla que llegaron en pequeños grupos a fines de los setenta y hacia 1980 fundaron el ejido. Hoy en día apenas supera los doscientos habitantes en una superficie de casi dos mil hectáreas.

Playón la Gloria, un pequeño ejido de casi doscientos habitantes, se fundó en 1974 con campesinos chiapanecos de la región de la Trinitaria y la Independencia, antiguos peones acasillados. Su extensión de casi mil quinientas hectáreas alberga a unos ciento cincuenta habitantes.

Galacia nació en 1975 del sueño de un pequeño grupo de campesinos evangélicos procedentes de Las Margaritas, sin duda uno de esos grupos que ha estudiado Rosalva Aída Hernández en sus múltiples trabajos sobre la colonización de la selva.[20] Unas 230 personas forman el ejido cuya dotación les asignó poco más de dos mil quinientas hectáreas de terrenos bajos y pantanosos. Es tal vez uno de los pueblos más aislados y pobres de la zona.

Boca de Chajul, nació en 1976 por los afanes de un grupo de ladinos guerrerenses, aguerridos y aventureros, antiguos rancheros y peones de hacienda que hoy llegan a los cuatrocientos en un terreno de casi cuatro mil hectáreas de tierras de aluvión.

La zona Fronteriza ocupa un largo corredor a la vera de la carretera. En sus primeros tiempos, antes que la carretera estuviera trazada, el río Usumacinta y su afluente, el Salinas sirvieron de canal de comunicación entre los precarios poblados de la zona. A principios de los setenta el tránsito de las lanchas tenía una primera estación en Frontera Echeverría y terminaba, tres días después de zarpar, en Flor de Cacao,

pasando por Benemérito de las Américas, Roberto Barrios y Quetzalcóatl. El trayecto incluía una parada obligada en el destacamento militar de *Pipiles* en la ribera guatemalteca donde se exponían a los malos tratos y el saqueo de los soldados. Hoy es sin duda una región de alto dinamismo y estricta presencia gubernamental por su carácter estratégico, dada su proximidad a la frontera.

Benemérito de las Américas es un pueblo dividido en dos, el más grande, sede de los poderes del ejido se llama igual. El otro, producto de las tensiones internas y la violencia con la que se expresan, se llama *La Revancha*. Benemérito se fundó en 1972, es de este modo el más antiguo de los asentamientos del Marqués, también el más poblado con sus casi cuatro mil habitantes tzeltales, tzotziles, choles, mixes y mestizos chiapanecos y guerrerenses, y sus 32 000 hectáreas de dotación ejidal. En el pueblo se concentran las actividades económicas y políticas de toda la región del Marqués. Pareciera destinado a ser la cabecera municipal por determinación gubernamental que invirtió ahí la mayor cantidad de recursos para la creación de infraestructura para la comercialización e instaló oficinas del poder judicial. En sus terrenos, a la orilla del Lacantún se ubica el principal destacamento militar de la región.

Roberto Barrios es un pueblo a la vera de la carretera fronteriza formado por ladinos poblanos, tabasqueños y chiapanecos que llegaron a la zona en 1982, cuenta con casi cuatrocientos habitantes que poseen una extensión de casi diez mil hectáreas.

Nuevo Chihuahua se fundó en 1984, con campesinos tabasqueños y chiapanecos desplazados de la zona Lacandona. Cuenta con poco más de cinco mil hectáreas y tiene una población de trescientos habitantes.

Quetzalcóatl está situado en la ribera de las aguas grises del río Salinas, está formado por ladinos poblanos, guerrerenses y chilangos y

por indígenas tzotziles venidos en escalas, desde los altos. Hoy cuenta con casi seiscientos habitantes en un territorio de casi diez mil hectáreas.

Flor de Cacao, con población tzeltal y tzotzil, es desde 1980, bastión del protestantismo en la frontera, ahí conviven lo mismo presbiterianos, bautistas, pentecostales y seguidores de la Iglesia del Séptimo Día, con un puñado de católicos, en una relación tensa pero que logra permitir la convivencia comunitaria. Es también territorio de refugio de los rebeldes que se negaron a la reducción cuando se formó la Comunidad Lacandona y por ello fueron expulsados.

Arroyo Delicias fue poblado por choles evangélicos, originarios de Tila, Sabanilla y Tumbalá en 1983. Hoy un pozo petrolero es su vecino y ocupa parte de las tierras de sus casi quinientos habitantes, asentados en terrenos que alcanzan las cinco mil hectáreas.

Nuevo Orizaba, fundado en 1984 por ladinos chiapanecos, tabasqueños, michoacanos y veracruzanos es sitio ahora de la Aduana Internacional por la que transitan productos y personas hacia y desde la selva guatemalteca. En el pueblo conviven apenas unas seiscientas personas en un espacio de poco más de cuatro mil hectáreas.

Nuevo Veracruz nació en 1985 por la determinación de un pastor que decidió crear una secta con el nombre *Columna del Dios Vivo* y que dispuso la construcción de una muralla que separara a la aldea del pecado del mundo. El muro jamás se concluyó y hoy conviven veracruzanos, tabasqueños y chiapanecos; sabatistas, pentecostales y adventistas con el núcleo de los fundadores originarios. Su población alcanza los seiscientos habitantes y su extensión agraria llega a las tres mil seiscientas hectáreas.

Francisco J. Grajales, se organizó en 1985 con choles, ladinos y zoques chiapanecos, damnificados de la erupción del Chichonal. Con sus dos mil hectáreas alberga a casi trescientas personas.

La Nueva Unión Mexicana y Barrio de San José son poblados zoques, vecinos entre sí. Fueron habitados en 1986, por migrantes procedentes de Nuevo Francisco León, cuando ya la tierra era muy poca para tanta gente necesitada. Hoy alcanza los ochocientos habitantes en casi cuatro mil quinientas hectáreas.

Santa Rita de la Frontera está formado por poco más de ciento setenta chiapanecos, michoacanos y tabasqueños que llegaron a la zona en 1985, para ocupar un predio de casi dos mil hectáreas.

El Pirú habitado definitivamente desde 1980 después de varios intentos fallidos, es el último poblado de la larga carretera fronteriza. Lo habitan oaxaqueños del Istmo, mexiquenses, veracruzanos, michoacanos y defeños hartos de la ciudad. En sus más de seis mil hectáreas habitan menos de ciento cincuenta personas.

La zona central es un abigarrado conjunto de pequeños poblados, los de fundación más reciente, los más aislados y empobrecidos, lugar que sobrevive apenas de la venta de fuerza de trabajo en los ejidos mayores y antiguos.

Nuevo Reforma se fundó en 1985 con ladinos chiapanecos evangélicos, originarios del norteño municipio de Reforma., son menos de doscientos habitantes en un terreno de casi cuatro mil hectáreas.

En Nuevo Paraíso, viven desde 1984, campesinos ladinos chiapanecos, tabasqueños y veracruzanos. El pueblo supera apenas los cien habitantes en poco más de mil hectáreas.

En La Victoria, creada en 1984, viven unos doscientos chiapanecos y veracruzanos en poco más de tres mil hectáreas.

En la Corona, que se fundó en 1986, unos cien tzotziles y tzeltales que trabajan un terreno de alrededor de dos mil hectáreas.

Flor del Marqués, que remonta su fundación a 1985, es un caserío habitado por menos de cincuenta ladinos chiapanecos, que usufructúan unas mil trescientas hectáreas.

José López Portillo, fundado en 1982, no tiene más de cien habitantes tzotziles y tzeltales, dotados definitivamente con tierras que apenas superan las quinientas hectáreas.

América Libre, nació desde 1980 y hoy tiene unos trescientos habitantes, todos ellos tzotziles presbiterianos que conviven en una extensión de tres mil hectáreas.

San Lázaro se pobló en 1985 en un terreno de poco más de tres mil hectáreas. Viven ahí casi trescientos choles practicantes católicos, presbiterianos, adventistas y de la iglesia evangélica.

Benito Juárez que data desde 1983, no tiene más de quinientos pobladores procedentes de Guerrero, Tabasco y del mismo estado de Chiapas.

Belisario Domínguez se fundó en 1982 con apenas una centena de colonos choles. Que hoy viven en un terreno de poco más de mil hectáreas.

En Nuevo San Isidro, que data de 1980, habitan casi trescientos campesinos en un predio de tres mil hectáreas. Todos tzeltales y tzotziles venidos de las cañadas.

El ejido Emiliano Zapata nació en 1982, con cuatro mil hectáreas, hoy tiene casi seiscientos habitantes, choles y tzeltales.

La historia de la primera fase de la colonización terminaba en 1986 con la suspención oficial del proceso, todavía habrían de llegar nuevos colonos pero para integrarse a los poblados ya existentes. En ese año, puede decirse, se iniciaba la fase del asentamiento.

De la selva a la frontera

Diversidad, diferencia, variedad, contraste.

Sin embargo, a fin de cuentas hay tres historias que se entretejen. Una, la de aquellos grupos que proceden de lo que algún autor denomina *Regiones de Dominación Étnica*[21], es la de los indígenas de todos los estados que huyen de la explotación revestida de discriminación racial.

Otra la de los campesinos ladinos de todas partes que traen a cuestas la historia del acasillamiento y del jornal, del descarnado juego de clases, por venir de regiones donde la finca y la hacienda, o las grandes obras públicas disputan el espacio productivo y político y sientan sus reales.

La última es la que tiene que ver con las motivaciones del fantasma llamado Estado.

Sin mucho buscarle, es claro que todos o casi todos los recién llegados han venido a esta selva con la esperanza no sólo de encontrar tierras en donde sustentar la base material de su existencia como campesinos, sino de un espacio donde construir nuevas relaciones para darle sentido a la existencia en comunidad.

Por la tierra pues, es la respuesta necesaria que entraña un complejo de determinaciones que no se acaban con la acepción física de la frase. Ya se sabe, Tierra es mucho más que un tejido de mineral y materia orgánica. Territorio son las relaciones sociales.

Llegar es huir y buscar.

Huir no sólo de la pobreza material expresada en la falta de recursos económicos y de la esperanza de tenerlos. No sólo de las jornadas al servicio del patrón, de sol a sol, de deuda a deuda. No sólo de

tener que sentir ajeno el suelo que se pisa y dudar entonces del sentido de la existencia.

Huir también de relaciones de dominación no sólo económica, sino política, sostenida por una significación singular de lo cultural que mantiene al campesino en el sótano, no sólo de la escala social sino de la propia autoestima; en última instancia huir para buscar la dignidad.

La colonización de este fragmento de selva se explica por eso, por lo que se encuentra al final del camino, pero también por lo que no se encuentra, caciques, propietarios, policías e instituciones públicas que en los lugares de origen representan la expresión más ominosa de la dominación y la exclusión. Se explica también por el trayecto.

Los colonos indígenas huían del destino fatal de ser, como había sido siempre y para siempre, generación tras generación, trabajadores baratos de latifundios y fincas, reducidos a esta condición por ser indios y pobres. Huían de ese entender su ser indio como sinónimo de bruto e ignorante. De una realidad donde se estructuran relaciones sociales y se refuerza la diferencia.

Aquí, en esta selva por descubrir, la connotación de indio se debilitaba y ser chinanteco, zoque, tzeltal, tzotzil o chol no implicaba más ni menos que ser veracruzano, tabasqueño o guerrerense . Al fin en esta tierra de nadie y para todos, la geografía y la necesidad compartida unían a todos en una nueva identidad por inventar. Una identidad donde la diferencia fuera el motor de la unidad. Una identidad pluriétnica. Precaria esperanza, Intuición colectiva de un proyecto por hacer.

Y fue la construcción social que de esta determinación y de la historia compartida surgía, la que habría de identificar al conjunto de comunidades de la selva como una región específica. Una región de colonos, diversa y única, pluricultural, que pudo establecer desde el

principio relaciones económicas y políticas de nuevo tipo, contradictorias, violentas y frágiles, pero con el signo de la esperanza desde sus inicios.

Tal era también su fuerza como colectivo en ciernes, pero también su debilidad.

Habría que construir los códigos, nuevos signos para empezar a hablar entre sí, para reconocerse iguales a partir de una nueva pertenencia territorial que suponía el esfuerzo de apropiarse y valorizar un espacio casi desconocido, y para proponer con base en ello, las nuevas relaciones con un gobierno que aún invisible seguía siendo un referente importante, paradójicamente atractivo y temido, aunque no fuera más que para legitimar su presencia y para la dotación de servicios que se sabían urgentes.

Habría que hacer de este espacio compartido, un *territorio* que fuera resultado de la representación y el trabajo, de la delimitación de geografías y de la construcción de entramados de poder.

La nueva realidad de la colonización supuso una complejización de los grupos sociales y sus relaciones, que respondía a una cierta secularización generada por el contacto y composición de los actores sociales.

Se necesitaban nuevas formas de integración social y de solidaridad como posibles sustitutos de fenómenos de fractura, siempre presentes como riesgo y a veces como realidad. El proceso se expresaba en prácticas, tradicionales y nuevas, que implicaban identidades más o menos restringidas pero funcionales. La composición, que no aún la constitución, dio lugar a una identidad mínima que el tiempo habría de decantar.[22]

Un proceso incierto cuyo sentido, animado por la evidente diversidad, pretendía caminar de la tolerancia a la articulación, de la

composición a la constitución y, en última instancia, de la integración social a la comunidad política.

El aislamiento era arma y amenaza y nunca fueron suficientes y lo sabían, las relaciones con sus vecinos guatemaltecos, marcadas por una la solidaridad reciente, nacida de la necesidad compartida, pero también por el oportunismo. Si había que progresar, no lo podrían hacer solos. Si para hacerlo debían relacionarse, habría que buscar una manera de hacerlo de una forma que hiciera prevalecer la autonomía soñada. Esta fue la motivación para buscar organizarse tempranamente.

Las nuevas relaciones socioeconómicas, condicionadas por la temporalidad del proceso migratorio y por las posibilidades que este generó en términos de relaciones con el Estado, provocó la polarización económica de la región.

Por un lado, se constituyó una zona de mayor dinamismo económico, que comprendía los ejidos de la ribera del río Lacantún y a Benemérito de las Américas los cuales gracias a su mayor antigüedad y al hecho de haber albergado entre los años 1981—1984 a miles de campesinos refugiados de origen guatemalteco, pudieron generar excedentes y capitalizar su presencia política, que les permitieron ser el sujeto principal de una serie de proyectos productivos que impulsaban cultivos comerciales (cacao, cardamomo, canela, pimienta, hule) introducidos por el Estado a través de la Secretaría de Desarrollo Rural, el FIRA y el BANRURAL.

Por otro, una zona, formada por ejidos y asentamientos irregulares situados a la vera de la carretera fronteriza y el área central, pobladas por migrantes recientes que vinieron a sustituir a la mano de obra guatemalteca que abandonaba la zona por la reubicación.

Se conformó así una zona que compraba fuerza de trabajo, destinada a la producción de nuevos cultivos en nuevas tierras abiertas a

la agricultura y otra vendedora de fuerza de trabajo hacia la primera y hacia las obras que instituciones como PEMEX y sus contratistas desarrollaban en la región y, cuando los espacios laborales se fueron restringiendo y las vías de comunicación mejorando, hacia lugares como Palenque, San Cristóbal de las Casas, Tuxtla Gutiérrez, Mérida y Cancún, donde se insertaban en el sector de los servicios.

La apertura de la carretera fronteriza y la construcción del puente sobre el río Lacantún, terminado en 1986, permitió abrir canales para la conformación de un nuevo y precario flujo comercial que sustituía el intercambio de productos con los pueblos guatemaltecos de la frontera, hasta entonces principales abastecedores y compradores. El mercado de productos se estableció en dos direcciones principales:

Hacia fuera, con la venta de los pocos excedentes de maíz y frijol, y del total de la producción de chile, pepitoria y palma *camedor* vía intermediarios locales y regionales, entre los que destacaba la red de compradores de origen poblano, cuyos camiones circulaban periódicamente por los nuevos caminos de la selva, levantando los bultos de chile y pepita que los campesinos exponían en el inverosímil escaparate del mercado itinerante. En esos días Conasupo, que para entonces extendía su red de tiendas rurales y terminaba la construcción de un Almacén en Benemérito de las Américas también jugó un papel en el acopio de maíz y frijol.

Hacia adentro, a través de los mismos intermediarios que al entrar a la región introducían productos comestibles, ropa, herramientas, semillas y agroquímicos para la población campesina.

Los ejidos de la ribera, además tuvieron la suerte de contar con los mayores volúmenes de madera dada las características de esa región donde la selva es más alta. En los primeros años de la colonización, y hasta antes de 1986, los compradores de madera, principalmente

medianos mayoristas privados provenientes de Tabasco, Campeche, Yucatán y Jalisco, establecían contratos con cada ejido, adelantando parte del pago por el producto en forma de insumos para el proceso de extracción (motosierras, hachas), a veces pequeñas cantidades de dinero y dando asesoría técnica. Entonces la Secretaría e Desarrollo urbano y Ecología, responsable de las políticas de conservación de la selva y la propia Secretaria de agricultura y recursos Hidráulicos determinaban las cuotas de extracción e incluso el tipo de madera por comercializar (tropicales o preciosas). Fueron tiempos en que los caminos se atestaban de grandes camiones madereros que transportaban las trozas que un siglo antes navegaron por los ríos.

Las diferencias y desigualdades, al interior de la región crearon el marco para que la relación entre los ejidos y entre estos y el Estado adquiriera un carácter contradictorio, por un lado una zona relativamente abandonada y otra consentida por el poder público.

Con todo, ni aún los ejidos de la ribera estuvieron dispuestos a la incondicionalidad. La relación con el gobierno no sería la de una masa simplemente corporativizada sino la de un complejo entramado social y político dispuesto siempre a negociar y gestionar el poder con una relativa autonomía que se manifestaba en la opción del diálogo intercalado con el uso de la fuerza.[23]

De este modo, en los primeros años, se fue hilando el tejido organizacional de la región. Un tejido que convenía a los colonos y que de algún modo era un mal necesario para el propio Estado, más preocupado por el control estratégico de la frontera y por el desarrollo del nuevo potencial energético descubierto en la selva que en controlar férreamente a las nuevas organizaciones que nacían en la zona.

Pero la historia de la colonización de la región Marqués de Comillas no sería completa sin tomar en consideración al otro actor

principal de esta narración, el Estado, cuyo propósito de controlar los recursos estratégicos en esta zona vulnerable y de preservar el control político en el sureste, necesitaba de la conformación de una frontera humana para inhibir los afanes expansionistas de su vecino del sur y para cerrar el paso a la contaminación de los vientos revolucionarios centroamericanos, propósito que se cruzaba en parte con los del campesinado recién llegado, que aspiraba a la construcción de un nuevo entramado de relaciones sociales y políticas que fueran sustento de su desarrollo económico en pos del bienestar. Romance precario, frágil, señalado por los signos del desastre.

Sin duda fue el Estado, a través de contradictorias estrategias, políticas y proyectos, el que dio perfil a la región y marcó el rumbo que habrían de tener los procesos políticos en el futuro.

El periodo comprendido entre la segunda mitad de la década de los sesenta hasta fines de los setenta, coincide con el proceso señalado por Jan de Vos líneas arriba, en el sentido de la pretensión estatal de expansión de la frontera agrícola y pecuaria a partir de una estrategia de ordenamiento territorial sustentado en dos políticas sucesivas: la del aprovechamiento de los recursos de la selva, sin una planeación del desarrollo regional y la de la colonización dirigida que busca acotar y orientar los asentamientos humanos desactivando focos de tensión agraria[24]. La etapa empalma una visión particular del agrarismo de los setenta, estudiada ampliamente por distintos autores[25], con una determinación productivista de carácter depredador.

Para los campesinos, la vía de la colonización significaba que la finca había dejado de ser el núcleo central de las relaciones de intercambio económico y referente del entramado social; ahora los intercambios de fuerza de trabajo entre comunidades, la disposición a incorporar relaciones de mercado al interior de cada localidad y de

ingresar al mercado regional y nacional por la vía del cultivo de nuevas especies y la determinación de constituir formas de concertación política y de gobierno más representativas de las comunidades sería un objetivo a conseguir.

En este marco, la identificación regional buscó construirse y sustentarse en la nueva pertenencia territorial promovida paradójicamente por el Estado y en la evidente necesidad de desarrollar una plataforma de poder desde la conciencia de clase que se expresaba en el carácter de sus reivindicaciones.

Sin embargo, este primer momento evidenció un vacío institucional y en cierto modo también una especie de vacío jurídico en el que las instancias intermedias de gobierno estuvieron casi ausentes, destacadamente la figura municipal.

Ocosingo, el más grande de los municipios del país, es un extenso territorio predominantemente rural. Su cabecera municipal se encuentra ubicada en la región montañosa de clima templado, a cientos de kilómetros de la selva Lacandona y del Marqués de Comillas, muy lejos de la frontera. Distante y aislada no sólo por la geografía, sino también por la precaria atención y comprensión de los procesos que tienen lugar en aquellas regiones.

Siendo como es la región de la selva, de una importancia estratégica para la Federación, los gobiernos municipal y estatal poca intervención tuvieron en esos primeros años en la orientación de las políticas públicas. Ciertamente no existieron espacios intermedios para permitir la participación social, el juego democrático, los procesos de socialización y de vinculación, lo que llevó a la región a constituirse en una especie de territorio federal en el que estado y municipio poco tuvieron que hacer, como no fuera convalidar las políticas del poder central. Por otra parte, es sabido que los gobiernos municipales en

Chiapas, salvo contadas excepciones, han jugado históricamente el papel de guardianes del sistema de dominación en la escala regional, y se sustentan en el poder económico y en la capacidad represiva de camarillas de finqueros y terratenientes vinculados al partido de estado y no en una legitimidad democrática.

Por su parte el gobierno del estado, ha sido históricamente una bisagra entre la poderosa oligarquía estatal, conformada por latifundistas, agrícolas y ganaderos, y los interéses políticos y económicos determinados por el gobierno Federal. El gobernador es sólo un virrey del gran Tlatoani.

La realidad política, que tal régimen condicionaba, evidenciada en la falta de mecanismos de intermediación, generó que los inevitables conflictos que traía consigo la colonización en términos de uso de recursos, de procesos organizativos, de gestión de servicios, de relaciones a través de la frontera, entre otros, rápidamente adquirieran un perfil de enfrentamiento directo con el poder federal. Sería hasta el gobierno de Patrocinio González Garrido que la figura del gobernador adquiriría una dimensión más clara al tiempo que conflictiva.

La misma realidad dio lugar, sin duda, a una temprana y creciente conciencia en torno a la necesidad de la autonomía, apoyada en los hechos cotidianos, que debía expresarse en una nueva configuración administrativa, es decir en la eventual constitución de un nuevo municipio. Tal vez los más activos en esta demanda fueron los habitantes de la región de Marqués de Comillas.

En esos primeros años, la región se caracterizaría por un poblamiento atomizado, ralo y poco articulado; por el uso anárquico del territorio y de los recursos, lo que aceleró el deterioro del ecosistema; por crecientes tensiones y conflictos que con cierta frecuencia derivaban en hechos violentos que se dirimían por la ley del más fuerte; por la

mediatización y manipulación de grupos en función de intereses de poder ajenos a la región y a los de sus habitantes; por la acción de cacicazgos locales o zonales que cumplían funciones de intermediación de carácter extralegal, lo que permitía no sólo beneficiarse económicamente con la exacción de excedentes sino además capitalizar políticamente la desarticulación interna de la región. De este modo, aislada y carente de control, la región pudo ser campo propicio para técnicos corruptos de diversas dependencias e instituciones públicas que llegaban a los nacientes ejidos prometiendo lo que no podían cumplir; también se convertía en terreno fértil para saqueadores ilegales de especies faunísticas hasta el grado de poner a algunas de ellas en los límites de la extinción. La producción y el tráfico de drogas se convirtieron en negocio fácil y no poco frecuente.

Así, la región que se construía bajo la orientación del Estado, no sería el resultado exclusivo de procesos internos ante los embates del exterior (como tampoco lo habían sido sus comunidades de origen), sino el producto de la combinación de diversas fuerzas que, en síntesis, conformaban un sistema complejo resultado del conjunto de expresiones culturales y políticas previas, readecuadas al nuevo entorno ecológico y político, de las estrategias políticas, económicas y militares del poder federal y del carácter inédito de las relaciones sociales en el nuevo espacio selvático.

La marcha al norte

Del otro lado del río y cercano en el tiempo, un proceso similar caminaba su propia historia.

Hacia 1964, el Petén era un territorio prácticamente despoblado. Poco menos de dos habitantes vivían en cada kilómetro cuadrado, verdadero archipiélago de islas humanas, lejana constelación de náufragos. Algunos, indios Itzaes, Achíes y Kekchíes con la historia a cuestas, otros tránsfugas de persecuciones viejas. Apenas 28 000 habitantes en un territorio de 35 854 kilómetros cuadrados.[26]

Inmensas extensiones baldías, de bosques y selvas, serían pobladas desde entonces por medio de un proyecto de colonización orientado desde los círculos del poder. Grandes contingentes de campesinos se movilizarían a esta tierra prometida, para cumplir el propósito de reducir la convulsión social que protagonizaban en sus lugares de origen.

En 1969, Méndez Montenegro, bufón principal de la mascarada civilista, insistía escondiendo sus motivos, en que se debe *contrarrestar el proyecto hidroeléctrico del gobierno mexicano que amenaza inundar una buena parte del territorio nacional*, para ello hay que poblar esas tierras, animar a la gente a que organice cooperativas, prometiéndoles transporte, ayuda alimentaria y asistencia técnica en el cultivo de los granos básicos.[27]

Pero el ejército tenía su propio sueño.

> *El Petén es la gran empresa económica de Guatemala, no una aventura política y social (...) Gobernar es poblar, pero poblar con población sana, seleccionada y no por contingentes nómadas quienes inhibieron hasta el presente el norte del país, el crecimiento demográfico y la selectividad étnica, siendo que la última es básica en toda experiencia...*

El Petén no es un hospicio ni orfanato para recibir a desgraciadas turbas de desheredados de la patria. Hagamos del Petén un organismo sano en lo étnico y en lo económico. No lo enfermemos con virus visibles e inservibles en su misma cuna.[28]

Sin embargo, los que vienen son caminantes eternos que han probado la insurrección y la represión. Algunos conocieron a Turcios y a Yon Sosa. Todos recuerdan a Árbenz Guzmán quien les dio las tierras que después perdieron. La mayoría son campesinos, indígenas y ladinos, que desde los cuarenta abandonaron el lugar de sus mayores y han sobrevivido arrendando parcelas en las fincas cañeras, cafetaleras y algodoneras de Mazatenango, Retalhuleu, San Marcos y Sololá, en la costa sur. Otros son ladinos de Escuintla, Chiquimula, Santa Rosa, Jalapa, Jutiapa, Zacapa e Izabal, en fin del oriente, rancheros recios, curtidos por la pobreza y la ignorancia, dueños sólo de sus manos. Otros son indios de Chimaltenango y Baja Verapaz, callados y herméticos[29]. Como en Marqués de Comillas y la Lacandona, en México, los colonos peteneros son herederos de todas las culturas, fragmentos multicolores dispuestos a tejerse para unir el mosaico de la interculturalidad.

Fueron llegando al Petén, *en camiones de carga y en el ferrocarril de la bananera que llegaba hasta Puerto Barrios. De Puerto Barrios, luego en lancha sobre el lago Izabal y el Río Dulce por no haber carretera directa a Flores. Cruzando el río en camiones de carga del FYDEP*[30] *hasta Sayaxché.*[31]

A Petén llegaron también, en el más oscuro silencio, los sobrevivientes de la aventura guerrillera de la Sierra de las Minas. Pablo Monsanto su hermano Rigo, y un pequeño grupo de adeptos se refugiaron en las casas de campesinos amigos, viejos colaboradores de sus años en el oriente. Vienen de la ciudad, donde han debido esconderse

de la persecución, han dormido bajo el puente *Belice*, han amanecido en el fondo de los desfiladeros donde se asientan los desplazados que llegan por centenares a la capital. Exiliados han remontado las distancias, disfrazados de campesinos ellos mismos, escondiendo sus manos que los delatan.

No llegaron derrotados, vienen ofreciendo una nueva etapa en la lucha por la liberación. Explican, orientan, imparten cátedra con aire doctrinal. Es por Guatemala, la Revolución y el Socialismo. Sólo se entiende el mensaje central: Reforma Agraria, Trabajo, Techo, Salud, Educación, Libertad, Poder del Pueblo. Se reorganizan en la pequeña columna que promete iniciar operaciones muy pronto. Piden ayuda.

Se les creyó locos. Hablar de guerra en esta tierra de promisión, en este lugar único, alejado de los trabajos forzados, de patrones y soldados.

Pero sus profecías se cumplieron. Nadie escapa de la mano de quien ejerce el poder en esta patria herida. El Petén no es tierra de nadie. Aquí manda el ejército, y manda para realizar sus intereses, para acrecentar su poderío y el de los suyos. La voz se corrió pronto. Nadie se llame a engaño.

El FYDEP fue entregando las tierras en propiedad a los grandes generales del ejército, también a las transnacionales. 278 086 hectáreas de las mejores tierras se las han entregado a Laugerud, a Méndez Montenegro y a su cuñado Juan de la Hoz, a Arana Osorio, a Mario Sandoval, y también a la BAYER alemana. El propio Oliverio Casasola, eterno mandamás del FYDEP, ya se adueñó de 60 caballerías en Poxte y 40 más en Tikal, mientras a los campesinos los mandó a la región de los ríos Usumacinta y la Pasión, en plena selva, en el último rincón del país, donde han formado 24 cooperativas que no pueden conseguir los títulos de propiedad.[32]

Por las noches la gente pedía consejo a los guerreros ocultos en los laberintos de la montaña. *Organización*, fue siempre la respuesta.

No pasó mucho tiempo para que a los pequeños propietarios y cooperativistas, quienes descombraron la jungla para hacerla apta para el cultivo, se les empezara a hostigar y a desalojar de sus tierras. En 1971, 24 aldeas, entre ellas las de Cancuén y Santa Isabel, fueron desalojadas por *rangers* que a bordo de tanquetas, dispararon contra mujeres, ancianos y niños y quemaron sus caseríos. En esa acción, 20 niños se perdieron para siempre en las montañas cuando huían del ataque.

Pablo Monsanto se lamentaba de tener razón.

En 1973 campesinos asentados en las riberas del río Mopán y sus arroyos fueron desalojados por el ejército. En 1978, 90 campesinos fueron expulsados del parcelamiento La Blanca y otros más en Melchor de Mencos.

Los oficiales insurgentes Nicolás, Medina y Ruiz recorrían los pueblos predicando y reclutando combatientes. Es la guerra la que se acerca con su rostro de fuego.

Mientras tanto más gente llegaba al Petén, atraída por la noticia de que ahí había muchas tierras sin dueño, buenas tierras para empezar de nuevo. Los nuevos organizaron Comités Pro-tierra, que se asentaron en la Libertad, en San Francisco, en Sayaxché y en Dolores. El FYDEP los recibió sin mucho entusiasmo, pero les ofreció parcelas a cambio de cumplir con los procedimientos que dictaban las normas:

Presentar un padrón de familias,
acta de nacimiento de cada una de las personas de las familias,
acta de matrimonio de las parejas,
un certificado médico, por supuesto

su cédula de vecindad. Cédula de ciudadanía,
inscripción militar, boleto de ornato,
carta de recomendación del alcalde
de su municipio
en donde pertenecía.

Si falta algún documento no se dará paso a la solicitud. El que sigue.

La tierra debe ser medida por los ingenieros del FYDEP.
Las mediciones se harán global y por parcela,
los ingenieros cobran ciento cincuenta quetzales por kilómetro.
Como usted sabe, una parcela de 2 caballerías
circula en línea recta 2 kilómetros y 600 metros,
viene costando una cantidad
de trescientos setenta y cinco quetzales exactos cada
parcela; esto para que el parcelario pueda tener
un título provisional. Y si desea autenticarlo,
debe pagar un licenciado,
que hay que pagarlo por aparte
a efecto de conseguir un crédito
de BANDESA.[33]

La tierra es de quien la trabaja, insisten los alzados.

La iglesia católica acompaña a los recién llegados, les anima a formar sus cooperativas. Consigue ayuda para ellos, una ayuda que el gobierno prometió pero que no entregó jamás. Imparte cursos de cooperativismo, capacita a dirigentes en los principios de la organización

popular. Promueve comités pro-escuela, pro-caminos, pro-salud, pro-construcción de iglesias, pro-medición de tierras. Se coordina con la Universidad de San Carlos de la ciudad capital. Ayuda con el transporte por tierra y agua, lleva técnicos de la universidad, técnicos animados por las ideas de cambio que circulan por las aulas y pasillos universitarios y que comparten con los campesinos; la iglesia lleva semillas y fertilizantes para los cultivos y trae a enfermos a los hospitales. Concientiza.

En esos días nació la Federación de Cooperativas Agrícolas del Petén (FECAP), la principal organización campesina de la región, que aglutinaba a las principales cooperativas y parcelamientos de la región de los ríos. Sacerdotes y catequistas fueron sus principales promotores. A pesar de la represión fueron logrando, poco a poco, un precario desarrollo. Se animó la producción y el comercio, se diversificaron las actividades productivas con la introducción de la apicultura y una incipiente silvicultura que buscaba aprovechar los recursos de la naturaleza salvaje. La salud de la gente empezó a mejorar, mermada como estaba por la inclemencia del clima y por la pobreza. Humildes escuelas se construyeron en las aldeas, algunos maestros llegaron.

La gente organizada comenzó a demandar al gobierno la solución de problemas, el cumplimiento de las promesas. La respuesta fue el silencio y la violencia.

Los insurgentes, en su afán de acompañar y proteger a la organización civil, hostigan a las patrullas militares que recorren los caminos, atacan destacamentos, amagan hasta el cuartel—escuela de Poptún.

La noticia corre más rápido que el viento: las Fuerzas Armadas Rebeldes operan en el Petén. Se les creía aniquiladas, pero crecen en número y en poder de fuego. *Seguramente los curas los apoyan, tienen*

cómplices en las cooperativas, son extranjeros de ideas exóticas. Se requiere un escarmiento ejemplar.

Sólo el que lucha tiene derecho a Vencer, Sólo el que vence tiene derecho a vivir. Se juran los coroneles en el calor del Petén.

A Vencer o Morir, contestan los alzados.

Entre 1978 y 1980, sacerdotes y catequistas son amenazados por el ejército y las autoridades locales municipales cuando denuncian las muertes colectivas que siembra el Escuadrón de la Muerte . Manos fuera del Petén.

En 1979 tres catequistas son asesinados. Los párrocos difunden la noticia en las aldeas y denuncian los engaños y arbitrariedades que cometen las autoridades locales y el FYDEP. Protestan porque el Banco de Desarrollo Agrario (BANDESA), la entidad responsable del financiamiento a los productores, expulsa a los campesinos de sus tierras por no pagar los créditos.

El ejército responde sembrando de *confidenciales* a sueldo las aldeas para controlar las actividades de los líderes de comunidades y cooperativas.

En junio de 1981 el sacerdote Hugo Bruyere, de origen belga es atacado cuando imparte un curso de salud en la cooperativa El Arbolito, el logra huir cruzando el Usumacinta bajo una lluvia de balas. La aldea es arrasada.

Los combates se multiplican.

A Vencer o Morir, murmura la gente en las aldeas.

Diálogos en el espejo

Quien es el otro que mira desde el otro lado del espejo...
ése otro soy yo.

Las primeras veces que íbamos a vender pescado en Guatemala, nos íbamos hasta un pueblo que anteriormente le decían El Veinte, pero nos agarraba lejos por dos motivos, uno era que no sabíamos navegar el río, hacíamos tres días por el río Ixcán, de allí hacíamos un día a pie para llegar al veinte. Eran pueblos chicos y nuevos. Estuvimos yendo para allá como un año, allá comprábamos azúcar, jabón, todo lo que necesitábamos. Después se formó un pueblito más abajo que se llama Los Angeles, allí ya nos agarraba cerca, ya no hacíamos un día a pie para llegar con la carga, del Ixcán era una hora, allí también compramos todo lo necesario (...) Estuvimos yendo como otro año. De allí se formó el pueblo que se llamaba Cuarto Pueblo, allí también fuimos a vender pescado, porque no había más medio de hacer dinero (...) También muchas veces venían aquí y compraban marranos y gallinas, animalitos para criaderos. Como ellos también eran nuevos, abogaron mucho por nosotros, entonces el gobierno (de Guatemala) *no nos evitaba y ni nos trataba mal... iban los muchachos que sabían jugar pelota y se divertían jugando, pero luego hubo la represión muy dura y ya no pudimos ir.*[34]

A diferencia de los procesos de constitución de lazos a través de la frontera, propio de otras regiones de Chiapas, tales como los desarrollados a lo largo de siglos de vecindad o del compartir identidades étnicas en Margaritas, La Trinitaria, Independencia, Motozintla, Frontera Comalapa y los municipios del Soconusco; la vinculación entre los pobladores de ambos lados de la línea fronteriza en la selva Lacandona y del Marqués de Comillas así como del Petén y el

Ixcán, son de reciente data aunque, paradójicamente, producto de una historia larga.

La crónica del poblamiento del bien llamado Despoblado del Lacandón, pareciera escribirse a saltos, como si fuera destino de esta tierra expulsar tempranamente a quienes alberga, sólo para recibirlos de nuevo. Aunque hoy, sin embargo, es innegable el carácter aparentemente definitivo y determinante que tiene la última oleada migratoria iniciada en los setenta de este siglo.

Indudablemente, el proceso colonizador en ambos lados de la frontera llevó al encuentro inesperado de dos historias paralelas, marcadas por siglos de despojo y resistencia. Historias conjugadas, a distintas voces, en el mismo tiempo.

Conjunción en el tiempo del resurgir de luchas agrarias en las zonas de mayor dinamismo económico y en aquellas donde imperaba la tradición de concentración de tierras y el trabajo campesino de carácter servil, con la determinación de los gobiernos autoritarios para desactivarlas por la vía de la mediatización y la apertura de nuevas regiones con tal de no tocar los intereses estratégicos del gran capital, cuando el fragor de la violencia no fue suficiente para aplastarlas.

Conjunción de la conciencia de los Estados sobre la fragilidad de su control económico sobre los espacios limítrofes del territorio nacional con la pretensión de utilizar la válvula de escape que suponía la apertura del trópico húmedo a la colonización como llave que cierra herméticamente la entrada a los vastos recursos energéticos de las respectivas zonas.

Conjunción de la necesidad de ejercer el control político de la frontera, no sólo para mantener intacta la estructura y las relaciones autoritarias de la política interior sino para orientar la política exterior y las relaciones binacionales, en un momento de profundas transformaciones políticas y militares en América latina, con la

determinación de hacerlo por la vía de un proyecto demagógico que permitiera la constitución de una frontera humana dúctil, pagando con ello el menor costo político frente al que supondría la militarización.

Pero también, conjunción de actores sociales viejos y nuevos que se expresan, desde sus propias motivaciones, al calor de los condicionantes externos, destacadamente las iglesias, las organizaciones campesinas y los campesinos reorganizándose y una amalgama de funcionarios de nivel medio de dependencias públicas vinculadas al sector agropecuario (en el caso de México) y militar (en Guatemala) responsables directos de la promoción del movimiento.

La colonización, en las selvas de México y Guatemala es el producto histórico de un modelo agrario, concentrador y excluyente, que niega el acceso a la tierra a la mayoría de los campesinos. Un modelo global expresado regionalmente, que otorga el control de las mejores tierras a una casta de propietarios, eje de relaciones económicas orientadas a la explotación de los recursos con base en la articulación de las condiciones ecológicas, aprovechadas para decidir una equívoca vocación productiva; y en su posición geográfica, que las ubica en un istmo geoeconómica y geopolíticamente estratégico, para los intereses de las potencias y los mercados.[35]

Así, Chiapas y Guatemala se han especializado en la producción de café y algodón, frutas y especias, ganado y madera, petróleo y agua para alimentar al mundo a costa de la degradación salvaje de sus suelos y la exclusión de su gente.. Es por ello que la tierra ha quedado dividida en vastas regiones donde coexiste el gran latifundio con el más miserable minifundio, con lo que es posible la reproducción de una división del trabajo que distingue a sus habitantes en propietarios y no propietarios. Grandes terratenientes vinculados al mercado nacional e internacional por la fuerza de la venta de productos agrícolas y pecuarios, y pequeños

agricultores, campesinos todos, que se vinculan al mercado nacional e internacional por la venta de su fuerza de trabajo al servicio de la gran hacienda.

Del mismo modo, la colonización de la selva chiapaneca y de la selva del Petén, es el resultado histórico de un entramado político que excluye a la sociedad de la determinación de su destino, a través de la configuración particular de las relaciones de poder. Las decisiones son tomadas por una camarilla que ha construido una relación perversa entre poder político y poder económico para dar lugar a una gestión oligárquica del poder.

El desarrollo de un modelo económico sustentado en la agroexportación está detrás de esta historia. Un modelo que tiene sus orígenes en la colonia, que se refuerza y amplía durante la época liberal y se mantiene aún después de los esfuerzos agraristas posteriores a 1910, se expresa en un complejo de vertientes de índole social, cultural, política y económica que le dan su dinámica y constituyen su carácter.

Sin embargo, hay que insistir que el capitalismo contiene las contradicciones que han de llevar a su superación. Pareciera que en Chiapas y Guatemala, la colonización de las selvas pudo ser la última válvula para contener las presiones que se acumulaban por el ejercicio de la vandálica gestión del poder económico y político arriba descrita. Promesa que difería, hasta cierto punto y sólo temporalmente, la emergencia de una insurgencia social ávida de nuevos horizontes.

Y aunque parece que todo empieza y termina en la frontera, límite y muro, cuando parece que nada queda por descubrir ni por inventar, los pueblos se descubren en otros, su historia se escribe también en otros libros y en otras sangres que son ingredientes para inventar vías y abrir caminos para hacer de la frontera puente por el cual transitar para seguir

haciendo la historia. A fin de cuentas, *tal vez en el final, en el confín, se encuentre la verdadera entraña: el principio.*[36]

Así fue, cuando más solo se pensaba el colono reciente de esta selva, en el momento en que tocó con sus pies cansados la ribera del río, hizo aparecer como en el acto magistral de un prestidigitador, la imagen distinta de sí mismo, en el espejo líquido que la duplicaba, como diría Saramago[37], en otra dimensión que no era el simple reflejo de las comunes y sabidas dimensiones de su corporeidad, sino las múltiples e innumerables escalas y planos que lo hacen sujeto y actor, búsqueda centenaria y anhelos milenarios fundidos en una dimensión única, simultáneamente remota y próxima.

Escuchó así, de otra voz como la suya, su propia historia que narraba el paso por lugares desconocidos pero reconocidos en su recuerdo, la crónica de sus luchas y sus derrotas. Sintió las mismas huellas y cicatrices que marcaban su cuerpo en el cuerpo del otro.

De guerras y fronteras

No son estos tiempos para la guerra.

Y sin embargo, la guerra está ahí tan elocuentemente cierta, arrastrando tras sí (involucrándolos) a los tercos territorios de la paz. Fragmentando la lógica, hundiendo la visión en el fragor de combates invisibles. La guerra está ahí, cotidiana, perviviendo soterradamente en la insensibilidad ajena, medida apenas con el compás particular de alguna historia persona, describiendo círculos o elipses perfectas de parabólico estruendo. Muda...

No son estos tiempos para la guerra...y sin embargo la guerra está aquí elocuente... cierta.

¡Silencio!

La voz del gran director suena perentoria y ante los ojos aparece un escenario que podría ser de utilería pero que se muestra en su realidad descarnada, locaciones de naturaleza muerta (o casi) cobijan los afanes de actores, técnicos y extras mezclados en el caótico barullo de una obra sin principio ni fin, cuyo guión no termina de escribirse (se está escribiendo) suponiendo siempre un final feliz.

Y sin embargo, la guerra está aquí, invisible, muda.

Nerviosamente, el gran director (pretendido autor único dela historia) parece escuchar murmullos, más allá del escenario, que llegan arrastrados por vientecillos de realidad y que amenazan con interrumpir, siquiera momentáneamente, la puesta en escena de una más de las incontadas representaciones o con descubrir (horror) el carácter autobiográfico de su obra en el marco maravilloso del *gran teatro del mundo*.

¡Silencio! La obra debe continuar.

Eran los ochenta con su estruendo bélico los que definieron el segundo momento de la estrategia del Estado mexicano en la ahora reconocida frontera sur. Tiempos que marcaban la emergencia de una estrategia de *seguridad nacional* que terminó por identificar que el territorio selvático era no sólo un espacio de expansión económica, sino una línea de defensa política, económica y militar, es decir una frontera.

Con esta concepción, dominante durante la primera mitad de los ochenta, el Estado orientaría su presencia hacia una política colonizadora que privilegiaba la zona más cercana a la línea fronteriza (la de la carretera Fronteriza del Sur) en términos de un mayor control migratorio y militar, la inyección de recursos para proyectos puntuales que no tenían una planeación estratégica en términos de generar bienestar social y la

intervención de las organizaciones campesinas. El fin, consolidar una frontera humana manejable, por la vía de proyectos y programas productivos, que promovían los cultivos de plantación, la pequeña ganadería extensiva y la explotación maderera con un carácter selectivo, posibilitados en buena medida por la numerosa y casi gratuita mano de obra refugiada sobre la que se reproducían, en algunos ejidos, formas de relación servil como las que habían sufrido los mismos campesinos mexicanos en el pasado; por la construcción de infraestructura principalmente caminera, y, en última instancia, por el uso de la fuerza que suponía la creciente presencia militar y policiaca en la zona. Fueron tiempos de presencia de refugiados, de combates en las selvas de Petén e Ixcán, de presiones internacionales, de grandes acuerdos de pacificación.

En abril de 1985, un documento interno de la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) acotaba:

> *Las cabeceras de los tres municipios (Ocosingo, Margaritas y Trinitaria) se alinean en lo que parece ser una barrera de contención o un frente a partir del cual no se encuentra hacia adentro de la región ningún poblado de importancia apreciable...Este aislamiento condiciona, además un tipo de relación comunidades – cabecera con vínculos tan débiles que esta pierde toda significación... El gobierno del estado tampoco tiene en la región una presencia fuerte, activa y constante: Las múltiples experiencias de promesas y programas que nunca se cumplieron, de obras inconclusas o que presentan una amplia variedad de deficiencias, de fraudes y engaños en la ejecución de las obras y programas, han conformado y siguen reforzando una imagen más bién negativa en la percepción de la mayoría de las comunidades de la región de todo lo que para ellos significa "el gobierno".*

Y señalaba.

El carácter de frontera, y de frontera subpoblada y aislada, plantea la necesidad de fortalecer el poblamiento, ampliar la red de las comunicaciones, dinamizar el aparato productivo creando así un frente de desarrollo y bienestar que consolide la presencia nacional.[38]

Frente a ello, en el proceso que se articulaba de prisa, los colonos supieron tempranamente del valor estratégico de la región donde se asentaban.

Su carácter fronterizo, la presencia de posibles yacimientos petroleros y la fragilidad ecológica de la selva no estuvieron ausentes en la práctica y en el discurso de los dirigentes y los pobladores. Y en torno a ello se fraguaron los escenarios de diálogo y conflicto que se definían desde el lado campesino en varios planos:

El agrario, dominado por la gestión de la regularización de las tierras y por el establecimiento de límites intercomunitarios.

El productivo que los llevaba no sólo a la lucha por la obtención de créditos y mercados, sino a la identificación de un perfil productivo que necesariamente debía adecuarse a la vocación de las tierras, en un marco de desconocimiento de la ecología de la región. Muchas veces distinta a la de los terrenos de origen en un momento en que el discurso ecológico permeaba el discurso político del poder y justificaba la intervención estatal. La planeación de cultivos de plantación (cacao, hule), de espacios para la ganadería, de zonas para el cultivo de granos básicos y de especies comerciales, la demarcación de zonas de protección forestal fueron desde los primeros tiempos tema de disputa con las instancias del Estado.

El estrictamente político, que obligaba a la constitución de espacios organizativos, suficientemente cercanos al poder del Estado para evitar o canalizar la confrontación o inhibir la represión, presente en la memoria colectiva, pero suficientemente distantes para la autonomía y la disputa del poder en la escala regional, con la pretensión de la autodeterminación.

El sociocultural que debía trascender la esclerosis de las férreas estructuras religiosas tradicionales, pero no al punto de perder el sentido cohesionador de las comunidades y de la región. La construcción de códigos de tolerancia y respeto se hicieron indispensables ante el crecimiento de expresiones religiosas de signo protestante y de un catolicismo marcado por la teología de la liberación. Tal complejo obligó muy pronto a un discernimiento de las formas mejores de relación social. El temor de la intolerancia suicida que tanto dolor causara en el pasado de muchos pueblos, llevó a la gente a un cierto relativismo religioso que al tiempo que fortalecía los arraigos religiosos particulares, fundamentalmente de signo protestante, era lo suficientemente flexible para permitir el diálogo entre comunidades y grupos.[39]

Sin embargo, las vertientes agrarias, productivas, políticas y socioculturales de sus reivindicaciones, no podían ser sino expresiones particulares de un tejido único que respondía a una misma matriz, la de la cosmovisión que piensa y siente de manera compleja los distintos espacios y tiempos de su ser campesino. Ya se sabe, la tierra es un espacio multidimensional, al mismo tiempo referente del arraigo, de la identidad y la pertenencia, base material de la sobrevivencia y principio de la identidad colectiva y del poder constituyente.[40]

Sin embargo, en este contexto, el Estado mexicano actuó de manera poco afortunada. No es exagerado decir que cada uno de los programas impulsados por los distintos gobiernos a lo largo del tiempo,

diseñados desde los escritorios de funcionarios en la ciudad de México, fueron un fracaso en términos económicos y un ejemplo de miopía política y no hicieron sino agudizar las condiciones de miseria de la población residente, sobre todo en la zona central y fronteriza, y generar un foco de tensión política y social particularmente violento.[41]

Junto a la derrama de recursos y propuestas *técnicas*, el Estado intentó la corporativización del campesinado a través del impulso de organizaciones intermedias como las Uniones de Ejidos Julio Sabines fundada en octubre de 1984 con la participación de 36 ejidos de las zonas Lacantún y central, y la Fronteriza del Sur, fundada en 1986 con doce, así como a través de la CNC y la CCI. Los esfuerzos de control político, al sustentarse en una estructura y métodos corruptos, y en cierto modo caciquiles y antidemocráticos no hicieron sino profundizar el deterioro social y dieron lugar a formas de resistencia primero y a respuestas organizativas independientes después que han enfrentado las políticas del Estado con su cauda de movilización, represión y franca insurgencia.

El tercer momento de intervención del Estado, que va de la segunda mitad de los ochenta a la primera de los noventa, comenzó con la salida de los refugiados de la zona, reubicados en nuevos asentamientos de Campeche y Quintana Roo y con el aparente debilitamiento de las tensiones militares del lado guatemalteco, producto de las políticas contrainsurgentes. En esta etapa ocurrió un relativo abandono del Estado mexicano a los campesinos que se vieron frenados en sus planes de crecimiento económico, sin el ejército de reserva que representaban los refugiados, sin inversiones productivas, sin posibilidades de expandir las áreas de cultivo y de aprovechar las maderas debido a las nuevas políticas conservacionistas que promovía el gobierno. Fue el momento en que el romance terminaría[42]. Se daba fin a la

colonización. Se obligaba a los campesinos a firmar acuerdos que impedían la explotación del bosque, se controlaba el hasta entonces relativamente libre mercado transfronterizo, a través de aduanas interiores. Se consolidaba la presencia militar.

El 24 de marzo de 1987,en el marco de un esfuerzo de concertación interinstitucional propuesto por los propios campesinos de la región y aceptado apenas por el gobierno federal[43], se reunían en el ejido Pico de Oro, Eduardo Pesqueira, Secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Rafael Rodríguez Barrera, Secretario de Reforma Agraria, Manuel Camacho Solís, de Desarrollo Urbano y Ecología, y el Gobernador del estado Absalón Castellanos junto a un grupo de funcionarios medios, con representantes de las Uniones de Ejidos Julio Sabines y Fronteriza del Sur para firmar un gran acuerdo que pretendía la conservación y el desarrollo de la Selva Lacandona.

El acuerdo establecía el diseño de un programa único, a ser desarrollado por el gobierno y las comunidades para inducir el ordenamiento territorial y la protección ecológica de la selva a partir de procesos productivos rentables. En ese tenor, los gobiernos federal y del estado, se comprometían a entregar permisos de cambio de uso de suelo y de aprovechamiento de maderas provenientes de desmontes a los ejidos de Marqués de Comillas; a entregar la documentación forestal de la madera infraccionada en la zona para que pudiera ser comercializada, previo pago de las infracciones; apoyar con maquinaria e inversión el acondicionamiento de terrenos para áreas agropecuarias intensivas; entregar órdenes de compra de durmientes, forma de aprovechar las maderas muertas; establecer un programa de inversión productiva agropecuaria y forestal; establecer un Centro de Servicios Integrales de apoyo agropecuario y forestal; llevar a cabo un programa de vivienda rural inytegral y sistemas de tratamiento de agua potable en las

comunidades; regularizar la situación agraria de los ejidos y finalmente, establecer una zona núcleo de la reserva de la Biósfera en Marqués de Comillas, en forma concertada con las comunidades para garantizar la conservación de los recursos naturales.

Por su parte, los ejidos se comprometían en el acuerdo a establecer, delimitar y respetar las áreas forestales para aprovechamiento permanente de cada ejido; no desmontar ni aclarar vegetación de selva alta o mediana que no fuera en forma concertada y con la autorización de las autoridades; constituir sociedades silvícolas de protección y fomento forestal; realizar actividades agropecuarias en áreas apropiadas y delimitadas en forma concertada; disminuir en lo posible el sistema de Roza – tumba – quema; desarrollar actividades productivas compatibles con la protección ecológica; respetar los linderos de las reservas de la biósfera y coadyuvar a evitar asentamientos humanos no autorizados ni concertados.[44]

El documento establecía el compromiso de celebrar convenios específicos para la operación del programa. No obstante lo prometido, los recursos económicos y la asesoría técnica para su operación nunca llegaron y todo quedó en un listado de buenas intensiones, pese a la disposición de los campesinos por cumplirlos.

Dos años después y en lo que supuso el desconocimiento del acuerdo anterior, *El 21 de mayo de 1989, a seis meses de haber tomado posesión como gobernador de Chiapas, Patrocinio González garrido informó que para preservar lo que quedaba de la Selva Lacandona... se impondría una veda y una estrategia de desarrollo difícil, azarosa, que impondrá una concertación constante.*[45] El plan consideraba prohibir nuevos cortes de árboles, y decomisar la madera previamente cortada que estuviera en las tierras de los ejidos, recibiendo cada ejido a cambio de ello un pago, en efectivo o en obras sociales.

Sin embargo, el 6 de julio de 1991, camiones de la Corporación Forestal Lacandona (CORFO) de propiedad estatal llegaron a los ejidos a decomisar la madera. *Los campesinos detuvieron los camiones hasta que no se les indemnizara conforme a la promesa del gobierno y presentaron el 7 de julio, un pliego petitorio en el que pedían "cese al robo de madera; cumplimiento del gobierno de las obras de interés social para las diferentes comunidades; y que les dejen trabajar libremente el parceleo, ya que es constante que funcionarios de la SEDUE y SARH decomisen madera para uso doméstico y en ocasiones los encarcelen".*[46]

El 13 de julio de 1991, 303 campesinos de la Unión de Ejidos Fronteriza del Sur, entre ellos 18 mujeres y ocho niños, eran detenidos en Palenque cuando marchaban en una caravana a la ciudad de México para protestar por la política aplicada por el gobierno del estado en la zona.

El 14 de ese mes, el ejido Nuevo Chihuahua era rodeado por elementos del Ejército mexicano al mando de un general que negociaba con los dirigentes de la Unión la liberación de los detenidos.

El colmo de los problemas entre el gobierno y los campesinos de la selva vendría un año después. Carlos Salinas de Gortari declaraba en 1992, el fin del reparto agrario, la carta de ciudadanía a un latifundismo presente desde siempre en vastas regiones de Chiapas que ahora no tendría ya nada que temer. El mensaje era claro: sin posibilidades de afectación de los latifundios y cerrada la válvula de escape que representaba la migración a la selva, sin una política de desarrollo incluyente e integral, sólo quedó la opción de la insurgencia.

Si en la década de los ochenta el Estado mexicano, frente al conflicto guatemalteco, decidió librar su propia guerra en el terreno económico, político, social y militar, el saldo fue que en lugar de resolver la problemática regional que el mismo contribuyó grandemente a crear, en los noventa la situación se tornó explosiva y derivó en una respuesta

campesina novedosa que apunta hoy a cambiar radicalmente el orden constituido.

La semilla de la autonomía estuvo presente desde el primer momento de la colonización, al principio posibilitada por el propio Estado interesado en evitar al máximo cualquier conflicto que pudiera hacer perder el precario control estratégico que pretendía tejer en la región.

El binomio complejo de imposición y disposición, es decir el marcado por la compulsión del Estado y la resistencia campesina, generó durante casi dos décadas un campo de fuerzas favorable al desarrollo de un campesinado relativamente autónomo que, aún limitado por sus propias contradicciones, pudo influir en el ritmo de los tiempos políticos, madurando en su conciencia de lo que es políticamente posible, hasta que el carácter del modelo económico, político e ideológico hegemónico, y su expresión en políticas públicas, cerró el ciclo de una tranquilidad relativa que se creía al margen de la realidad nacional. Entonces, el ejercicio de la autonomía se convertiría en el eje reivindicativo fundamental de la organización campesina.

Notas al capítulo IV.

[1]El campesino, dice Armando Bartra, "... aparece primero como evidencia social; como protagonista de movimientos reivindicativos, como proyecto y utopía, como socialidad rural, como discurso, como imaginario colectivo, como nostalgia. Sujeto de todas las paradojas, en la lucha por la tierra (...) el campesino aparece como debe ser, como carencia y aspiración". Armando Bartra, "Sobrevivientes historias en la frontera", en *Cuadernos Agrarios* No 16, México, 1998, pág. 7—22.

[2] Testimonio de FJA. Fundador del Ejido Playón la Gloria, Marqués de Comillas. Octubre, 1984.

[3] El 29 de agosto de 1972 se anunció el proyecto para construir la presa de almacenamiento Cerro de Oro, en los límites de Oaxaca y Veracruz. Los trabajos de la presa afectaron alrededor de 5 mil familias de indígenas chinantecos que vivían en 55 comunidades de seis

municipios de la región de Ojitlán, Oaxaca. Los problemas agrarios y la violación a los derechos humanos que trajo consigo y la respuesta campesina desencadenada por los agravios son un asunto complejo que lejos de resolverse se profundiza en virtud de los planes y proyectos de desarrollo pensados para el región del Istmo de Tehuantepec. La narración de nuestro informante se sitúa en este contexto. Sobre el proceso en el Uxpanapa se puede consultar a: Salvador Anta F. (Coord.) *Ecología y Manejo Integral de Recursos Naturales en la región de la Chinantla*, México, PAIR—UNAM, 1992; también a Luisa Paré, "Uxpanapa: Ecocidio y neoliberalismo en el trópico veracruzano", en Cuadernos Agrarios No. 16, México 1998, pp. 168—173. Sobre los megaproyectos de Istmo se puede consultar a Andrés Barreda Marín, "La subordinación del sureste mexicano a la geoeconomía y geopolítica norteamericanas", en Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular, A. C., México, 1998.

[4] Testimonio de MLS. Fundador del ejido Quiringüicharo, Marqués de Comillas. Octubre, 1984.

[5] Testimonio de RHC. Ejido Playón la Gloria, Marqués de Comillas. Octubre, 1984.

[6] El Xate o Xat es una palma silvestre muy cotizada en el mercado norteamericano y europeo como planta de ornato y que algunas compañías compraban a las comunidades mexicanas.

[7] Testimonio de LHC. Fundador del ejido Reforma Agraria, Marqués de Comillas. Octubre, 1984.

[8] Testimonio de FGH, ejido Benemérito de las Américas, Marqués de Comillas. Octubre de 1984.

[9] Jan de Vos, "El Lacandón: Una introducción histórica" en Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (Editores) *Chiapas Los rumbos de otra historia*, UNAM/CIESAS/CEMCA/U. de G., México 1995.

[10] Jan Revel—Mouroz, *Aprovechamiento y colonización del trópico húmedo mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1ª. Edición,1980.

[11] De Vos, op. cit., pág. 346.

[12] Ibídem pag. 348.

[13] Rodolfo Lobato, Qu'ixin Qu'unal, La colonización tzeltal en la Selva Lacandona. Tesis de licenciatura. México 1982. Multicopiado.

[14] De Vos, op cit. pág. 351.

[15] Los parajes lacandones de Najá, Metzabok y Lacanjá Chanzayab tenían una población integrada por no más de 66 familias que se convirtieron sin esperarlo en los principales terratenientes de la selva. Sólo para ser instrumentalizados por el gobierno como agentes migratorios y guardabosques.

[16] Ver al respecto los reportajes del periódico la Jornada en, Rosa Rojas, *Chiapas, la paz violenta*. México, La Jornada Ediciones, 1995.

[17] De Vos, basado en datos oficiales, refiere que para 1950 la población en la selva era de 1000 habitantes; creció a 10 000 en 1960; a 40 000 en 1970 y a 100 000 en 1980, op. cit., pág. 355.

[18] La información de los ejidos de Marqués de Comillas procede de Diagnóstico de la Zona Marqués de Comillas. Trabajo del equipo de investigación del Programa de Apoyo Sectorial a las Comunidades Rurales (PASECOR) de la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) realizado en 1988, actualizados por el autor.

[19] Testimonio de MLS, fundador del ejido Quiringüicharo, Marqués de Comillas. Octubre de 1984.

[20] Al respecto se pueden consultar los textos de la autora: " Chiapas, de Sectas, salud y otras denominaciones" en *México Indígena* No. 3, diciembre de 1989, pág. 45—48; "De la sierra a la selva: identidades étnicas y religiosas en la frontera sur", en *Chiapas, los rumbos de otra historia*, Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (editores.) op cit, págs. 407—423; "Identidades colectivas en los márgenes de la nación: etnicidad y cambio religioso entre los mames de Chiapas" en *Nueva Antropología* No. 45, págs. 83—105.

[21] Son las que Héctor Tejera Gaona señala como "espacios de relaciones sociales que se generan como resultado de la cristalización o preservación de ciertas diferencias culturales, las cuales son esenciales para la reproducción de las relaciones intra y extraregionales", las que además de producir y reproducir especificidades socioculturales, manifiestan expresiones político.—culturales que les imprimen un carácter singular. En Tejera Gaona, Héctor. *Identidad, formación regional y conflicto político en Chiapas*. México, CNCA/INAH, 1997, pág. 21.

[22] Al respecto Giménez Montiel identifica cuatro modos de presencia de los individuos en un determinado contexto de relaciones sociales territorializadas:
"La *localización territorial* connota sólo la presencia de los individuos de una población en una determinada área territorial, y por si mismo no comporta grado alguno de solidaridad o de compromiso entre los mismos.
La *participación ecológica* añade a lo anterior la conciencia de relaciones de interdependencia recíproca entre los individuos de una población asentada en una misma área territorial.
La *pertenencia socioterritorial* implica la inclusión del individuo, mediante la asunción de un rol o de cierto tipo de compromisos, en una colectividad con respecto a la cual experimenta sentimientos de solidaridad y lealtad.
La *conformidad normativa*, presupone que el individuo asume y comparte tan plenamente los modelos valorativos de un determinado complejo cultural, que se desliza hacia actitudes de consenso y conformismo pobremente críticos." En Gilberto Giménez Montiel, "Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional" en *Auriga* núm. 9, enero—agosto 1994, pág. 170.

[23] En distintos momentos grupos de ejidos tomaron instalaciones petroleras y tramos carreteros para presionar por el cumplimiento de las promesas gubernamentales.

[24] El proceso de expansión de la frontera agropecuaria se puede ubicar en lo apuntado por Gramsci en el sentido de que *el estado capitalista es una institución de clase que tiene un papel fundamental en la organización de la dominación, asegurando los intereses a largo plazo de la*

burguesía, así como su unificación, facilitando concesiones a las clases subordinadas para asegurar el consentimiento activo del gobierno o llevando a cabo su desmovilización. El impulso a la colonización se ubicó en su momento en esta lógica. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, editorial Juan Pueblos, 1986, pág. 66.

[25] Ver al respecto lo señalado en el capítulo anterior y las referencias a la obra de María Eugenia Reves Ramos, op. cit.

[26] Federación de Cooperativas Agrícolas de Guatemala. *Resumen documental de información básica sobre el departamento del Petén y las cooperativas del Usumacinta y la Pasión*. FEDECOAG, Guatemala, mayo de 1993.

[27] Inforpress Centroamericana No. 316.

[28] "Realizaciones del FYDEP". Coronel Oliverio Casasola. Citado por Rojas—Loa, José Antonio y cols. *Comité de Desplazados Internos del Petén, CADIP*, Guatemala, 1993, pág. 4.

[29] FEDECOAG, op. cit., pág. 9.

[30] El proceso de colonización del Petén y el papel desempeñado en él por FYDEP han sido desarrollados en el capítulo 3 La Madre Tierra.

[31] Testimonio de un dirigente de Comunidades de Base de la aldea Josefinos, desplazado en las CPR del Petén. 1990.

[32] 132 480 manzanas cuadradas fueron distribuidas entre sectores civiles y militares, vinculados estrechamente al gobierno en turno. De hecho, la ley de Adjudicación, tenencia y uso de la tierra en el Petén del 18 de mayo de 1971, que normaba la distribución agraria en el departamento y responsabilizaba al FYDEP de su ejecución, fue creada particularmente con el interés de fortalecer el crecimiento de grandes propietarios o enriquecerlos aún más. Esto se demuestra al comprobar que la distribución de 2 070 caballerías entre dos expresidentes de la República, dos exaltos jefes del ejército, uno de ellos expromotor del FYDEP, un exvicepresidente de la República y secretario general del principal partido de ultraderecha en el país, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN); un excanciller de la República y cuñado del presidente de la República; y una empresa transnacional de origen alemán; poseían entre ellos, alrededor de seis veces más tierras que las 5 823 fincas subfamiliares que en conjunto, reunían 23 599 manzanas cuadradas. Rojas—Loa, op cit., pág. 5.

[33] Ibid., pág 6

[34] Testimonio de M.L. fundador del ejido Boca de Chajul, Marqués de Comillas. Abril de 1984.

[35] Un análisis al respecto puede encontrarse en Andrés Barreda Marín, "La subordinación del sureste mexicano a la geoeconomía y geopolítica norteamericanas". Centro de Análisis Social. Información y Formación Popular A. C.; fotocopia sin fecha.

[36] Jesus Morales Bermúdez, *Hacia el Ahlan K'inal. Recuento de una escritura*, citado por Xochitl Leyva Lozano, "Hacia el Ahnal K'inal", en *Chiapas, una radiografía*, México, Fondo de Cultura económica, 1ª. Edición, 1994, pág. 229.

[37] José Saramago, *El año de la muerte de Ricardo Reis*, México, Alfaguara, 1997.

[38] Fernando Michel Corona. *Informe de trabajo*. Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP), fotocopia, abril de 1985.

[39] En este aspecto disiento de lo dicho por Jorge R. González Ponciano, en su texto "Marqués de Comillas: cultura y sociedad en la selva fronteriza México—Guatemala" (Viqueira y Ruz, op cit.), en el sentido de que en la región se puede observar el crecimiento de un fundamentalismo religioso de signo protestante. Sin desconocer el avance de una multitud de sectas, algunas de carácter profundamente reaccionario, es posible observar un cierto eclecticismo socioreligioso que ha permitido la organización ejidal y el desarrollo delas organizaciones de corte regional. El mismo autor observa el hecho que en algunos poblados, como Flor de Cacao, con fuerte diferenciación religiosa interna, se conservan pese a todo estructuras cohesivas de carácter tradicional como el consejo de ancianos que funciona aquí como una instancia de asesoría del comisariado ejidal.

[40] Luciano Concheiro Bórquez, "Conceptualización del mercado de tierras: una perspectiva campesina" en *Mercado de tierras en México*. Roma, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco—FAO, 1995, págs. 159-183.

[41] Un ejemplo de ello es el caso de un ambicioso programa de producción de cacao que por errores de los técnicos enviados por la SARH no funcionó. "experimentaron con nuestro sudor y nuestro dinero" se quejaron los campesinos de la región. También se ensayaron proyectos de producción de cardamomo, canela, chicle y palma africana (importada con altos costos desde Costa Rica) que no dieron los resultados prometidos.

[42] Un síntoma de ello es el hecho de que en las elecciones federales de 1988 el recién formado Frente Democrático Nacional (FDN) que postulaba a Cuauhtémoc Cárdenas, obtuvo más votos que el partido oficial en la región Marqués de Comillas. Al igual que en 1997 cuando Cárdenas contendió por la presidencia bajo las siglas de nuevo partido que fundó en 1989, el PRD.

[43] En este marco se había creado unos meses antes (durante el gobierno de Miguel de la Madrid) la Comisión Intersecretarial para la Protección de la Selva Lacandona, cuyo primer y único vocal ejecutivo fue Salvador Garcilita, despedido tiempo después por desavenencias con el gobernador González Garrido, cuando ya era presidente Salinas de Gortari.

[44] *Acuerdo de Concertación entre el gobierno federal y el gobierno del estado de Chiapas con las comunidades de Marqués de Comillas para la conservación y desarrollo de la Selva Lacandona*. Ejido Zamora Pico de Oro, municipio de Ocosingo, Chiapas, 24 de marzo de 1987.

[45] Rosa Rojas, op cit., pág. 137.

[46] Ibidem pág. 141.

V
ROSTROS DE LA GUERRA

Lo que hace la diferencia
entre la guerra y la paz
no son las balas, es la justicia
Samuel Ruiz

Marabunta

Cualquier día aparece por alguna parte. Se sabe que llega porque las cucarachas, los grillos, las arañas y todos los insectos de las casas enloquecen tratando de alcanzar los sitios más altos. Despavoridos saltanvuelancaen sin dirección. Contra su manera, siempre tan seguros y prudentes en su andar, se les ve presurosos sobre los costales de maíz. Se tropiezan con cualquier cosa, levantan sus antenas y emprenden la fuga hacia ningún lado. A veces se desprenden del trastero tratando de alcanzar las canastas que penden del techo.

Los perros callan, con la cola entre las patas y la cabeza gacha buscan un refugio lejos de la casa, las gallinas y *chompipes* fingen indiferencia pero se alejan paso a paso y suben a los palos próximos adelantando el crepúsculo.

Si avanzo sígueme.

Desfile sordo, decidido. Toda ella es un manto bordado de hilos-filas que se suceden una tras otra y tras otra. Avance marcial que no se detiene. Flanquea cualquier obstáculo en procesión incontenible, el suelo se torna oscuro a su paso.

Si me detengo aprémiame.

El ambiente cambia de pronto Miles y miles, desplegadas en formación *en peine*, arrasando cuanto ser viviente se encuentra en su camino. Las casas se dejan solas para que Marabunta avance y cumpla con su cometido arrasador.

Entran a las casas. Revisan la mesa y los camastros. Ningún escondrijo queda sin registro. Cuando alcanzan alguna presa se solazan con el dantesco espectáculo de atraparla y cargarla aún viva sobre una incontable suma de lomos que no dejan de moverse hasta que muere, quien sabe si de miedo o por los piquetes mortales multiplicados.

Después, el botín se reparte dejando atrás el cascajo inútil de las alas, y a veces miembros diseminados sin cuerpo. Las arañas no tienen escapatoria ni aún en lo más intrincado de sus telarañas. Los grillos callan. Las cucarachas se descubren mortales. Correlación de fuerzas.

Si retrocedo mátame.

Aunque se espere, su llegada sorprende.

Sorprende.

La Era de la infamia

Tras la caída del dictador Jorge Ubico, quien había gobernado con mano de hierro por 14 años[1], producto de la rebelión popular encabezada por un grupo de oficiales jóvenes del ejército y por dirigentes de organizaciones sociales en el verano de 1944, Guatemala vivió su primavera democrática y por diez años intentó sentar las bases para un desarrollo económico sustentado en el proyecto nacionalista cuyo eje fue sin duda la distribución de la tierra, hasta entonces en manos de unos

cuantos terratenientes y compañías extranjeras, en un país de vocación campesina.[2]

Juan José Arévalo primero y Jacobo Árbenz Guzmán, su sucesor, después, fueron los encargados de conducir el nuevo modelo hasta que una revuelta militar orientada y financiada por la CIA terminó con el sueño democratizador, entronizando por muchos años a una camarilla militar en la conducción de los destinos nacionales.

La inestabilidad se adueñó del país tras el derrocamiento de Jacobo Árbenz en julio de 1954, con una rápida sucesión de juntas militares, hasta que dos meses después se instaló en la presidencia el coronel Carlos Castillo Armas, jefe de la contrarrevolución, con el respaldo estadounidense[3]. Sin embargo, tres años más tarde Castillo Armas fue asesinado, con lo que se creó un nuevo vacío de poder. Las elecciones efectuadas en octubre de 1957 fueron impugnadas por los candidatos perdedores. En febrero de 1958 se celebraron nuevas elecciones, de las que salió ganador Miguel Ydígoras Fuentes, un veterano general ubiquista.

El gobierno de Ydígoras se destacó por una gestión corrupta sin precedentes, que sumada a la utilización que permitió del territorio nacional como base para el entrenamiento de exiliados cubanos que participaron en la frustrada invasión de Playa Girón, deterioró sus relaciones con el ejército y dislocó el esquema de poder militar[4]. El 13 de noviembre de 1960, un nutrido grupo de oficiales jóvenes del ejército proclamaron un levantamiento en varios cuarteles del país que fue, sin embargo, sofocado rápidamente.

Pese a la derrota, varios de los líderes de la rebelión, entre ellos los capitanes Alejandro de León, Marco Antonio Yon Sosa, Luis trejo y el

teniente Luis Augusto Turcios Lima, organizaron meses después los primeros movimientos guerrilleros en el país[5].

En marzo de 1962, a raíz del cuestionamiento de unos resultados electorales se desencadenaron en la capital una serie de protestas callejeras, que crearon otra situación de emergencia para el régimen. El ejército decidió sostenerlo, pero no por mucho tiempo.

Un año más tarde, alegando la inminencia de una nueva "amenaza comunista", un grupo de coroneles encabezados por el entonces ministro de la defensa, Enrique Peralta Azurdia, depuso al gobierno ydigorista. Las anunciadas elecciones, en las que participaría el ex presidente Juan José Arévalo, quien tenía verdaderas posibilidades de triunfo por el apoyo del movimiento popular, quedaron suspendidas. Entretanto, la guerrilla fue consolidando sus áreas de operaciones en la capital y el oriente del país. Como resultado de la fusión del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), la Juventud Patriótica del Trabajo (JPT), el Movimiento 20 de Abril y el Frente Guerrillero Edgar Ibarra (FGEI), se formaron las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). Su comandante en jefe fue el para entonces Comandante Turcios Lima. En lo estratégico, la nueva organización vislumbraba el desarrollo de una guerra del pueblo, siguiendo el modelo vietnamita, que empezaría con una guerra de guerrillas y terminaría con un ejército popular, incorporando gradualmente a la mayoría de la población.

La nueva presencia guerrillera en las montañas del oriente y sur del país y en algunas de las principales ciudades y su creciente influencia en la población, aunada a victorias militares relativamente importantes, como la batalla de Zunzapote en mayo de 1966 en la que fue aniquilada una patrulla motorizada del ejército, cuestionó severamente las bases de estabilidad de la estructura de gobierno, por ello, las fuerzas políticas

dominantes concedieron la realización de cambios. El 15 de septiembre de 1965 entró en vigor una nueva Constitución y en marzo del año siguiente se celebraron elecciones de las que salió ganador el abogado Julio César Méndez Montenegro, quien sustituía como candidato a su hermano Mario muerto a tiros durante la campaña. Al asumir la presidencia, Méndez, que había sido dirigente durante la revolución de 1944, ofreció un gobierno reformista, y la guerrilla decidió darle un compás de espera. Sin embargo, el gobierno civil había accedido a dar total autonomía al ejército en la lucha contrainsurgente, como condición para que éste le permitiera asumir el cargo.[6]

Turcios Lima, el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Rebeldes moriría el 2 de octubre de 1966 en un misterioso *accidente* automovilístico. Su muerte agudizó las diferencias en la dirección revolucionaria, suscitadas por su posición frente al nuevo gobierno.

En los dos siguientes años, las fuerzas armadas lanzaron una sostenida ofensiva militar, en la que incluso se utilizaron bombardeos con napalm sobre zonas pobladas, y de guerra psicológica contra las zonas de operaciones insurgentes, que para entonces se extendían a vastas regiones de Izabal, Zacapa y Alta Verapaz. El saldo de la campaña fue la muerte o desaparición de cerca de cinco mil personas, la mayor parte perteneciente a la población civil no combatiente y la sensible merma de la capacidad operativa de la guerrilla. Durante esos años surgieron los escuadrones de la muerte, creados por Mario Sandoval, dirigente máximo del partido de la ultraderecha, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN).[7]

Para fines de 1967, el Frente Guerrillero Edgar Ibarra y el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR—13) habían dejado prácticamente de existir, sólo los frentes de occidente y la costa sur, y

algunos comandos urbanos bajo la dirección de Jorge Ismael Soto, el comandante Pablo Monsanto, pudieron sobrevivir a la embestida que no fue tan enconada en esas zonas.

En junio de 1970, Marco Antonio Yon Sosa, perseguido tras un enfrentamiento en las montañas, escapó a México, donde moriría asesinado por un coronel del ejército mexicano en algún lugar de la selva Lacandona.

De ahí en adelante el ejército acrecentaría su papel como eje del poder estatal. En los años setenta, tres generales se sucedieron en la presidencia de Guatemala. El primero de ellos, que llegó al poder en 1970, fue Carlos Arana Osorio, comandante de la victoria antinsurgente en la sierra de las Minas, el principal bastión guerrillero del nororiente del país. Arana no sólo continuó y expandió la campaña militar iniciada en los sesenta sino que movió a la cúpula de la institución armada en dirección a convertirla en detentora del poder económico.

Amparados en la impunidad del poder político, los altos jefes militares se convirtieron en prósperos ganaderos y algodoneros, propietarios de acciones financieras, bancos, fábricas de cemento, de armas, un canal de televisión y extensas tierras fértiles en el norte y el noroccidente del país. Por esos años la Franja Transversal del Norte, una rica zona agrícola en los límites de Alta Verapaz, el Petén y el Quiché, empezó a ser llamada la *Franja de los generales*.

En realidad, los militares llevaban a sus últimas consecuencias el compromiso del Estado con un capitalismo salvaje que produjo en Guatemala niveles de desigualdad social extremos. Para mediados de la década el 5 por ciento de la población nacional recibía el 34 por ciento del ingreso nacional. Aún más, el 1.5 por ciento de ese conjunto estadístico tenía en su poder el 23 por ciento de la riqueza producida nacionalmente.

Según algunos cálculos los trabajadores agrícolas y el semiproletariado rural percibían una renta per cápita de 35 dólares anuales.[8]

La potencialidad expresiva de la miseria y la desesperanza de millones de guatemaltecos generó distintos modos de escape, que no pudieron ser contrarrestados por el mensaje de liberación y lucha organizada de la insurgencia. Uno de ellos, forma de adaptación conservadora a la situación, fue la respuesta religiosa, milenarista, que depositaba en un más allá incuestionable las esperanzas que la vida terrenal negaba. El incremento de numerosas sectas protestantes de claro carácter conservador, en el seno de la población de bajos ingresos, sería usado abiertamente como fuente del discurso moralizador de la sociedad del penúltimo general en el poder, Efraín Ríos Montt.

La otra puerta de escape, hacia atrás, fue la desorganización personal, expresión individual del desorden social. Los factores criminógenos, generalmente imputables al medio familiar y a los colectivos naturales como el barrio, el poblado y los grupos de vecindad se manifestaban en una creciente lumpenización, alcoholismo, drogadicción, prostitución y en diversas formas de delincuencia común necesariamente vinculadas con la miseria imperante en vastos sectores sociales.[9] En esos años el índice de criminalidad subió, tomando como base el año 1960, a 760 por ciento en 1976. La respuesta oficial a este incremento fue la represión física y directa. La ley, los tribunales y la acción policiaca quedaron relativamente al margen y fueron sustituidos por la acción de Escuadrones de la Muerte, ejecutores de la limpieza de antisociales, a la usanza brasileña.[10]

La represión selectiva impulsada por el gobierno militar, que entonces fue orientada principalmente hacia los dirigentes universitarios que encabezaban la oposición al régimen y manifestaban simpatías por la

insurgencia, tuvo su clímax en 1972 con el atentado mortal contra Adolfo Mijangos, mismo en el que logró escapar gravemente herido el Lic. Alfonso Báuer Paiz antiguo colaborador del gobierno de Árbenz y quien años después sería asesor de los refugiados en su programa de retorno de México a Guatemala.

Pese a ello, hacia 1974 se logró organizar un fuerte movimiento progresista que convergió con una plataforma reformista en el Frente Nacional de Oposición (FNO), formado alrededor de la Democracia Cristiana. Según todas las evidencias posteriores, los candidatos del frente opositor, el general Efraín Ríos Montt y el socialdemócrata Alberto Fuentes Mohr, ganaron con bastante margen la elección; sin embargo, el candidato oficialista, general Kjell Laugerud, fue declarado presidente. Ríos Montt aceptó más tarde el exilio, simulado en el cargo de agregado militar de la embajada de Guatemala en España, para volver años después a encabezar una nueva etapa de la guerra contra el pueblo. Fuentes Mohr, un político consecuente, fue asesinado pocos años después.

Los movimientos populares rearticulados en las principales ciudades pronto adquirieron un gran poder de convocatoria. Para enfrentarlos y mediatizarlos, a la vez que para eliminar el riesgo de fortalecimiento guerrillero, Laugerud impulsó una política de relativa apertura, en el marco del esquema de seguridad nacional, fomentando el movimiento cooperativo y permitiendo el crecimiento del sindicalismo, lo que motivó que el derechista Movimiento de Liberación Nacional, partido de coalición gubernamental, le retirara su apoyo.[11] El impulso al cooperativismo de esos años está en la base de los sucesivos movimientos de colonización guiados principalmente por la iglesia católica, hacia nuevas zonas que así expandieron la frontera agrícola en las selvas del

país, particularmente en el Quiché, al noroccidente de Guatemala y en El Petén, al norte.[12]

El terremoto que asoló a más de la mitad del territorio guatemalteco en febrero de 1976 – dejando unos veintitrés mil muertos y casi un millón de personas sin vivienda– expuso nuevamente las difíciles condiciones de vida para la mayor parte de la población. El Estado, fue incapaz de dar una respuesta eficaz a las necesidades de las masas empobrecidas y damnificadas; ahí, de nueva cuenta, se gestó un enfrentamiento entre el poder central y un sector significativo de la sociedad.

Con todo, *la reconstrucción dio un vigoroso impulso a la economía, pero esta vez los sectores populares mostraron una enorme capacidad de movilización alrededor de sus demandas reivindicativas. Así, cobraron fuerza organizaciones obreras como la Central Nacional de Trabajadores (CNT) y la Federación Autónoma Sindical de Guatemala (FASGUA), y surgieron otras como el Comité Nacional de Unidad Sindical (CNUS), el Consejo de Entidades de Trabajadores del Estado (CETE), grupos de pobladores y estudiantiles de secundaria y universitarios, y en las zonas rurales el Comité de Unidad Campesina (CUC).*[13]

Al no poder ejercer control sobre el movimiento social que hasta entonces había consentido y hasta estimulado, el gobierno comenzó a dar muestras de creciente intolerancia. Al final del mandato de Laugerud la presión sobre el movimiento popular fue adquiriendo rasgos de sistematicidad; en mayo de 1978, un mes antes de entregar el mando a su sucesor, el general Romeo Lucas García, más de cien indígenas Kekchíes de Panzós, Alta Verapaz, fueron masacrados en la plaza central del pueblo por las fuerzas de seguridad en el momento en el que participaban en una junta convocada por el alcalde para discutir su

reclamo por la titulación de sus tierras. En medio de la asamblea, terratenientes y soldados abrieron fuego desde los tejados vecinos.[14]

Durante el régimen de Lucas García, quien fue elegido con el respaldo de apenas un ocho por ciento de electores potenciales, la violencia política alcanzó niveles nunca conocidos.[15] El carácter masivo de la violencia adquirió rango de política oficial a partir de la quema de la embajada de España, en enero de 1980, donde perecieron incinerados sus treinta y nueve ocupantes, la mayor parte campesinos quichés, quienes como un acto de protesta ocupaban la sede diplomática, además del propio embajador español. En los meses siguientes ocurrió el secuestro en masa y desaparición de cuarenta y cinco dirigentes sindicales.

El poder central del Estado se fue deslizando por la pendiente de la ilegitimidad, la que se volvió intolerable para el propio *status quo*. La corrupción gubernamental alcanzó niveles nunca vistos en el país. El pequeño grupo de empresarios y militares que rodeó al general Romeo Lucas saqueó virtualmente los fondos del erario público. Los empresarios, temerosos por el ambiente de agitación social en Nicaragua y El Salvador, que amenazaba ya al propio país, sacaron inmediatamente sus capitales y paralizaron toda nueva inversión.

Para 1979 el movimiento guerrillero, recuperado de los golpes sufridos en los años anteriores y bajo una concepción de "guerra popular revolucionaria", que intentaba apartarse, sin conseguirlo del todo, de una estrategia foquista que hasta entonces había sido pilar de su organización, había organizado sus bases de apoyo social en las apartadas zonas del noroccidente, occidente y norte del país, lugares todos dónde el Estado tenía una débil presencia.

Para ese año, el ejército guerrillero de los Pobres (EGP) tenía una fuerte presencia en los departamentos de Quiché, Huehuetenango, Alta Verapaz y Chimaltenango; la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA), nacida de la escisión de sectores guerrilleros de las FAR, en San Marcos, Sololá y Quetzaltenango y las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en Petén y Chimaltenango; Dos años después, la guerrilla accionaba en dieciséis de los veintidós departamentos del país; contaba con unos cinco o seis mil combatientes y tenía una base de apoyo estimada en 276 mil personas.[16]

Muchas voces, aún en los círculos oficiales daban, en la navidad de ese año, como inminente el triunfo insurgente, cosa que no ocurrió. Las elecciones programadas para el primer domingo de marzo de 1982, aparecían como la única posibilidad de oxigenar el sistema. Para ello el próximo presidente debía ser un civil. Sin embargo, Lucas García y su grupo decidieron imponer a un candidato militar lo que acabó por desbordar las tensiones acumuladas. Fue el propio ejército, el que capitalizó el descontento cuando la oficialidad joven ejecutó un incruento golpe de estado el 23 de marzo de 1982 que sentó en la silla presidencial al General Efraín Ríos Montt que volvía así de su exilio, convertido en jefe de *El Verbo*, una secta fundamentalista de inspiración protestante. Su prioridad fue restaurar la conducción estratégica de la guerra y retomar la ofensiva militar iniciada en los últimos meses de 1981. Una semana después del golpe fue puesto oficialmente en marcha un plan maestro de contrainsurgencia, nombrado Plan Nacional de Seguridad y Desarrollo (PNSD). El plan estableció que *la guerra se debe combatir en todos los campos: en el militar, en el político, pero sobre todo en el socioeconómico. La mente de la población es el principal objetivo*, sentenciaba. Así se quitaría el agua al pez para que muriera. En el terreno de la acción esto derivó en la continuación de la estrategia de Tierra arrasada, en la construcción de

campos de concentración para la población civil capturada en las zonas de conflicto, llamados eufemísticamente Aldeas Modelo y Polos de Desarrollo, en la agudización del terrorismo por los escuadrones de la muerte, en el incremento de las ejecuciones decididas por Tribunales de Fuero Especial. Guatemala se sumergió entonces en una espesa bruma de silencio.

El pozo seco

30 de julio de 1995. Once de la mañana. Aldea Las Cruces, la Libertad, Petén.

Hombres, mujeres y niños conforman el cortejo fúnebre que acompaña a 75 féretros. Es la procesión mortuoria de los habitantes del parcelamiento Dos Erres, asesinados el 7 de diciembre de 1982.

Las mujeres asistentes al sepelio cantan alabanzas y, con ramos de flores silvestres en sus manos, recorren los dos kilómetros que separan al cementerio del salón comunal en dónde se realizará el velorio. Los hombres caminan en silencio. Han transcurrido trece años desde la matanza pero los rostros morenos no ocultan su pena vieja y una vergüenza largamente escondida. Nada borra las huellas del dolor recogido.

Recuerdan.

Federico Aquino Ruano y Marcos Reyes prestaron sus iniciales para nombrar el pueblo. Aunque Ruperto Revolorio, *el Cristo Negro*, solía decir que era por él.

El día que llegaron *los pintos*, cuatro años después de la fundación del pueblo[17], los habitantes de Dos Erres estaban ocupados en sus afanes

cotidianos. Cada familia poseía una parcela de dos caballerías como promedio[18]. Los habitantes del lugar, que le habían disputado sus tierras a la selva, sembraban frijol, maíz, chile, banano, piña, plátano y ayote, del cual extraían la pepitoria.

Los niños asistían a la escuela primaria de la comunidad, edificada con horcones y lepa en 1980. Ésta, más dos iglesias — una católica y otra evangélica —, constituían todo el centro urbano del parcelamiento, integrado por unidades dispersas.

Las mujeres se reunían en el pozo que Federico Aquino Ruano, don Lico, había excavado en su propiedad para que la gente ya no tuviera que acarrear el agua desde Las Cruces. El mismo ejemplo siguió Juan Arévalo, quien cavó más de doce metros sin encontrar agua. Por eso, el de Arévalo era conocido como el pozo seco, y ahí nadie iba.

La noche del domingo 5 de diciembre pasaron por Las Cruces varios camiones con gente armada, vestida de civil, y se dirigieron por la brecha que comunicaba al parcelamiento con la aldea, distante siete kilómetros, y que había sido construida con aportes económicos y de trabajo de los vecinos de ambas comunidades.

Al día siguiente, empezaron a llegar los primeros avisos de que algo sucedía en Dos Erres. El acceso al lugar estaba cercado y nadie salía ni entraba a la comunidad.

En Dos Erres no pasa nada. Es el Ejército que está haciendo limpieza respondió el subteniente Carlos Manuel Carías, jefe del destacamento de las Cruces cuando los vecinos de este pueblo temerosos de lo posible, le pidieron que interviniera.

El día 7, el parcelamiento cumplía 72 horas de estar ocupado por el ejército. La alarma cundió en Las Cruces en la tarde de ese día, cuando se escucharon los disparos. El bullicio de la fauna no pudo acallar el

repiqueteo de las balas en medio de la selva. Con cada disparo, los vecinos de las Cruces tenían la certeza de que alguien moría en Dos Erres pues, para ese entonces, ya sabían lo que sucedía en el parcelamiento. Marvin, un niño de 11 años, que había podido escapar de sus victimarios escondiéndose entre los arbustos, llegó a contarlo.

La noche del domingo, les dijo el menor, llegaron al parcelamiento varios hombres armados y vestidos de civil que usaban botas militares de cuero. Reúnieron a la gente para realizar un mitin y luego les pidieron de comer. Las gallinas, los pollos y algunos cerdos, propiedad de los parcelarios, sirvieron de alimento a los ocupantes.

Los pobladores fueron conducidos al sitio de la escuela. *Esa noche violaron a todas las mujeres, a las patojas y a las casadas. A todas se las llevaron para entre el monte a la fuerza. Los hombres estaban maneados,* afirmó el niño a los pobladores. *En la noche se oía la gritazón de los niños. Unos pedían agua y otros pedían tortillas.*[19]

Después de día y medio de tormentos, sobrevino el desenlace: fueron asesinados todos los habitantes del caserío, más algunos parcelarios que habían llegado a trabajar y fueron capturados por los militares que tomaron el pueblo. Los cadáveres de 162 hombres, mujeres y niños fueron arrojados en un pozo de un metro de diámetro.

Entre tanto, cada vez que los vecinos de Las Cruces acudían al destacamento de su aldea para hablar con Carías López, recibían la misma respuesta *A la gente de Dos Erres se la llevó la guerrilla.* Pero ellos sabían otra cosa. Habían visto los camiones que el domingo pasaron rumbo al parcelamiento. También se habían encontrado con soldados en los alrededores del lugar. E igualmente se percataron de que el maíz y el frijol tapiscados en Dos Erres fueron transportados en camiones al destacamento de Las Cruces. Asimismo, vieron cuando las pertenencias

de los pobladores desaparecidos de Dos Erres también fueron llevadas en camiones a la sede castrense.

El primer visitante que llegó el día 9, encontró la capilla abierta. *Estaba toda manchada con unas letras rojas y unas manos pintadas. Como que se las tiñeron y las pintaron en las tablas.*[20]

Otros cuentan que la casa donde vivía la maestra estaba rota por todos lados y tenía señas como de que alguien había dormido allí.

En la inspección, uno de los visitantes se percató de que el pozo seco de Juan Arevalo, quien murió con toda su familia, estaba cubierto. En ese momento ya no dudaron. Tuvieron la certeza de que allí estaba la mayoría de la gente del parcelamiento y decidieron dejar una señal. Sembraron, justo en el pozo, un árbol de *guarumo*, que durante más de una década creció sobre las víctimas enterradas bajo sus raíces.

Alimentando al guarumo dormían para siempre
Clorinda Recinos y sus hijos Etelvina, Antonio, César y Alfredo;
Federico Aquino Ruano, su esposa Teodora y sus hijos
Rigoberto y Cristóbal.
También Francisco Ceballos y su esposa
Reina, con sus tres hijos
menores de 6 años.

La familia de Victor Corado, con cinco hijos menores de 13 años;
Felipe Arriaga y cinco de sus siete hijos.
Esteban y Tomás Romero,
Juan José Falla, Marcelino Ruano,
Sotero Cermeño,

Félix Hernández y su esposa Angelina,
así como Abel Aquino.
Abel Granados, su esposa Ilda
y sus hijos Adelso, Míriam, Leticia, Irma,
Amanda, Enrique y Magdalena.
Y muchos más que nunca se identificaron.

Preguntas

Dónde están, Dónde están, Dónde están, Dónde, Dónde, Dónde están.

En el pozo que ya no existe,
en el templo calcinado,
se los llevó el río,
enterrados apenas a flor de tierra,
despidiendo olores.
Se fueron al sur, al oriente,
A México,
vagan como fantasmas en la
montaña, andan alzados.
Nunca existieron.

Los muertos no hablan, no sienten, no están, no son. En Guatemala no se reza por la resurrección de los muertos. encontrarlos ya es milagro.

Cuántos son, Cuántos fueron, Cuántos serán. Dicen que en Petén, El Arbolito se quedó sin gente, las Dos Erres se quedó sin gente, La Técnica Agropecuaria se quedó sin gente, Centro Campesino se quedó

sin gente, La Felicidad se quedó sin gente, La Quetzal se quedó sin gente, El Tumbo se quedó sin gente, Retalteco se quedó sin gente.

Tres días yo llorando, llorando que le quería ver.
Ahí me senté debajo de la tierra,
sólo una tierrita para decir ahí está, ahí está él,
ahí está nuestro polvito
y lo vamos a respetar, dejar una vela,
pero cuando vamos a poner una vela,
¿dónde vamos?
No hay dónde.[21]

Dicen que en el Ixcán, Cuarto Pueblo se quedó sin gente, Los Angeles se quedó sin gente, Pueblo Nuevo se quedó sin gente, La Resurrección se quedó sin gente.

Al atardecer del sábado ya no mirábamos a nadie,
todas las casas estaban tristes porque ya no había personas
adentro.[22]

Dicen que en Alta Verapaz, Río Negro se quedó sin gente, Chisec se quedó sin gente, Santa Cruz se quedó sin gente.

Mire usted vaya a enterrar a esa gente, esos son mala gente,
ya los terminamos, y ahora vaya a enterrarlos,
hay algunos que no se han muerto todavía, aún se menean,
espere a que se mueran, que no estén brincando
y los entierra.

Fuimos a la cocina y allí estaban mi tía, mi
nuera, y sus hijos, eran dos patojos hechos
pedacitos con machete, estaban vivos
todavía.

El niño Romualdo vivió unos días.
La que no aguantó fue la Santa,
la que tenía la tripa fuera,
ésa sólo medio día tardo
murió[23].

Al final cuatrocientos cuarenta aldeas desaparecieron, un millón de personas se desplazaron dentro del país, 250 000 niños están huérfanos y 50 000 personas sólo son recuerdo[24].

La guerra en Guatemala es una guerra larga, muy larga, comenzó en el principio de los tiempos, sorda, callada, envuelta en el silencio, en la bruma, en el olvido. Al final parece sólo un mito: no hay muertos, no hay tropas enfrentadas. En las ciudades la vida transcurre normalmente. En el interior, en las aldeas, nadie habla de ella. Es un fantasma que aparece por las noches, asalta con su *Mano Blanca* golpeando la puerta, es *Jaguar Justiciero*[25] que destroza a su víctima y desaparece sin dejar rastro para ir a su próxima cita con la muerte.

Los que se murieron ahí se pudrieron,
allí se quedaron, ninguno los recogió,
ninguno los enterró
porque habían dicho que si uno los recoge
o los va a ver, allí mismo se les va a matar.

Hasta ahora no sé como terminaron,
si algún animal o perro se los comió,
no sé.

La guerra en Guatemala es como esas heridas que sangran por dentro, te provocan dolor sólo cuando el daño ya es irreversible, te matan de a poco, languideces con ellas. De tan mudas, te olvidas que te van consumiendo hasta que no te levantas más.

Nadie sabe a ciencia cierta cuándo empezó. Hay quien se atreve a transitar los siglos para encontrar el origen de las desgracias de esta nación desangrada. Todos los muertos gritan que siempre hubo guerra, que siempre fue igual, que no tiene principio. Todos los vivos despiertan cada mañana con una esperanza y un recuerdo.

Por qué, pregunta la tierra,
tan llena de muerte que toda ella es un cementerio.
Por qué, pregunta la nube,
Que de tanto llanto se quedó marchita
Por qué pregunta el silencio, con
un carajo, por qué.

Pero la muerte y la destrucción son sólo despojos que arrastra esta guerra, quizás y desgraciadamente, necesarios para sacudir la conciencia. Sin embargo, no basta invocar a la muerte para sentirla y para dolerse en ella. No basta el corazón sangrante, aunque sin él nada nos distingue de los asesinos y de los indiferentes. [26]

Ciertamente no basta invocar la presencia vergonzosa de la miseria y su hermana vieja, la opulencia, para entender las causas de la

protesta, de la voz que se levanta; tampoco proponer la alienación de las diferencias étnicas expresada en el racismo y la exclusión para reconocer el origen de los odios. No basta incluso, reclamar a la represión su cuota de responsabilidad en la opción de sacrificar la vida. Ni siquiera insistir en el hecho cierto de que cuando se pone en entredicho la dignidad, la vida es entonces un instrumento de lucha.[27]

Y del otro lado, el de los verdugos, no es suficiente aludir a la pérdida de valores, al desprecio por la vida, al instinto criminal del individuo particular para explicar la sevicia y el exceso de crueldad. No es suficiente siquiera el entender la ambición urgente de quien detenta el poder por apropiarse de la riqueza, de controlar, de dominar, de conducir, para saber quién es el enemigo.

Tal vez todo ello refiere solamente a la fenomenología de un proceso profundamente complejo, mezcla de expresiones de la naturaleza humana, amorosa y cruel, y del devenir histórico que le da rostro a las sociedades.

Cómo entender la acción colectiva que deviene en esta guerra dual, justamente revolucionaria, continuo ejercicio de contrapoder y de alternativa de vida que reconstituye a los sujetos sociales en pos de un sueño, y al mismo tiempo contrarevolucionaria, de la que el terror llevado al clímax es la expresión más evidente.[28]

Sin duda hay una serie de razones objetivas, medibles en términos de condiciones de bienestar que remiten a aspectos económicos tales como el acceso a bienes entre los cuales, en las sociedades rurales, la tierra es sin duda el más importante, en tanto base sobre la cual se sustentan no sólo los procesos de producción económica sino los de reproducción social y cultural ambos determinantes en la constitución de identidades particulares, en la construcción de significados.[29]

También, y de alguna manera teniendo una relación funcional con el aspecto económico, estaría la comprensión de que el orden político formal imperante, representado concretamente en los aparatos del Estado, es el sustento de esta situación económica y base de su mantenimiento, lo que se extrapola a la idea de que este cuerpo estatal materializado en agentes e instituciones ya no representa la universalidad de intereses de los gobernados sino que se sitúa en un plano particular y parcial que atiende solamente a una fracción del entramado social que se entiende minoritaria.

En el caso de Guatemala, la precariedad del Estado deja al descubierto el carácter descarnadamente autoritario y excluyente de las relaciones entre una pobre sociedad política y una desarticulada sociedad civil al no haber mediaciones entre el discurso y la práctica sociales, la que hace a la ciudadanía; y el discurso y la práctica de los aparatos de poder gubernamental, que con toda claridad se encuentra detentado por el ejército a favor de un pequeño grupo oligárquico del que el alto mando castrense forma parte. No hay mediaciones políticas que traduzcan las demandas sociales en aras de la construcción de consensos. Sólo queda la violencia para el impulso del proyecto de nación que encabezan los militares. Por eso, las luchas reivindicativas más elementales, al no poder canalizarse institucionalmente, se transforman más temprano que tarde en prácticas insurgentes. Es el no diálogo llevado al extremo del silencio absoluto representado en el sonido de las armas.

Sin embargo, las motivaciones económicas y aún su sustento en políticas y en políticos no es, en muchos casos, el detonador de una actitud que trasciende la pasividad o la protesta dentro de los marcos legales establecidos. La historia refiere a otra serie de sucesos que habrán de ubicarse en el plano sociocultural como elemento catalizador,

motivador y, finalmente, aglutinador de una conciencia que al hacerse colectiva y explícita es motor de la acción. Este aspecto remite a las experiencias previas de organización y toma de conciencia del poder colectivo y a la percepción que une al hombre con su entorno y le da significado.

En el caso de Guatemala es posible ver que no se da una relación directa entre desarrollo o miseria e insurrección, sino entre violenta represión del desarrollo y apoyo a la insurgencia. Es el caso del Quiché, donde entre 1976 y 1978, 168 líderes cooperativistas fueron asesinados, incluso su asesor principal, el sacerdote Guillermo Woods, o en Petén donde los principales líderes cooperativistas fueron perseguidos en la misma época.

Así mismo, la motivación puede sobrevenir del análisis que se hace en torno a la cuestión de la solidez de la identidad, de la reacción de los grupos que hacen conciencia de la pérdida de identidad colectiva que entrañan las políticas estatales o el orden prevaleciente que tiende a descomponer la significación de las relaciones comunitarias y de la necesidad que surge de recuperar los elementos de identidad, muchos de ellos basados en la tierra, o de construir un nuevo patrón de identidad coherente y cohesionador, cuando la territorialidad ha sido expropiada, muchas veces articulado alrededor de un proyecto revolucionario que se proponga una promesa de futuro al tiempo que rescate los elementos significativos del pasado.

Al final de cuentas, resulta inútil buscar una causa única, la respuesta puede encontrarse en el conjunto de procesos articulados por causas históricas y azares coyunturales entre los que la crisis y debilidad de los actores políticos, de la política y su herramienta principal, la palabra, como camino para dirimir las diferencias y los conflictos, las

injusticias y las demandas, pueden explicar en última instancia que no haya más opción que matar o morir, que apostar a que la muerte sea el principio fundador de la vida; el que la guerra con su lógica y su dinámica, con su rostro macabro asomado en cada casa, en cada camino, en cada templo, en el alma misma multiplicada en el dolor y el miedo, se abra paso y todo lo avasalle hasta impregnar el sentido colectivo de la vida, hasta convertirse en referente cultural de un pueblo.

Tal vez, la guerra en Guatemala no sea más que un atajo. Un largo, interminable atajo hacia la paz, que en cierto sentido es el estado en el que la lógica militar, la de las armas da paso a la lógica de la política, la de la palabra. La paz no es la ausencia de conflicto, no es el fin de las contradicciones y las disputas, es un nuevo espacio y un tiempo distinto para dirimirlas, en aras de su superación. Ya se sabe, aún en la paz, la solución de los conflictos nunca es total y definitiva, pero la arena de la paz significa al menos modificar sus términos, darse todos la oportunidad de seguir intentándolo. Ciertamente mientras la lógica militar se funda en la negación del diálogo, en el silencio obligado por el estruendo de las armas y la violencia, la lógica de la política sólo se puede realizar en el diálogo.[30]

Pero también es cierto que a veces, sin darse cuenta, los que luchan extravían el camino hacia la paz verdadera, ciegos en la visión equívoca de las batallas victoriosas que hacen perder la guerra, sordos al reclamo de que un conflicto mal resuelto, aún por un mentiroso diálogo de sordos, es un conflicto vivo, un fantasma asesino siempre dispuesto a volver sobre su presa. La de Guatemala parece la historia de un rumbo perdido.

¿Qué la detiene?, ¿por qué la guerra se prolonga al infinito de todos los recuerdos y su fin no se vislumbra en el incierto túnel del porvenir?

Los términos para hacer el diagnóstico de la guerra en Guatemala, para determinar cuál es su naturaleza y su causa, cuál su carácter y su status, quiénes los actores fundamentales del conflicto también son un terreno en disputa. Tal vez el más enconado dado que el diagnóstico orienta definitivamente las vías y los términos para la solución, para el tratamiento.

Probablemente en la guerra guatemalteca perdieron las víctimas y los verdugos, aunque no de la misma forma. La de Guatemala fue una guerra sin vencedores, sólo vencidos que acallaron la voz y ocultaron los gestos necesarios para descifrar el misterio, y la inercia de la guerra, la vorágine del terror los arrastró a todos, hasta que el cansancio terminó por imponerse. Al cabo de 36 años, el dolor era tan fuerte y tan crónico que nadie se atrevió a recordar las causas del conflicto ni a pensar en su solución. Haber sobrevivido ya era razón suficiente para estar satisfecho.

Pero entonces como hoy, cada vez que un lamento caía en tierra, pesado, tan pesado que el viento no lo podía cargar para llevarlo lejos, Votánsignodelostiempos, cubierto el rostro con su máscara guerrera, se aparecía en su cayuco de lágrimas; llevando una flor en la mano, lanzaba su red de bálsamo para levantar la queja y la escondía en el zurrón de los recuerdos para no olvidar, para no olvidarse.

Canciones y lamentos

En el campo del Petén, se supo que venían.

El ejército obliga a toda la gente de las cooperativas a concentrarse. La población se resiste y entonces se le demanda organizarse en patrullas civiles para defenderse de los subversivos.[31]

En octubre de 1981, la aldea de los Josefinos sufrió el primer ataque, cuatro dirigentes del Comité de parcelarios murieron, los hombres de la aldea pensaron entonces que la cuota a pagar estaba saldada.

350 personas andan huyendo en la montaña porque el ejército giró órdenes a los Comisionados Militares de cada caserío y parcelamiento que deben abandonar sus tierras y comunidades para concentrarse en las aldeas modelo, o de lo contrario serán bombardeados por la aviación.[32]

Por los pueblos la voz corrió como reguero de pólvora pero no siempre fue escuchada. Las hordas llegaron con la rapidez mortal de la nauyaca, con el sigilo umbrío del jaguar, con hambre de marabunta, desde todos los puntos cardinales. Los caminos grises se tiñeron de verde y amarillo, caminos pintos que avanzaban sobre los poblados muy de madrugada. A su llegada, el cuerno, el cencerro, las campanas de los pequeños templos sonaron convocando a todos, quien no quiso asistir fue forzado por última vez. En los mercados de los pueblos, donde florecía el colorido de trajes, de frutas y de animales, se concentraron a otros. El pueblo cercado, sin escape alguno, luego los disparos, los gritos, los ayes, los pordioses, por días enteros, siglos de pena, eternidades.

1982, Dos Erres, Josefinos, La Técnica. Las mujeres en el templo violadas una y mil veces, los hombres, torturados hasta la muerte y luego descuartizados como reses y sus cuerpos arrojados en hoyos cavados ex profeso. Los niños pequeños azotados contra los muros de las casas, contra los árboles, o atravesados por las bayonetas. Y luego, el fuego, el fuego consumiendo cuerpos, devorando casas, convirtiendo en mineral, purificando, el pecado en la tierra. Fuego en las milpas y las trojes, fuego avanzando con hambre insaciable sobre la casa de salud, la escuela, el templo. Fuego que quema con el frío de la muerte.

Llegaron con listas que no seleccionaban a nadie, guiados por hombres con ojos vendados que miraban a la nada y a cualquiera señalaban, precedida la acción definitiva por un discurso patriarcal. [33]

Salieron con nuevas listas y nuevos hombres maniatados, vendados, desahuciados, algunos de los cuales no llegarían al poblado próximo.

En el camino los soldados cantaban la canción aprendida en los largos días de perros en el cuartel.

El agua es al pez lo que la población al guerrillero.
Si no puedes pescar al pez, quítale el agua.

En la noche, los soldados lloraban un llanto sin madre cuando soñaban la canción aprendida en los largos días de perros en el cuartel. La montaña madre escuchaba y el viento lloraba una súplica sin perdón.

Entonces nuevos caminos se abrieron en la espesura de la selva. Las víctimas de todos los holocaustos formaron una columna de silencio.

A los que huyen los persiguen las plagas del Apocalipsis, vestidas de verde y amarillo. Cuerpos enfermos de miedo y dolor caminan por las trias evitando los claros. Las noches son frías y obscuras.

En el día no se permite encender fuegos que podrían alimentar pero que delatan. De cualquier modo no hay comida, sólo raíces y frutos silvestres. La diarrea es un mal endémico y vergonzoso. Los niños aprenden a llorar en silencio, a reír en silencio, a callar.

A veces son guerrilleros los que encabezan y cierran la columna que huye. Los hombres y las mujeres de la montaña acompañan la marcha de restos de pueblos, algunos de ellos sus familiares, la guerrilla los ayuda a escapar del exterminio y la tierra arrasada como antes, en algunas regiones, les convocaron a enfrentar al ejército en un suicida intento de insurrección.[34] Los guerrilleros ofrecen su vida para salvar a los civiles desarmados. No hay alternativa. La guerra insurgente que se pretendía casi victoriosa en la apuesta por la liberación nacional, hoy se conforma con librar una batalla contra la muerte.

Tal vez en esos años se escribió el destino de la guerra en Guatemala. Derrotada sin saberlo ella misma, y tampoco sus enemigos, La insurgencia armada creció en número, sin pretenderlo y sin desearlo del todo, por lo menos no así. Los pocos fondos disponibles, las pocas fuerzas, se invirtieron en comprar, donde era posible, alimentos y medicinas y en transportarlos para aliviar la necesidad de tantos. No alcanzó para fusiles y parque. Paradójicamente cuando más combatientes hubo, menor fue la capacidad combativa de las guerrillas que debían pelear siempre en retirada dejando en el camino a parte de sus retaguardias vencidas por la sorpresa y el poder enemigo, hasta que no se pudo más y hubo que pedir a los más viejos, a las mujeres y a los niños marcharse.

El viejo Tío Herman a quien todos llamaban *Chicote*, usó todo su poder de convencimiento y su vocación de perro cazador para guiar a cientos de familias por los entreveros de la montaña. Sus seguidores

todavía no le perdonan obligar al silencio, amenazar con la muerte, imponer el terror para salvarles la vida. Herman, la tía Elena, su mujer, y los suyos cargan hoy con los recuerdos de esos años.

Tras dos años de vagar sin rumbo, cansados, hambrientos y enfermos, Tío Herman, su hermano Benedicto, el dulce Don Leonardo y sus desplazados[35] protagonizaron el más arduo y más triste de los enfrentamientos.

En un lugar de la montaña que después los guerrilleros del Petén bautizaron como *El Desprestigio*, mujeres y hombres se enfrascaron en un debate que duró muchos días y noches. Herman insistía en que debían continuar su peregrinar en tierra guatemalteca hasta encontrar un lugar donde asentarse para trabajar la tierra, fieles a la guerrilla que los había salvado, dijo que en cada niño había un guerrero al que habría que formar, en cada mujer y cada hombre un campesino y un combatiente. Habló del amor a la patria, habló del futuro por hacer, habló de enfrentar a la muerte con toda la violencia y la dulzura de la que es capaz un pueblo, recordó a Jacobo Arbenz, a Turcios Lima y al capitán Sandokán[36], recordó a sus hijos apenas adolescentes, entregados a la fuerza guerrillera para que ahí se hicieran hombres o murieran en el intento, como efectivamente ocurrió años después, se lo exigió a sí mismo, no claudicar, no escapar más, luchar, luchar, luchar, hasta vencer o morir como lo exigía la consigna guerrillera.

De nada sirvió que gritara, que amenazara y que implorara, la mayoría insistió en buscar nuevos horizontes más allá de la montaña. Refugiarse en México, salvar la vida. Son tantos años de acostarse con la muerte detrás, de levantarse con la muerte adelante, ya habrá un mañana, debe haberlo para volver a empezar, no olvidaremos, no nos abandonaremos, aunque nuestros pasos estén en un país ajeno, nuestro

corazón seguirá en Guatemala, volveremos. Se lo juraron tanto y con tal convicción que no hubo forma de fallar.

Al fin, Chicote ocultó su figura regordeta y su rostro estragado en el silencio. En la madrugada la gente, su gente, cruzó el río para entrar a México. Chicote, serio, firme, fuerte, sin conceder un gesto de pena y acompañado de unos pocos hombres, mujeres y niños leales los vio partir. Ni siquiera levantó la mano para dibujar el adiós. Esa noche, sólo en su hamaca, Chicote lloró.

El refugio en Chiapas[37]

Entre 1982 y 1983 la historia de ese grupo se repetía a lo largo de la frontera. Miles de desplazados lo mismo del Quiché que de Huehuetenango, de San Marcos, de Alta y Baja Verapaz, de Chimaltenango y El Petén se refugiaban en México. Largas avenidas de gente, un promedio de 400 por semana, a veces comunidades enteras pasaban la línea o el río. Llegaron a ser una centena de miles[38]. 11 nuevos idiomas se hablaron en la frontera mexicana tras la llegada de los perseguidos. La selva es una torre de babel donde se entiende el Kanjobal y el Jacalteco, el Mam y el Quiché, el Keckchí y Chuj, el Cackchiquel y el Chortí, el Chol y el Ixil el Tzutuil y el castellano. la dignidad resulta ser el código común.

Son los guatemaltecos que huyen los que se entienden y se hacen entender en su dolor hablando distintas lenguas. A veces el silencio grita más fuerte que las palabras. Por los ojos brota una lágrima que pide paz. No hay forma de ignorar lo que sucede.

Se alojaron en las parcelas de los campesinos mexicanos, pobres como ellos, refugiados también, colonos de una selva sin nombre y sin

límites[39]. Los primeros días fueron de sepelio y sepulcro, de alimentar al hambriento, de curar con los pocos remedios al alcance a los que era posible salvar de la desnutrición, la disentería, el dengue, la hepatitis, el sarampión y la tosferina.[40]

> *Los recibimos en nuestra casa; llegaron mojados, sin ropa, sin mantas. Muchos estaban muertos, habían muerto en el camino.*
>
> *Vinieron 2000, los recibimos y repartimos lo que teníamos: maíz y arroz, pero no era suficiente. Les dimos tierra para construir sus campamentos y un poco de madera para construir sus casas.*[41]

Sólo la iglesia de San Cristóbal, el Hospital de Comitán de la Secretaría de Salud y pequeños grupos de voluntarios escucharon el llamado de auxilio. El gobierno mexicano tardó casi un año en responder a la emergencia.

Y en medio del desastre, una nueva cultura de salud nacía en la selva y contagiaba a todos. Nunca más habría que mendigar las medicinas que llegan como instrumentos de un saber y una práctica médicas de naturaleza autoritaria. Sea desde ahora, la salud, derecho y responsabilidad compartidas. Un motivo más de lucha y un medio de batalla.

Entre la lucha por sobrevivir y la de organizarse para resistir en las nuevas condiciones, el ejército guatemalteco no dejó de perseguirlos. Entre 1981 y 1984 las hordas militares cruzaron más de 70 veces la frontera, 20 refugiados fueron asesinados, otros tantos secuestrados y por lo menos 7 campesinos mexicanos murieron a manos de los kaibiles.[42]

Marco Antonio y Domingo eran los líderes del grupo asentado en Frontera Echeverría, la localidad que recibió al grupo de Chicote y que tal

vez por su larga experiencia organizativa se vio menos afectado por la marcha en la selva. Marco, un hombre de 30 años, promotor de salud, buen cazador y aventurero, estaba casado con una mujer que casi le doblaba la edad y que lucía en la mitad izquierda de su rostro las huellas de un cáncer de piel que avanzaba sin tratamiento. Domingo, afable y discreto, rayaba los 50. La comunidad de refugiados la constituían unas 500 personas.

Los Choles de Frontera les permitieron ocupar un terreno, en las inmediaciones del pueblo a unos pasos del Usumacinta para levantar el campamento, les facilitaron un poco de tierra para sembrar y reconocieron a sus dirigentes con quienes entablaron una relación relativamente pacífica.

A los pocos meses, Frontera Echeverría se surtía de las hortalizas cultivadas por los refugiados, que hasta entonces no se conocían en la zona y los campesinos mexicanos contaban con nuevos brazos para sembrar sus tierras y mejorar sus casas.

Se inició la práctica del futbol, que vino a sumarse a las retas de basquet que ya se acostumbraban en el pueblo. Los más contentos fueron los treinta soldados de la guarnición mexicana que morían de ocio ante el ostracismo de los indígenas, y que entonces tuvieron un motivo para dedicar sus tardes. Muchas veces los refugiados se dejaron ganar los partidos como táctica de acercamiento.

Las fiestas, que entonces se organizaron por el puro gusto de celebrar la vida, se animaron con las nuevas canciones y los ritmos de la vieja marimba de los hermanos Silvestre que sobrevivió penosamente los caminos de la selva; aún los que no entendían el español se sorprendieron con las pantomimas y comedias, tan celebradas desde siempre en las comunidades guatemaltecas. En actos circenses nunca

vistos ni oídos en los parajes de la Lacandona, jóvenes saltimbanquis con rostros graciosamente cubiertos de lodo y grana contaban historias picantes con voz engolada, moviendo en un vaivén marino las nalgas protuberantes por efecto de globos inflados o envoltorios de ropa. Las fiestas terminaban con cumbias mexicanas e himnos nacionales de los dos países que a más de uno les arrancaban el llanto, aún antes de que corriera el *chumpiate*[43], que por entonces se convirtió en la bebida más popular en los pueblos de la selva.

En el día todo era actividad en el campamento, las mujeres lavando en el río, los niños jugando junto a ellas, los hombres en las milpas o dedicados a todos los oficios.

Por las noches, Marco, Domingo, Rosa, Lucas, Jorge, Gregoria y Albertino presidían las reuniones clandestinas que se habían vuelto costumbre después de tanto tiempo de vivir en secreto y cada semana caminaban bajo la selva para reunirse en algún lugar de la montaña con los desplazados del otro lado, mantener la comunicación y recibir indicaciones del trabajo político por hacer entre los refugiados.

No se olviden de su patria
No se olviden del pasado
No se olviden del futuro por hacer
Ayúdenos.

Buena parte del maíz cosechado en el campamento viajó clandestinamente a Guatemala para abastecer las Aldeas de Resistencia, algo también para los frentes de guerra. Parte de lo que la solidaridad enviaba a las familias refugiadas se concentraba para mandarse a los hermanos de la montaña. Un puente humano trasladaba las cosas en la

oscuridad de la noche, a veces con el riesgo de ser descubiertos por las postas militares de la guarnición o por agentes migratorios trasnochados.

En la nochebuena de 1983, una compañía de soldados guatemaltecos, que exploraba la zona, hizo una línea en la vera del río y desde ahí abrió fuego contra el campamento. El pánico hizo presa de la población que en ese momento bailaba al compás de la marimba después de haber celebrado la misa en la iglesia del centro y de haber acostado al niño dios. Tras el sonido de los primeros disparos, que todos identificaron perfectamente, la gente corrió en desbandada hasta el centro de Frontera Echeverría, distante un kilómetro del campamento. De inmediato la guarnición mexicana organizó la respuesta y por breves minutos hubo un intercambio de disparos entre las dos fuerzas. La parte guatemalteca levantó primero la voz de alto al fuego y se retiró ciertamente humillada, aunque sin bajas que lamentar.

Dos horas después el capitán Trejo, un hombrecillo chaparro y enjuto, comandante de la guarnición de Frontera pidió al pueblo reunirse frente al cuartel. Guatemaltecos y mexicanos, con el miedo metido para siempre en los huesos, acudieron al llamado que por su tono no dejaba lugar a vacilaciones, aunque la mayoría fue más por curiosidad que por convicción. El capitán ordenó izar la bandera mexicana después de un discurso emocionado en el que recordó todas las batallas en defensa de la soberanía de la patria que había leído en sus años de escuela y anunció la victoria sobre el invasor. Dijo a los refugiados que México los recibía con la convicción de defender su vida a cualquier costo y luego pidió a todos entonar el himno nacional, sólo los niños de la primaria pudieron cantarlo, pero todos lo entendieron. Fue una paradoja de la historia viniendo el gesto de un ejército que se había caracterizado en la selva por

su carácter represor, pero en ese momento, los guatemaltecos refugiados se sintieron por fin seguros en su nueva casa.

El exilio guatemalteco no pudo pensarse desde entonces sólo como un traslado o movimiento, una expulsión o una nostalgia. De pronto fue adquiriendo una dimensión ética y desarrollando un nuevo concepto de fuerza vital y creadora.

Por poner a prueba la voluntad, sacar fuerzas de flaqueza fue más que una frase hecha. Pudo entenderse entonces: sólo el desposeído aspira al absoluto.[41]

En 1984, dos años después de la llegada, el gobierno mexicano ordenó el traslado de los refugiados en Chiapas a Campeche y Quintana Roo, donde se habían habilitado tierras para recibir a los guatemaltecos. La gente se resistió a marcharse. Aún se tenía la esperanza de un pronto retorno a sus lugares de origen. El tiempo se encargaría de desmentir esta ilusión. Se temía por la suerte de los que se quedaron. En Echeverría un pequeño brote de tifo retrasó el traslado, sin embargo, el momento de partir llegó un 12 de agosto. Ese día, los habitantes de Frontera y los refugiados se despidieron entre lágrimas. Sólo 10 años después podrían encontrarse de nuevo en una parada del viaje que los devolvería a su patria.

La noche previa a la partida, Marco Antonio, Ludy y un pequeño grupo de jóvenes, emprendieron el camino de regreso a Guatemala, en un cayuco cruzaron el río y se encontraron con sus compañeros milicianos. Dijeron que volvían para pelear, hasta vencer o morir. Por la mañana, escondidos entre la jungla que bordeaba la rivera, pudieron ver a lo lejos los últimos preparativos de la marcha. En la tarde. Cuando todo se había consumado y el campamento era sólo un conjunto de champas

vacías y voces ausentes, Marco Antonio y sus compañeros dieron la vuelta y sus pasos se perdieron en la montaña.

Algunos años después Marco Antonio, quien para entonces era el sargento insurgente Valentín, pero a quien todos llamaban coyote por su habilidad y arrojo, moriría en las faldas del volcán de agua, en la zona central del país, en el momento que su columna intentaba romper el cerco que desde hacía muchos días les había tendido el enemigo. Su cuerpo no pudo ser rescatado, y quedó allí atravesado por las balas de un *galil*. El día de su muerte vestía el sweter azul que un amigo mexicano le regalara la noche de la partida. Su último pensamiento sería para Maribel, la hija que no alcanzó a conocer. Sus viudas, la vieja Ofelia que se marchó a Campeche y Ludy la joven que lo siguió en la aventura guerrillera, prefirieron guardar su recuerdo en lo más íntimo y no volvieron a nombrarlo jamás.

El viejo Leonardo, uno de los guías de los tiempos del éxodo, quien se había quedado en la milicia, se prometió seguir a sus viejos amigos en México aunque fuera al fin del mundo. Pocos meses después se convertiría en el puente más importante entre los refugiados y los desplazados del Petén.

Para entonces, tres años habían transcurrido desde que se iniciara la política de tierra arrasada. Romeo Lucas García el jefe de Estado que la había concebido ya no estaba en el poder, víctima también de las intrigas del mando castrense. Efraín Ríos Montt, el general que lo sustituía tras un golpe de estado incruento impulsado por la oficialidad joven, también había caído, traicionado por su consuegro, ministro de defensa y confidente, el Gral. Oscar Mejía Víctores quien había llegado a palacio con el apoyo del gobierno estadounidense para preparar la mascarada del relevo que daría el gobierno a los civiles, un gobierno supeditado,

dependiente del mando militar. Un gobierno fachada para el consumo de la opinión internacional.

Las Aldeas de Producción y Defensa

Mientras, todo ocurría en los campamentos, los que se quedaron en Guatemala, se reagrupaban en pequeñas colectivos, reanudaban sus contactos con el mando militar insurgente y se disponían a constituir las Aldeas de Producción y Defensa de carácter miliciano. Largos días caminaron en la búsqueda paciente de un lugar relativamente seguro para fincar su destino, exploración que los hizo detenerse en Playitas y el Norte, dos campamentos temporales en la selva, hasta que lo encontraron en las inmediaciones del arroyo Lagartero, muy cerca de las ruinas de Piedras Negras, en la rivera del Usumacinta. Bautizaron el campamento con el nombre de *El Cine*, por ser el lugar donde algún responsable político había llevado, no sin dificultades, una vieja película que narraba las glorias de la gran Guerra Patria soviética para animar el espíritu de los perseguidos. En El Cine levantaron precarias champas bajo la inmensidad de la arboleda y en poco tiempo pudieron volver a sembrar el maíz y el frijol necesarios para alimentarse.

El Estado Mayor del Frente Norte de las Fuerzas Armadas Rebeldes se instaló entonces muy cerca de las aldeas de civiles una vez que se estabilizó la colectividad de desplazados, pensando en una fuente de abasto seguro para las diezmadas fuerzas insurgentes. En esos días, Pablo Monsanto el Comandante en Jefe pasaba la mayor parte del tiempo fuera del Petén, obsesionado en la tarea de reagrupar las fuerzas, conseguir apoyos, convencer a los incrédulos, y explicar al mundo lo que pasaba en Guatemala.

Sin mezclarse del todo con la gente, el Estado Mayor impuso una dirección militar a los aldeanos y organizó la producción de subsistencia sustentada en el trabajo colectivo.

El mando militar dispuso también la atención a la salud, que era brindada exclusivamente por un pequeño grupo de *sanitarios*[45] dirigidos por el responsable médico del Frente, el *Brujo Sebastián*, un joven practicante que había abandonado sus estudios de medicina en la Universidad de San Carlos para unirse a la guerrilla hacía ya 5 años, y quien además de sus dotes de curandero, gran conversador y nostálgico irredento de los días de excesos juveniles de la facultad de medicina, solía amenizar las noches de campamento con su viejo violín, regalo de Monsanto, con el que interpretaba las melodías clásicas aprendidas en el conservatorio de Guatemala del que había sido alumno. Los conciertos de Sebastián duraron hasta el día en que su instrumento desapareció misteriosamente y para siempre a manos, según se sabría más tarde, de un grupo de combatientes que luego lo enterraron en un *buzón* secreto, hartos de las notas de Tchaikovski y Rabel que tenían que sufrir y aplaudir cada vez que se reunían alrededor del fuego, lo cual era entonces bastante frecuente.

Inició el trabajo de educación de niños y adultos y el adoctrinamiento político sustentado en manuales adaptados por cuadros de la estructura política, los que volvieron populares los conceptos más caros de la escuela leninista. Algunos jefes y combatientes se juntaron con las muchachas solteras del pueblo y con algunas viudas. Los jóvenes que quedaban en la nueva aldea se incorporaron a la fuerza armada. El ejército guatemalteco no se atrevió a seguir la persecución hasta ese lugar apartado sino muchos años después, en 1991, al poco tiempo de iniciadas las conversaciones entre el gobierno y la insurgencia en busca de la paz,

cuando lanzó la última ofensiva de gran envergadura contra las bases de apoyo de la insurgencia en el Petén, desastrosa para los militares por sus costos militares y políticos.

La llamada *Ofensiva Lacandona 91* se inició en el mes de junio contra las aldeas de producción y defensa en la parte más noroccidental del Petén, zona donde el ejército había detectado la ubicación del cuartel del Estado Mayor del Frente Norte. Durante un largo, larguísimo mes cuatro compañías de soldados, una de ellas de kaibiles, protagonizaron la más feroz de las persecuciones de que se tenía memoria desde los tiempos de la tierra arrasada. Advertido del movimiento de las tropas enemigas, el Comandante insurgente Fernández, jefe del Frente, dio orden de traslado a sus combatientes, quienes emprendieron un camino sin contratiempos hacia el Frente Mardoqueo Guardado, al suroccidente del Petén, intentando distraer al ejército.

Antes de marcharse, Fernández hizo traer desde el Frente Feliciano Argueta Rojo (FAR) en el suroriente del Petén a un hombre de sus confianzas para que se hiciera cargo del gobierno de las aldeas. Se trataba del teniente Medrano, un experimentado combatiente que caminaba con paso inseguro desde que un año antes un disparo le destrozara el talón del pié izquierdo. Medrano llegó acompañado de Edelma y Julio Bejuco, dos combatientes enfermos y prometió un buen trabajo.

Ahí le dejo a esta gente, que desde ahora es suya, a ver si los educa y los hace andar por el camino de la revolución. Le dijo Fernández a manera de despedida. Medrano miró a su nueva tropa de mujeres, niños, ancianos y discapacitados que estaba reunida entre animada y nostálgica en el centro del campamento, y una pena perpetua lo invadió para siempre.

Sin embargo el movimiento fue tardío, el ejército lanzó su ataque con fuerzas aerotransportadas que penetraron por la retaguardia de las

líneas de defensa de las aldeas. Medrano ordenó trasladar al lado mexicano a todos los que no pudieran combatir. Los pobladores Choles de una aldea vecina con quienes los unían viejos lazos de amistad, los recibieron y compartieron con ellos sus escasas provisiones durante todo el tiempo que duró el asedio. Unos pocos milicianos viejos o enfermos tuvieron que contener el ataque con fusiles y escopetas, pero usando con habilidad su finísimo conocimiento del terreno. Le causaron sólo 10 bajas a las columnas castrenses, suficientes para desmoralizar a la tropa que nunca pudo entender como fueron evadidos y hostigados por una partida de ancianos, lisiados y mujeres que no conocían los principios de las artes de la guerra. En cambio los desplazados perdieron a Luis, un joven excombatiente quien había quedado fuera de las bregas de la lucha por la sordera, producto de la destrucción del oído interno, recuerdo mudo de sus tiempos de artillero. Perdieron la vida también cuatro mexicanos choles, refugiados a su vez en tierras peteneras por la represión que había desatado un año antes el ejército mexicano en la localidad de Margarita Maza de Juárez, una comunidad instalada en tierra de nadie en el corazón de la selva del municipio de Palenque, cercana al río Usumacinta. Los mexicanos murieron cuando decidieron rescatar las escasas provisiones que guardaban en la tienda de su aldea, pese a la advertencia de los milicianos, más avezados en el arte de la resistencia.[46]

Sin embargo, ya desde mucho antes que la incursión militar forzara la separación, pese a todo el trabajo que se realizaba, pese a las buenas intenciones, la convivencia tan estrecha entre guerrilleros y población civil había fracasado. La experiencia organizativa de la población chocaba con los modos verticales del mando militar para quienes cada indicación era una orden a cumplir sin discusión. Las

prácticas de toma de decisiones de la gente, sustentadas en el precario consenso de asambleas comunitarias inventadas en los años de la marcha en la selva, en el rejuego de facciones de las localidades de origen, fueron abolidas por decreto al igual que la práctica religiosa, en buena medida eje significante de la unidad comunitaria, en aras de la integridad político-ideológica.

No tardó mucho en que los reclamos de una y otra parte se expresaran, primero veladamente, luego de manera airada. Los viejos del pueblo censuraban a los guerrilleros el llevarse con ellos a las muchachas y muchachos dejando a la aldea sin brazos para el trabajo colectivo que cada vez era menos productivo. Les reclamaban la imposición de órdenes, el obligarles a participar en acciones armadas de poca monta y mucho desgaste que los distraían de las labores productivas y diezmaban las aldeas. Les reclamaban las relaciones con las mujeres, quienes periódicamente quedaban embarazadas de distintos hombres, que no se hacían responsables de su paternidad. Insistían en que la labor de la guerrilla era hacer la guerra contra el ejército, salir en su busca, acosarlo en sus cuarteles y destacamentos, no estar administrando asuntos civiles.

El mando insistía en la baja moral revolucionaria de los aldeanos, en sus modos indisciplinados, criticaba su inclinación para discutirlo todo cuando la situación obligaba a la unidad del mando, a la disciplina absoluta, a la verticalidad. Reclamaba su falta de disposición, su ideología pequeño burguesa más atenta en la producción para el consumo que en el sacrificio por la causa.

Lo cierto era que las fuerzas realmente existentes no daban para planear grandes acciones contra el enemigo, ni por la cantidad de combatientes, ni por la capacidad de fuego de sus armas, apenas para la autodefensa y para hostigar a las pequeñas unidades militares que se

arriesgaban a patrullar los caminos secundarios o para la toma temporal de tramos carreteros cuyo fin era el abastecimiento y la propaganda. También era cierto que la gente no podía abandonar sus modos campesinos pese a las demandas de la lucha guerrillera.

De algún modo, la prolongación de la situación militar, las evidencias de una correlación de fuerzas que no favorecía a nadie, fue generando una actitud conservadora de la fuerza insurgente que condujo al mando militar del Frente Norte, hacia 1989, a proponer la estrategia de Guerra Popular Prolongada como eje de la acción revolucionaria, francamente contraria a las intenciones de la Comandancia General Unificada de la URNG, surgida en 1982 con el acuerdo de las tres organizaciones insurgentes armadas[47] y el PGT, la cual se proponía iniciativas de creciente actividad armada y política que derivaran en la insurrección, a contrapelo de una realidad que se imponía abrumadora a las exhaustas fuerzas revolucionarias. Las diferencias derivaron a la postre en la sustitución de los principales jefes guerrilleros en el Petén en 1990, el nombramiento de Fernández como jefe del Frente en sustitución de Rigo, el hermano de Monsanto, el traslado del mando y la columna guerrillera principal a otra zona de operaciones en el municipio de Sayaxché al suroccidente del departamento con el fin de recuperar la iniciativa militar, y el inicio de un proceso de autonomía relativa por parte de la población civil desplazada.

Combates en la selva

Ciertamente, y pese a los deseos e ilusiones del mando guerrillero, la estrategia contrainsurgente, permitió al ejército

guatemalteco adueñarse del control territorial de la mayor parte del Petén y de algún modo del control político.

Por una parte, le facilitó la instalación de un cinturón estratégico de destacamentos militares cada vez más adentro del territorio selvático petenero lo que obstaculizó el movimiento de las columnas insurrectas que hacia 1981 se movían con relativa facilidad por una zona que iba de la parte norte, de ambiente selvático, de los municipios de la Libertad, Sayaxché y San Andrés en la frontera con México, desde donde era posible el abastecimiento de las fuerzas armadas; hasta las tierras templadas de Poptún, San Luis, Dolores y Melchor de Mencos desde donde tendía a abrir un corredor hacia la zona cafetalera de Alta Verapaz, y la estratégica Franja Transversal del Norte, región productora de cardamono, ganado y petróleo, vital para la economía de Guatemala y para los intereses militares dado que la mayor parte de las tierras ya estaba en manos de jefes castrenses y algunos civiles asociados.

El relativo control insurgente de estas zonas amenazaba para entonces el gobierno del departamento, dado que la posibilidad de ahogar la zona centro, los municipios de San Benito, Santa Elena y Flores, donde se ubica el poder departamental, era cuestión de tiempo. Un tiempo que se acercaba además por la acción social y política de las organizaciones sindicales y de cooperativistas, simpatizantes de la insurgencia, cuyo radio de acción era precisamente la zona central.

La política de tierra arrasada restó una importante base social a la insurgencia que vio limitarse su capacidad combativa al quedar sin fuentes de abasto e información en las zonas de operaciones. Los principales destacamentos militares se instalaron en el corazón de las localidades que quedaron habitadas lo que impedía a la insurgencia atacarlas por el costo político de causar la pérdida de vidas de civiles en

una acción armada. El ejército usó a la población de las aldeas, controlada y vigilada por comisionados militares locales dependientes de los jefes de destacamento, como un escudo humano infalible.

Además instaló puestos de avanzada militar, pequeños destacamentos móviles que buscaban selva adentro el choque con los insurgentes, lejos de los centros poblados, lo que fijó a las columnas en un terreno lejano de las zonas estratégicas del departamento del Petén.

Para las acciones de búsqueda de guerrilleros, de inteligencia y de control poblacional, el ejército obligó a los campesinos de las aldeas a formar bandas armadas de tipo paramilitar, denominadas Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) quienes encabezaban en todos los casos el contingente militar que peinaba la región en busca de guerrilleros. Este hecho limitó las posibilidades de respuesta de los insurgentes por el enorme costo político que significaba la muerte de un campesino en los combates, mostradas por la propaganda militar como crímenes de la guerrilla.[48]

Sólo en algunos casos el ejército trasladó a los habitantes de algunas aldeas a otras regiones para constituir aldeas modelo, del tipo que se generalizaron en Huehuetenango, Alta Verapaz y el Quiché. En Petén, la concentración de la población fue al final de cuentas un fracaso y sólo una aldea modelo, de las dos organizadas por el ejército, sobrevivió precariamente hasta el fin de la guerra, Laguna Perdida, en el municipio de San Andrés al nororiente del departamento, poblada con campesinos sobrevivientes de la aldea Centro Campesino, masacrada por el ejército.[49]

En otros, como en la región de las cooperativas de la rivera de los ríos Pasión y Usumacinta, la zona quedó durante muchos años despoblada y sólo hacia 1989, el ejército se aventuró a repoblarlas con

campesinos sin tierra procedentes de otras regiones del país o del mismo departamento, tal fue el caso de las cooperativas La Lucha, La Técnica Agropecuaria, El Monte Sinaí, El Arbolito, Salpuil, Playa Blanca y Nuevo Porvenir. Algunas sólo recibieron nuevos habitantes tras el retorno de los refugiados como en el caso de la Quetzal.[50]

Los choques armados en el Petén se limitaron entonces a pequeñas escaramuzas, entre avanzadas militares y escuadras guerrilleras; algunas emboscadas a columnas motorizadas del ejército y sólo en pocas ocasiones a ataques a pequeños destacamentos como el de Bethel, El Naranjo, Las Cruces y El Subín, que sin embargo causaban importantes bajas a ambos bandos, con la diferencia de que el ejército podía reponerlas por medio del reclutamiento forzoso en los pueblos y la guerrilla no.

Con todo, la influencia política de las organizaciones insurgentes que había decrecido tras las acciones del ejército, fue poco a poco recuperándose, más por la labor de las organizaciones sociales creadas por las víctimas de la guerra, desplazados y refugiados, constituyentes de un nuevo sector del movimiento popular, evidencia viva del terror impuesto por los militares, que por el poder militar de las guerrillas.

La guerra entonces fue tomando un cariz particular, se hizo más política que militar. Tras la reforma constitucional del 31 de mayo de 1985 impulsada por el gobierno de facto del Gral. Oscar Mejía Víctores cuyo fin era la recomposición de los factores de poder deteriorados por tantos años de gobiernos militares, tuvo lugar la elección de un nuevo gobierno civil, encabezado por Vinicio Cerezo Arévalo de la Democracia Cristiana.

La primera tarea del nuevo gobierno fue la restauración de las relaciones entre Guatemala y la comunidad internacional debilitadas por tanto tiempo de terror que habían llevado al aislamiento del país.[51]

La necesidad de recuperar la iniciativa en el ejercicio de las funciones tradicionales del Estado y en el desarrollo de una estrategia de interacción con la comunidad internacional en el contexto de una disminución de recursos provenientes del comercio y de los flujos de capital externo, a causa de la depresión de los mercados y el desencadenamiento de la crisis financiera alimentada por la insolvencia en el pago de la deuda externa, sólo podía ser resuelta con iniciativas que mostraran al mundo las transformaciones políticas democráticas, el nuevo papel de Guatemala en la construcción de relaciones regionales enarbolando la bandera de la neutralidad activa frente al conflicto centroamericano y el cese de la represión a la población civil.

En 1987, Vinicio Cerezo propuso dos iniciativas estratégicas, que sin embargo no pudo concretar por la oposición de los sectores más recalcitrantes del ejército y la oligarquía terrateniente: Una propuesta de negociaciones con la insurgencia para la terminación del conflicto armado y otra para lograr el retorno de los miles de refugiados en México y Honduras.

Para lo primero, y reivindicando una neutralidad activa y un no alineamiento con Estados Unidos, el gobierno de Cerezo, montado en el marco de la iniciativa del grupo Contadora y de los acuerdos de Esquipulas II que buscaban la pacificación del área centroamericana, convulsionada por la guerra en el Salvador y en Nicaragua, propuso un acuerdo de reconciliación a los sectores políticos del país. Dicho acuerdo excluía a la insurgencia, para quien el gobierno ofrecía una negociación aparte acompañada por una mediación internacional.

La URNG aceptó el reto y decidió reunirse con personeros del gobierno Demócratacristiano y del propio ejército en el Escorial, España para iniciar las conversaciones. Sólo fue un acercamiento que no prosperó. Sería hasta 1991 cuando se reanudarían de manera decisiva.

Frente a los refugiados la estrategia consistió en invitarlos a volver a su patria levantando la bandera del fin del conflicto y la militarización, cuestión muy alejada de la realidad. En el verano de 1987, Raquel Blandón, esposa del presidente visitó los campamentos de Campeche. En Quetzal Edzná, el más grande los asentamientos, ofreció la palabra de su esposo como garantía de una repatriación segura.

Los dirigentes del pueblo refugiado no se sorprendieron, llevaban años de seguir con una devoción a toda prueba, las noticias de lo que acontecía en su país, que eran procesadas y difundidas a través de todos los medios a su alcance. Una actitud al tiempo expectante y activa, inexplicable para quienes se acercaban a los campamentos para ayudar o para vigilar. En aquellos días circulaba de manera clandestina un pequeño periódico *El correo del refugiado*, obra de las células militantes de las FAR en los campamentos, que les traía la crónica de las hazañas guerrilleras en los frentes de guerra y de lo que sucedía en el terreno político. Audiocassetes grabados en las lenguas mayas más ampliamente utilizadas, además del español, se escuchaban por lo bajo en las reuniones de la militancia, en ellos los refugiados escuchaban una voz que hablaba de La Causa en buen chapín como el de ellos, eran reproducciones de las transmisiones de la estación clandestina *La Voz Popular* que llegaba hasta los campamentos, burlando las fronteras de su frecuencia y alcance, desde algún lugar de las montañas en el suroccidente de Guatemala.

La llama de la esperanza se encendió de nuevo, decidieron que un nuevo tiempo se acercaba, no el de la repatriación que proponía el gobierno, porque desde mucho antes un pedazo de patria guatemalteca vivía con ellos en México, sino el del retorno, el del regreso.

Meses después vería la luz una nueva organización en el espectro del movimiento social guatemalteco: Las Comisiones Permanentes de Representantes de los Refugiados Guatemaltecos en México.

La URNG, pese a todos los reveses sufridos y a que la correlación de fuerzas no le era favorable en el terreno militar, decidió preparar las condiciones para la nueva etapa de negociaciones que se acercaba. Reorganizó sus frentes de guerra, más con el ánimo de presionar en la mesa política que de propinar una derrota militar a su enemigo histórico. En Petén el Comandante Monsanto, de las Fuerzas Armadas Rebeldes , apartó a la retaguardia estratégica y al Estado Mayor del Mando Militar, de la zona de aldeas milicianas y movilizó esas fuerzas para la zona sur del departamento, con el fin de amagar los campos petroleros de Sayaxché y Rubelsanto y con ellas constituyó el Frente *Mardoqueo Guardado,* llamado así en honor al Teniente Arturo, un joven oficial muerto en un combate en esa zona. Reforzó el Frente *Feliciano Argueta Rojo* (FAR) que desde algunos años antes operaba en la zona de Poptún y San Luis y el *Lucio Ramírez* de San Andrés; Creó con una pequeña columna el importantísimo Frente *Panzós Heroico* en Alta Verapaz, conformado por nuevos cuadros indígenas y ladinos en una zona vedada desde los setenta a los esfuerzos de los revolucionarios que no terminaban de encontrar la manera de acercarse a las cerradas comunidades kekchíes; y un frente en Santa Rosa y Escuintla (el *Frente Sur)* que debería accionar en la frontera con el Salvador. Por último promovió la conformación de una fuerza conjunta de todas las

organizaciones aliadas para crear el *Frente Unitario* que operaría en las zonas cercanas a la capital, desde Chimaltenango hasta el Progreso.

La estrategia fue relativamente exitosa pues devolvió durante algún tiempo la vitalidad perdida e impactó en el tono de las conversaciones de paz en un momento en que el ejército apostaba a dar el golpe militar final a las aparentemente diezmadas fuerzas revolucionarias. Incluso algunos jóvenes refugiados en México y campesinos de las zonas de operaciones, entusiasmados por las noticias y creyendo en un renacer de la lucha se aprestaron a nutrir los nuevos frentes, hasta que la inexorable marcha de los acontecimientos volvió a poner todo en su lugar. La salida del conflicto debía ser política o no sería.

Notas al capítulo V.

[1] Jorge Ubico, quien gobernó entre 1931 y 1944, aplicó una política económica depresiva y un estilo de gobierno que restringió las libertades públicas y las manifestaciones culturales "que impusieron una camisa de fuerza para el libre desenvolvimiento de sectores motrices de la sociedad. Las medidas económicas pusieron énfasis en la compresión del gasto público y en un severo control para inmovilizar a la fuerza de trabajo, en función del sostenimiento de la tasa de ganancia de los cafetaleros(...) Durante su gestión , tanto la vida política como económica transcurrió en un virtual inmovilismo". AVANCSO. *Política exterior y estabilidad estatal*. Cuadernos de investigación No. 5. AVANCSO. México, 1990, pág.12–13.

Alfonso Báuer Pais, explicaba que en el orden político, Ubico representaba una tiranía que había prohibido la existencia de los partidos políticos, salvo el del señor presidente –el Liberal Progresista– y los de los residentes europeos facistas: el Partido Nazi, alemán; el Fascio, italiano; y la Falange, española. Todo, en un ambiente de total ausencia de las libertades individuales y sociales.

En el orden económico, estancamiento de las actividades productivas de los nacionales y mano libre para el saqueo y la explotación de nuestras riquezas naturales a los amos yanquis y teutones.

En el orden social, también prohibición de sindicatos de trabajadores y de cooperativas por ser éstas, según el criterio oficial, organizaciones *comunistas*. Incluso se impidió, por decreto, el uso de la palabra *obrero* por subversiva. Se recuerda la humorada aquella, de una escuela confesional llamada *Jesús Obrero*, que hubo de cambiar su nombre por *Jesús Empleado*. El orden establecido se basaba en un sistema de salarios de hambre, de trabajos forzados para los indígenas y por la inexistencia de autoridades laborales protectoras de los trabajadores.

Se acostumbra decir, por algunos reaccionarios trasnochados, que la época ubiquista era un modelo de orden, de tranquilidad y seguridad, pero lo que callan es que

era la paz de los cementerios, mantenida a sangre y fuego por los propios terratenientes investidos de autoridad por la ley y por las tenebrosas unidades de la policía nacional y judicial, los jefes políticos y la Montada Rural, especializados todos en la aplicación de torturas y en la aplicación de la *ley fuga*. Alfonso Báuer Pais, entrevista con el autor, 10 de septiembre de 1993.

[2] El análisis de la transformación agraria en ese periodo puede consultarse en el capítulo III Madre Tierra.

[3] "Casi al punto, Castillo Armas devolvió la mayor parte de la tierra expropiada a los terratenientes, disolvió todas las organizaciones campesinas, destruyó los comités agrarios y, en muchos casos, ejecutó sumariamente a los campesinos". Louisa Frank, "Resistencia y revolución: el desarrollo de la lucha armada en Guatemala" en Susanne Jonas y David Tobis, *Guatemala: Una historia inmediata*. México, Sigo XXI editores, 1976, pág. 293.

[4] Esta situación llevó al "la formación de un grupo de oficiales con dos objetivos principales: 1) derrocar al régimen corrupto de Ydígoras, 2) reformar el ejército (...) en el movimiento estaba involucrada más de una tercera parte del ejército, más de 120 oficiales y 3000 soldados." Ibid., pág.295.

[5] En Izabal el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, bajo el mando de Yon Sosa; en La Granadilla, Zacapa el llamado Frente No. 2, comandado por Luis Trejo y en la Sierra de las Minas, también en Zacapa, el Frente Guerrillero Edgar Ibarra bajo la conducción de Turcios Lima.

[6] Por contrainsurgencia se entiende el conjunto de esfuerzos políticos, económicos y militares llevados a cabo por los Estados nacionales con el fin de derrotar a guerrilleros revolucionarios en el medio ambiente que ellos suelen preferir (normalmente tropical). En todos los casos la contrainsurgencia supone un esfuerzo militar que tiene el objetivo de localizar las células y las fuerzas insurgentes, aislarlas del resto de la población y luego destruirlas con armas y tecnología superiores. Así mismo entraña un esfuerzo político—económico (a veces llamado la otra guerra) que busca remediar de manera limitada injusticias locales y elevar el nivel de bienestar material de la población sin que tales acciones supongan cambios en la estructura económico—social de la sociedad, y generar así el apoyo del pueblo al gobierno entonces en el poder, este esfuerzo según los teóricos de la contrainsurgencia, busca "ganar el corazón y el espíritu de la gente" y significa el involucramiento de todos los aparatos ideológicos con los que cuenta el Estado (medios de comunicación, iglesia, etc.). Michel T. Klare, "La resurrección de la contrainsurgencia" en *Iztapalapa*, No. 10-11, op. cit., págs. 167—168.

[7] El 3 de junio de 1966, apareció en Guatemala el primero de una serie de volantes clandestinos, que anunciaban la formación de la *Mano Blanca*. El volante afirmaba ominosamente: "Esta es la mano que extirpará a los renegados y a los traidores nacionales del país". Posteriormente, en febrero de 1967, se distribuyeron en la capital los primeros volantes de otro grupo, La *Nueva Organización Anticomunista* (NOA). Años más tarde *El Buitre Justiciero* y el *Escuadrón de la Muerte* se sumaron a las organizaciones paramilitares contrainsurgentes. Jonas, op. cit., pág 341.

[8] Edelberto Torres—Rivas, "Vida y Muerte en Guatemala" en *Centroamérica en Crisis*. México, Centro de Estudios Internacionales. El Colegio de México, 1984, pág. 38.

[9] Para el año 1996, según informes del CIEN, publicados por el diario Siglo XXI, Guatemala está catalogada como una de las naciones más violentas de América Latina. En dicho estudio se asegura que 55 de cada cien guatemaltecos fueron víctimas de robo o asalto, mientras que en el mismo periodo ocurrieron 59 muertes violentas por cada cien mil habitantes. Los departamentos de Izabal y Escuintla, de población mayoritariamente ladina, son los más violentos. Entre tanto en las Verapaces, Chimaltenango, Huehuetenango, Quiché, San Marcos, Sololá y Totonicapán, mayoritariamente indígenas, es donde ocurren menos hechos de este tipo. Mientras en la primera región la tasa es de 115 muertes por cada cien mil personas, en la otra es de 33. En ambos casos superiores al promedio de América Latina, que es de30 por cada cien mil habitantes. De este modo el promedio nacional de muertes violentas es de 58.68. La mayoría (98.44) en hombres y 17.66 en mujeres; involucra en mayor medida a jóvenes entre 20—29 años y el 49 por ciento sucede por arma de fuego. El estudio adjudica a la migración del campo a la ciudad y a la mala distribución de la riqueza en el país como determinantes sociales detrás de la violencia. *Siglo XXI*, 24 de mayo de 1999. Guatemala, C.A.

[10] Ibid, pág. 39—41.

[11] El jefe del partido era Mario Sandoval Alarcón apodado el Mico, un político de la extrema derecha, quien había participado en las jornadas contrarrevolucionarias contra Arbenz en 1954.

[12] El presidente Kjell Laugerud lo planteó así en uno de sus discursos: *(...) El fin político social de estas ideas es el siguiente: siendo que los agentes propugnadores de las doctrinas exóticas tienden socialmente a reclutar adeptos entre la gente sencilla del campo, a quienes su labia y fantásticos ofrecimientos en materia social, económica y política hace fácil presa, es por lo que insistimos en que el programa de Acción Cívico—Militar debe desde los cuarteles instruir a los reclutas sobre Reforma Agraria, en un régimen democrático, sus fines y objetivos, su aplicación paulatina y pacífica en forma evolucionada y no de revolución; fases y normas para su instauración, derechos y obligaciones que crea el respeto a la propiedad privada que fomenta con la creación de nuevos propietarios(...) mediante su contribución al desarrollo rural, las fuerzas armadas pueden gestionar ante la oficina de reforma agraria (INTA), la creación mancomunada de parcelamientos o colonias agrícolas para los elementos de tropa que causen baja y sus familias y que puedan ser localizados de preferencia a lo largo de las fronteras para servir al mismo tiempo como una especie de puestos de control*". En Leonel Luna, op. cit., pág. 30.

[13] AVANCSO, op cit., pág. 32.

[14] Richard Wilson, *Ametralladoras y espíritus de la montaña. Los efectos culturales de la represión estatal entre los q'eqchi's de Guatemala*. Guatemala, Textos Ak'Kutan. 1993.

[15] Un informe de Amnistía internacional sindicó a este gobierno la responsabilidad por la muerte de cinco mil personas, la mayor parte dirigentes populares, entre 1978 y 1980. Ibid., pág. 33.

[16] Juan José Hurtado Paz, *Elementos de la historia del movimiento revolucionario guatemalteco*. URNG, Guatemala, 1998.

[17] La población procedía del parcelamiento Las Máquina, Suchitepequez de donde salió en 1978 para fundar Dos Erres.

[18] Caballería: medida de superficie utilizada desde la época colonial, equivale a 48.5 hectáreas.

[19] Testimonio citado por Iduvina Hernández, "Exterminio". Revista *Crónica*, No. 388, Guatemala 11 de agosto de 1995, *pág. 13-17.*

[20] Ibídem.

[21] Testimonio 8.873, 1982. *Guatemala, nunca más*. Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico del Pasado. 1998.

[22] Ibid. Testimonio 18.583.

[23] Ibid. Testimonio 9.014.

[24] Graciela Freyermuth y Nancy Godfrey. *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia.* CIESAS- Instituto Chiapaneco de Cultura. México, 1993, pág. 21.

[25] Mano blanca, Ejército Secreto Anticomunista y Jaguar Justiciero, son nombres con los que se dieron a conocer algunos de los más activos escuadrones dela muerte en Guatemala durante los años setenta y ochenta.

[26] Pareciera que los habitantes del mundo, las buenas conciencias, padecemos el síndrome CNN, "llamado así por la conocida cadena de televisión norteamericana que sirve a domicilio las guerras de cualquier zona del planeta muentras se está desarrollando, y que contribuye de forma desproporcionada a modelar la opinión pública sobre aquella (...) La percepción de los equipos de televisión modela la opinión pública sobre cualquier conflicto, crea un mundo de buenos y malos y sólo pone ante los ojos del público lo más espectacular y brillante. Lo cotidiano y lo normal no tienen cabida allí ni multiplican los índices de audiencia". Alberto Piris, "Apuntes para una clasificación de los conflictos" en *Anuario CIP 1996:raíces de los conflictos armados*, CIP/FUHEM, Ed. Icaria, Madrid, 1995, pág. 21-29.

[27] Tradicionalmente se ha considerado a la guerra como inclasificable, sin embargo, entender las raíces de los conflictos es necesario para impedir su profundización y encono y para incidir en su solución. A. Piris propone que las causas pueden ser de base *psicológica*, es decir aquellas en las que las claves que sirven a la percepción de la realidad devienen en enfrentamientos; *tradicionales*, en las que la disputa por territorios, situaciones de índole histórica, económicas y étnicas explican al menos en parte la causalidad del conflicto y, *modernas*, entre las que propone las carencias democráticas, la pauperización del Tercer Mundo, el deterioro ambiental y el militarismo. Ibid pág. 2.

[28] Graciela De la Rosa C., "La acción colectiva en la psicología social" en *Iztapalapa* Nos. 10-11 UAMI, México, enero-diciembre 1984, págs.367-377.

[29] Luciano Concheiro Borques, op. cit. pág. 25.

[30] Miguel Alvarez, exsecretario Ejecutivo de la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI). Conversación con el autor. 13 de mayo de 1999.

[31] Testimonio, op cit.

[12] Ibid.

[13] La represión habla de la existencia de un lenguaje específico, una forma de comunicación del Estado con la sociedad de la que forma parte, y que se constituye a partir de símbolos y señales que, en Guatemala, forman parte del código que funcionaliza la cultura del terror. Así mismo, la ocupación del espacio físico vital de las comunidades por la marea militar, rompió el orden establecido en prácticamente todos los aspectos de la vida, generando efectos desestructuradores al interior de las mismas y en sus vínculos con el tejido social y cultural del cual eran parte. Richard Wilson, op cit. pág. 13.

[14] En 1980, en plena efervescencia revolucionaria, el EGP, se dedicó a organizar milicias populares en las aldeas del noroccidente, denominadas Fuerzas Irregulares de Liberación (FIL), la población en edad de hacerlo fue entrenada por muchos meses para incorporarse en el apoyo a un hipotético ejército revolucionario que avanzaría sobre las ciudades para asestar el golpe definitivo al régimen militar. Los campesinos, entrenados y motivados esperaron inútilmente el armamento que los jefes guerrilleros habían prometido y que nunca habría de llegar. Meses más tarde fueron las columnas del ejército quienes aparecieron para arrasar todo a su paso. Muchos años después indígenas del Quiché y de Huehuetenango, refugiados en México, seguían reclamando al EGP su error estratégico. Este no fue el caso en el Petén donde la organización revolucionaria prefirió un trabajo de organización política más personalizado que no involucraba necesariamente al conjunto de la población de las comunidades, utilizando una táctica de formación de células de militancia que realizaban acción política, labores de inteligencia y sólo eventualmente participaban en tareas militares limitadas.

[15] La Conferencia Internacional sobre Refugiados Centroaméricanos (CIREFCA) de mayo de 1989 caracterizó a los desplazados como: las personas que han sido obligadas a abandonar sus hogares o actividades económicas habituales debido a que sus viviendas, seguridad o libertad han sido amenazadas por la violencia generalizada o el conflicto prevaleciente, pero que han permanecido dentro de sus países. Secretaría de Apoyo Técnico (SAT). *Análisis comprensivo de la política de instituciones públicas nacionales e internacionales en materia de reinserción y reintegración de retornados guatemaltecos. Avance de investigación.* Fotocopia. Guatemala, abril de 1993, pág. 9.

[16] El capitán Sandokán era el seudónimo de un jefe guerrillero en el Frente del Petén, muerto en combate en 1981, legendario por su arrojo.

[17] Se entiende por refugiado a la persona que debido a fundados temores de ser perseguido por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentra fuera del país de su nacionalidad. En el caso de América latina, la definición es ampliada a las personas que han huido de sus países porque su vida, seguridad o libertad han sido amenazadas por la violencia generalizada, la agresión extranjera, los conflictos internos, la violación masiva de los derechos humanos u otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público. Secretaría de Apoyo Técnico, op cit., pág. 10.

Según la acreditación o no del refugiado se habla de *refugiados reconocidos*, que son los que han sido documentados y reconocidos por ACNUR, normalmente en un campamento y *refugiados no reconocidos*, son las personas que, aunque pueden ser consideradas como refugiados, no han sido identificadas, por lo que no se les ha reconocido formalmente dicha condición. "En todos los casos lo que hace la gran diferencia entre los refugiados reconocidos y todos los no reconocidos es que el status legal de los primeros ha posibilitado que tengan voz. Que sus opiniones, sus puntos de vista, sus demandas y

solicitudes puedan ser escuchadas. A la inversa, la ilegalidad migratoria de los segundos hace necesario que guarden silencio, mientras otros deciden" En México se observan los dos tipos de refugiado, de los primeros ACNUR documento la presencia de alrededor de 45 000; de los segundos, aunque no existen cifras exactas se habla de casi 50 000. Luis Raul Salvadó, *La migración por violencia en Centroamérica*. Serie Exodos en América Latina, No. 7, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, San José, Costa Rica, 1992, pág. 57.

[38] La Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) sólo reconoció a 46 000 como refugiados. La Diócesis de San Cristóbal de las Casas documento a 93 000. Graciela Freyermuth y Nancy Godfrey, op. cit., pág 25.

[39] Según datos de la COMAR se establecieron entre 80 y 92 asentamientos improvisados en áreas muy cercanas a la frontera. "Se pueden reconocer tres formas de asentamiento: los grandes constituidos por 2 a 6000 personas; los pequeños, ubicados a poca distancia de los ejidos; y aquellos en donde los refugiados se integraron a las comunidades y convivían estrechamente con los mexicanos". Freyermuth y Godfrey, op cit., pág. 28.

[40] Entre 5% y 6% de los guatemaltecos que buscaron refugio en México murieron entre 1981 y 1984. Sólo en Puerto Rico, uno de los mayores campamentos de la selva, en el municipio de Ocosingo, la tasa de defunciones fue de 19 por cada 1000 habitantes en el lapso de tres meses de 1984, en Cieneguitas 20 de cada 1000. 139 de cada 1000 refugiados que fueron hospitalizados en algún servicio de salud, murieron. Citado por Ibid., pág. 30.

[41] Testimonio citado por Beckman y Södeström: 1985. En Ibid., pág. 31.

[42] Es el nombre dado a las fuerzas de elite de la contrainsurgencia guatemalteca.

[43] El chumpiate es un aguardiente elaborado con maíz fermentado, muy común en Guatemala.

[44] Angelina Muñiz—Huberman, *La Jornada Semanal* 7 de abril de 1996, pág. 19.

[45] Nombre dado a los paramédicos responsables de la atención a la salud de las columnas insurgentes

[46] Después de la invasión militar, la aldea mexicana en tierra guatemalteca fue rebautizada con el nombre de José Cruz, asesinado durante la incursión, quien era uno de los principales del pueblo. Tras el ataque, la aldea se integró plenamente a la resistencia y algunos de sus habitantes nutrieron los frentes guerrilleros, en un momento en que no había mucho por qué combatir.

[47] La Organizacion Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA), El Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR).

[48] La formación de las patrullas Civiles responde a la normatividad institucional del Ejército derivada del Decreto Ley 19-86, publicado en el Diario de Centroamérica el 10 de enero de 1986, en pleno régimen civil, la que declara en su primer artículo que las patrullas civiles formadas por el Ejército "son parte de las reservas militares y deben ser apoyadas y coordinadas por el Ministerio de Defensa". El fenómeno de la paramilitarización en Guatemala ha sido abordada por diversos estudios, ver por ejemplo a: Joel A. Solomon, *Violencia Institucional: Las Patrullas de Autodefensa Civil en Guatemala. 1993-1994*, Centro para los Derechos Humanos de la Organización Conmemorativa "Robert F. Kennedy",

Washington, D.C., 1994.; Human Rights Watch, *Los Derechos Humanos en Guatemala 1993-1994*, Guatemala, 1994; Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. *Informe anual 1993*. ODHA, Guatemala,, 1994; Comisión para el esclarecimiento histórico del pasado, *Guatemala, nunca más*, ODHA, Guatemala, 1998; Richard Wilson op. cit.

[49] Según un estudio, "Los polos de desarrollo—aldeas modelo, las Coordinadoras Inter—institucionales (llamadas también consejos de desarrollo) y las Patrullas de Autodefensa Civil son mecanismos que cubiertos tras el maquillaje de la palabra "desarrollo" realmente cumplen funciones de contrainsurgencia: a la vez de garantizar el control de la población —entre otras muchas cosas—, desestructuran las comunidades indígenas y constituyen la piedra angular del genocidio en Guatemala... La meta de los polos de desarrollo y las aldeas modelo es crear aldeas totalmente nuevas sobre las ruinas de las viejas y sustituir los tradicionales sistemas indígenas por nuevos sistemas económicos y políticos. La introducción de nuevos cultivos rentables que no forman parte de la dieta tradicional, llevarán a la gente a una mayor dependencia del dinero en efectivo y de esta manera socavarán su autosuficiencia. Políticamente el ejército es por la fuerza, la máxima autoridad en áreas de ocupación e inviste de poder a ciertas autoridades locales: comisionados militares y comandantes de las patrullas de Autodefensa Civil. Esto a menudo destruye la delicada armonía de las estructuras de gobierno civil y tradicional." CEIDEC. *Guatemala, Polos de desarrollo. El caso de la desestructuración de las comunidades indígenas. Vol. II*, México 1990. *Págs. 14 – 15.*

[50] Hacia fines de 1992 la población de las principales cooperativas de la región se encontraba asi:

COOPERATIVA	SOCIOS FUNDADORES	SOCIOS ACTUALES	FAMILIAS POBLADORAS	TOTAL
Técnica	75	27	4(a)	31
Agropecuaria	80	22(b)	0	22
El Arbolito	— —	51	7	58
Bella Guatemala	60	7(c)	20	27
Flor de la Esperanza	59	30(d)	2	32
Ixmucané	— —	— —	—	20
La Lucha	18	14(e)	0	14
La Felicidad	— —	65	30	140(f)
La Palma	152	4	0	0
Centro Campesino La Quetzal	30	0	0	0

Fuente: Humberto Moran y Hugo Milian, *Informe final. Visita a las cooperativas ubicadas en los márgenes de los ríos Usumacinta y la Pasión*. ADEPAC. Cobán, Guatemala. 29 de diciembre 1992. En base a entrevistas en campo.

a) Son familias de la cooperativa Centro Campesino, se encuentran en esta cooperativa debido a que no hay transporte hacia sus tierras y debido a que no hay habitantes en ellas, esperan la llegada de "más gente" de su cooperativa.
b) 19 familias son desplazadas y 3 de repatriados, de las cuales 2 familias se encontraban dispersas en México y retornaron hace 4 años y la otra familia retornó en febrero del presente año.
c) De los cuales 6 son socios fundadores.
d) De estos 15 son socios fundadores.
e) De los cuales 6 son socios retornados y 3 son nuevos socios.

f) Puede notarse que la suma parcial no coincide con el total, las cantidades parciales fueron dadas por un poblador, sin embargo el total corresponde a un censo realizado.

[51] "El tema de las violaciones a los derechos humanos y a la Convención de Ginebra, por parte del ejército guatemalteco, se convirtió en centro de la crítica internacional. En los informes periódicos de prestigiosos grupos internacionales que vigilan el respeto a los derechos humanos, como Amnistía Internacional, Américas Watch, el Consejo de Asuntos Hemisféricos y otros, así como en organismos oficiales internacionales, como las Comisiones de derechos Humanos de la ONU y la OEA y el Parlamento Europeo, se condenó persistentemente a los gobiernos guatemaltecos (junto a los de Chile, Paraguay, El Salvador y Sudáfrica) por la brutal represión lanzada contra la población civil". AVANCSO, op. cit., pág. 91.

VI
RETORNO

Refugiados. Corazón de tierra

Antes de que se animara la vida de los refugiados con la idea del retorno a Guatemala en 1987, cinco años de refugio habían permitido levantar un edificio organizativo sin precedentes en la historia de los procesos de este tipo. Seis años más deberían transcurrir antes de que el primer grupo de refugiados volviera a su tierra de manera colectiva y organizada.

Las incursiones de soldados guatemaltecos en territorio mexicano que segaron vidas entre la comunidad refugiada y mexicana; la actitud hostil, agresiva y amenazante del régimen guatemalteco en contra de México; la constante denuncia, nunca demostrada, por parte del ejército de que los refugiados eran guerrilleros; la permanente presión de Guatemala a México para la repatriación de los refugiados; la dispersión e inaccesibilidad de algunos campamentos, así como los obstáculos en el estado de Chiapas para su integración al sistema productivo, aunados a las consideraciones de una política exterior mexicana que enfatizaba el hecho cierto de que (...) *Hoy Centroamérica es para México una prioridad. Hay que insistir en que nuestra relación es un asunto de seguridad nacional*[1], y que se expresaba en la necesidad de construir una frontera sur estable, fueron los principales factores que determinaron que el gobierno mexicano dispusiera la reubicación de los refugiados a los estados de Campeche y Quintana Roo, que según lo establecía el acuerdo entre

México y el ACNUR[2] *facilitaría la satisfacción de algunas necesidades básicas, como alimentación, vestido, salud y educación.*[3]

Manuel Bartlett, entonces secretario de Gobernación planteó así la cuestión. *Ante la imposibilidad de expulsarlos o de convencerlos para que retornen a su patria, y debido a que su presencia allí constituye una amenaza para la seguridad nacional, se decidió llevarlos a una zona del centro norte de Campeche, donde falta mano de obra.*[4]

La decisión se alimentaba por la convicción de que, a diferencia de Chiapas, estado donde los conflictos agrarios eran una constante, Campeche y Quintana Roo eran zonas poco pobladas por lo que la llegada de los guatemaltecos inyectaría mano de obra adicional para impulsar los proyectos locales de desarrollo. También, por el hecho de que la inaccesibilidad y dispersión de más de cien campamentos, hacían difícil la prestación de servicios que México estaba comprometido a otorgar y finalmente, Campeche y Quintana Roo eran estados donde el PRI tenía entonces escasa oposición, a diferencia de Chiapas, en donde el conflicto social y político alcanzaba ya proporciones preocupantes para el poder constituido, conflicto que podría, desde la óptica oficial, verse alimentado por la diseminación del espíritu y la experiencia revolucionarios de los refugiados.

Sin embargo, la decisión del gobierno mexicano se topó con la tozuda, silenciosa, resistencia de los refugiados quienes preferían mantenerse cerca de la frontera a pesar del peligro que esto representaba para sus vidas.

La iglesia católica, en la voz de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, como siempre, entendió mejor el asunto y fue solidaria con su posición.

> *No es casual que se hayan asentado principalmente en la zona fronteriza del estado de Chiapas, pues ahí encuentran inmediata*

comprensión y ayuda. Es un territorio cuyas características y población le son familiares: Están unidos a nuestros campesinos por lazos culturales, familiares, de compadrazgo y amistad. Por generaciones se han tratado y ayudado mutuamente en los trabajos agrícolas y en sus necesidades. Se visitan en sus fiestas a ambos lados de la frontera. Algunos de ellos son descendientes de mexicanos que en horas aciagas de nuestra patria buscaron refugio en Guatemala, o que por su pobreza emigraron al vecino país. Las poblaciones mexicanas de la región han sido también sus centros de comercio y abastecimiento, como los mexicanos han recurrido al comercio con las poblaciones fronterizas de Guatemala. En una palabra, siendo grupos humanos muy afines, mexicanos y guatemaltecos de la zona fronteriza forman una especie de gran comunidad, por encima de las divisiones políticas de las dos naciones.

Dada nuestra experiencia pastoral con los refugiados desde hace años, el conocimiento directo de sus hondas preocupaciones y expectativas, así como el de las condiciones y consecuencias para ellos de largos desplazamientos, y las reacciones negativas que éstos han suscitado en otras latitudes contra otros países, y que sin lugar a dudas se suscitaría de hecho contra nuestro país en la opinión pública internacional y nacional, nos parece inoportuna e inconveniente la medida de reubicarlos hasta los estados de Campeche y Quintana Roo.[5]

Los propios refugiados enviaron peticiones angustiosas al presidente mexicano, al ACNUR, a la COMAR[6], a la ONU y a otras organizaciones no gubernamentales, nacionales e internacionales. En ellas solicitaban que aquellos que vivieran cerca de la frontera fueran reubicados, pero dentro de Chiapas, los demás consideraban que podían permanecer en sus lugares de refugio.

Fue en vano, la incursión armada del ejército de Guatemala sobre el campamento de Chupadero, en el municipio de las Margaritas apresuró la decisión tomada por el gobierno. Muchas veces con lujo de violencia, los refugiados, caminantes eternos, fueron forzados a emprender una nueva marcha.

> *Los subieron en la lancha a fuerzas, porque habían cruzado el río sin permiso, entonces fue cuando los llevaron a fuerzas a Quintana Roo y Campeche.*
>
> *La mayoría se fueron, algunos logramos escapar, nos fuimos a Ixcán, nos fuimos subiendo por San Andrés y poco a poco nos vinimos a Nuevo Jerusalén, otros se fueron cerca del río Jabalí y formaron el asentamiento de la Media Luna. Nosotros éramos tres mujeres y tres hombres con seis niños, caminamos cinco días por la selva, cargando las pocas pertenencias que logramos salvar, porque el ejército mexicano quemó todo el campamento.*[7]

El traslado desde tierras chiapanecas fue un proceso marcado por la desorganización y la tragedia. En Palenque, una de las escalas en el viaje desde la selva a Campeche y Quintana Roo, cuando menos una mujer murió después del parto, dejando a la recién nacida y a su hija de cinco años desamparadas, ya que su esposo había sido llevado poco antes a Campeche, contra su voluntad.

El primer grupo de refugiados trasladado a Campeche fue concentrado en las bodegas de Conasupo en Chiná y Hecelchakán, poblados distantes pocos kilómetros al norte de la capital del estado, antes de poder instalarse en el lugar destinado para el asentamiento definitivo. En cada una de estas bodegas se concentró a 2 000 refugiados que no disponían de servicios sanitarios ni una dotación adecuada de

agua. Eran tan extremas las condiciones que los médicos que acompañaron el traslado debían atender a 80 enfermos por día en promedio, pero a pesar de ello muchos murieron, especialmente niños y ancianos, llegando a presentarse de tres a seis defunciones por semana.

Al poco tiempo COMAR y ACNUR, cuando evaluaron los hechos, debieron reconocer el gran error cometido al promover un traslado apresurado y sin planificación. Sin embargo, responsabilizaron también a los propios refugiados, atribuyendo los problemas a sus pobres condiciones de salud y nutrición previas al traslado y a sus deficientes hábitos higiénicos. Al mismo tiempo consideraron sin mucho énfasis, que las pésimas circunstancias encontradas a su llegada, las variaciones climáticas y el hacinamiento del que fueron víctimas en los alojamientos *temporales* habían sido factores igualmente importantes.

Alrededor de siete por ciento de uno de los primeros grupos reubicados, el que procedía de la selva Lacandona, murió durante el traslado.

Lo cierto es que ni COMAR, ni ACNUR ni las instituciones de apoyo médico sanitario como IMSS-COPLAMAR tuvieron la capacidad de proponer una estrategia conjunta y eficaz con el fin de restablecer las condiciones de los refugiados para el traslado y para supervisar y cubrir sus necesidades médicas durante el viaje y después de su llegada.[8]

Entonces, cuando la negligencia y la incapacidad se hicieron evidentes, los propios refugiados debieron responder como siempre lo habían hecho y como lo harían en adelante. Una generación de dirigentes, probada desde los años en la montaña, salió a la luz para organizar a la gente en la nueva batalla por la sobrevivencia. Algunos de ellos llegaron a formar parte, tiempo después, de las Comisiones Permanentes, pero entonces su tarea fue la interlocución con las

autoridades mexicanas y de ACNUR, la constitución de grupos de trabajo para el saneamiento de los albergues, la preparación y distribución de alimentos y el reparto equitativo del agua siempre escasa, la dirección del levantamiento de viviendas, la construcción de pozos, la animación de los grupos, la formación de improvisadas escuelas para atender a los niños y un trabajo político que buscaba darle sentido a la vida en las nuevas circunstancias e involucrar en él a la mayoría de los refugiados a punto de la desesperación. Esta experiencia sería determinante cuando se emprendió el viaje de regreso.

Se recuerda de aquellos años la lucha férrea de María Teresa Aguilar y José Espinoza, ella una india Cackchiquel excombatiente de las FAR y él un viejo apicultor y promotor de la organización de las cooperativas del Petén; la de Lucas Lima, dirigente parcelario y animador político del Petén desde sus tiempos en la Democracia Cristiana; el incansable esfuerzo de Hermitaneo Monzón, Sebastián Chen, Jorge Abrego y Albertino García, el trabajo de Gregoria Súchite una joven Chortí sobreviviente de la cooperativa Centro Campesino en el Petén y de Evangelina Rodríguez, a Miguel Reyes un ladino procedente de los parcelamientos indígenas de Huehuetenango, entre muchos otros destacados líderes refugiados.

Durante 1984 y 1985 casi 16 mil guatemaltecos fueron reubicados a cuatro campamentos en Campeche y Quintana Roo. De la misma manera que cuando llegaron a Chiapas entre 1982 y1983, tuvieron que limpiar el terreno y hacer sus casas. La construcción de letrinas fue particularmente difícil debido a la conformación del suelo de roca caliza, lo que determinó la necesidad de realizar un saneamiento periódico para evitar enfermedades; la escasez de fuentes de agua hizo necesario cavar pozos. En Campeche las tierras eran pobres para el cultivo, lo que obligó

a la COMAR a distribuir una ración más generosa de alimentos que las que proporcionaba en Chiapas. En Quintana Roo, los refugiados no pudieron evitar quejarse de la escasez de alimentos, ya que con retrasos recibieron solamente sardinas y harina de maíz para sus familias.

Sin embargo, pese a todos los esfuerzos, altas tasas de morbilidad, mortalidad y desnutrición grave acompañaron nuevamente a esta población. En Campeche, se estimó que 7% de la población infantil murió, y en Quintana Roo se reportó que a su llegada morían de dos a tres personas al día. Por eso una de las primeras obras de los nuevos colonos, en la que tenían una vasta experiencia, fue la habilitación de cementerios en las inmediaciones de lo que habrían de ser los nuevos poblados. Las principales causas de muerte fueron desnutrición, disentería y sarampión, una bien conocida combinación asesina de niños.[9]

En poco tiempo, y gracias a una organización rápidamente recuperada, los refugiados, arquitectos incansables, emprendieron de nuevo la construcción de sus campamentos. Levantaron precarias champas de tabla y lámina de cartón, trazaron calles, edificaron escuelas y sus jóvenes promotores de educación se dieron a la tarea de enseñar las primeras letras a los incontables niños que reían y jugaban por todas partes, abrieron pozos, incorporaron a sus promotores de salud en la atención médica que complementaba con ventaja a los propios servicios médicos oficiales, midieron terrenos para las canchas de *fut* y *basquet*, y decidieron pedirle permiso a la nueva madre tierra apenas reconocida, para horadar sus carnes y sembrar en ellas las semillas del porvenir.

Pocos días antes de la partida de los guatemaltecos a su patria, en 1994, el propio gobernador de Campeche habría de reconocer el aporte de los refugiados al mercado de alimentos del estado.

Pese a las restricciones que imponía su status migratorio, lograron conseguir algún trabajo entre sus vecinos mexicanos que los recibieron de buena manera, y aprovecharon la convocatoria del Instituto Nacional de Antropología para participar en la restauración titánica del viejo centro maya de Edzná, que hasta entonces se ocultaba bajo siglos de tierra y abandono.

Trabajaron en la reforestación del parque de Calakmul, en su mantenimiento y vigilancia, como antes lo habían hecho en el parque de Montebello y en la Lacandona y se incorporaron a cuanto curso y taller les fue ofrecido por COMAR y las ONG que empezaron a acercarse para brindar apoyo.

Muy pronto, nuevas figuras enriquecieron y complejizaron la vida en los campamentos. Notable fue desde el principio la organización de las mujeres, Mamá Maquín, Madre Tierra, La Nueva Unión y Flores Unidas (estas dos últimas constituyeron la base de una nueva organización de mujeres nacida durante el proceso de organización del retorno al Petén: Ixmucané) se incorporaron a la lucha cívica de los campamentos. La Asociación de Familias Vulnerables, que inició el trabajo con discapacitados. Acción Cristiana Guatemalteca (ACG) que organizó el trabajo pastoral de la mayoritaria población católica, la Unión de Maestros Guatemaltecos Refugiados en México (UMEGREM) que representaba a los promotores de educación; La Asociación de Guatemaltecos Refugiados Unidos para Mejorar la Salud (AGRUMS) a los de salud, entre las más importantes.

Verdadero mosaico pluricultural, representativo de su nación de origen, los campamentos lograron articular una compleja trama de relaciones que por lo menos durante los años en México, pudo encauzar las diferencias étnicas y políticas existentes.[10] Como se constataría en el

futuro, la organización y agrupación de los refugiados no sólo tenía por objeto crear espacios de recursos y trabajo; también se orientaba hacia la reorganización de la vida con base en identidades recuperadas tal como se mostraba en los propios nombres de los asentamientos: Quetzal Edzná, Maya Tecún, Kesté, Kuchumatán, Maya Balam, Los Lirios, La Laguna, Los Laureles. Nombres que remitían a la apropiación de un territorio de transición, un espacio puente entre el ayer y el hoy, entre el aquí y el allá. Pedacitos de tierra propia y extraña se amasaban nuevamente para formar al hombre, como desde siempre había sido, como lo rezaba el *Pop Wuj*.

Se repetía en tierras mexicanas la vieja promesa de los mayas: *Cortaron nuestras hojas, talaron nuestro tronco, pero no morirá nuestra raíz.* Y fue cierto, los campamentos fueron enclaves de significaciones nuevas, de realidades sociales cualitativamente distintas: normas de acción, ambientes culturales, economías locales y redes de relación que transformaban las realidades sociales anteriores, y que se explicaban por la trama paradójica de lazos que iban más allá de los acostumbrados arraigos espaciales de las regiones de llegada y destino que habían nutrido su experiencia, pero anclados en el poderoso acervo de su historia territorializada, en el que se sostiene al fin y al cabo el sentido de pertenencia, la lealtad, el compromiso y los valores de un pueblo.

Ciertamente, los campamentos constituían *Espacios sociales transnacionales*, es decir, realidades de la vida cotidiana, surgidas en el contexto del forzado proceso migratorio, geográfica y espacialmente difusas aunque sólo en el sentido más literal desterritorializadas, al mismo tiempo constituyentes de un espacio social que, lejos de ser puramente transitorio, configuraba una importante estructura de referencia para la praxis de la vida diaria, las identidades y los procesos

biográficos y, simultáneamente trascendentes del contexto social de la sociedad nacional y local.[11]

¿Qué nos hace uno siendo distintos, si no es nuestro mismo dolor y nuestra esperanza? Se preguntaron muchas veces. La respuesta fue llenar de contenidos nuevos a una misma realidad, la de ser refugiados; físicamente desarraigados por la violencia, pero ideológica y espiritualmente enraizados en una historia compartida y, en algún momento, la de estar dispuestos a renovarse para conquistar el porvenir. Lo dijeron mejor en los días del retorno: *Refugiados fuimos, guatemaltecos somos.*

De este modo, organizaron su sistema de gobierno basado en la elección por asambleas comunitarias de las juntas de representantes de campamento, integradas a su vez por dos representantes de cada uno de los grupos organizados en módulos (barrios), cada uno formado, hasta donde fue posible, por quienes tenían un origen común. La Junta se hizo responsable de la organización de las actividades productivas de carácter comunitario, de la realización de las obras públicas y de la recaudación de fondos para actividades sociales. Constituyeron Comités de Trabajo para las empresas más específicas, de carácter colectivo, como el cuidado de las fuentes de agua, algunos proyectos productivos y la seguridad de los campamentos. Nombraron alcaldes para dirimir los conflictos internos que nunca fueron más allá de reclamos menores[12]. Y cuando vino Raquel Blandón pudieron, sin grandes esfuerzos, seleccionar a los dirigentes más probados, hombres y mujeres, para representarlos en la nueva y más trascendente aventura, la del regreso.

Al paso de los años, el espacio de los campamentos llegó a ser una fuerza de cohesión social, en la medida que fueron conociéndolo y reconociéndose en él. Un espacio nuevo que se sumaba a las

adscripciones territoriales anteriores y que empezó a tener sentido como aglutinante de la diversidad, como referente de un colectivo.[13]

El aprendizaje del territorio nutrió sin duda el conocimiento de los campesinos refugiados en el manejo del ambiente. Muchos de ellos eran originarios del altiplano guatemalteco o de las regiones de sabanas del sur y del oriente, la mayoría vivieron durante años en las selvas y ahora tenían que saber cómo comunicarse con la madre tierra en esta región de suelos calizos y secos.

Pero también, nutrió su concepto de cultura y enseñaron que ella está tejida sobre las diferencias. Un discurso renovado se escuchó en los campamentos. Un discurso que trascendía, sin negarlos, el lenguaje de sus orígenes étnicos y las fórmulas de la jerga revolucionaria. Nuevos modos de negociación nacieron entonces. Los propios cuadros políticos de la URNG que visitaban de vez en cuando los asentamientos se sorprendieron de ello. Algunos se animaron a aprender, otros se atrevieron con ceguera a calificar como acomodamiento lo que eran estrategias de sobrevivencia y de construcción de sentido.

Tal vez a quienes menos costó adaptarse a las nuevas circunstancias fue a los jóvenes que llegaron a México siendo niños o que nacieron en esta tierra y que terminaron por sentir que este era su hogar. Cuando sus padres hablaron de volver ellos entendieron marcharse. Su refugio empezaría en la patria que todos aseguraban era suya pero que a ellos les resultaba ajena y hostil.

También, a los refugiados ladinos procedentes del Petén, protagonistas de incontables y recientes migraciones y por lo mismo pobremente arraigados a sus antiguas posesiones agrarias, la adaptación a la vida en México fue más fácil que para los indígenas que procedían de comunidades de larga data. Ciertamente los peteneros vivieron en el

refugio más tiempo que el que recordaran haber vivido jamás en algún otro lugar en Guatemala. Y se convencieron que por primera vez habían podido construir un hábitat estable y seguro; víctimas, como habían sido, de tantas ilusiones y desencantos.

Algunos llegaron a creer que *nadie es de donde nace, sino de donde la hace*. Sabiéndolo, no era difícil entender las causas de que, en algunos casos, las lealtades se subvirtieran, que en otros se perdieron de vista los referentes objetivos de la causa del refugio, que una aparente apatía y un cierto oportunismo hiciera presa de ellos. Cuando el retorno fue una opción real, fueron los que más dudaron y en algún momento condicionaron su decisión de volver o francamente optaron por quedarse para siempre en México.

Pero no sólo los peteneros vivieron la crisis. Cientos de refugiados, procedentes del Ixcán, también se negaron a volver a sus antiguos territorios y terminaron por inscribirse en los grupos que regresaban al Petén, con la ilusión de iniciar una nueva vida, lejos de los recuerdos tristes que poblaban sus noches en el refugio. Tal era la fuerza del miedo sembrada con sangre por el terrorismo militar.

De este modo, el movimiento de retorno no fue solamente el viaje de regreso al puerto seguro del pasado, sino el tránsito hacia el mañana por senderos inéditos y atajos insólitos. Para estos náufragos de todas las tormentas, exploradores de todos los caminos, el retorno fue el canal para orientar la disposición de empezar una vez más, de conquistar de nuevo la tierra prometida, con la energía vital de quien se sabe un sobreviviente.

> *Hemos y estamos sufriendo mucho, demasiado, eso sí es cierto, pero de que digamos ya no más, aquí nos vamos a quedar, eso es mentira. Nuestra convicción es que la sangre que ha sido derramada no será en vano. La sangre que ha sido derramada da sentido al sufrir...nuestros ojos*

están tan abiertos y hemos visto la realidad que el ejército y el gobierno no persiguen otra cosa, que querer terminar con nosotros. Entonces, después de haber arrasado con nuestras aldeas, después que se han muerto nuestros familiares, tenemos la conciencia de que la sangre que está derramando nuestro pueblo si tiene que dar su fruto, tiene que dar su fruto porque esta sangre para nosotros es sagrada y tiene un valor muy grande.[14]

Nuevos destinos personales y colectivos se escribieron en el caudal del retorno.

Aldeas de Resistencia

Muy lejos de los campamentos de refugio en México, en lo intrincado de la selva petenera se escribía otra historia de luchas y sacrificios.

Una vez que el ejército se hubo retirado de la zona de las aldeas, la gente que había salido regresó a sus lugares, los campesinos que los habían protegido los despidieron todavía con el temor reflejado en los ojos. Medrano y los suyos se dedicaron a evaluar los daños.

Además de los muertos, a quienes se les dio sepultura durante una ceremonia sin rezos ni plegarias, el panorama lucía desolador. Las tropas invasoras habían destruido todo a su paso como era su costumbre: las champas fueron quemadas, las trojes vaciadas y los campos de cultivo arrasados. Sólo algunas gallinas habían escapado de la muerte al refugiarse en la selva y hubo que buscarlas sin esperanza durante muchos días, pero aparecieron milagrosamente y por fin murieron en un caldo de yerbas sin sal que supo a gloria a los hambrientos.

Había que empezar de nuevo. Medrano se reunió con el grupo de líderes para organizar el trabajo. Ahí estaba el viejo Chicasté, el maestro Alfonsito, el sargento Calín, el explorador Rubelio y su hermano Calixto, el Tío García, Pedro el Chol de la aldea mexicana sacrificada, Marisol, Elena y Doña Rosa, el joven Cristóbal y por supuesto el viejo Tío Leonardo que había regresado de México apenas supo la tragedia.

Comprendieron que la ausencia de la columna guerrillera significaba una nueva situación para la vida de las aldeas y que esto obligaba a profundos cambios, no sólo en las medidas de seguridad sino en la conducción de todo el proceso organizativo, en su cotidianeidad y en su destino. Reafirmaron su lealtad a la URNG pero debieron confesar que poco podrían hacer en la lucha armada y decidieron asumir su carácter civil y no combatiente, más propio de su naturaleza, una naturaleza negada por tantos años de relación con el Mando Militar y por sus propios persecutores.

Después de una semana de reuniones que comenzaban al amanecer y terminaban hacia la medianoche, hora en que cada quien se iba a su hamaca a velar el improbable sueño de los otros, llegaron a un acuerdo. En adelante se llamarían Comunidades Populares de Resistencia del Petén y como tales inventarían una nueva identidad, un nuevo sentido a su vida, un nuevo motivo para estar juntos. Buscarían el reconocimiento de la sociedad nacional y la comunidad internacional, implantarían un régimen de gobierno legitimado por la elección democrática de sus dirigentes, impulsarían la organización por sectores dentro de las aldeas, implementarían una producción que garantizara el sustento de todos, un sistema de salud que se pondría en manos de promotores y uno de educación que permitiera el desarrollo de niños y

adultos, y buscarían relaciones con aldeas cercanas en el municipio y en la frontera mexicana y con organizaciones solidarias del mundo entero.

Sintetizaron su propósito, al final de los largos días de evaluación y planeación en la nueva consigna que inventaron al efecto: *Nuestra lucha es semilla del futuro,* y con ella se aprestaron a sembrar.

Cuando el sueño estuvo listo, reunieron a la gente de todas las aldeas en el lugar donde se levantaban las ruinas de una de ellas y les comunicaron la decisión. Al principio todos se sorprendieron, preguntaron, opinaron, dudaron, pero al final todos convinieron que más valía soñar que despertar y ver el abandono y la miseria de siglos que les rodeaba.

¿Cómo lo haremos? Fue la pregunta angustiosa que asaltó a todos.

Aprenderemos, dijo Medrano en el tono más convincente que logro rescatar del caos de su propia angustia.

Inmediatamente empezaron a trabajar, se organizaron cuatro aldeas mayores donde se concentraron los pequeños grupos más o menos dispersos que habían quedado tras la ofensiva.

La primera aldea se llamó *Esmeralda* en honor a una mujer que había trabajado durante años como promotora de educación y que había muerto de una larga afección hepática en un hospital mexicano a donde había sido trasladada por amigos solidarios. Sus representantes serían Cristóbal y Marisol.

La segunda, *Albeño,* por el joven combatiente muerto en la batalla contra los invasores, la dirigiría el sargento Calín.

La tercera *José Cruz,* poblada por mexicanos, su dirigente sería Pedro el Chol.

Y la última *García*, dirigida por un viejo que había usado tal seudónimo desde sus tiempos de guerrillero en un homenaje a su labor de tantos años.

Doña Rosa y Marisol impulsarían y orientarían el trabajo de las mujeres. Alfoncito se encargaría de la educación; Olga y Rosita se encargarían de la atención de los enfermos. Chicasté sería el representante ante la comunidad nacional y Don Leonardo de los contactos con la solidaridad internacional. A Rubelio le encargaron mantener y acrecentar el contacto con las aldeas mexicanas de la frontera, viejas amigas y cómplices de todos los sueños y todas las tribulaciones.

Medrano, que renunció desde entonces a su grado de sargento, fue nombrado Representante General.

Al interior de las aldeas, las familias se organizaron en módulos, a la manera de los refugiados, que sustituían a las escuadras milicianas en las que se habían agrupado antes. Cada módulo estaba integrado por cuatro o cinco familias nucleares o por un nuevo tipo de familia extensa, compuesta de retazos de familias desintegradas al calor de la guerra, dos niños huérfanos, tres viudas y sus hijos y sobrinos, algún anciano sin nietos, tal vez algún hombre adulto, todos emparentados por su historia común.

Cada grupo integrado a un módulo nombraría su representante el cual sería responsable de la seguridad de los miembros, de dirigir la evacuación y la defensa en caso de nuevos ataques del ejército y de coordinar las tareas productivas además de formar parte del consejo del poblado y de la asamblea general de las Comunidades de Resistencia. No era una estructura perfecta, pero sí lo más cercano a lo que recordaban

era un gobierno comunitario, aunque debieran adaptarlo a sus circunstancias únicas.

Don Leonardo no perdió el tiempo, salió de inmediato a México para trabar contacto con grupos solidarios y al poco tiempo regresó acompañado por viejos amigos y cargado de alimentos, medicinas, ropa, botas de hule, herramientas, un poco de dinero e incluso algunos cerdos y pollos para repoblar las granjas de las aldeas. Algún tiempo después, los aldeanos recordarían el traslado de esos animales por las brechas de la selva como la operación *Arca de Noé*.

Cuando fue el tiempo, reiniciaron la siembra de maíz y frijol de manera colectiva. Los días de siembra fueron siempre alegres, pero los de cosecha eran verdaderas fiestas que incorporaban a todos. Se supo incluso que algunos, contra la costumbre impuesta por el mando militar, se atrevieron a hacer ofrendas a la tierra como lo habían sentenciado los más viejos, desde los tiempos del origen.

A los pocos meses las aldeas lucían un nuevo rostro y una renovada actividad. Rubelio era un personaje en las aldeas mexicanas y había reconstruido los viejos puentes sobre el río, puentes hechos de palabras y gestos por los que transitaba una historia de amistades antiguas y nuevas aventuras.

Los pueblos de ambos lados de la frontera pudieron compartir sus experiencias y entonces los aldeanos de la resistencia supieron que también en México se apresuraba la guerra y entendieron los motivos, pero se negaron siempre que los campesinos mexicanos insinuaron la posibilidad de aprender las técnicas militares, dispuestos a desanimar lo que su experiencia les señalaba como imprudencia, pero estuvieron atentos a enseñar lo aprendido.

Por esos días también, Rubelio pudo informar a los suyos de los contactos que había establecido con comerciantes del otro lado del río dispuestos a comprar Xate. De inmediato la recolección de la palma se convirtió en la principal actividad de las mujeres, los hombres debieron incorporarse así a las labores de las cocinas colectivas que entonces funcionaban. La venta de Xate permitió algunos ingresos a la gente, dinero que servía para comprar en los pueblos mexicanos sal, azúcar, café y otros artículos que no podían producirse en la selva.

Un *solidario* entusiasta trajo incluso un trapiche, con el ánimo de promover el cultivo de la caña de azúcar que nunca se había sembrado en esos lares y enseñó sus secretos que algunos recordaban de los tiempos de las fincas del sur, pero al final nadie estuvo dispuesto a volver a cultivar una planta ligada a sus más negros días. Se instaló un taller de sastrería que permitió confeccionar la ropa que se necesitaba y que por economía y nostalgia siempre fue del mismo color, verde olivo. Un año después los responsables del taller, Doña Olimpia y Don Pascual se quejaban de que la gente había subido de peso y tenían que trazar nuevos moldes para las tallas más grandes que se pedían.

Alfonsito, apoyado por un grupo de solidarios mexicanos organizó las escuelas y comenzó la capacitación de sus maestros, la mayoría eran niñas, que apenas rayaban la adolescencia entusiasmadas con la idea de aprender y enseñar a los otros. Las más dispuestas fueron Yolandita y Leonarda que entonces tenían apenas doce años de edad.

Otros solidarios experimentados en el trabajo de salud apoyaron la capacitación de promotores y promotoras que vacunaron a los niños, desparasitaron a todos, repartieron medicinas para prevenir el paludismo, curaron heridas, enseñaron a hervir el agua y a sanear las letrinas.

Chicasté, salió un día hacia la capital, para cumplir su tarea diplomática, cargado de las demandas del pueblo desplazado.

> *No queremos parcelas, reivindicamos como nuestro el territorio donde ahora nos hemos asentado, obligados por el terror del ejército, ese territorio nos hecho ser quienes somos y por eso lo protegemos con nuestro trabajo en colectivo para el bien de toda la nación guatemalteca. Hemos aprendido a querer y respetar a la selva, nuestra casa y hemos jurado defenderla de los depredadores que saquean la montaña en complicidad con el gobierno y el ejército. Nos proponemos un desarrollo basado en una relación en armonía con la naturaleza y en el ejercicio de nuestra autonomía como población víctima de la violencia. Exigimos que se nos reconozca como población civil no beligerante, demandamos la solución política al conflicto armado y el resarcimiento a las víctimas de la guerra, nos asumimos como uno más de los sectores surgidos por la represión y la impunidad, pedimos el reconocimiento y el apoyo de la comunidad nacional e internacional,* rezaba el cuadernillo elaborado tras arduas deliberaciones en los talleres de análisis que se realizaron en esos días con el apoyo de un grupo de apoyo solidario.[15]

El viaje de Chicasté fue casi una odisea. Una noche de 1993 cruzó el río y pudo llegar a la carretera que comunicaba a las comunidades de la Lacandona con Palenque. Con ayuda de amigos mexicanos, que lo trasladaron burlando los puestos de migración y los retenes militares pudo llegar hasta La Mesilla, cruzó la frontera legalmente amparado por su vieja cédula de identidad que había conservado todo el tiempo y una mañana se presentó en la oficina que las Comisiones Permanentes de los refugiados habían instalado en la ciudad de Guatemala para pedir ayuda.

Los representantes de los refugiados ya lo esperaban y lo presentaron con dirigentes del movimiento popular y con funcionarios de ONG, le organizaron una rueda de prensa, en la que Chicasté, el viejo cakchiquel pudo dar a conocer las peripecias de los desplazados de la montaña. Todo el mundo se sorprendió, algunos dudaron. El ejército negó la existencia de estas CPR e insistió que sólo tenía conocimiento de las que desde hacía algún tiempo se habían organizado en la región del Ixcán. Sin embargo, su tarea fue un éxito, dos años más tarde, en el otoño de 1994, una delegación de la Misión de Naciones Unidas en Guatemala (MINUGUA), que había llegado al país para supervisar el cumplimiento del Acuerdo de Derechos Humanos firmado en marzo de ese año entre la URNG y el gobierno en plena fiebre negociadora, llegó en helicóptero a las aldeas. En el aparato viajaba también Chicasté, que para entonces había decidido recuperar su nombre de nacimiento, Celso Cuxil, y un grupo de periodistas y funcionarios de organismos no gubernamentales.

Fue un día de fiesta en las aldeas que mantuvo en vilo el ánimo de todos, enfrascados en una fiebre de preparativos para recibir la nueva era. Ese día los niños, bajo la conducción de Alfonso, Yolandita y Leonarda se esmeraron en aprender el himno nacional, y algunas canciones compuestas por Cristóbal para conmemorar la ocasión, quien los acompañó con su vieja guitarra. El propio Cristóbal escribió, dirigió e interpretó una comedia que en tono bufo recordaba los días de la persecución. Las mujeres limpiaron las champas y cocinaron tamales rellenos con la carne de un jabalí que Israel cazó la noche anterior en un alarde de suerte, y los hombres reforzaron los horcones y el techo de la vieja galera que había servido para la primera misa que se escuchó en esa selva un año antes, y la adornaron con orquídeas que los niños mayores bajaron de las ceibas y chicozapotes cercanos. Fue una tarde de discursos

emocionados, recuerdos tristes e ilusiones renovadas. Medrano pronunció unas palabras de bienvenida con la voz entrecortada, más por la falta de costumbre de hablar ante un público tan extraño que por el sentimiento. Chicasté se mantuvo al margen del bullicio, discreto como siempre, solazándose en silencio en el espectáculo del que él era artífice principal. La delegada de MINUGUA les prometió con ingenuidad una nueva época de paz y prosperidad y garantizó el acompañamiento de la comunidad internacional. Los periodistas hicieron todas las preguntas y recibieron las respuestas que la gente venía preparando desde hacía 12 años, aunque al día siguiente los diarios publicaron las crónicas más disímiles y disparatadas que se les pudieron ocurrir.

En realidad, los más sorprendidos por el curso de los acontecimientos fueron los propios aldeanos que esa tarde, frente al espejo de los otros, descubrieron un rostro que no recordaban después de tantos años de guerra.

Días después el gobierno reconocía el carácter pacífico de la población y los invitaba a incorporarse a la vida civil sin temor alguno, sin embargo, la gente permaneció en la selva hasta 1997, un año después de la firma de los acuerdos definitivos que ponían fin a la guerra. Una mañana salieron en lancha hacia su nuevo destino, una aldea abierta y legal en el municipio de La Libertad.

No obstante, antes de que la estrategia política de las CPR diera sus frutos, el proceso de organización fue siempre cuesta arriba, no sólo por los constantes amagos del ejército, más de orden propagandístico que militar que mantenían en constante tensión a la gente y la distraían de sus quehaceres cotidianos sino por la impericia de la gente en los asuntos del autogobierno.

Aprendiendo a vivir

Ciertamente, la decisión de los dirigentes de luchar por la autonomía de las aldeas demostraba sus bondades por la creciente participación de la población y el mejoramiento sustantivo de las condiciones de vida en las aldeas. Pero tantos años de subordinación al mando guerrillero habían hecho olvidar a muchos los referentes de la responsabilidad y el derecho comunitarios.

Muchas veces Medrano tuvo que hacer grandes esfuerzos para rechazar las tentaciones del poder absoluto, aunque tantas otras no pudo evitarlo. En su interior debió librar por largos días y noches de soledad, la batalla entre su origen campesino dado a la colectividad, su vena guerrillera acostumbrada a mandar y obedecer y sus propios amores que lo llevaban muy lejos de ahí, a la finca donde desde niño sirvió como *mozo colono* y de la que había escapado para inscribirse en la ruta incierta de la libertad. Muchos lo acusaron indistintamente de autoritario y de blandengue, tanto cuando decidía que cuando dejaba a los otros decidir. Las asambleas comunitarias se prolongaban en discusiones sin control sobre los asuntos más triviales en las que se representaba la esquizofrenia de los motivos inciertos. La situación se hizo tan ambigua que algunos, asustados por la incertidumbre, abandonaron las aldeas para volver a los campamentos de refugio en México o para instalarse como pobladores de las aldeas mexicanas de la frontera en busca de respuestas que no pudieron hallar porque estaban escondidas en lo más profundo de su propio corazón. Medrano soportó todo hasta el día amargo en que agobiado por el peso de tantos destinos, renunció a su cargo de representante y lo cedió con sentimientos encontrados a Alfredo, el viejo catequista recién instalado en sus labores pastorales.

Ese día se sorprendió repitiendo a Alfredo las palabras que Fernández le dijo al partir. *Allí le dejo a esa gente, desde ahora es suya, a ver si los educa y los devuelve al camino de la revolución.*

El propio mando militar insurgente dudaba del experimento y veía con desconfianza los vientos renovadores que alejaban inexorablemente a la gente de su órbita de control pese al hecho que las CPR siguieron siendo, hasta el último momento, zona de descanso y convalecencia para heridos y enfermos de los frentes del Petén y un frente político que se sumaba a los esfuerzos del movimiento popular.

Lo cierto es que el propio mando no podía escapar de la inercia de tantos años de autoconvencimiento sobre la irremediable posibilidad del triunfo militar sobre el ejército. Aún cuando las condiciones habían cambiado en Guatemala a los ojos de todo el mundo, las noticias de una salida política no pudieron ser aceptadas plenamente por los guerrilleros de la montaña, sino hasta el día en que sus propios comandantes les ordenaron entregar las armas que habían prometido empuñar hasta la victoria final.

Alguna vez, hacia 1992, el capitán Gary, uno de los jefes del frente había llegado hasta las Aldeas enviado por el comandante Fernández para insistir en la participación de todos los jóvenes en una campaña militar que pondría fin de una vez por todas a la hegemonía del ejército en el Petén. La gente aceptó sin mucho ánimo, más por generosidad que por convicción y se fueron por tres meses para incorporarse, no en los grandes combates que nunca llegaron, sino en las patrullas de abasto que nutrían a las columnas ociosas del Frente. Regresaron tristes a contar historias inverosímiles de gestas heroicas que nadie creyó pero que todos celebraron en un gesto de complicidad benévola.

También por esos días, Los mujeres se animaron a proponer que se trajera un sacerdote para bautizar a los niños y adolescentes que crecían en la montaña como salvajes alejados de la mano de dios. Al principio los dirigentes tacharon la propuesta como un disparate, pero fue tanta la insistencia que la morriña terminó por vencer y aceptaron con la condición de que sólo habría bautizos pero no matrimonios, en un acto de respeto a los difuntos que habían muerto sin conocer mujer.

El padre Miguel Angel llegó una tarde de junio y fue recibido con júbilo por las mujeres y con incertidumbre por los hombres que no terminaban de creer lo que veían sus ojos. Desde dos meses antes, las aldeas vivían una fiebre de compadrazgos apresurados, que sin embargo sirvieron para zanjar las pequeñas rencillas que pudieron florecer en tantos años de convivencia, para reforzar amistades nutridas de dolores compartidos y para apretar los lazos que la guerra se había encargado de tejer. Fue un día de fiesta. Miguel Angel con la paciencia de un santo, enseñó a todos el significado olvidado del aceite, la sal, la vela y el agua y apoyado en sus lecturas comparó a las aldeas de resistencia con las primeras congregaciones cristianas que escaparon del imperio romano guiadas por su fe. Su experiencia le ayudó a no sorprenderse por el hecho insólito de que todos recordaran las estrofas completas de los viejos cantos acostumbrados en las iglesias de pueblo y que fueron entonados sin que hubiera un ensayo previo, pero tuvo que pasar varias horas haciendo simulacros de la ceremonia e insistiendo en las obligaciones adquiridas por los nuevos padrinos a unos incrédulos aldeanos que no podían aceptar tan fácilmente semejante convocatoria al individualismo en una comunidad donde los hijos de uno eran hijos de todos. Desde entonces la palabra compañero fue sustituida por la de compadre, modo con el que desde entonces se llamaron unos a otros.

El suceso escandalizó al mando militar, aún al comandante Fernández quien había sido catequista en el pueblo de su juventud. Pero provocó que los propios guerrilleros empezaran a soñar despiertos atacados repentinamente por una fiebre de ensueños que los transportaba a los lejanos años de vida civil en sus aldeas de origen. En esos días más de alguno fue descubierto haciendo planes para el futuro.

En busca del regreso

Hasta 1987 la URNG no se había preparado para el retorno de los refugiados, por lo menos no había vislumbrado la posibilidad de repoblar las zonas abandonadas por la vía de una negociación política. Fueron los propios migrantes quienes debieron convencer a las organizaciones revolucionarias de que un nuevo camino de lucha estaba abierto.

Después de largas jornadas de información y consulta, que se prolongaron durante un año, remontando incertidumbres y miedos, la población refugiada que no había abandonado la ilusión de volver, decidió dar el paso definitivo. Alrededor de 60 dirigentes, hombres y mujeres fueron elegidos como representantes para iniciar el proceso de negociación.

En 1988 las Comisiones Permanentes iniciaron sus gestiones para lograr el reconocimiento de las autoridades mexicanas y guatemaltecas y de la comunidad internacional en su calidad de portavoces de la población refugiada. Su nombramiento había sido resultado de una enorme movilización en la casi totalidad de los asentamientos de Chiapas, Campeche y Quintana Roo.

Activistas políticos de las organizaciones de la URNG, refugiados ellos mismos, tomaron la voz de mando en el proceso persuadidos de la necesidad de demostrar al mundo que la oferta del gobierno, aparentemente generosa, no era sino una nueva mascarada para el consumo internacional que encubría la verdadera naturaleza contrainsurgente del régimen.

Tal vez tuvieran razón, no tanto porque las intenciones de Cerezo fueran en esa dirección sino porque el propio presidente no podía escapar a la lógica de una estructura de poder, esencialmente militarizada, que soportaba la figura presidencial como un mal necesario. El de Guatemala era un Estado profundamente débil, tal vez apenas existente. Se trataba *strictu sensu* de un poderoso aparato militar que había construido en tres décadas un pequeño apéndice estatal para la administración de la cosa pública y para la legitimación de la contrinsurgencia como razón de Estado.

Por ello, pese a los pasos dados por el gobierno democratacristiano para cumplir con lo establecido en los Acuerdos de Esquipulas II, en el sentido de resolver el *problema de los refugiados* que se expresaban en la constitución de la Comisión Especial para la Atención de Repatriados, Refugiados y Desplazados (CEAR) *como una dependencia de la Presidencia de la República, que tiene como objetivo y función fundamentales atender el retorno al país de los refugiados guatemaltecos en el extranjero y otorgar asistencia a las personas desplazadas de su lugar de origen o residencia(...)*[16] de carácter emergente, y de extender sus alcances al convertirla poco después en una Comisión Nacional elevada al rango de dependencia del ejecutivo, cuando la organización de los refugiados demostró que era necesaria una instancia de discusión y acuerdos; poco pudo avanzar en sus propósitos de facilitar un pronto retorno.

El propio ejército descalificó la política de acercamiento de Cerezo al insistir hasta el último momento que los campamentos en México seguían siendo bases de apoyo y entrenamiento de la insurgencia, cuestión que nunca fue capaz de probar pero que obstaculizaba la construcción de un ambiente propicio para el diálogo entre los personeros el gobierno y los representantes de los refugiados.

Ciertamente la simpatía y la lealtad ideológica de los refugiados hacia el movimiento revolucionario se mantenía y la actividad política, no militar, de la URNG era intensa, pero nunca ocurrió en los campamentos alguna acción que permitiera suponer siquiera la participación de los refugiados como conjunto social en el terreno militar.

Cerezo terminó su gestión en 1989, los refugiados debieron esperar a que el nuevo gobierno encabezado por otro civil, Jorge Serrano Elías, jefe de *Slim*, una nueva secta protestante de origen norteamericano de reciente aparición en Guatemala, y fundador del partido Movimiento de Acción Solidaria (MAS) de vida efímera; se decidiera a retomar la ruta de la negociación.

En 1991, Serrano, presionado por la comunidad internacional, proponía a los refugiados negociar el retorno con la condición de que estos se comprometieran a fundar en Guatemala *aldeas pacíficas y pacificadoras*, algo que fue entendido perfectamente como una trampa de carácter contrainsurgente. Se negaron a ello y no volvió a haber acercamientos hasta que, producto de una intensa campaña diplomática de las Comisiones Permanentes, apoyadas por ONG internacionales y algunos gobiernos solidarios, el gobierno accedió a volver a la mesa de diálogo. Para entonces los refugiados estaban preparados.

En enero de 1992, durante la Conferencia por la Paz y los Derechos Humanos, celebrada en Guatemala a iniciativa de la Asamblea

de Sectores Surgidos por la Representación y la Impunidad[17], los refugiados pudieron exponer lo que consideraban condiciones básicas e irrenunciables para el regreso.

En la conferencia, el asesor jurídico Alfonso Báuer Pais, el viejo luchador, quien representaba a los delegados de las Comisiones Permanentes que no pudieron asistir por la negativa del gobierno guatemalteco a permitirles el ingreso al país, expondría la palabra de los refugiados en forma de diagnóstico y demanda de lo que consideraban condiciones irrenunciables para el regreso.

> *Es sabido que en Guatemala* —pudo decir Alfonso Bauer en su primera aparición pública en el país del que había estado exiliado durante una década— *después del paréntesis democrático de la década 1944–54, se instauraron regímenes de Gobiernos de corte militar, crueles, opresores, represores y persecutores de los estratos pobres de la sociedad (campesinos, obreros y pequeña burguesía), así como de grupos del estudiantado, del sector profesional, de la intelectualidad, de los cultores del arte, de los trabajadores de los medios de comunicación social y aún de los párrocos y pastores de la iglesia Católica e iglesias Evangélicas, y sobre todo de la mayoritaria población indígena de las diferentes etnias de prosapia maya. Tales gobiernos, detentores del poder a base de sangre y fuego, abolieron las conquistas logradas en los órdenes político, económico, cultural y social durante el período de la Revolución democrática y popular, del 20 de Octubre de 1944.*
>
> *Los empeños cívicos del pueblo para poner remedio a tanto oprobio e injusticia social no prosperaron por la falta de libertades y de aperturas políticas. En consecuencia, ese mismo pueblo se rebeló y tomó el camino de las armas en busca de su liberación y el país ha vivido desde hace ya treinta años, en una situación de guerra interna a la cual no se le ha podido encontrar solución a*

pesar de las vehementes demandas de paz de la población que sufre los efectos de ese conflicto, y de los compromisos solemnes asumidos por el Estado en la Cumbre Presidencial del 7 de agosto de 1987, en ESQUIPULAS II, de establecer en suelo patrio una paz firme y duradera.

A principios de los años 80, las fuerzas armadas del Estado planificaron y llevaron a cabo su estratégica campaña contrainsurgente basada en la teoría "del pez y el agua", o sea la que postula que la vida del pez depende del agua, sin ésta el pez muere; así, el agua de la guerrilla es el pueblo, luego para extinguirla hay que quitarle el pueblo, eliminarlo. Así comenzaron las horribles masacres, la destrucción e incendio de poblados enteros, el genocidio y el etnocidio, que no respetaba edad ni sexo y por vastas regiones del país se extendió el flagelo exterminador, conocido como "tierra arrasada".

Esas movilizaciones poblacionales, de desplazados internos y refugiados en el exterior, han causado graves desajustes en la sociedad guatemalteca, tales como: división y destrucción de familias enteras, incluyendo ancianos, viudas y niños huérfanos; alejamiento de las tierras y comunidades, muchas de las que fueron destruidas y arrasadas; amenaza a la identidad étnica y cultural, pues el alejamiento de la patria y el sobrevivir en un país extraño como refugiados provoca en el transcurso del tiempo, sobre todo en los niños, desarraigo y olvido de las costumbres, cultura, lengua, en una palabra, pérdida de la identidad cultural; y la salud física y psíquica del refugiado peligra en tierras extrañas, donde padecen muchas enfermedades y muertes. Todo esto integra en su conjunto una agresión injusta y cruel a la dignidad de los guatemaltecos que la sufren. Esta agresión debe terminar con la pronta y plena reincorporación del pueblo refugiado al seno de la sociedad guatemalteca, de la que es parte importante y a la que debe volver para lograr la integración nacional.[18]

La casi totalidad de los refugiados estaba dispuesta a retornar y desde 1989 había decidido las condiciones que determinarían el regreso,

La lista se repetía campamento a campamento, era motivo de discusiones en asambleas y tema de charlas familiares junto al fogón nocturno. El retorno tiene que ser una decisión voluntaria, expresada individualmente, pero en forma colectiva y organizada; debe garantizarse que no se impedirá retornar a nuestras tierras y tomar posesión de ellas; debe reconocerse nuestro derecho a organizarnos y asociarnos libremente; lo más importante es que se respete el derecho a la vida y la integridad personal y comunitaria, lo que implica que sean autoridades civiles las encargadas del orden público en los lugares de retorno; que el Gobierno permita que nuestro retorno y reasentamiento esté acompañado de delegaciones nacionales e internacionales, de organizaciones no gubernamentales y de representantes del Alto Comisionado para Refugiados de las Naciones Unidas —ACNUR— y también la libre movilización nacional e internacional de los miembros de las Comisiones Permanentes y por supuesto de los propios retornados.

Desde el punto de vista de los refugiados, el planteamiento de retorno se originaba en las condiciones vividas y en las posibilidades creadas en los años de refugio en México. El empuje fundamental venía de situaciones internas e inherentes a la vida en el refugio, las cuales se sumaban a las posibilidades creadas por su organización en la lucha política y humanitaria por regresar a la patria.

El retorno en tanto proceso de transición, en tanto puente entre la situación específica de la población refugiada en México y la situación general guatemalteca, se constituía en un movimiento social complejo, sustentado en el mosaico cultural y político construido en el seno de la convivencia forzada por el desarraigo. Un movimiento incubado en más de una década de vivir muy lejos de sus tierras y dentro de los límites políticos y administrativos de otro Estado. Un movimiento alimentado de

la reproducción de los patrones de organización social y cultural, mayoritariamente indígenas, aprehendidos en Guatemala, y del flujo informativo y su impacto en la población refugiada que preservaba el vínculo con el origen individual y colectivo.[19]

Pero también un movimiento que alimentaba su dinámica de dos significantes complementarios, el de la tierra concreta, física y a la vez simbólica, *la matria*, que remitía a la posibilidad de recuperar raíces, y el del territorio más amplio, que los ligaba al contradictorio conjunto social histórico, referente imprescindible de su lucha de liberación, *la patria*. Ambas coordenadas los empujaban a integrarse y a enriquecer con su experiencia la lucha por la transformación del orden nacional.

Así, los refugiados encontraron en el proceso de retorno, un modo de fraguar el cemento que armaba sus colectividades y de fortalecer el vínculo que los ligaba, en el dolor y la esperanza, a vastos sectores de la sociedad guatemalteca. También encontraron un nuevo motivo para caminar de la mano con las organizaciones revolucionarias que terminaron por entender que valía la pena apostar al proceso.

En esos días se acuñó una consigna que no se abandonaría más en las jornadas que siguieron: *El retorno es lucha, no resignación.*

El 8 de octubre de 1992, una delegación de las Comisiones Permanentes de los refugiados integrada por Santos Juan Pedro, Alejandro Funes Gómez, Nicolás Rafael Cardona y José Sales Ramírez, Kanjobales; Juan Coc Tut y Ricardo Curtz M. Francisco, Kekchíes; Herminio Cardona Díaz, Hermitaneo Monzón y Miguel Ordóñez Felipe, ladinos; procedentes de los estados de Chiapas, Campeche y Quintana Roo firmaban con Sergio Mollinedo Director Ejecutivo de la CEAR en representación del gobierno, los acuerdos definitivos que establecían las

bases para un retorno colectivo y organizado, con dignidad y seguridad para los miles de hombres y mujeres que celebraron el fin de una era.

El acto solemne se realizó ante la presencia de la Instancia Mediadora integrada por Ramiro de León Carpio, entonces Procurador de los Derechos Humanos y quien meses después ocuparía la silla presidencial, el presbítero Toribio Pineda, director de la Comisión de Derechos Humanos de Guatemala, Micheal Gabaudan, encargado de la Misión del ACNUR en Guatemala y de Monseñor Jorge Mario Ávila, presidente de la Conferencia Episcopal Guatemalteca. Estaban presentes también, Patricia Fuller, secretaria de la Embajada de Canadá en Guatemala; Gilbert Faulques representante de la Embajada de Francia; Michael Fruhling, primer secretario de la Embajada de Suecia y Cecilia Olmos, representante de las agencias internacionales solidarias con los refugiados. Al final firmó el texto de los acuerdos Jorge Serrano Elías, el presidente que poco después viajaría al exilio víctima de una intentona golpista que quería remedar el ejemplo peruano.

Los siguientes días fueron de fiesta en los campamentos, asambleas multitudinarias se organizaron para conocer y discutir los términos finales del convenio.

Los delegados explicaban en cada asentamiento, en asambleas interminables y en todos los idiomas mayas que los acuerdos normaban definitivamente las viejas condiciones largamente exigidas.

Una fiebre de preparativos sucedió a la calma aparente de las comunidades. Delegaciones iban y venían de Guatemala, comisiones de búsqueda de tierras y gestión de créditos, comisiones negociadoras con las autoridades agrarias de las cooperativas y parcelamientos abandonados, comisiones para el encuentro con dueños de fincas dispuestos a vender al mejor postor sus posesiones en el campo,

comisiones para la elaboración de planes operativos para el traslado y la reinserción, comisiones de divulgación, de acción política con el movimiento popular, comisiones diplomáticas que recorrieron el mundo en busca de apoyos para el retorno.

Al fin, en los primeros días de 1993, en una jornada sin precedentes el primer contingente de refugiados volvía a Guatemala, lo hizo a un predio del Ixcán llamado Polígono 14, muy cercano a las cooperativas masacradas del Quiché. Desde entonces, el pueblo fundado se llamaría Victoria 20 de Enero.

Todavía se recuerda la mañana en que el contingente de más de 70 autobuses cruzó la frontera de México con Guatemala a la altura del poblado La Mesilla, en el municipio de Ciudad Cuauhtémoc. Emocionado hasta las lágrimas, *Votán-Juan Coc*[20] encabezaba la procesión. El recibimiento en la frontera fue emotivo. Rigoberta Menchú, la flamante premio Nobel de la Paz, se incorporó en la caravana en un gesto de solidaridad y caminó con ellos a lo largo de la ruta camino al Ixcán, una marcha que duró nueve días y que transcurrió sobre los pueblos a la vera de la carretera Panamericana hasta la propia Capital del país y de ahí hacia el noroccidente, hasta la selva del Quiché.[21]

Regreso a la casa de las culebras

Al primer movimiento le siguió la reorganización de las Comisiones Permanentes en tres grandes columnas operativas denominadas *Vertientes de retorno,* cada una responsable de la organización de los traslados a las zonas de origen de los refugiados, así se constituyeron, la Vertiente Noroccidental para los retornos al Quiché, Huehuetenango y Alta Verapaz; la Vertiente Sur para San Marcos,

Retahuleu, Suchitepequez, Escuintla y Santa Rosa; y la Vertiente Norte para los retornos al Petén y las Verapaces.

La división se explicaba, con toda justeza, por razones históricas, económicas, sociales, étnico-culturales y de procedencia. Además de que operativamente era necesaria *la autonomía de cada vertiente para organizar y conducir sus respectivos retornos así como para crear la infraestructura necesaria que permiera concretarlos.*[22]

Sin embargo, también era resultado de las presiones que las propias organizaciones revolucionarias, cuyos cuadros operaban al interior de las estructuras de trabajo de los refugiados, hacían en el afán de administrar el uso de los siempre escasos recursos provenientes de la solidaridad y de orientar el sentido político del proceso de retorno para mantener su convergencia con el proceso de lucha social y política general. Todo ello como expresión a su vez de la aún débil unidad político-ideológica y del protagonismo de los liderazgos en el seno de la URNG.

La división de las tareas del programa de retorno, expresadas en la definición de Vertientes, evidenciaba la crisis de la conducción política en el sector de refugiados, como era denominado por las instancias de la URNG. Por un lado, el EGP se adjudicaba el derecho de la conducción estratégica del movimiento y del uso prioritario de los recursos para encauzar sus bloques de retorno con el argumento de que la mayoría de los refugiados procedían de sus zonas de operaciones, que buena parte de ellos militaban o eran expresos simpatizantes de su orientación política y que ejercían una presión creciente para un pronto regreso lo que demandaba un aceleramiento en los preparativos del proceso.

Las FAR y ORPA por su parte requerían de recursos para promover los eventuales retornos al Petén, las verapaces y el Sur cuyos bloques no acababan de constituirse, por el hecho, en el caso de FAR, que

los militantes de origen petenero habían trabajado siempre más en función de apoyar los frentes militares y hacer del refugio una fuente de presión política contra el régimen, que podría diluirse en un regreso que dispersaría las fuerzas acumuladas en los años de refugio. Por su lado ORPA tenía el problema de que su influencia política en los campamentos de refugiados reconocidos era precaria. Muy pocos en ellos procedían de las zonas con presencia guerrillera de esa organización. Los que había se habían sumado a la organización poco tiempo antes, después de una escisión de las FAR y no habían definido aún su lugar de retorno. Más bien su influencia se concentraba en la región del Soconusco con una fuerte presencia de refugiados dispersos no reconocidos, procedentes de las fincas del sur y que habían formado una organización autónoma, pero cercana a las CC.PP., la Asociación de Refugiados Dispersos de Guatemala (ARDIGUA), que empezaba a plantearse la posibilidad de conseguir tierras para constituir nuevos poblados amparados en los acuerdos del 8 de octubre.

Con todo, la creación de las Vertientes y la decisión de mantener una instancia de coordinación general del proceso sirvió para mantener la unidad estratégica que inhibió la posibilidad real de una ruptura que se antojaba catastrófica, y fue un aliciente para que todos pudiera trabajar a partir de las demandas específicas que cada movimiento tenía. Por otra parte obligó a los refugiados y sus organizaciones a buscar más decididamente apoyos para sus propias necesidades de operación.

En estas circunstancias, la Vertiente Norte empezó a caminar primero de manera insegura, pero poco a poco fue articulando una propuesta que daba sentido al retorno al Norte. El núcleo duro de la vertiente lo constituían los cuadros militantes de la organización y un

grupo de refugiados peteneros procedentes de las CPRP que, aunque pocos, aseguraban la orientación del proceso. Al cabo de los meses nuevos contingentes se fueron sumando a la vertiente.

Se trataba en algunos casos, de grupos que temían regresar a sus lugares de origen, temerosos de una eventual represión en los sitios donde eran conocidos por su participación en las organizaciones revolucionarias, ya sea como militantes activos, como colaboradores o simplemente por haber vivido en aldeas que habían sido reprimidas por el ejército y las patrullas civiles. Sin embargo, el elemento central que animó a muchos a buscar el regreso hacia el Petén fue la convicción de que en ese departamento el acceso a la tierra podría ser más fácil, una especie que los peteneros habían difundido durante los años del refugio aludiendo a su experiencia como colonizadores.

Los que se incorporaban constituían un mosaico de situaciones agrarias. Había viejos socios de las cooperativas de Ixcán Grande[23] que aún teniendo una parcela que reclamar preferían buscar un nuevo lugar obligados por la demanda de más tierra que planteaban sus hijos que habían crecido en el refugio. Había también parcelarios de Huehuetenango quienes veían como un problema mayor la disputa de sus tierras de origen ocupadas por campesinos reubicados por el ejército durante su programa de repoblamiento en las áreas de accionar guerrillero. Si bien los acuerdos del 8 de octubre preveían que las tierras ocupadas debían ser devueltas a sus dueños originales[24], esto suponía una disputa larga y potencialmente violenta. Finalmente el grueso lo constituían campesinos sin tierra, antiguos mozos colonos en fincas del Quiché, las verapaces y el propio Petén.

Así mismo, el conjunto de interesados en el retorno al norte constituía un hüipil cultural multicolor, que se tejía de los hilos de

identidad étnica de grupos de distintas lenguas y costumbres: Cackchiqueles de Chimaltenango, Jacaltecos y Kanjobales de la región de los cuchumatanes, Kekchíes de Alta Verapaz, Chujs de la frontera de Huehuetenango, Mames de Todos Santos, Ixiles del Quiché, Chortís de Chiquimula, Quichés del occidente y ladinos del sur y del oriente.

Las experiencias de organización comunitaria y agraria previas al refugio, eran también diversas: Cooperativistas, con un profundo sentido colectivo de la economía y el orden social, parcelarios, más proclives a una organización comunitaria que respetaba la autonomía familiar propia del campesino medio, antiguos mozos colonos, dados a la colectivización por su experiencia en la lucha por la sindicalización de los trabajadores en las fincas impulsada por las organizaciones de izquierda. Lo que significaba distintas percepciones en torno al modelo a construir en los nuevos poblados.

La mayoría eran católicos, pero con distintas formas de expresar su fe. Había grupos cercanos a los usos conservadores de la iglesia católica; antiguos miembros de Comunidades de Base, formadas por sacerdotes y catequistas inscritos en la Teología de la Liberación; grupos que profesaban formas tradicionales de la religiosidad Maya; e incluso quienes se adscribían en el ateísmo promovido por las organizaciones revolucionarias.

Con el desafío que suponía tal diversidad, el equipo de dirigentes responsable de promover la organización de la Vertiente tuvo que pensar en una fórmula que permitiera incorporar a todos con una propuesta de modelo de retorno producto del consenso. Sólo de esta manera el experimento podría ser exitoso.

La tarea de diseñar tal propuesta fue encomendada a un colectivo formado por dirigentes refugiados, apoyados por un equipo de asesores,

todos ellos internacionalistas, quienes habían acompañado el proceso de refugio, la coordinación general descansaba en tres dirigentes que constituían la instancia de enlace con las demás vertientes y en un responsable político con carácter de consultor, que hacía las veces de vínculo con las organizaciones de la URNG.

La primera etapa del proceso supuso la cuantificación y calificación de los grupos interesados, el elemento cualitativo debía registrar las características culturales específicas, las experiencias de organización previas, las percepciones sobre el proceso, las demandas más sentidas, la identificación de los contenidos del discurso sobre el refugio, el retorno y la reinserción; las formas específicas de relación social al interior de los campamentos y las habilidades particulares aprendidas durante el refugio en términos de conocimientos en salud, educación y técnicas productivas, entre otras.

Además, el registro de las percepciones sobre el proceso debía hacerse con un enfoque que incorporara las determinantes de género, étnica y generacional.

El ejercicio derivó en una formulación general denominada *Plataforma de Retorno de la Vertiente Norte*, cuyos contenidos fueron presentados, discutidos y enriquecidos en asambleas y trabajos en grupos específicos en cada uno de los campamentos de los tres estados —Chiapas, Campeche y Quintana Roo— donde residían los interesados, y al final aprobados en una asamblea de representantes de los tres estados.

La Plataforma incorporaba la caracterización del sujeto social específico, el desarraigado, y las demandas más sentidas por este que orientarían el carácter y el sentido del proceso en términos de objetivos, características y contenidos específicos:

En los campamentos, en talleres y asambleas se convencían de sus motivos.

Luchar por la Tierra. Uno de nuestros objetivos principales es conseguir suficiente tierra para todos los que vamos a retornar, que alcance para que la familia pueda vivir con dignidad. Nuestra lucha por la tierra la compartimos con campesinos y campesinas de Guatemala.

Impulsar el desarrollo en nuestras comunidades y la región del retorno. Nosotros hablamos de desarrollo; que el desarrollo tome en cuenta las necesidades de la persona y la comunidad para alcanzar una vida digna.

Crear alianzas con otros campesinos y campesinas de los lugares de retorno. Al retornar vamos a convivir y a compartir nuestras experiencias con los vecinos y comunidades de la región

Unirnos a la lucha por la justicia, la democracia y la paz en Guatemala. Además de aliarnos con campesinos y campesinas, tenemos que relacionarnos con grupos y sectores que también buscan la paz.

Fortalecer la identidad cultural. La mayoría de nosotros los refugiados y refugiadas somos indígenas. Como pueblo maya vamos a fortalecer nuestra cultura y nuestra identidad.

Insistían en sus características.

Participación activa. La democracia entre nosotros es una característica muy importante. Nuestro proceso de retorno es producto de nuestra participación.

Tenemos las puertas abiertas. En nuestra vertiente participamos muchas familias de diferentes experiencias. Mantenemos abierta la entrada para los que quieran retornar con nosotros.

Y se animaban en los procedimientos a seguir.

La organización comunitaria. La organización comunitaria expresa nuestra unidad y nos sirve para dialogar y tomar decisiones a favor de nuestra comunidad.

Asentamiento definitivo. Antes de retornar vamos a asegurar la tierra. Queremos de una vez ir al lugar donde vamos a vivir.

La conservación del medio ambiente. En nuestro plan de desarrollo tenemos que tomar en cuenta la necesidad de conservar los recursos naturales.

Capacitación constante. Nos estamos capacitando en diferentes áreas, la capacitación deberá seguir en Guatemala.

Acompañamiento. Para nuestro retorno necesitamos de diferentes tipos de acompañamiento. Humanitario, técnico, etcétera.[25]

El siguiente paso fue la organización de comisiones específicas que se encargaran de desarrollar los puntos expuestos en la Plataforma. Se constituyeron *Comités de Planeación y Seguimiento*, cuya tarea sería el

representar a la población en las asambleas generales y trabajar a nivel de cada asentamiento en labores de información, capacitación, consulta y organización operativa vinculados a las Comisiones Permanentes cuya tarea sería el atender el proceso de negociación política que suponía el retorno y mantener la vinculación con las otras dos vertientes para la lucha general.

Se organizaron *comisiones de búsqueda de tierras*, una por cada bloque que se organizara para retornar. A lo largo de los cuatro años que duró el proceso, se formaron seis comisiones de este tipo.

Se promovió la unidad de las organizaciones de mujeres y se animó a aquellas que aún no se organizaban a hacerlo. De este esfuerzo el 26 de noviembre de 1993 nació la organización de mujeres refugiadas *Ixmucané*.

Poco después, y en un desarrollo similar, el 17 de abril de 1994, se constituyó la organización de jóvenes Maya Tikal, con el propósito de incorporar a los jóvenes refugiados, quienes vivían con mayor incertidumbre el proceso, a las tareas de la organización.

Entre el 29 de julio y el 4 de agosto de 1993 se realizaba la primera visita a tierras del Petén a las regiones de las cooperativas del Usumacinta y a la despoblada zona del río Candelaria, al norte del departamento. La comisión la componían 11 refugiados, delegados de todos los campamentos, 8 hombres y 3 mujeres representantes de Ixmucané y un grupo de acompañantes internacionales, además del responsable político, a quien se le llamaba *consultor*.[26]

En realidad ya desde algunos meses antes, un pequeño grupo de dirigentes había entrado al Petén de manera discreta y al margen de los canales abiertos por la negociación, apoyado por las CPR del Petén, quienes los recibieron en las aldeas, los guiaron para la identificación de

los mejores lugares susceptibles de ser repoblados y los aleccionaron sobre las condiciones políticas y sociales de la región, en vistas de iniciar la negociación de las tierras y el trabajo de alianzas con las comunidades. La visita a las CPR cerraba un ciclo en la vida de los desarraigados por la guerra, un ciclo que inició con aquella amarga despedida en el río Usumacinta, hacía 10 años.

En noviembre de ese año, se iniciaban las negociaciones para la compra de la finca Quetzal, cercana a la zona de las aldeas de resistencia, La finca era una extensión tierra selvática, prácticamente intocada de poco más de seis mil hectáreas (168 caballerías) propiedad de la Federación de Cooperativas de Mercadeo el Quetzal (FECOMERQ), la organización campesina con sede en Chimaltenango que en los ochenta había intentado un proceso de colonización en el Petén abortado por la represión. Chicasté, el viejo dirigente de las CPR, había sido uno de los líderes de ese intento colonizador.

Entonces aparecieron los conflictos mayores. El gobierno de Guatemala declaró que la finca se encontraba ubicada en la zona núcleo de la Reserva de la Biósfera Maya, una zona de protección ecológica declarada por el congreso de Guatemala, mediante el decreto 4—89, en el año 1989, cinco años después que los refugiados habían abandonado la región.[27] Con la Quetzal, quedaban incluidas en esa área de exclusión las cooperativas Centro Campesino, parte de la Técnica y parte de La Lucha, aldeas de donde algunos refugiados eran originarios y a quienes el propio decreto reconocía sus derechos de propiedad pero restringía las posibilidades de manejo productivo de la tierra y aún de asentamiento urbano.

Con este argumento, el gobierno de Guatemala negó la posibilidad de un retorno a la zona. Sin embargo los refugiados no se

dieron por vencidos, a lo largo de dos años desarrollaron una serie de estrategias que fueron desde la negociación propiamente dicha al amparo de los acuerdos del 8 de octubre; la elaboración, con apoyo de ONG solidarias, de un plan de manejo que consideraba las características ecológicas de la finca y la región[28]; el diseño de un proyecto de urbanización que respetaba las características fisiográficas y ecológicas de la propiedad[29]; hasta acciones de presión que incluyeron el ingreso de una brigada de constructores del asentamiento de emergencia para los retornantes el 13 de enero de 1995, la toma de las instalaciones de la Comisión Nacional de Areas protegidas en la capital de Guatemala y en Santa Elena en el Petén el 7 de febrero y la ocupación pacífica de los consulados de Guatemala en México (Comitán y Chetumal) el 9 de febrero de ese año.

El 14 de febrero de 1995, CONAP y la CEAR autorizaban el retorno a la Quetzal.

El acuerdo aceleró los preparativos para el retorno, tanto a la finca Quetzal como a otros lugares que ya se estaban negociando, como la finca Esmeralda en el municipio de Dolores, el Parcelamiento el Tumbo en Sayaxché y la finca Huacut en la Libertad. Días de fiesta se vivieron en los campamentos.

Poco tiempo antes el 28 de junio de 1994, y de acuerdo a la lógica de la Plataforma, los retornantes a la Quetzal constituyeron en la cabecera municipal de la Libertad, Petén, la Cooperativa Agroindustrial *Unión Maya Itzá*.[30] El proceso de organización estuvo precedido de largas discusiones en los campamentos en torno al tipo de figura jurídica que ampararía a la comunidad. La cooperativa fue la elegida por vincularse más a su experiencia previa. Su primer presidente provisional fue

Sebastián Silvestre, el líder jacalteco que solía amenizar con su marimba las fiestas de los campamentos desde los tiempos del refugio en Chiapas.

Por fin, el 4 de abril de 1995, se inició el retorno al Norte.

Ese día, los refugiados que retornaban y todos los que participaban en la vertiente norte esperando un retorno en el futuro se levantaron muy temprano, la mayoría no había podido dormir. El día anterior habían embarcado sus pertenencias en camiones de carga que las llevarían a su destino en Guatemala. Pero esa mañana ellos esperaban ser conducidos a los aeropuertos de Campeche, Chetumal y Palenque, de acuerdo a la cercanía con sus campamentos.

La alegría se desbordaba en cada uno, subieron a los autobuses agitando las banderitas verdeamarillas que habían sido confeccionadas para la ocasión y que tenían pintado en el centro el escudo de las Comisiones Permanentes, coreaban consignas efusivas y con ellas descargaban la tensión. No ocultaron las lágrimas cuando voltearon a ver, por última vez la champa que los había albergado durante más de 12 años, detuvieron la mirada en el mercado donde no comprarían ni venderían más, en la cancha de futbol donde solían reunirse a contarse las historias que todos conocían pero que siempre celebraron. Algunos se dieron tiempo muy de madrugada para recorrer por última vez las calles perfectamente alineadas del poblado. Desde el interior de las casas los que se quedaban adivinaban en silencio sus pasos, otros salían a saludarlos en un gesto de discreta despedida. Las mujeres se despidieron de su viejo fogón a su manera, preparando el último desayuno en tierras mexicanas, se vistieron con lo mejor que tenían y subieron a los autobuses rentados por ACNUR, recibieron las raciones de viaje preparadas por COMAR y emprendieron el camino. En poco tiempo estaban en el aeropuerto. Durante ese día el avión *Hércules* rentado al

efecto por ACNUR a una compañía privada despegó siete veces de los aeropuertos del sureste y aterrizó otras siete en el de Santa Elena. Hasta entonces ninguno de los refugiados había subido a un avión, algunos tal vez a una avioneta como aquella en la que el padre Guillermo Woods llegaba a sus pueblos del Ixcán, pero ninguno demostró temor.

Al llegar a Santa Elena los esperaba una multitud encabezada por el obispo del Petén, Monseñor Jorge Bobadilla y por las organizaciones sociales del departamento y algunas que habían hecho el viaje desde la capital, que estaban ahí para darles la bienvenida entre vítores y discursos emocionados. El obispo habló de reconciliación y los conminó a vivir en paz. Los refugiados en la voz de Herminio Cardona respondieron que regresaban para luchar. Los esperaban 40 autobuses para llevarlos al centro arqueológico de Tikal donde se celebraría la bienvenida oficial. El convoy de dos kilómetros de largo avanzó los 60 que separaban a Santa Elena de la vieja ciudad maya, al llegar, descendieron de los camiones y entonces descansaron unos minutos mientras tomaban los alimentos que llevaban desde México, los últimos vestigios de su vida de refugiados. Caminaron hasta el centro de la ciudadela e hicieron un círculo gigantesco frente al templo del Jaguar. Ahí, en el único momento de silencio que se escucharía en la jornada, Dominga Matías, una joven Kanjobal procedente de Mayabalán en Quintana Roo, leyó el texto que los retornados habían preparado para la ocasión y que todos conocían porque había sido discutido y aprobado en la última de sus asambleas en México. Le llamaron *la declaración de Tikal.*

> *Hace más de trece años, cayó una larga noche llena de obscuridad sobre nuestra patria, sembrando en ella dolor, muerte y destrucción. Al igual que lo hicieron los conquistadores hace cinco siglos, los señores del dinero y de las armas arrasaron nuestras milpas, quemaron nuestras*

casas, mataron nuestras familias, nos sacaron con violencia de nuestras tierras. Quisieron acallar para siempre las voces que se levantaban reclamando ¡libertad, justicia, igualdad, democracia para todos!.

(...) Los que sobrevivimos a tan brutal violencia, a tanta injusticia y crueldad ESTAMOS AQUÍ DE NUEVO. Nuestra mirada es firme y llevamos las memorias de nuestra historia, de cómo vivíamos, cómo fuimos obligados a huir y cómo sobrevivimos en el exilio. Venimos para sembrar de nuevo en nuestras tierras, abonadas con la sangre de tantos mártires, la semilla de lo que será el nuevo amanecer de nuestra Guatemala.

(...) Nuestro pueblo regresa organizado, con dignidad y firmeza para defender sus derechos(...) hacemos responsable al Ejército de Guatemala de cualquier atentado que pueda sufrir el pueblo retornado y de cualquier hostigamiento a nuestros vecinos. Exigimos al Ejército que deje de ser el poder principal en Guatemala y que sea la sociedad civil la que decida su propio destino. Ya no queremos más muertos, ni secuestrados, ni huérfanos y viudas por el miedo y la represión (...) queremos la vida, la paz, la justicia y la tranquilidad.

Rechazamos el saqueo del Petén. Cientos de familias sufren el acoso del Consejo Nacional de Areas Protegidas, por vivir desde hace muchos años en tierras hoy consideradas reservas ecológicas. Al otro lado, algunos traficantes ligados al Ejército y a funcionarios del gobierno, roban con total impunidad nuestras maderas y riquezas arqueológicas.

(...) Por nuestra parte, volvemos decididos a cuidar con responsabilidad los recursos que nos ofrece esta gran selva, nuestra casa;

aprovecharlos con sabiduría y mantenerlos para que nuestros hijos tengan futuro viviendo en ella.

Nos preocupa la situación en la que viven cientos de familias Mayas que han llegado en los últimos años a esta región en busca de un futuro mejor. Nuestros hermanos mayas han venido al Petén desde otras regiones de Guatemala donde la represión y la miseria se dan con mayor fuerza. Sin embargo, sobreviven aquí sin esperanzas, ante la discriminación y el racismo.

(...) Nuestro retorno debe ser el inicio de una nueva era, en la que reine la igualdad en nuestros campos.

Democracia es una palabra vacía en boca de políticos que se enriquecen con su poder y que contribuyen a mantener un orden injusto en el que muy pocos deciden en nombre de la mayoría. La verdadera democracia se basa en consultas permanentes, en la participación de todo el pueblo, en el respeto a la palabra de todos.

(...) La democracia es nuestra práctica y nuestra demanda. Construyamos juntos un gran frente con la participación de todos para construir la nueva democracia, el nuevo poder del pueblo y para el pueblo que nos reclama nuestra patria.

No podemos hablar de democracia sin tomar en cuenta que quienes siempre han estado marginadas de cualquier oportunidad de participación por una cultura machista y discriminatoria.

Las mujeres luchan hoy por ocupar el lugar que les corresponde en la sociedad(...) Las mujeres tenemos derecho a participar en cada uno de los espacios de la cultura, la economía, la política y la educación.

La Organización de mujeres Ixmucané representa ahora a muchas refugiadas y retornadas, y se propone apoyar a todas las expresiones de lucha de mujeres de Guatemala y del mundo para ayudar a la construcción de una nueva sociedad.

(...) Los jóvenes refugiados y retornados, unidos en la Organización de jóvenes Maya Tikal se han propuesto participar y hoy nos convocan a ser parte de su lucha.

El retorno como movimiento social, se propone impulsar la democracia, la organización campesina y un modelo económico y social alternativo y popular.

Este nuevo modelo se basa en la participación plena de la sociedad civil y el respeto absoluto a los derechos humanos, la democracia y el consenso.

(...) Debe hacerse uso de una tecnología apropiada para nuestras costumbres y para el lugar donde vivimos aprovechando al mismo tiempo aquellos avances que nos ayuden a progresar. Debe contribuir a la conservación del medio ambiente y al pleno y responsable aprovechamiento de nuestros recursos naturales pensando en las futuras generaciones.

Agradecemos a todos aquellos que han contribuido a que nuestro retorno sea posible: a nuestros hermanos campesinos, obreros y estudiantes; refugiados y retornados; iglesia, instituciones solidarias no gubernamentales; a la Instancia Mediadora, a los acompañantes y cooperantes internacionales, al generoso pueblo mexicano; y a todos los que en nuestra casa eterna de Tikal comparten la alegría del reencuentro solidario y fraternal.[31]

Esa tarde, cuando todo terminó y los refugiados emprendieron el viaje que los llevaría a su destino, envuelto en el silencio de la selva, en lo más alto del templo del Jaguar, su casa eterna, Votánretornado levantó al cielo sus brazos de fuego solar y remontó el vuelo transfigurado en Quetzal.

Notas al capítulo VI

[1] Programa de estudios de Centroamérica (PECA) "Guatemala y la política exterior de México", *Coyuntura Centroamericana No. 11*, Centro de Investigación y Docencia Económicas. A. C. (CIDE), México, 1988, pág. 24.

[2] Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, entidad dependiente del sistema de Naciones Unidas para la atención de los refugiados en el mundo.

[3] Freyermuth y Godfrey, op. cit., pág. 47.

[4] Diócesis de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, *Caminante* Número 33 Mayo de 1984, pág. 5.

[5] Citado en Freyermuth y Godfrey, op. cit. Pág. 49—50.

[6] Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, dependiente de la Secretaría de Gobernación.

[7] Testimonio, en Ibid, pág. 51.

[8] Freyermuth y Godfrey, op. cit., pág. 52.

[9] Ibid , pág. 54.

[10] Los cálculos sobre la composición étnica de la población refugiada eran los siguientes:

En Campeche 11 354 refugiados: Mam: 27% Kanjobal: 20%c) Quiché: 13.1% Kekchí y otros: 8% Mestizos o ladinos: 27%	En Quintana Roo 7 582 refugiados: Kanjobal: 32% Mam: 31% Kekchí: 20% Quiché: 5.5% Jacalteco: 5.4% Kakchiquel: 2.5% Otros: 3.5%	En Chiapas 23 592 refugiados Los asentamientos están compuestos por indígenas en su mayoría. Las etnias predominantes son la Kanjobal, Mam, Chuj, Jacalteca, Quiché, Kakchiquel, Chol y Kekchí.

Fuente: Sergio Mendizábal, *la decisión de los refugiados guatemaltecos*, México, Servicio Maya para el Desarrollo, A. C., México, 1995, pág. 20.

[11] Ludger Pries (1994), citado por Inti Barrios y Elizabeth Herrejón, *El Olor de la Ausencia*, Tesis de Licenciatura en Comunicación, Universidad Iberoamericana, plantel Golfo Centro (UIA—GC), México 1999, pág. 62.

[12] Ibid., pág. 27.

[13] José Luis García García, "El Uso del espacio: conductas y discursos", en *La tierra, mitos, ritos y realidades*, fotocopia, pág. 401.

[14] Testimonio. Guatemala: Refugiados y repatriación. Boletín trimestral No. 2,.Iglesia Guatemalteca en el Exilio (IGE). Managua, Nicaragua, agosto 1987, pág. 22.

[15] Taller de Planeación. Comunidades de Resistencia del Petén, enero de 1993. Notas del autor.

[16] Acuerdo gubernativo No. 68—91 de fecha 4 de febrero de 1991, citado por SAT, op. cit., pág. 22.

[17] La Asamblea de los Sectores Surgidos por la Represión y la Impunidad es una instancia de coordinación entre distintas agrupaciones que luchan por los derechos humanos en Guatemala nacidas al calor de la represión gubernbamental: Grupo de Apoyo Mutuo de Familiares de Detenidos y Desaparecidos (GAM); Consejo de Comunidades Etnicas Runujel Junan (CERJ); Coordinadora de viudas de Guatemala (CONAVIGUA); Asociación de familiares de Desaparecidos de Guatemala (FAMDEGUA); Consejo Nacional de Deslazados de Guatemala (CONDEG); Comisiones Permanentes de Representantes de los Refugiados Guatemaltecos en México (CC.PP.); Comunidades de Población en Resistencia del Ixcán y la Sierra (CPR) y Comunidades Populares de Resistencia del Petén (CPRP).

[18] Alfonso Bauer Pais, *Ponencia de las Comisiones Permanentes de Representantes de los Refugiados Guatemaltecos en México —CCPP— a la Conferencia por la Paz y del Derechos Humanos*, Guatemala, 30 de enero de 1992. Documento inédito.

[19] Sergio Mendizabal, op. cit., pág. 93.

[20] Juan Coc es el nombre de un líder Kekchí, miembro de las Comisiones Permanentes, activo promotor del retorno. Falleció de un cáncer que le había mermado la energía pero no el ánimo poco tiempo después del retorno de su grupo a Guatemala.

[21] "Retornan los refugiados" en *Envío* No. 134, Universidad Centroamericana (UCA), Managua, Nicaragua Enero – febrero 1993, pág. 28 – 32.

[22] *Reencuentro No* 9,"Quince mil guatemaltecos nuevamente en su país". CONGCOOP, abril de 1993, pág. 3.

[23] Era la organización cooperativista fundada por el padre Guillermo Woods en tierras del Ixcán durante los 60. La unión estaba constituida por las cooperativas Los Ángeles, La Resurrección, Cuarto Pueblo, Mayalán y Pueblo Nuevo, todas reprimidas a principios de los 80. Ver al efecto el libro de R. Falla *Masacres en la Selva*. Ed. Siglo XXI.

[24] Previo a la firma de los acuerdos, In 1989 durante el régimen de Vinicio Cerezo, el congreso de la república de Guatemala había decretado la nulidad jurídica de las adjudicaciones de tierras, abandonadas temporalmente por los refugiados, que venía realizando el instituto de Transformación Agraria en complicidad con el ejército a campesinos llevados por este para ocupar las tierras de los ausentes.

[25] Comisiones Permanentes – Vertiente Norte, *El Porvenir* No. 3; 3 de Diciembre de 1993.

[26] Soto, Oscar. Informe de visita de tierras a las regiones de las Cooperativas del Usumacinta, Guayacán y Candelaria, Petén. 29 de julio al 4 de agosto 1993. Documento inédito.

[27] Congreso de la República de Guatemala, Decreto 4 – 89 que declara la Reserva de la Biósfera Maya y la constitución de la Comisión Nacional de Áreas protegidas (CONAP).

[28] Coordinación de ONG y Cooperativas para la atención de los damnificados del conflicto armado interno (CONGCOOP) *Anteproyecto productivo para el manejo de la finca Quetzal*. Guatemala, enero de 1994.

[29] Duarte, Sergio y Evans, Rhys. *Proyecto de Urbanización de la Finca Quetzal*. Octubre de 1994.

[30] CC.PP. *El Porvenir* No. 7, agosto de 1994.

[31] *Reencuentro* No. 26, "Declaración de Tikal (síntesis)", CONGCOOP, Guatemala marzo – abril de 1995, pág. 10.

VII
NUEVOS VOTANES

Si pienso o siento,
ignoro quién es el que piensa o siente,
soy sólo el lugar donde se piensa y siente,
y, no acabando aquí, es como si acabara,
dado que, más allá del pensar y de sentir,
no hay nada.

José Saramago.

Los Días de enero

Largo es el tiempo que camina por la ruta de los pueblos indios de Chiapas; largas jornadas de sacrificio y resistencia. 1974[1] es el referente más reciente en el calendario de la esperanza frustrada por palabra, obra y omisión. Desde entonces, los pueblos saben que el tiempo del gobierno no es el tiempo verdadero. El tiempo del gobierno se mide en escalas sexenales que se pretenden definitivas pero que no alcanzan para componer lo roto, aunque sí para descomponer el camino. La trinidad temporal del gobierno se prueba en promesa, burla y represión.

Intentos de organización, demandas, aportan los pueblos indios. Migajas y golpes vienen del gobierno. En su discurso se escucha el silencio. La palabra del gobierno impone máscaras de carnaval que ocultan el rostro de la realidad. Los reflectores de la ostentación gubernamental proyectan oscuridades en los pueblos lejanos a fuerza de exilio. Indígenas todos, pobres todos, sin salida todos.

Y bajo la oscuridad proyectada, la dignidad que sobrevive acepta enfundarse la máscara, no es máscara de fiesta, es espejo tallado de dolor que sirve para caminar la noche.

Haces de luz rompen la sombra, voces indias rompen el silencio. Votán camina de nuevo entre los pueblos, el futuro que promete Votán *no es perfecto, ni tiene la redondez ideal de la utopía.*[2] Así lo anuncian los viejos que miran la marcha, que marchan ellos mismos, con los jóvenes de la montaña, vestidos de jaguar, de mono y venado. La voz y la luz llegan a oriente y occidente. Es el Viejo—Votán—tiempo—nuevo que se anuncia.

Dice Ya Basta

Amanece en enero.

De palabras y silencios.

Doce días duran los combates, muerte, destrucción, zozobra deja la guerra largamente anunciada tras la guerra sorda de todos los tiempos, la cotidiana, la del sustento, y la casa, la del trabajo, la del mercado, la del nombramiento de autoridades y representantes, la de la salud y la educación, la guerra eterna por la tierra . Son días largos y breves. Cuatro ciudades caen por sorpresa, Cuatro símbolos caxlanes son abandonados a los cuatro días. Los que se retiran viajan a las cuatro direcciones del cosmos dejando una estela de vida que promete volver.

Alto al fuego anuncia el gobierno cuando cien mil voces exigen respeto a la vida y a la dignidad indígena a lo largo del país.

Un perdón, ofrece el gobierno a quien no tiene nada de qué arrepentirse.

Quién tiene que perdonar y quién será perdonado, si el juicio de la historia apenas comienza.

En las ciudades todo es indio.

En los pueblos rurales el mundo se divide en miedo y esperanza.

Diálogo ofrece el gobierno y manda a su emisario equívoco.[3] Demasiado Él para representar nada. Demasiada nada que ofrecer a quien aspira al futuro. La respuesta es No y sobreviene el silencio. La maquinaria de la guerra oculta camina lenta pero no se detiene. La experiencia le llama Guerra de Baja Intensidad, Guerra Sucia, Guerra Encubierta, Guerra contra el Pueblo. El silencio se cubre de verde, es la parafernalia de la muerte que ocupa todos los rincones, menos los de la dignidad indígena. Hasta ahí no llega.

Moctezuma llega al comenzar 1995 a convencer de nuevo. En San Miguel se abren pequeños senderos para andar la paz. Es sólo una bomba de humo que oculta las intenciones verdaderas. la primera víctima es el emisario. La verdadera víctima es la confianza niña, es la paz verdadera.

A traición y en febrero, la soldadesca, las policías y los confidenciales se mueven rápido para capturar y matar. No tan rápido para ser certeros. Sus presos son figuras de cartón para el dominio público, inocentes todos, convencidos todos de que vale la pena luchar.

En las ciudades y los pueblos del país, un millón se manifiesta por la paz y la no violencia.

Entonces está claro que ganar la paz, pasa por detener la guerra. Está claro que nos incumbe a todos.

Samuel Ruiz, que sabe muy bien de la pobreza y la esperanza, convoca a la sociedad a manifestar su presencia en esta tierra de todos, en

esta guerra de todos. Nace la Comisión Nacional de Intermediación como un puente entre la palabra y el silencio.

Votán—asesor camina, remontando las fronteras de la lengua, por el puente que se levanta endeble en octubre de 1995 y con su paso lo fortalece. Su voz colectiva representa el sentir del pueblo Mixe, del Zapoteco y el Mixteco, del Yaqui y el Mayo, del Maya y el Totonaco, del Ñahñu y el Pai Pai, del Nahua y el Purépecha, del Zoque, del Mazateco y el Chontal, del Wixárica y el Kikapú, del Rarámuri y el Mestizo. También de todos los pueblos de Chiapas.

Es Votán que se prepara para decir su palabra y convertirla en propuesta de negociación. La frontera invisible entre la diferencia y la unidad la camina Votán de un lado a otro tocando con su paso las aristas del poliedro multiétnico.

Meses dura el diálogo. Primero hablar con franqueza de lo que constituye demandas y sueños, luego decir el cómo se puede, acercar los extremos, hilar los cabos, tensar los nudos, ceder y conceder entre los nuestros. Después, llevar la palabra unificada a quienes todavía quieren escuchar, porque sin saberlo son los mismos, coinciden en lo importante, lo secundario se puede resolver. Más tarde, oídos sordos se niegan, la voz del silencio se escucha y frente a ella, la palabra armada de valor y de fuego, la palabra verdadera y colectiva insiste y resiste. Al final, un año después, se reconoce en un primer acuerdo, cuyos límites reconocen lo posible, el derecho a la dignidad indígena. Aún falta un largo camino, pero la pica está trazada.

Los Derechos y la Cultura Indígenas son reconocidos apenas y sólo en papel el 16 de febrero de 1996. En el documento que se levanta sobre los temas comunidad y autonomía, derechos indígenas, garantías de justicia, participación y representación política y acceso a los medios

de comunicación falta hablar de la Tierra Madre, de la demanda milenaria de todos los indios y de los no indios que la viven y piensan. Falta reconocer que no hay autonomía posible sin el derecho al territorio significante, que no hay autodeterminación sin autogestión económica. Falta hablar de la política social de un gobierno que hoy claudica en sus responsabilidades, que desmantela toda posibilidad de garantizar el derecho a la salud, a la educación, a la vivienda y al trabajo. El texto de los acuerdos se firma. Aún con sus vacíos funfamentales parece conmover a los señores del poder y del dinero. Así es la miopía que se dispone a arriesgarlo todo por no perder nada.

La traición llega pronto, la segunda mesa de diálogo, la de Democracia y Justicia, se instala y se derrumba apenas señalados sus contenidos: democracia, política e instituciones públicas, democracia y justicia social, organizaciones sociales y participación ciudadana, justicia y derechos humanos, justicia, convivencia social y orden jurídico, democracia y medios de comunicación, democracia y soberanía nacional. Es la zapatista, la de los pueblos indios de todo el país, la de todos, una propuesta civilista, que insiste en la participación ciudadana como origen y medida de la democracia.[4]

Desde entonces, sesenta mil soldados y cientos de campesinos organizados en grupos paramilitares cierran el estrecho corredor de la paz. Toman posiciones irreductibles. El silencio y el dolor ensombrecen los días. Provocaciones y hostigamiento multiplicados a lo largo y ancho de la geografía del estado marcan el itinerario de la guerra, después Acteal, el Bosque, Progreso y Chavajeval; Taniperla, Amparo Agua Tinta, Amador Hernández. Cientos de muertos, miles de desplazados, la miseria material, el temor y a veces la división pretenden imponerse en los pueblos de la montaña. La dignidad se ensancha.

Votán espera con su paciencia eterna, mientras camina por la selva repartiendo coraje.

Autonomía en la frontera

En la frontera se vive la agitación del país. Cada lado a su modo. Marqués de Comillas y la Lacandona son un hervidero de encuentros en el destiempo.

Las convulsiones de enero, cuyos preparativos fueron un secreto a voces en los últimos diez años, fortalecen el viejo reclamo arropado de un discurso renovado, de que la participación directa de los ciudadanos y la constitución de espacios de poder local autónomo, entendido como el conjunto de relaciones, territorialmente identificadas, donde se expresa *el derecho y la capacidad efectiva de las colectividades locales para orientar, regular y administrar, en el marco de la ley, bajo su propia responsabilidad y en función del interés local los asuntos públicos que le competen*[5], son uno de los ejes de las propuestas hacia el cambio real en las condiciones de vida de la gente de las regiones.

Pareciera que el sentido de pertenencia territorial se arraiga en la frontera pese a la relativa juventud de su poblamiento, que no tiene 40 años de iniciado. Hoy, en un proceso que culmina los afanes de sus habitantes, la lucha por el control del espacio y de las relaciones que lo constituyen, se identifica con una nueva oportunidad a la figura municipal, ausente siempre o casi siempre en la articulación de la nación y del Estado.

Dice Mauricio Merino que *El verdadero origen del régimen federal mexicano no es el producto de un pacto, sino de un conflicto: no surgió como la voluntad manifiesta por estados independientes para integrarse en una*

federación que les traería beneficios comunes de largo plazo, sino de una escalada de inconformidades regionales ante el obsesivo predominio del centro. Fue un arreglo precario, además, porque no todos los integrantes iniciales de la federación contaban con el mismo peso político, y porque ese arreglo hubo de incluir también a los poderosos aparatos militares y eclesiásticos que controlaban la vida nacional desde la capital del nuevo país. Si los orígenes marcan, el del federalismo mexicano quedó sellado como una lucha de intereses, cobijada bajo la apariencia de la cooperación entre estados. O si se prefiere, el federalismo nació como un proyecto por construir.[6]

En esta disputa por el poder público, el poder municipal, anterior al nacimiento del propio Estado moderno, fue perdiendo atributos y libertades y se colocó como correa de transmisión de los intereses corporativos, prebenda de cacicazgos locales e instancias de dominio y control.

Tal vez es el espacio local donde se construye el poder de los sin poder, porque es donde se dirimen en primera instancia las relaciones del gobierno con la sociedad y en el que se resuelven las necesidades primarias de la población. Democracia y políticas de desarrollo adquieren su dimensión más concreta en él. También cualquier posibilidad de cambio de régimen, cualquier reforma del Estado. Por eso la autonomía municipal y su democratización son estratégicas. Así se entiende.

Tal parece ser el tiempo presente de Marqués de Comillas, en la frontera sur mexicana. No se trata en este territorio de plantear la lucha por la recuperación del municipio, de ese que por siempre ha estado en manos de las camarillas económicas y políticas ligadas al poder central. Es ese un expediente conocido y rebasado después de tantos años de lucha por el acceso al poder local sin la presencia del poder municipal,

tantos años de gestión y frustración frente al poder federal presente y ausente.

Los habitantes de la frontera, como otros centenares de pueblos del estado, y como muchos en el país, saben que el entramado municipal no responde ya, no respondió nunca, a la realidad que se construía en las regiones. Saben también que la constitución de un poder local es condición necesaria para el desarrollo y la democracia a escala nacional.

Por eso, la demanda de autonomía supone la creación de nuevos municipios aún con las limitaciones de fondo que impone el marco actual, obligado de lo establecido en los Acuerdos parciales de San Andrés, que constituyen un primer asiento legal al hacer popular.

La propuesta oficial de remunicipalización de la selva que afecta particularmente a los municipios de Ocosingo y las Margaritas, y que se propone tardíamente ejercer un mayor control sobre los territorios limítrofes a la frontera, es hoy terreno de disputa. Su expresión en propuestas concretas de diseño territorial resulta inaceptable pues no se apega al concepto de autonomía regional que requieren las poblaciones indígenas y campesinas ni a su práctica cotidiana, ni propone formas nuevas de pensar el poder y el desarrollo, y sí amenaza con perpetuar la injusticia.

Adelantándose al tiempo, el 22 de octubre de 1995, el Movimiento Campesino Regional Independiente (MOCRI) organizado al calor de las luchas de los pueblos de la frontera en respuesta a la incapacidad y corrupción de las Uniones Ejidales, declaró la constitución del Municipio Independiente Marqués de Comillas, con cabecera en el ejido Flor de Cacao[7]. Fue este un paso audaz, dada la división tan marcada entre los ejidos de la región producto de muchos años de clientelismo político, de torpe intervención económica del Estado y de las

características del entramado de relaciones sociales, políticas y económicas entre las zonas de la región. Sin embargo, pareciera que la semilla de la autonomía, sembrada desde los primeros tiempos empieza a germinar. La presencia militar significa, sin embargo, un valladar que inhibe su crecimiento.

Suena extraño y no lo es, autonomía para la integración. Tal es el esfuerzo de hoy en las montañas de Chiapas, en los caminos de México, en los confines de la selva.

El acto solemne de la paz

No pude estar presente como hubiera querido, en medio de las setenta mil almas reunidas en la plaza central, frente al viejo palacio de cantera verde. Muchos sueños atrás, me vi en ese instante definitivo. La realidad dijo otra cosa. Pantallas gigantes muestran la escena que transcurre con parsimonia en el patio oriental de Palacio, banderas blancas y manos agitadas, danzan la bienvenida a la paz.

29 de diciembre de 1996, un poco antes del crepúsculo, la Comandancia General de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca está firmando con su contraparte gubernamental, el documento mediante el cual se da por concluida la discusión de los temas sustantivos y operativos de un proceso negociador que ha durado cinco años y que pretende haber traído la paz a Guatemala. Paz firme y duradera se le llama con regocijo.

Es un acto solemne. El presidente Alvaro Arzú, rodeado por los jefes de Estado del Grupo de Países Amigos, por el cuerpo diplomático acreditado en Guatemala, por los dirigentes del Congreso de la República y por los miembros de su gabinete, incluida la plana mayor de un

pretendidamente renovado Ministerio de Defensa, dice a los cuatro vientos y en un exceso retórico: Misión cumplida.

Pablo Monsanto, el comandante que desde ahora será llamado por el nombre que abandonó hace muchos años —Jorge Ismael Soto— sonríe con satisfacción. El rostro de Rolando Morán, el viejo Ricardo de León, apenas dibuja un gesto inescrutable como es su costumbre. Ricardo Rosales, el rejuvenecido comandante Carlos González, es el más efusivo y, contrastando con su estilo de siempre, Jorge Rosal, quien sustituye en el acto a Gaspar Ilóm (Rodrigo Asturias), circunspecto, cumple apenas con el protocolo.

Hay quien dice, con algo de razón, que la firma de estos acuerdos de paz representa en el fondo el triunfo de la política contrainsurgente frente a la más radical forma de lucha popular a lo largo de la segunda mitad del siglo en la búsqueda desesperada del respeto a los derechos más elementales del ser humano.

Que en Guatemala, la lucha de la URNG no sólo se constituye como la más larga del continente, sino como una de las que han tenido menos visión política estratégica. Que la fuerza militar insurgente, cuando llegó a ser significativa (a fines de los 70 y principios de los 80), fue neutralizada por el ejército guatemalteco por medio del genocidio y el apoyo estadounidense e israelí en lo que se refiere a financiamiento, capacitación y armamento. Que la URNG, carente de mecanismos propios de rápida adaptación a las nuevas condiciones políticas, miope en cuanto a visión estratégica y sin los elementos necesarios de autocrítica y participación amplia en la toma de decisiones a nivel interno, cedió poco a poco a lo que debe nombrarse como una derrota estratégica de largo plazo con la culminación de la firma de los acuerdos, negociados sin una fuerza de respaldo que permitiera mejores resultados.

Que los acuerdos de paz significan la única forma airosa de salir de la URNG a un conflicto armado de 36 años, lo que se ha reflejado en acuerdos que ni siquiera se acercan a los cambios estructurales que el país requiere y no garantizan los cambios que en materia de derechos humanos son indispensables.[8]

Ernesto Zedillo pretende convertirse en la estrella del acto. México, no él, ha sido fundamental en la historia de la larga lucha de liberación. Rolando Morán lo dice: *La cúspide de lo que hoy logramos hubiera sido imposible sin México, nuestro hermano.*

México, lugar de asilo de refugiados y miembro de la instancia verificadora de los acuerdos de retorno de los refugiados; albergue de los comandantes revolucionarios y sitio de encuentro en el proceso de diálogo; miembro destacado de la Comisión de Países Amigos, coadyuvantes del proceso de paz; país que demuestra que no hay que esperar 36 años para resolver tempranamente y por la vía del diálogo sus problemas internos; vecino.

Todavía no está claro que San Andrés ha sido abandonado, Zedillo puede ostentarse como un pacifista ante los ojos del mundo. Por eso luce contento.

Afuera, Manuel Cedillo, el joven dirigente de Nebaj, Quiché, que cuando se fue a México como refugiado tenía 13 años y que ahora vive en el Petén, advierte sin embargo, *que esta nueva etapa que empieza no es para cruzarnos de brazos, que la lucha sigue.* Luce cansado, desde la mañana anda caminando, no ha parado de gritar y de dirigir al contingente de retornados de la Vertiente Norte que participan en la fiesta junto a los de las CPR, de CONAVIGUA, del GAM, del CERJ[9], y de los miles de integrantes del movimiento popular. Hoy conoció las tumbas de Turcios

Lima y de Jacobo Arbenz en el cementerio municipal. No puede decir el lugar donde reposan sus propios muertos.

Un diálogo pendiente

El Acuerdo de Oslo, Noruega suscrito en 1990, sentó las bases para un proceso de diálogo con las fuerzas y sectores de la sociedad guatemalteca y URNG y de negociación directa entre esta y el gobierno de la República de Guatemala.

A partir de entonces, ocurrieron una serie de reuniones de diálogo entre los diferentes sectores de la sociedad y URNG durante la que las distintas fuerzas políticas, económicas y sociales de Guatemala aportaron elementos a la propuesta insurgente. Desde entonces llamó la atención que URNG planteara discutir los aspectos que hipotéticamente conformarían su plataforma de negociación poniendo al mismo nivel, a los sectores campesinos, obreros, de damnificados por la represión (viudas, desplazados internos, refugiados), de las organizaciones del pueblo Maya; con las cámaras empresariales que agrupan a la oligarquía terrateniente y a los gremios financiero y comercial. Lo mismo a iglesias que a partidos políticos. Asumiendo el papel de depositario del sentir nacional, vanguardia histórica de la nación. Signos ominosos se cernían sobre un diálogo que después de esta oportunidad, no se daría más.

Después, el 24 de abril de 1991, iniciaron en México las negociaciones entre URNG y el gobierno de Guatemala con la determinación de la agenda y el procedimiento operativo. En el formato de negociaciones no existió un mecanismo de consulta popular que sirviera como termómetro y regulador del proceso. Solos URNG y

gobierno, acompañados solamente por una instancia de mediación nacional (La Comisión Nacional de Intermediación), la cual pronto fue expulsada del proceso por el gobierno y sustituida por un mediador profesional facilitado por la Organización de las Naciones Unidas, que puso fuego en la *olla de presión* de una negociación que debía culminar pronto y a cualquier precio.

La guía de aspectos a negociar incluía dos planos, los denominados acuerdos sustantivos y los llamados operativos. Entre los primeros se encontraban:

El acuerdo marco sobre democratización, que enfatizaba la construcción de un poder civil en Guatemala que desmantelara las históricamente militarizadas relaciones de poder del país.

El acuerdo global de derechos humanos, cuyo cumplimiento inmediato sería condición para continuar la negociación y que debía incluir necesariamente la instalación de una Comisión que investigara los crímenes cometidos durante el conflicto, llamada Comisión de la Verdad. Al final, el aspecto central del acuerdo referido a la investigación de crímenes de guerra, al juicio y sanción de responsables, derivó en la constitución en la llamada Comisión para la Investigación Histórica del Pasado, que no tenía fines judiciales y que sólo elaboraría un informe a ser conocido por la sociedad en el que no se consignarían los nombres de los victimarios.

El acuerdo referido al reasentamiento de la Población desplazada por el enfrentamiento armado interno, que debía identificar sus motivos, esclarecer sus secuelas y plantear a partir de ello sus soluciones, llevó al reconocimiento de la población no combatiente de CPR a un proceso de reinserción en la vida civil, sin embargo no significó un reconocimiento a

sus derechos territoriales. Las expectativas en materia de indemnización a las víctimas no fueron concretados en el acuerdo.

El que abordaba los mecanismos concretos para la construcción del poder civil y para garantizar la participación ciudadana en la vida nacional, esclareciendo las funciones del ejército en la nueva sociedad democrática, identificando las medidas concretas para fortalecer el poder civil legislando el reconocimiento a la vigencia de la plena participación de las diferentes organizaciones dela sociedad civil, haciendo efectiva la separación de poderes del Estado y estableciendo con precisión la potestad civil sobre la seguridad interior, permitió un marco para la acción política de las organizaciones civiles y la emergencia de un abanico diverso de partidos y agrupaciones políticas.

El acuerdo sobre la Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas, firmado el 31 de marzo de 1995, tuvo apenas un perfil de carácter culturalista que dejó fuera aspectos fundamentales como la autonomía, la redefinición de los territorios indígenas. *En realidad, los acuerdos alcanzados en materia indígena, fueron de un alcance meramente simbólico, contenían la declaración de que Guatemala es una nación pluricultura, multiétnica y multilingüe, reconocía a las autoridades tradicionales de los pueblos, pero no se les reconocían competencias, se elevaba a rango constitucional el derecho al uso del traje indígena, se abría la puerta para la oficialización de los idiomas indígenas y se permitía el acceso a los lugares sagrados siempre y cuando se respetara la propiedad existente, se reconocía el derecho consuetudinario siempre y cuando hubiera voluntariedad de las partes y no afectara a terceros.*[10] Ningún derecho político ni jurisdiccional, ningún reconocimiento del despojo de los territorios indígenas en un país donde más de la mitad son indios. Ninguna esperanza para la transformación de una sociedad racista y excluyente.

Al decir de Miguel Angel Alvarez su concreción en la iniciativa de reforma constitucional tomó como base el artículo cuarto de la Constitución mexicana, pero ni siquiera de manera total.[11]

El acuerdo sobre aspectos socioeconómicos y situación agraria, punto nodal en todo el proceso dadas las condiciones estructurales del modelo de desarrollo del país y que ni en la propuesta insurgente ni por supuesto en la del gobierno incluía mención alguna de reforma agraria integral ni mecanismos específicos de reparto de la tierra. Solamente, se previó la constitución de un fondo de tierras (FONATIERRA), para ser adjudicadas en venta a los campesinos que las solicitases, integradas por terrenos estatales y municipales y por terrenos declarados ociosos. En ningún caso se establecieron límites a las extensiones agrarias. Sólo los excombatientes reconocidos por la URNG gozarían de un programa de dotación de tierras y asistencia integral. El énfasis del acuerdo es de corte productivista.[12]

El acuerdo significó el abandono de la tesis de que sólo la solución de sus causas podría terminar con el conflicto. Sin duda, la cuestión agraria es el eje en torno al cual giran todo el conjunto de aspectos económicos, políticos y culturales de la nación guatemalteca. Es la forma en que se ha distribuido la tierra la que está detrás de la polarización económica guatemalteca, de su reducida opulencia y su mayoritaria miseria; es la política de adjudicación de la tierra, la responsable de la perpetuación en el poder de una oligarquía reaccionaria, racista y autoritaria que ha apoyado a los regímenes militares de la historia guatemalteca; es la cuestión agraria la base que explica la negación cultural y la marginación social y económica del indígena: Es finalmente, la cuestión de la tierra la que explica la imposibilidad de la unidad nacional en su diversidad.

Aún los pobres acuerdos en materia agraria y de desarrollo económico, adolecen de una visión que parta de entender las enormes diferencias regionales e índole ecológico, social y cultural, comprensión que posibilitaría cualquier proyecto de desarrollo. Destaca el carácter centralista de los acuerdos. No hay en ellos esperanza alguna de cambio en el país.

La guerra comenzó en Guatemala en los sesenta, la motivación fundamental de los campesinos, indios y ladinos que participaron en ella, y quienes aportaron la mayor cuota de sangre y dolor en la lucha fue la esperanza de un cambio en la estructura agraria del país. Sin duda la esperanza fue traicionada.

El acuerdo de reformas constitucionales que ampararían los anteriores, y cuya aprobación estaría condicionada por una consulta nacional a realizarse en un tiempo prudente.[13]

Entre los de índole operativa destacaban los mecanismos para decretar el cese el fuego y la desmovilización de la insurgencia para ser reconocida como fuerza política legal y abierta.

Sin duda, el proceso negociador fue desgastando en lo interno a la URNG y minando las bases de apoyo popular. Un sector importante de la población guatemalteca, o veía con indiferencia el desarrollo de las negociaciones preocupada más por luchar por la sobrevivencia cotidiana, o veía con desconfianza y reprobación el limitado alcance de cada uno de los acuerdos parciales.

Pero era indudable que el anhelo de la paz era compartido por la inmensa mayoría del pueblo, de modo que la firma del acuerdo

definitivo fue visto como un signo alentador, como un momento que inauguraba una nueva etapa de las luchas sociales por mejores condiciones de vida y por un proyecto propio de nación. Una lucha que más allá del ruido de la confrontación política entre los partidos tradicionales y nuevos, a los que se sumó la URNG por medio de una alianza electoral en 1998, se tendría que desarrollar abajo, allá donde los topos caminan bajo la tierra abriendo surcos para resistir y avanzar.

En el Petén la lucha seguía.

Aldeas de retornados y reconstrucción regional

Entre abril de 1995 y junio de 1996 se organizaron y ejecutaron cuatro movimientos de retorno a otras tantas zonas del Petén que dieron lugar la constitución de cuatro nuevas aldeas organizadas en forma de cooperativas campesinas: La Unión Maya Itzá en terrenos de la finca Quetzal, una de las cooperativas destruidas en los tiempos de la represión, en el municipio de la Libertad, cercana a la frontera con México; La Nueva Esperanza, en el municipio de Dolores, en tierras de la finca Esmeralda, cercana a la frontera con Belice; El Porvenir, en el propio municipio de la Libertad, en la zona central del mismo, y El Tumbo, en el municipio de Sayaxché.

Excepto Nueva Esperanza, todas ubicadas en terrenos selváticos.

La mayoría de los recién llegados no es originario del departamento, son los eternos colonos de todas las selvas, del Quiché y Huehuetenango y son también los jovencitos mexicanos que llegaron niños al refugio o que francamente nacieron allá y para quienes este es el verdadero refugio. Los primeros meses han significado, como ocurrió

ayer, una etapa de aprendizaje, de reconocimiento del nuevo espacio, de construcción de códigos y de uso intensivo de la memoria individual y colectiva, enriquecidos por los movimientos colonizadores del pasado.

Y en ese proceso ha ayudado de manera importante la relación que las nuevas aldeas han propuesto a las comunidades mexicanas de la frontera.[14] Nuevamente, como en el pasado, el río es un puente de unión entre pueblos que nacen de la historia. El intercambio de productos, de información y experiencias está enriqueciendo los procesos comunitarios de ambos lados. Esto ha hecho, por una parte, menos violento el proceso de inserción en este nuevo entorno y está alimentando con nuevas perspectivas el proceso de construcción regional, en la etapa de la postguerra en el Petén y de recrudecimiento del conflicto en México. El aliento de autonomía nutre ambos procesos.

En el plano del aporte a una eventual redefinición de las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales en la región de la selva en el Petén, los retornados traen consigo un rico bagaje de conocimientos y experiencias. Han llegado con la fuerza de la victoria que supone haber sobrevivido al genocidio, la convicción de que han vencido a la adversidad.

En este contexto cobra sentido los programas de desarrollo comunitario de algunas cooperativas de retornados, que han incorporado de manera eficiente el concepto de desarrollo suetentable. Hoy día, por ejemplo, la Cooperativa Unión Maya Itzá ha avanzado en el proyecto de silvicultura sustentable que lo mismo incorpora el aprovechamiento de maderas que la recolección de xate y pimienta gorda, a partir de las indicaciones de un inventario forestal y de un plan de manejo integrado de la selva; Los fondos logrados de la venta de la madera que hoy todavía se vende en tablones, y que en una segunda etapa se

transformará, se han invertido en la compra de autobuses para el transporte de pasajeros de la zona, lo que es un aspecto importantísimo para la comunicación entre las aldeas y para la integración del departamento, así como para mantener los servicios comunitarios de educación y salud.

Destaca la vocación regional de los retornados que saben que el desarrollo de una sola aldea es imposible si no cambian las condiciones regionales y desde cada región, las nacionales. En este sentido, la llegada de los nuevos colonos a la selva, por la vía del retorno colectivo y organizado por las Comisiones Permanentes en el marco de los acuerdos del 8 de octubre, ha significado la dinamización del proceso organizativo de los campesinos de la zona. Su presencia viene a llenar un vacío en el liderazgo del movimiento popular, descabezado en la década anterior.

Un mes después de la llegada de los retornados, dirigentes de varias cooperativas y aldeas del municipio de Dolores habían ofrecido a dirigentes de la cooperativa Nueva Esperanza, apoyarles para contender por la alcaldía del municipio, cuestión que fue rechazada en ese momento por los recién venidos.

La Unión de Cooperativas del Petén, incorporó rápidamente a sus nuevos socios y dirigentes de las nuevas comunidades fueron incorporados en los puestos de dirección.

Dirigentes de sindicatos de trabajadores del departamento se acercaron a los retornados para invitarles a participar en sus movilizaciones. Se constituyó con ellos el Movimiento Popular del Petén, integrado por cooperativas de la región Kekchí de Dolores y San Luis, organizadas en la Unidad Campesina del Petén, por las cooperativas de retornados, por las CPR de Petén y por los sindicatos de la dirección de

Caminos, del Ministerio de Salud, y del Instituto Nacional de Electrificación (INDE). Todos con mayor o menor influencia de URNG.

La transformación en partido político de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca ha sido impulsada con energía desde las aldeas de retornados, algunos de cuyos miembros son activistas políticos en la región.[15]

El proceso lleva la promesa de forjar un nuevo entramado de relaciones sociales y políticas, donde la experiencia de los retornados y desplazados, en términos de sus procesos de organización autónoma, es valorada como fundamental.

Tal experiencia se legitima en el hecho de que han logrado incorporar eficazmente las condiciones de multietnicidad[16] de las aldeas, reivindicada con orgullo por la gente, y la perspectiva de género en las estructuras y relaciones de poder al interior de las aldeas, lo que se constituye en un aporte a los procesos de construcción regional. Sobresale en este sentido el hecho de que las organizaciones de mujeres, integradas en la Unión IXMUCANE, son responsables de un conjunto de proyectos productivos entre los que destacan molinos de nixtamal, granjas de traspatio, programas de recolección silvícola y las tiendas cooperativas de consumo. Algunas mujeres ocupan puestos directivos en las cooperativas.

Se trata de un esfuerzo de construcción del poder local que pretende proyectarse hacia la reconstitución del perfil de las relaciones regionales.

Destacan en el esfuerzo de acción social de los retornados, los programas regionales de salud, impulsados desde las aldeas , que aprovechan los recursos humanos capacitados (promotores de salud) que vinieron desde los campamentos y que mantienen relación con las

comunidades y ONG mexicanas y guatemaltecas que les dieron apoyo en la etapa anterior (PRODUSSEP y ASECSA[17]). Los promotores han encabezado los programas de vacunación, de erradicación del Paludismo, de vigilancia epidemiológica y de atención médica en las aldeas, ante la falta de médicos en la región y se han constituido en un referente en las demandas en torno a los derechos a la salud de las localidades de la selva.

También ocupa un lugar en el proceso, la Asociación de Maestros Rurales de Guatemala (AMERG), nuevo nombre para la Unión de Maestros Guatemaltecos Refugiados en México (UMEGREM) que nació en los campamentos y que hoy desarrolla trabajo en nuevas escuelas de enseñanza primaria y secundaria en las aldeas de retornados y en un creciente número de aldeas del Petén y de los departamentos de Quiché y Huehuetenango además de que es miembro de la Comisión Consultiva para la Reforma Educativa en Guatemala.

Llama la atención, la determinación de los retornados para distinguir entre las necesidades del trabajo político en la escala regional y los ritmos y procesos de organización del propio desarrollo comunitario. Los retornados insisten en eficientar los procesos económicos, manteniéndolos separados de la acción política, de modo que el ingreso económico pueda ser una palanca para el trabajo por la causa política, sin verse sobredeterminado por una excesiva politización. Los principales problemas se encuentran en el ámbito de la administración de los recursos comunitarios, donde se hace clara la necesidad de la capacitación y de la reglamentación de las funciones administrativas y de los mecanismos de información y contraloría.

El proceso no ha estado exento de dificultades. Pistoleros a sueldo del propietario de la principal empresa privada de transporte del

Petén (La Petenera) emboscaron a uno de los autobuses de la nueva empresa de transporte de pasajeros que tienen los socios de la Cooperativa Unión Maya Itzá, con el fin de amedrentarlos y retirarlos del negocio. La respuesta de los campesinos fue inmediata, detuvieron rápido a los agresores, los pusieron a disposición de la autoridad judicial y después, un numeroso contingente de hombres y mujeres de la cooperativa, realizaron una manifestación frente a la casa del empresario quien debió firmar un acta donde se comprometía a respetar a la cooperativa. La gente de la región ha bautizado al autobús de los retornados como *La guerrillera*.

Son tiempos nuevos, nuevas amenazas se ciernen en el proceso, la paz firmada se sostiene con los alfileres de la tinta y el papel. Sin embargo, los nuevos actores formados a lo largo de muchos años de dolor y lucha, cuentan con nuevas armas para continuar.

Puente en la selva

Pertenencia e identidad, poder que se constituye, que se piensa y se siente, democracia y justicia.

Madre Tierra.

Desarrollo y vida digna, posibilidad de levantar con las propias manos el fruto del trabajo, del esfuerzo personal y colectivo. Equidad y participación.

Madre Tierra.

Sentido de la vida, del pasado y del futuro que son uno en la dimensión compleja del ser humano, biopsicoantropológica. Cuerpo, mente y corazón, suelo y símbolo telúrico.

Madre Tierra

Fraternidad y compromiso, tiempo y espacio articulados.

Madre Tierra.

Madre Tierra

Madre Tierra.

Cómo entender la autonomía sin entender que el universo de las relaciones con las cosas es internalizado, lo mismo que la referencia al padre y a la madre. Cómo entender la autonomía sin el plano ético de la relación con el ambiente, con el espacio, con el territorio que es base primaria de la relación con los otros y también visceversa.[18]

Cómo es posible la emancipación sin el reconocimiento del otro en su espacio vital.

Cómo se puede comprender el mundo, la dimensión global, planetaria si no se parte de la esfera local, esa que da sentido concreto a la existencia. Cómo querer al planeta si no se posee la tierra para sentirse en él.

Y también, como se puede imaginar la posibilidad de soberanía olvidando nuestra pertenencia planetaria.

Donde está la frontera invisible que nos separa de nuestra dignidad.

La frontera miopía y tozudez que niega el futuro de la humanidad y conduce al planeta a la debacle.

Cierto, decir frontera es decir límite y aduana, fin y principio, muro y valladar, raya y confín, linde y barrera, separación, coto, fachada, frente.

Frontera es la membrana que separa lo interior de lo que está afuera, es la línea que marca el contorno de continentes y contenidos. Es el punto de distinción entre identidad y otredad. Entre lo ajeno y lo propio.

Pero en la selva, en esta selva, la línea fronteriza es un puente y el río grande un viaducto. Un paso obligado y olvidado, un trayecto. Un edificio de espacios y tiempos. Un fantasma que va y viene. Al fin tiempo condensado por la lucha liberadora de los pueblos.

Ya se sabe, son los pueblos los que forman territorios, los que recrean el espacio material imaginado e imaginario, para darle significación, y entonces conocerlo, comprenderlo y quererlo. Los que le imponen límites para marcar la identidad y los que los ensanchan cada vez y al infinito, desde la dimensión oculta de la cotidianeidad, esa que en silencio construye torres de babel donde todos buscan entenderse. Desde el bagaje cultural que portan, procedente de la relación en el tiempo con el espacio y desde la posición que ocupan en el sistema de relaciones sociales que se construyen desde la necesidad y la posibilidad. Desde la vida y la muerte.

No hay romanticismo que valga para avanzar a la utopía, esa frontera inalcanzable que se aleja cuanto más cercana, como diría Galeano.

Y en esta selva paradójica, frontera es un río, una línea divisoria trazada con artes de imaginería, un poste. Frontera es la selva misma donde se oculta el futuro. También es un pensamiento y un sentimiento. La frontera espacio de la autonomía, se piensa y se siente o no existe.

Vista de esta forma, la espacialidad, selva y frontera, es una *forma* que se modula de diversas maneras. Es lugar sagrado, lugar de intercambio, lugar de poder, lugar de estar juntos o separados, así, sin más. Es territorio— experiencia, al fin comunidad.[19]

Es la dimensión territorial la que da sentido al cambio político, social, económico y cultural, es la autonomía territorial, negada siempre la que puede dar sentido a la unidad, si por autonomía se entiende la

plena capacidad de los pueblos verdaderos de imaginar su camino y caminarlo, haciéndose acompañar por los caminos de los otros.

Tal vez la guerra es responsable. Sin duda el hombre dividido y fragmentado es responsable de la guerra, el hombre particular y el colectivo, como también lo son los personajes invisibles de esta frontera invisible: El Estado y su gobierno, la organización social y su movimiento, síntesis y contraste.

La frontera se adivina entonces desde la distancia donde se torna invisible por el olvido. El quehacer de los pueblos, su palabra, los lazos que trenzan por su lucha, la traen de nuevo y moldean su corporeidad renovada. Ese quehacer que no se conforma con los convenios que firman sus *vanguardias*. Que no reconocen más vanguardia que la razón del derecho, la razón del sentimiento, la razón de la historia.

La Madre Tierra distingue las fronteras, la Madre Tierra, así adjetivada por el quehacer humano es el principio de todas las luchas de liberación y por eso, mientras no se resuelva su destino, la lucha sigue.

Por ese quehacer inacabado, el que bulle en el interior de cada uno para ser forja y el que se expresa en el exterior para ser lucha, por ese afán que se remonta a los confines del tiempo y se aventura al porvenir, Votán, el señor de la máscara oscura con que se cubren el rostro todas las fronteras sólo para mostrarse y hacerse, camina sobre el agua para ser puente donde transitan los pueblos en pos de la dignidad.

Notas al capítulo VI

[1] Año de la realización del primer Congreso Indígena del estado de Chiapas. Tuvo lugar de 13 al 15 de octubre en san Cristóbal de Las Casas, organizado por la diócesis de ese lugar y auspiciado por el gobierno del estado. El evento fue en homenaje a Fray Bartolomé de Las

Casas por cumplirse los 500 años de su natalicio. Representantes indígenas tzotziles, tzeltales, choles y tojolabales abordaron problemas de salud, vivienda, educación y tierra. El gobierno no dio cabal cumplimiento a las promesas ofrecidas en el evento ante las demandas indígenas.

[2] Julio Moguel "Imágenes del futuro, desde la selva" en *La Jornada*, 28 de marzo de 1994.

[3] *El 20 de febrero de 1994, 51 días después de iniciado el levantamiento indígena, se iniciaron las Jornadas para la Paz y la reconciliación. En la catedral de san Cristóbal de las Casas se sentaron a conversar el comisionado para la Paz* (Manuel Camacho Solís), *la comisión negociadora del EZLN y el mediador* (el obispo Samuel Ruiz). Luis Hernández Navarro, *Chiapas: la Guerra y la Paz*. México, ADN editores, 1995, pág. 16.

[4] María de Carmen García, Xochitl Leyva Solano y Aracely Burguete Cal y Mayor, "Las organizaciones campesinas e indígenas de Chiapas frente a la reforma del estado: una radiografía". En Cuadernos Agrarios No. 16, junio de 1998.

[5] Dolores González Saravia, Municipios y derechos indígenas en la Reforma del Estado. En Cuadernos Agrarios No. 16, pág. 42.

[6] Citado por Ibidem, pág. 34.

[7] Ibidem, pág. 86.

[8] Xavier Flores G , carta a la directora, La Jornada, 30 de diciembre de 1996.

[9] CPR: Comunidades de Población en resistencia; CONAVIGUA: Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala; CERJ: Comunidades Etnicas Runujel Junan; GAM: Grupo de Apoyo Mutuo. Son organizaciones surgidas por la represión en Guatemala y representan a las victimas de la política genocida del Estado Guatemalteco.

[10] Pablo Yanes, "Guatemala: la patria del criollo", en *La Jornada*, México, 2 de junio de 1999.

[11] Miguel Angel Alvarez, secretario ejecutivo de la CONAI. Conversación con el autor.

[12] URNG, Los acuerdos sustantivos firmados entre el gobierno de Guatemala y la URNG. Fotocopia sin fecha.

[13] La Consulta Nacional que buscaba darle piso jurídico a los acuerdos de paz, se desarrolló el 16 de mayo de 1999, tras un arduo proceso de debates y una campaña de los sectores más reaccionarios contra el paquete de reformas. El resultado fue un abstencionismo cercano al 80 por ciento y el triunfo del No en una proporción de 2 a 1. Tal situación significó una derrota fundamental para los propios acuerdos, de por sí limitados, y sobre todo para la posibilidad de incorporar siquiera los mínimos cambios que contenía el acuerdo sobre Derechos y Cultura Indígenas, que se constituyeron en el elemento polarizador de la consulta. Este hecho demuestra una vez más el racismo cotidiano de la sociedad guatemalteca y fortalece el proyecto político de la oligarquía, histórica beneficiaria del entramado de relaciones socioculturales de la nación.

[14] Durante la primera fase del retorno (denominada de emergencia) la aldea Quetzal hizo un acuerdo de intercambio con la Comunidad Frontera Corozal, cuya población es vieja conocida de los retornados desde los tiempos del refugio en Chiapas. Por ese acuerdo, la

tienda cooperativa de Frontera vende productos a bajo precio a los guatemaltecos y apoya en la comercialización del xate. En otro orden promotores de salud de las comunidades de Marqués están asesorando activamente a los programas de capacitación a promotores en las cooperativas del Petén. Las CPR, que ahora se han desplazado a un parcelamiento cercano a la aldea Bethel, cerca del Usumacinta, continúan su intercambio con los campesinos del otro lado del río.

[15] Es destacable el hecho de que el departamento donde el Sí gano con más amplio margen en la consulta nacional sobre reformas constitucionales fue el departamento del Petén, cuestión que es explicada, por los promotores de la consulta a nivel nacional, por la activa participación de retornados y exdesplazados.

[16] Los reglamentos internos de las cooperativas de retornados establecen la necesaria participación en los puestos directivos de representantes de todas las etnias existentes en la aldea, incluidos mestizos, sin importar el número de integrantes que tengan estas. De igual forma se establece la obligada participación de mujeres en las mesas directivas.
[17] Promoción de Servicios de Salud y Educación Popular (PRODESSEP) y la Asociación de Servicios Comunitarios de Salud (ASECSA).

[18] Leonardo Boff, *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, Valladolid, editorial Trotta, segunda edición, 1997.

[19] Mario Constantino T. "Espacio experiencia: la acción colectiva de cara a la complejidad urbana". En *El Cotidiano* No. 68. México, UAM, Plantel Azcapotzalco. 1998.

VIII

BIBLIOGRAFÍA

Libros

ANÓNIMO, *Pop Wuj, Poema mito-histórico Kí-chè*, Adrián Inés Chávez (traductor), Ediciones de la Casa Chata, México, 1979.

ANTA F., Salvador (Coord.) *Ecología y Manejo Integral de Recursos Naturales en la región de la Chinantla*, México, PAIR—UNAM, 1992.

ARIZPE, Lourdes; Paz, Fernanda y Velázquez, Margarita, *Cultura y cambio global: percepciones sociales sobre la desforestación en la selva Lacandona*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias—Universidad Autónoma de México, 1993.

ARMENDARIZ, María Luisa (coordinadora), *Chiapas, una radiografía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

AVANCSO, *Política exterior y estabilidad estatal*. Cuadernos de investigación No. 5. AVANCSO, México, 1990.

BARREDA Marín, Andrés, *La subordinación del sureste mexicano a la geoeconomía y geopolítica norteamericanas*, Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular, A. C., México, 1998.

BARTRA, Armando, *México Bárbaro*. México, Siglo XXI editores, 1995.

BASSOLS Batalla, Angel, *Regiones Económicas*, México, 1967.

BENJAMIN, Thomas Louis, *El camino del leviatán*, México, CNCA, 1990.

BOFF, Leonardo, *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, Valladolid, editorial Trotta, segunda edición, 1997.

BONNACORSI, Nélida, *Trabajo obligatorio en Chiapas. Siglos XVI-XVII. Los Altos y el Soconusco*, Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas IHMECH-UNAM. 1a. edición, México, 1990.

CABARRÚS, Carlos Rafael, *La cosmovisión K'ekchí en proceso de cambio,* UCA editores, 1a. edición, San Salvador, 1979.

CAMBRANES, J.C. (editor), *500 años de lucha por la Tierra,* Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Guatemala, CA. 1992.

CARDOZA Y ARAGÓN, Luis, *Guatemala: las líneas de su mano,* Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

CASCO, Rosario M., *Desarrollo Rural Integral de la Selva Lacandona,* Comisión del Plan Nacional Hidráulico, SARH, México,1984.

CENTRO DE ESTUDIOS INTEGRADOS DE DESARROLLO COMUNAL (CEIDEC), *Guatemala. Polos de Desarrollo. El caso de la desestructuración de las comunidades indígenas,* Vol. II, CEIDEC-Praxis, 1a. edición, México, 1990.

CEPAL, *Economía Campesina y Agricultura Empresarial. (tipología de productores del agro mexicano),* México, Siglo XXI editores, 3ª. Edición, 1986.

CONCHEIRO Bórquez, Luciano, *Mercado de tierras en México,* FAO/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, Roma, 1995.

DELGADO, Javier y Villareal, Diana R. (coordinadores), *Cambios Territoriales en México: exploraciones recientes,* México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 1991.

DE VOS, Jan, *La Paz de Dios y del Rey, La conquista de la selva Lacandona, 1525-1821,* México, Secretaría de Educación y Cultura de Chiapas y Fondo de Cultura Económica, 1989.

— *Oro Verde. La conquista de la selva Lacandona por los madereros tabasqueños, 1822 – 1949,* México, Fondo de Cultura Económica - Instituto de Cultura de Tabasco, 1988.

FABREGAS Puig, Andrés y cols., *La formación histórica de la frontera sur,* México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Cuadernos de la Casa Chata No. 124, 1a. Edición, 1985.

FIGUEROA Ibarra, Carlos, *Guatemala: Estado y Cuestión agraria en Guatemala*, Centro de Estudios Integrados de Desarrollo Comunal (CEIDEC), 1ª. Edición, México, Práxis, co.

FLORES Félix, José Joaquín, *La revuelta por la democracia. Pueblos indios, Política y Poder en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco – El Atajo ediciones, 1998.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas Híbridas, Estrategias para Entrar y salir de la modernidad*, México, CNCA, 1995.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio, *Resistencia y Utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, México, Ed. Era, 1ª. Edición, 1985.

GIMÉNEZ Montiel, Gilberto *Territorio y cultura*, México, Universidad de Colima, 1996.

GONZÁLEZ Pacheco, Cuauhtémoc. *Capital Extranjero en la Selva de Chiapas*. IIE-UNAM,1a. Edición, México, 1984.

FREYERMUTH, Graciela y Godfrey Nancy. *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia*. CIESAS- Instituto Chiapaneco de Cultura. México, 1993.

GRAMSCI, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, editorial Juan Pueblos, 1986.

GUILLEN, Diana (coord.), Chiapas, una modernidad inconclusa, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1a. Edición, México, 1995.

GUZMÁN Böckler, Carlos, *Donde Enmudecen las conciencias. Crepúsculo y aurora en Guatemala*. México, CIESAS/SEP, 1986.

HERNÁNDEZ Navarro, Luis, *Chiapas: la Guerra y la Paz*. México, ADN editores, 1995.

HUMAN RIGHTS WATCH, *Los Derechos Humanos en Guatemala 1993-1994*, Guatemala, 1994.

HURTADO Paz, Juan José. *Elementos de la historia del movimiento revolucionario guatemalteco*, URNG, Guatemala, 1998.

JONAS Susanne y Tobis David, *Guatemala: Una historia inmediata*. Siglo XXI editores, México,1976.

KLARE, Michel T. Y Kornbluh, Peter, *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, México, 1990.

LEYVA Solano, Xochitl y Ascencio Franco Gabriel, Lacandonia al filo del agua, México, CIESAS—CHMECH—UNAM_FCE editores, 1996.

LÓPEZ A., Martha Patricia, *La Guerra de Baja Intensidad en México*, Plaza y Valdés/UIA. México, 1996.

LÓPEZ Y RIVAS Gilberto, *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, México, Universidad Iberoamericana y Plaza y Valdez, editores, 1995.

LUNA, Leonel, *Modelo de Desarrollo de la Vertiente Norte de las Comisiones Permanentes de Refugiados – Retornados*. Guatemala, Asociación del Desarrollo Comunitario Para América Central (ADEPAC), 1995.

MARION Singer, Marie Odile, *El agrarismo en Chiapas. 1524-1940*, México, CNCA, 1a. Edición, 1995.

MENDIZÁBAL, Sergio, *Retorno, la decisión de los refugiados guatemaltecos*, Servicio Maya para el Desarrollo, A. C., México, 1995.

MORIN, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1994.

NASH, June y Parellada, Alejandro (comp.), *La explosión de las comunidades en Chiapas*, Documento IWGIA No. 16. Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas, Copenhague, 1995.

OFICINA DE DERECHOS HUMANOS DEL ARZOBISPADO DE GUATEMALA, *Informe anual 1993*, ODHA, Guatemala, 1994.

PICO, Josep, *Teorías sobre el estado del Bienestar*, México, Siglo XXI editores, 1987.

REVEL – Mouroz, Jean, *Aprovechamiento y colonización del trópico Húmedo mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1ª. edición, 1980.

REYES Ramos, María Eugenia, *El Reparto de tierras y la política Agraria en Chiapas, 1914-1988*, UNAM, 1ª. edición, 1992.

ROEDER, Ralph, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

ROJAS, Rosa, *Chiapas, la paz violenta*. México, La Jornada Ediciones, 1995.

RUZ, Mario Humberto, Los legítimos hombres, Aproximación antropológica al grupo tojolabal, México, UNAM, 1982.

SAEZ, Pedro. *Las claves de los conflictos. Guías didácticas de educación para el desarrollo*. CIP, Madrid, 1997.

SALVADÓ, Luis Raul, *La migración por violencia en Centroamérica*, Serie Exodos en América Latina, No. 7, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, San José, Costa Rica, 1992.

SARAMAGO, José, *El año de la muerte de Ricardo Reis*, México, Alfaguara, 1997.

SOLOMON, Joel A.,*Violencia Institucional: Las Patrullas de Autodefensa Civil en Guatemala. 1993-1994*, Centro para los Derechos Humanos de la Organización Conmemorativa "Robert F. Kennedy", Washington, D.C., 1994.

SUBCOMANDANTE Insurgente *Marcos*, Gilly, Adolfo y Ginsburg, Carlo, *Diálogos sobre la historia*, Ed. Siglo XXI, México, 1995.

TALLER J.A. C'amab al I'b, *La guerra de conquista,* Cuadernos de Educación Popular No. 4 Serie Cuestión Etnica, México, 1ª. Edición.

TARRIO, María y Concheiro, Luciano, (coordinadores),*La Sociedad frente al mercado.*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Xochimilco, 1998.

TEJERA Gaona, Héctor. *Identidad, formación regional y conflicto Político en Chiapas.* México, CNCA/INAH, 1997.

THOMPSON, Edward P. *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial,* Barcelona, Editorial Crítica, 1984.

TOLEDO, Victor y cols. *La producción Rural en México: alternativas ecológicas.* México, Fundación Universo Veintiuno. 1989.

TORIELLO Garrido, Guillermo. *Tras la cortina de banano.* Fondo de cultura económica, México, 1976.

WILSON, Richard, Ametralladoras y espíritus de la montaña. Los efectos culturales de la represión estatal entre los q'eqchi'es de Guatemala. Textos Ak' Kután. Guatemala, 1993.

Artículos

BARREDA Marín, Andrés, "La subordinación del sureste mexicano a la geoeconomía y geopolítica norteamericanas" en Centro de Análisis Social. Información y Formación Popular A. C.; fotocopia sin fecha.

BARTRA, Armando, "Sobrevivientes historias en la frontera", en *Cuadernos Agrarios* No. 16, México, 1998.

DÍAZ POLANCO, Héctor, "Pueblos indios, autonomía y territorialidad", en *Redefiniciones* No. 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, enero, 1994.

CONCHEIRO, Bórquez, Luciano, "Tierra y Territorio. Los Campesinos frente a la modernización", en *Anuario de Investigación*, Departamento de Producción Económica, UAM-X, México, 1996.

CONSTANTINO T., Mario, "Espacio experiencia: la acción colectiva decara a la complejidad urbana" en *El Cotidiano* No. 68. México, UAM, Plantel Azcapotzalco. 1998.

DE LA ROSA C., Graciela, "La acción colectiva en la psicología social" en *Iztapalapa* Nos. 10-11, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (UAMI), México, enero-diciembre, 1984.

DE VOS, Jan, "El Lacandón: Una introducción histórica" en Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (Editores)*Chiapas Los Rumbos de Otra historia*, México, UNAM/CIESAS/CEMCA/U. de G., 1995.

FLORES G., Xavier , "carta a la directora", *La Jornada*, 30 de diciembre de 1996.

FRANK, Louisa, "Resistencia y revolución: el desarrollo de la lucha armada en Guatemala" en Susanne Jonas y David Tobis, *Guatemala: Una historia inmediata*. México, Sigo XXI editores, 1976.

GARCÍA García, José Luis. "El Uso del espacio: conductas y discursos", en *La tierra, mitos, ritos y realidades*. Fotocopia sin fecha.

GARCÍA, María de Carmen, Leyva Solano, Xochitl y Aracely Burguete Cal y Mayor, "Las organizaciones campesinas e indígenas de Chiapas frente a la reforma del estado: una radiografía". En *Cuadernos Agrarios* No. 16, junio de 1998.

GIMÉNEZ Montiel, Gilberto, "Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional" en *Auriga* núm. 9. enero—agosto, 1994.

GONZÁLEZ Ponciano, Jorge R., "Marqués de Comillas: cultura y sociedad en la selva fronteriza México—Guatemala" en Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (Editores), *Chiapas Los rumbos de otra historia*, México, UNAM/CIESAS/CEMCA/U. De G., 1995.

GONZÁLEZ Saravia, Dolores, "Municipios y derechos indígenas en la Reforma del Estado". En *Cuadernos Agrarios* No. 16, junio, 1998.

HERNÁNDEZ, Iduvina, "Exterminio", Revista *Crónica*, No. 388, Guatemala 11 de agosto de 1995.

KLARE, Michel T., "La resurrección de la contrainsurgencia" en *Iztapalapa*, No. 10-11, enero—diciembre, 1984.

LEYVA Solano, Xochitl, " Chiapas, de Sectas, salud y otras denominaciones", en *México Indígena* No. 3, diciembre de 1989.

--- De la sierra a la selva: identidades étnicas y religiosas en la frontera sur", en *Chiapas, los rumbos de otra historia*, Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (editores.) .

— "Identidades colectivas en los márgenes de la nación: etnicidad y cambio religioso entre los mames de Chiapas" en *Nueva Antropología* No. 45.

--- "Hacia el Ahnal K'inal", en *Chiapas, una radiografía*, México, Fondo de Cultura económica, 1ª. Edición, 1994.

MENDOZA, Martha Patricia, "Intervención gubernamental en la selva Lacandona" en *Chiapas, una modernidad inconclusa*, Diana Guillen, coordinadora. Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1a. Edición, México, 1995.

MOGUEL, Julio, "Imágenes del futuro, desde la selva" en *La Jornada*, 28 de marzo de 1994.

MUÑIZ—HUBERMAN, Angelina, *La Jornada Semana* 17 de abril de 1996.

PIRIS, Alberto, "Apuntes para una clasificación de los conflictos", en *Anuario CIP 1996, Raíces de los conflictos armados*, CIP/FUHEM, Ed. Icaria, Madrid, 1995.

PROGRAMA DE ESTUDIOS DE CENTROAMÉRICA (PECA), "Guatemala y la política exterior de México", en *Coyuntura Centroamericana No. 11*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C. (CIDE), México, 1988.

TORRES–RIVAS, Edelberto, "Vida y Muerte en Guatemala" en *Centroamérica en Crisis*. México, Centro de Estudios Internacionales. El Colegio de México, 1984.

TOURAINE, Alain , " Actores sociales y modernidad " en *La modernidad en la encrucijada postmoderna*, Buenos Aires, CLACSO, 1994.

VERA Herrera, Ramón, "Veredas para retomar nuestro camino. O cómo Seguir algunas pistas wixáricas", en *Chiapas 6*, ERA, México, 1998.

YANES, Pablo, "Guatemala: la patria del criollo", en *La Jornada*, México, 2 De junio de 1999.

Archivos

COMISIONES PERMANENTES DE REPRESENTANTES DE LOS REFUGIADOS GUATEMALTECOS EN MÉXICO (CC. PP.) Alfonso Báuer Pais, (relator), Memorias de asambleas 1989–1994.

Periódicos y revistas

ARGUMENTOS No. 1, México, UAM-Iztapalapa, Junio 1987.

CAMINANTE Número 33, Diócesis de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, Mayo de 1984.

CARTA DE POLÍTICA EXTERIOR MEXICANA, No. 1, Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE), México, Enero marzo de 1985.

CERI – GUA, Centro exterior de reportes informativos sobre Guatemala, México, diversos números,1985 – 1995.

------ *Guatemala: la situación en el agro II, No. 12, julio de 1996. (Cerigua@guate.net)*

CHIAPAS 1, IIE-UNAM y Editorial ERA, 1a. edición, México, 1995.

COOPERATIVISMO. Federación de Cooperativas Agrícolas de Guatemala (FEDECOAG), Guatemala, 1993.

COYUNTURA CENTROAMERICANA No. 11, Centro de Investigación y Docencia Económicas. A. C. (CIDE), México, 1988.

CUADERNOS AGRARIOS No. 16, México 1998,

CUADERNOS POLÍTICOS No. 52, Editorial Era., México, octubre-diciembre 1987.

EL PAÍS, Madrid, lunes 11 de mayo 1998.

EL PORVENIR No. 3; Comisiones Permanentes – Vertiente Norte, Campeche, 3 de Diciembre de 1993.

– No. 7, agosto de 1994.

ENVÍO, No. 134, UCA, Managua, Nicaragua, Enero – febrero 1993.

GUATEMALA: REFUGIADOS Y REPATRIACIÓN. Boletín trimestral No. 2, Iglesia Guatemalteca en el Exilio (IGE)Managua, Nicaragua, Agosto, 1987.

INFORPRESS CENTROAMERICANA No. 316.

IZTAPALAPA Nos. 10-11. UAMI, México, enero-diciembre 1984.

LA JORNADA Viernes 1 de diciembre de 1995.

– Lunes 30 de diciembre de 1996.

LA JORNADA DEL CAMPO (suplemento de La Jornada). Año 3 Núm 34. México. Martes 28 de marzo de 1995.

LA JORNADA LABORAL, Jueves 31 de agosto de 1995.

LA JORNADA SEMANAL 7 de abril de 1996.

MEMORIA, No. 50, México, enero de 1993.

NOTICIAS DE GUATEMALA, No. 213, México, Julio de 1993.

PERFIL DEL SURESTE, No. 2, Tuxtla Gutiérrez, Diciembre 1986.

PERSPECTIVAS, No. 31, Villahermosa, Tabasco, 14 de ferbero de 1991.

PRENSA LIBRE, Guatemala, 20 de mayo de 1999.

PROCESO, No. 1143, México, 27 de septiembre de 1998.

REENCUENTRO No. 6, CONGCOOP, Guatemala, Enero de 1993.

– *No. 9*, abril de 1993.

– *No. 15, octubre – noviembre de 1993.*

– No. 26, marzo – abril de 1995.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA, México. Octubre. – Diciembre. De 1987.

REVISTA CRÓNICA, No. 388, Guatemala 11 de agosto de 1995.

SIGLO XXI, Guatemala, 24 de mayo de 1999.

Estudios no publicados y disertaciones

AHT – APESA, "El Petén: Tenencia de la Tierra" en *Plan de Desarrollo Integrado de Petén*. Vol. I: Diagnóstico General de Petén, Convenio Gobiernos Alemania/Guatemala, KfW/SEGEPLAN. Guatemala. 1992.

ANDRADE Roca, Manuel Lisandro, *Breves consideraciones sobre la política De desarrollo económico del departamento del Petén y Ley de Adjudicación de Tierras*, Guatemala, Universidad San Carlos de Guatemala (USAC), (Tesis). 1971.

BARRIOS, Inti y Herrejón Elizabeth, *El Olor de la Ausencia*, Tesis de Licenciatura en Comunicación, Universidad Iberoamericana, plantel Golfo Centro (UIA—GC), México, 1999.

BAUER Pais, Alfonso. *Ponencia de las Comisiones Permanentes de Representantes de los Refugiados Guatemaltecos en México – CCPP – a la Conferencia por la Paz y del Derechos Humanos*, Guatemala, 30 de enero de 1992.

BRAUER, Fernando y Calleros, Gustavo, *Aspecto Social de la Problemática De la Selva*, Subsecretaría de Desarrollo Forestal, Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH), (Fotocopia s/f.).

COMISIÓN INTERSECRETARIAL PARA LA PROTECCIÓN DE LA SELVA LACANDONA/ COPLADE. *Propuesta de Acción y presupuestación para la Selva Lacandona*. Tuxtla Gutiérrez.24 – 25 de febrero de 1987.

COORDINACIÓN DE ONG Y COOPERATIVAS PARA LA ATENCIÓN DE LOS DAMNIFICADOS DEL CONFLICTO ARMADO INTERNO (CONGCOOP) *Anteproyecto productivo para el manejo de la finca Quetzal*. Guatemala, enero de 1994.

MENDIZÁBAL, Sergio, *La decisión de los refugiados guatemaltecos*, México, Servicio Maya para el Desarrollo, A. C., México, 1995.

MICHEL Corona, Fernando, *Informe de trabajo*. Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP), fotocopia, abril de 1985.

DUARTE, Sergio y Evans, Rhys. *Proyecto de Urbanización de la Finca Quetzal*. Octubre de 1994.

FEDERACIÓN DE COOPERATIVAS AGRÍCOLAS DE GUATEMALA. *Resumen documental de información básica sobre el departamento del Petén y las cooperativas del Usumacinta y la Pasión*. FEDECOAG, Guatemala, 3 de mayo de 1993.

GRANIZO, Ribadeneira, Tarcisio y Basilio Mendoza, Manuel. *Proyecto de reactivación económico – social de las cooperativas del Usumacinta, Pasión y la Machaca*. Comisión Nacional para la Atención de Repatriados, Refugiados y Desplazados (CEAR), 1993.

COMISIONES PERMANENTES DE REPRESENTANTES DE LOS

REFUGIADOS GUATEMALTECOS EN MÉXICO (CC.PP.), *Acuerdos de la Negociación para el Retorno Colectivo y Organizado.* Texto Integro. Guatemala, 8 de octubre de 1992.

JIMÉNEZ, Adolfo. *Encuesta de infraestructura y definición de proyectos en las cooperativas del río Usumacinta.* PRESPETEN. Guatemala,1992.

JORDÁN Zabaleta, Angel L., Carrillo Galicia, Hector E. Y Guzmán Hoil, Nery F. *Estudio Agrológico y de soporte poblacional de la finca Valle de la Esmeralda, Dolores, Petén.* Federación de Cooperativas Agrícolas de Guatemala (FEDECOAG). Guatemala, C.A.,1994.

LOBATO, Rodolfo, Qu'ixin Qu'inal, La colonización tzeltal en la Selva Lacandona. Tesis de licenciatura. México 1982. Multicopiado.

MICHEL Corona, Fernando. *Sugerencias para una estrategia de Desarrollo Regional en la Selva de Chiapas, con detalle para la zona 'Marques de Comillas.* México, Secretaría de Programación y Presupuesto, Delegación Regional en el Estado de Chiapas. 1985.

MORAN Humberto y Milian Hugo. *Informe final. Visita a las cooperativas ubicadas en los márgenes de los ríos Usumacinta y la Pasión.* ADEPAC. Cobán, Guatemala. 29 de diciembre 1992.

ROJAS—LOA, José Antonio y cols., *Comité de Desplazados Internos del Petén, CADIP,* Guatemala, 1993.

SECRETARÍA DE APOYO TÉCNICO (SAT). *Análisis comprensivo de la política de instituciones públicas nacionales e internacionales en materia de reinserción y reintegración de retornados guatemaltecos. Avance de investigación.* Fotocopia. Guatemala, abril de 1993

SOTO, Oscar. *Informe de visita de tierras a las regiones de las Cooperativas del Usumacinta, Guayacán y Candelaria, Petén.* Cooperativa Bethel, La Libertad, 29 de julio al 4 de agosto, 1994.

— *Taller de Planeación "Quiénes somos y a dónde vamos".* Comunidades de Resistencia del Petén, Enero de 1993. Notas del autor.

— Memorias de asambleas de representantes de la Vertiente Norte. Comisiones Permanentes. 1993—1996.

— Diarios de campo 1982—1996.

Documentos Impresos

GUATEMALA, Congreso de la República de Guatemala, Decreto 4–89 que declara la Reserva de la BiósferaMaya y la constitución de la Comisión Nacional de Áreas protegidas (CONAP). 1989.

GUATEMALA, Comisión para el Esclarecimiento Histórico del Pasado, *Guatemala, nunca más*, Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado (ODHA), 1998.

GUATEMALA, Consejo Nacional de Áreas Protegidas (CONAP), *La Reserva de la Biosfera Maya, Proyectos, aspectos legales y técnicos*, Guatemala C.A., 1992.

GUATEMALA, Vicepresidencia de la República, INTA–CEAR, Décimo quinto informe parcial de disponibilidad. Fincas nacionales. El Petén. Guatemala, Septiembre de 1993.

MÉXICO, *Acuerdo de Concertación entre el gobierno federal y el gobierno del estado de Chiapas con las comunidades de Marqués de Comillas para la conservación y desarrollo de la Selva Lacandona*, Ejido Zamora Pico de Oro, municipio de Ocosingo, Chiapas, 24 de marzo de 1987.

MÉXICO, Comisión Intersecretarial para la Protección de la Selva Lacandona, COPLADE-Chiapas, *Propuesta de acción y presupuestación para la Selva Lacandona*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. 24-25 febrero de 1987.

MÉXICO, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI). *Conteo Nacional de Población* 1995.

MÉXICO, *Programa Nacional de Energéticos 1984-1988*. Poder Ejecutivo Federal, 1984.

MEXICO, Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH), Programa de Desarrollo Agrícola Forestal de la Selva Lacandona, COPRODE-Chiapas, noviembre 1977.

MÉXICO, Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP), *Programa de Apoyo Sectorial a las Comunidades Rurales* (PASECOR), 1988.

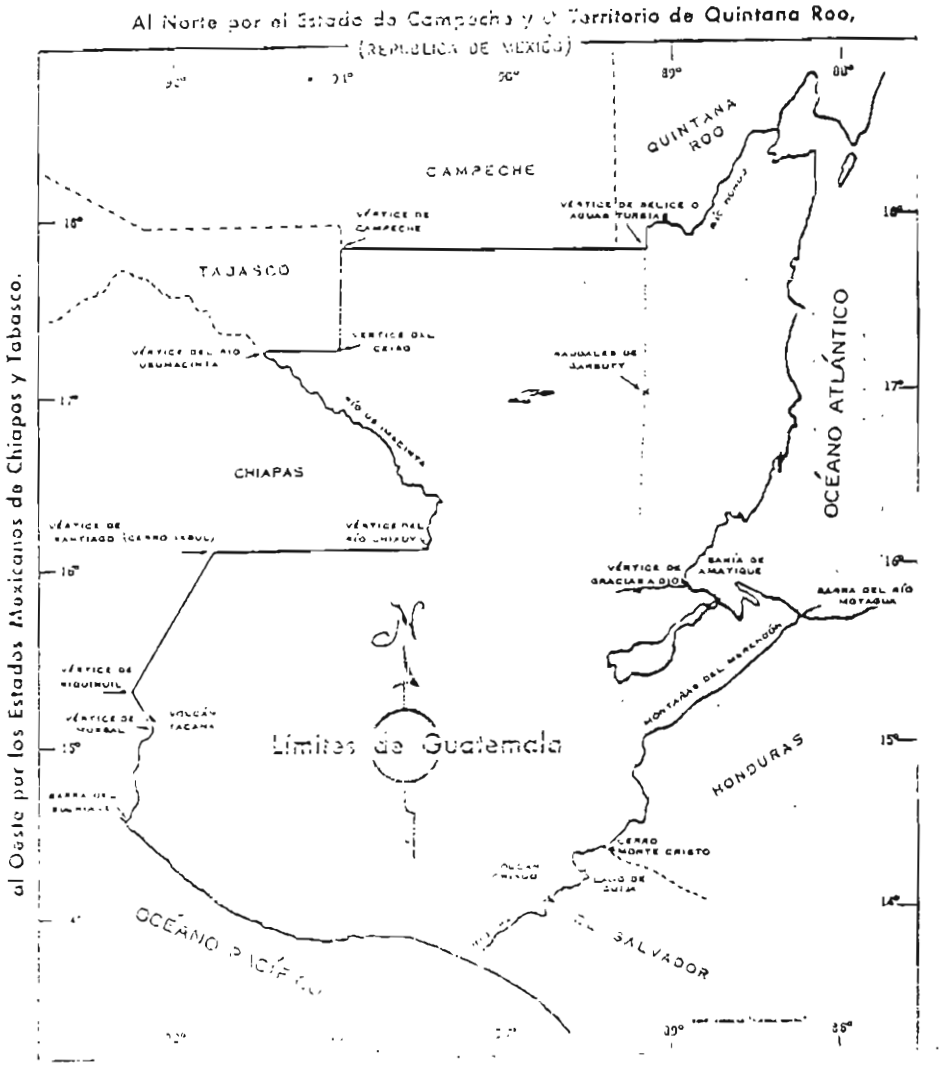
FUNDACIÓN RIGOBERTA MENCHÚ TUM, *Calendario* 1998.

URNG, *Acuerdos sustantivos firmados entre el gobierno de Guatemala y la URNG*. Fotocopia sin fecha.

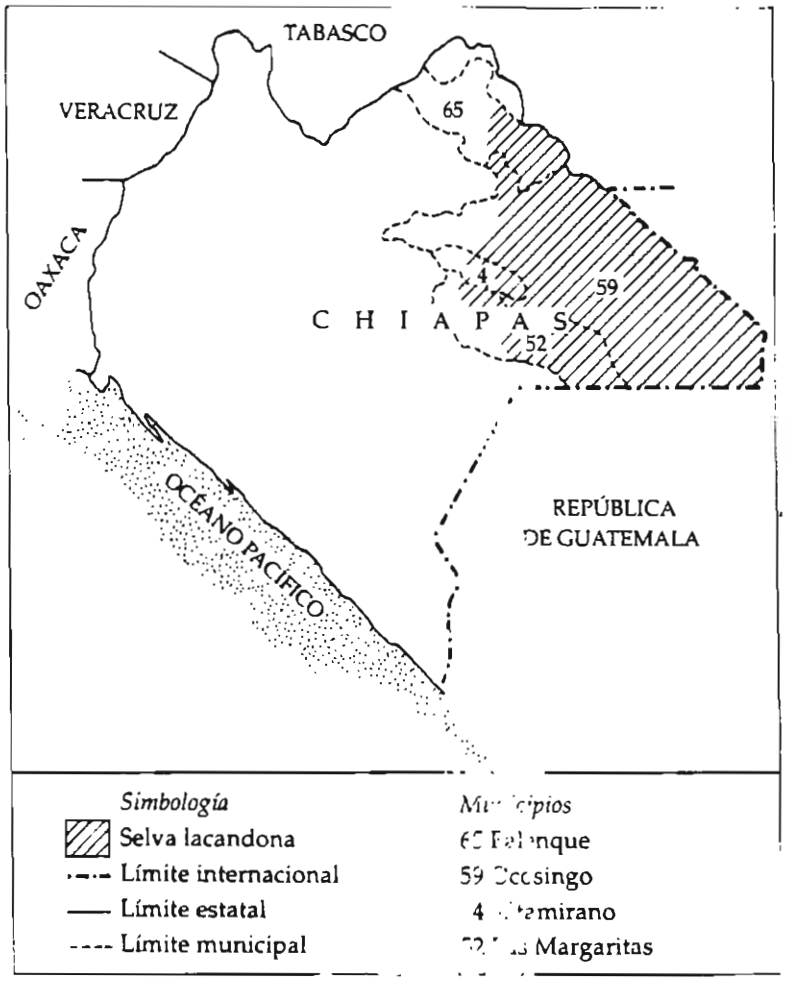
URNG. *Guatemala, una paz justa y democrática: contenido de la negociación*. Publicaciones URNG, Abril, 1992. Guatemala, C.A., abril 1992.

IX
ANEXOS

Límites fronterizos México – Guatemala

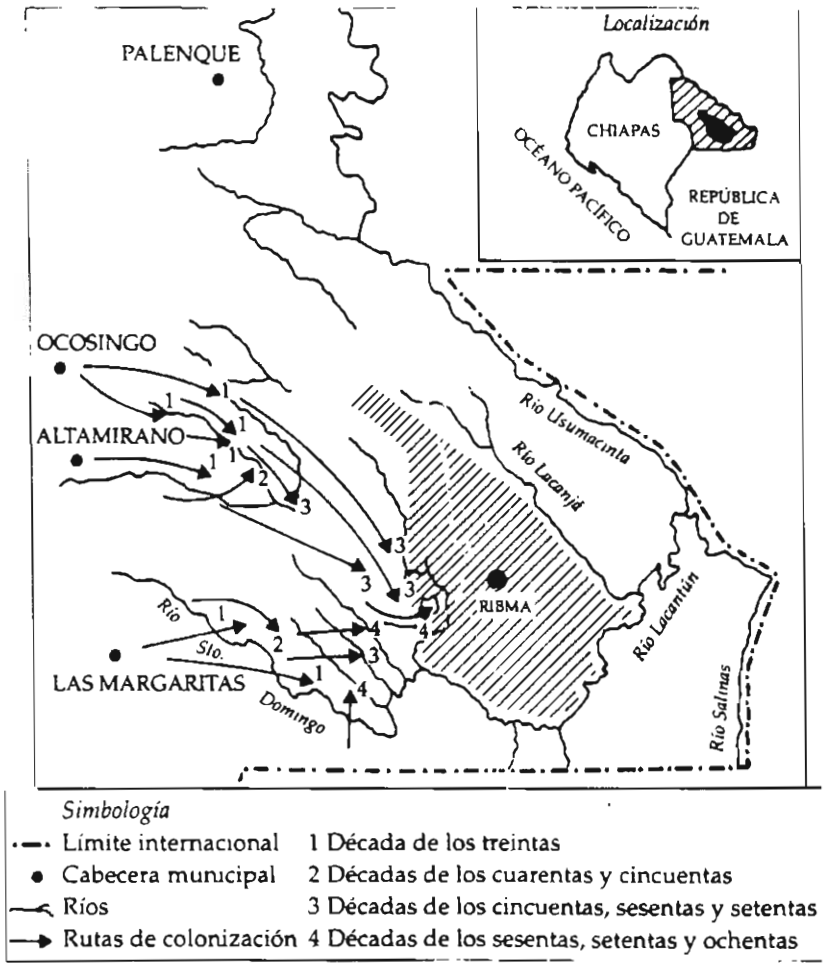


Municipios de la selva Lacandona



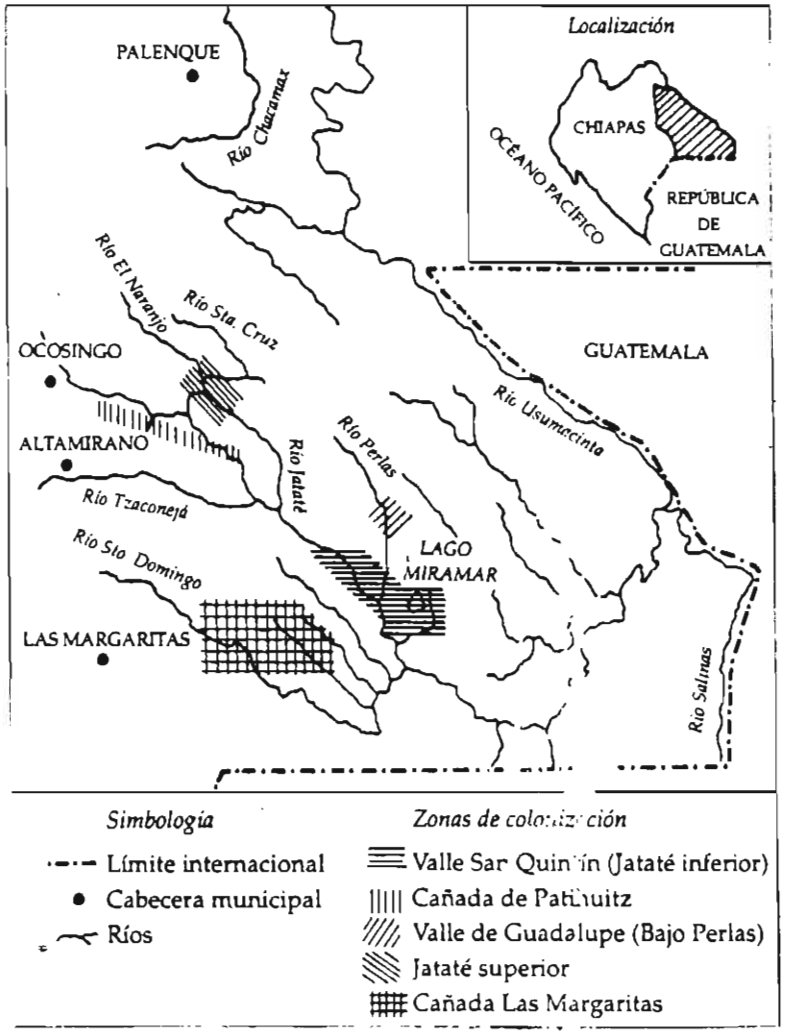
Tomado de Leyva Solano y Ascencio Franco, op. cit. pág. 41

Rutas de colonización a la selva Lacandona (1930—1980)



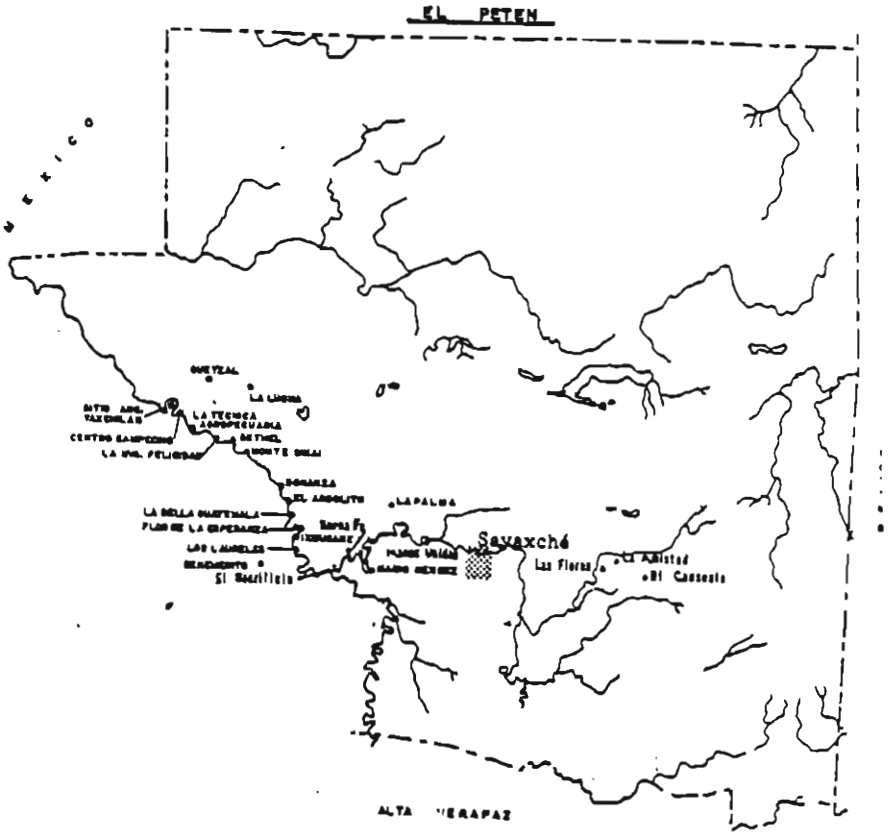
Tomado de Leyva Solano y Ascencio Franco, pág. 62

Zonas de colonización a partir de los años treinta en la selva Lacandona



Tomado de Leyva Solano y Ascencio Franco, op. cit., pág. 47

Cooperativas campesinas en las selva del Petén



REFERENCIAS

Sede Proyecto

Tomado de Fedecoag, op. cit.